



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO
PROGRAMA DE POSGRADO EN CIENCIAS POLÍTICAS Y SOCIALES
FACULTAD DE CIENCIAS POLÍTICAS Y SOCIALES
CAMPO DISCIPLINARIO: RELACIONES INTERNACIONALES

**AUTORITARISMO Y SECTARIZACIÓN EN LA DISPUTA POR EL PODER
EN SIRIA (2010-2020)**

T E S I S

QUE PARA OPTAR POR EL GRADO DE:
MAESTRO EN ESTUDIOS EN RELACIONES INTERNACIONALES

PRESENTA:

JORGE LUIS VÉLEZ AGUDELO

TUTOR PRINCIPAL:

DR. MOISÉS GARDUÑO GARCÍA

FACULTAD DE CIENCIAS POLÍTICAS Y SOCIALES

CIUDAD UNIVERSITARIA, CIUDAD DE MÉXICO, NOVIEMBRE DE 2023



Universidad Nacional
Autónoma de México



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

Agradecimientos

Agradezco a mi familia por su inquebrantable apoyo en mi formación académica, social y política; a mi madre, a mi padre y a mi hermana por respaldar los deseos de desarrollar estos estudios por fuera del país enfocados en temas aparentemente tan lejanos, pero que en realidad nos permiten ampliar el entendimiento sobre las dinámicas que experimentamos como colombianos y latinoamericanos.

Extiendo mi respeto y gratitud al Dr. Moisés Garduño García por su exigencia, excelencia y solidaridad; ha sido grata la experiencia de encontrar un académico de tan alto nivel y con una gran conciencia ética y profesional. Así como reconocer los importantísimos aportes del Dr. Jaime Isla Lope, la Mtra. Erika Susana Aguilar Silva, la Dra. Indira Iasel Sánchez Bernal y el Dr. Francisco Daniel Abundis Mejía.

A la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM) y la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales (FCPyS) por abrir sus puertas y permitirme hacer parte de tan prestigioso centro de estudios.

A ese puñado de amistades en México y Colombia que permitieron preparar y llevar a buen término esta maestría, así como ser un apoyo fundamental durante la pandemia.

Recordar a las víctimas de la guerra en Siria, y el extenso padecimiento de dolor y violencia que han sufrido sus gentes, señalando no solo el autoritarismo de su gobierno y de otras fuerzas políticas y militares, sino también la intromisión de potencias regionales e internacionales que han profundizado las condiciones que llevaron a tan terrible conflicto, como tantos otros en Medio Oriente, el Norte de África y el mundo.

También reconocer en medio de profundas contradicciones, la resistencia de su pueblo, de sus pueblos, tanto en los territorios controlados por el gobierno de Damasco, en las zonas administradas por los rebeldes en Idlib, Afrin y el norte de Aleppo, como en Rojava y la revolución emprendida por mujeres y hombres de diversas confesiones religiosas y orígenes étnicos que hoy siguen resistiendo.

Entender lo que sucede con otros pueblos del mundo nos permitirá dimensionar la conexión de nuestros propios dolores y resistencias.

Índice

Introducción	5
1 La teoría crítica internacional (TCI) y su fundamentación teórica-conceptual del Estado en Medio Oriente y el Norte de África	12
1.1 De la teoría de solución de problemas a la teoría crítica internacional.....	15
1.1.1 Los principios de la TCI	20
1.1.2 Los aportes de la TCI en los estudios de Medio Oriente y el Norte de África.....	26
1.2 Fundamentación teórica-conceptual del Estado en Medio Oriente y el Norte de África.....	31
1.2.1 El orden mundial y la vinculación del Estado en Medio Oriente y el Norte de África	33
1.2.2 <i>Over-stating</i> y hegemonía del Estado corporativista en la región	38
1.2.3 Patrimonialismo y rentismo	42
1.2.4 Autoritarismo y sectarización etnorreligiosa	47
2 Autoritarismo como proceso histórico en Siria	55
2.1. El Acuerdo de Sykes-Picot y la ilusión de una gran nación árabe.....	56
2.2. Del Mandato Francés al ascenso de la familia al-Assad.....	67
2.2.1. El Mandato Francés	67
2.2.2. El dominio sunní.....	71
2.2.3. La consolidación alawita y la confrontación con Israel	75
2.3. El dominio de la familia al-Assad	81
2.3.1. Las alianzas y el nuevo modelo de Estado.....	81
2.3.2. La oposición de la Hermandad Musulmana.....	86
2.3.3. El periodo de estabilidad	89
2.4. El ascenso de Bashar al-Assad y las promesas de cambio	94
2.4.1. Reformas liberales y capitalismo privado.....	97
3 Autoritarismo y sectarización en la disputa por el poder en Siria (2010-2020)	101
3.1 El contexto y los procesos que relentizaron el estallido social en Siria.....	102
3.1.1 Factor étnico-confesional.....	105
3.1.2 Factores socio-económicos	114
3.1.3 Factores del orden político.....	116
3.2 Las revueltas populares en Siria	121
3.2.1 El inicio de las revueltas	123
3.2.2 Represión, reforma política y llamado al diálogo	128
3.2.3 Oposición y contenido simbólico de la protesta	131
3.2.4 El espacio público y el camino a la guerra civil	135
3.2.5 Fracaso de la revolución siria y el fraccionamiento del territorio.....	139
3.3 Guerra civil e instrumentalización sectaria del conflicto.....	141
3.3.1 La relación del gobierno de Bashar al-Assad con la Administración Autónoma del Norte y Este de Siria.....	146

3.3.2	La relación del gobierno de Bashar al-Assad con la oposición moderada e islamista	151
3.3.3	La lucha contra el Estado Islámico	157
3.4	La República Árabe Siria y sus relaciones de amistad y disputa con el orden regional e internacional	162
3.4.1	Relación con Irán y Hezbolá.....	164
3.4.2	Cordialidad y diferencias en las relaciones sirias con Rusia.....	167
3.4.3	Acercamientos y disputas en las relaciones de Siria con EE. UU.....	172
	Consideraciones finales	178
	Glosario de siglas y acrónimos	192
	Referencias	195

Introducción

Quando me preguntan qué soy «en lo más hondo de mí mismo», están suponiendo que «en el fondo» de cada persona hay sólo una pertenencia que importe, su «verdad profunda» de alguna manera, su «esencia», que está determinada para siempre desde el nacimiento y que no se va a modificar nunca, como si lo demás, todo lo demás —su trayectoria de hombre libre, las convicciones que ha ido adquiriendo, sus preferencias, su sensibilidad personal, sus afinidades, su vida en suma—, no contara para nada. Y cuando a nuestros contemporáneos se los incita a que «afirmen su identidad», como se hace hoy tan a menudo, lo que se les está diciendo es que rescaten del fondo de sí mismos esa supuesta pertenencia fundamental, que suele ser la pertenencia a una religión, una nación, una raza o una etnia, y que la enarbolan con orgullo frente a los demás.

Mi identidad es lo que hace que yo no sea idéntico a ninguna otra persona.

Amin Maalouf (2012)

De entre los conflictos y guerras que se han desarrollado en Medio Oriente y el Norte de África (MENA, por su sigla en inglés) en los últimos treinta o cuarenta años, la de Siria ha sido probablemente una de las más mediatizadas¹. Las cadenas de televisión, los medios impresos y digitales, las grandes agencias de noticias internacionales, así como la producción de las universidades, los centros de pensamiento y los *think tank*, de alguna manera nos desbordaron con contenidos principalmente inmediatos y mediáticos, poco críticos y carentes de la pausa necesaria para propiciar un acercamiento serio a temas que para muchos eran nuevos y muy complejos. Así, primaron los contenidos de carácter esencialista y eurocéntrico, enfocados en dinámicas estadocéntricas que se sustentaban en elementos frecuentemente religiosos y deterministas: el clásico ya de recurrir al cisma entre shias y sunnas tras la muerte del profeta Muhammad en el siglo VII para explicar los conflictos que actualmente emergen en la región. Dejando de lado el impacto de la presencia colonial europea y estadounidense, de los intereses de las potencias regionales y de las pretensiones de unas élites locales deseosas de independencia y con proyectos políticos en disputa, así como de unas agendas mediadas por las cuestiones económicas y de poder de un territorio que ha estado en boga del interés europeo desde el siglo XVIII² y sobre cuyo territorio sería despedazado el Imperio Otomano y se establecería “artificialmente” el Estado de Israel. Así sea en el plano teórico o ideológico, como

¹ La invasión estadounidense de Irak en 2003 y la violencia sectaria del Estado de Israel contra el pueblo palestino se podrían sumar a lista de mediatización.

² Periodo que marcará el crecimiento y fortalecimiento de los ejércitos de Estados como Rusia, Austria, Francia y la poderosa Gran Bretaña, el inicio gradual del declive de la hegemonía británica y la debilidad estructural del Imperio Otomano (Isla Lope, 2018, pág. 88).

planteó Robert Cox: “la teoría es siempre para alguien y con algún propósito” (Cox, 2013, pág. 132).

Sin lugar a dudas Siria ha sido relevante desde antaño para ciertos sectores de la academia, no solo por su rica historia milenaria y su importancia geopolítica en el orden regional, sino también por la permanencia en el poder de la familia al-Assad, la cual le ha plantado cara a EE. UU. e Israel, posicionándose como un actor incómodo y rebelde. Pero también por el estallido de las revueltas populares³, la aparición del Estado Islámico⁴ y la resistencia del pueblo kurdo, proveyendo elementos adicionales a la ya connotada exotización de la región.

El interés de quien escribe se despertó por el impacto de la guerra del Estado Islámico en Siria y en Irak, el recuerdo memorable de ISIS fracturando la frontera entre ambas naciones y abriendo los límites para constituir el califato más allá de las fronteras de los Estados-nación fue más que fascinante, despertando no solo la necesidad de comprender las razones ideológicas y religiosas que inspiraban la acción sino la respuesta de otros grupos y comunidades que se opondrían a la política de muerte⁵ implementada por dicha organización. Es decir, el impacto mismo de la mediatización (de la que procuro huir en el presente texto) tuvo el efecto de despertar interés, un interés que, aunque sesgado y esencialista, gracias al estudio, la investigación y la reflexión crítica en las aulas de la UNAM me permitieron develar el fantasma eurocéntrico y orientalista que pesaban en mi análisis. Este es un intento por hacer un análisis pausado y reflexivo que aporte

³ Reconocidas también en los medios de comunicación y algunos entornos académicos como ‘Primavera Árabe’, en el presente trabajo nos referiremos a las mismas como revueltas populares. Esta referencia se extendió rápidamente como una manera sarcástica de señalar “que el levantamiento revolucionario regional comenzó a agriarse en el otoño de 2011”; pero desde el escenario de las protestas no se pretendía designar a esta como “una fase en una secuencia abierta de estaciones revolucionarias”, sino como una “mutación política única” vista como “el ‘florecimiento’ de la democracia en la región árabe” (Achcar, 2016, pág. 9).

⁴ Para la enunciación de este grupo usaremos principalmente la denominación Estado Islámico (*ad-dawla al-islāmīya*), término bajo el que dicho grupo decidió autodenominarse desde 2014, aunque en algunas oportunidades nos serviremos de las denominaciones: Estado Islámico de Irak y el Levante (*ad-Dawla al-Islamiyya fi al-Iraq wa-sh-Sham*) y de la sigla ISIS (*Islamic State of Iraq and Syria*), las cuales corresponden con la autodenominación de la organización en 2013.

⁵ O como plantea Garduño (2013), retomando al académico camerunés Achille Mbembe, a la necropolítica, entendida como: “el uso de la muerte o la amenaza de muerte, gráfica y explícita, para mantener o aumentar un poder multidimensional y repartido entre actores institucionalizados y aquellos que no lo son. [...] Como una nueva forma de ejercer el poder a través de la muerte, [*que*] ha conseguido transformar a los seres humanos en una mercancía intercambiable y desechable según dictan los mercados y los intereses de los dueños de esos mercados. Esta nueva forma de gestión de las poblaciones conlleva un objetivo muy específico que es la disolución de la persona, la deshumanización, la violencia y la tortura como espectáculos, a veces para entretener y otras para detener a la sociedad civil de ejercicios de desobediencia, acciones que se manifiestan en actos bélicos nómádicos que producen beneficios materiales inmediatos para los líderes de las organizaciones armadas”.

elementos críticos para la comprensión de lo que sucedió en Siria y que definitiva o parcialmente nos alejen de las visiones esencialistas e inmediatas⁶.

El estallido social que impactó a Medio Oriente y el Norte de África⁷ entre 2011 y 2012 redireccionó nuevamente —tras la invasión colonial de EE. UU. a Irak y el

⁶ Producto de la reflexión sobre la importancia de entablar diálogos desde el sur global, elaboré una serie de entrevistas, entre ellas y relacionada con el párrafo en cuestión: Medio Oriente contemporáneo y su relación con América Latina: una entrevista con Moisés Garduño García (Vélez, 2020).

⁷ También conocido como Medio Oriente, Oriente Próximo, Cercano Oriente, Gran Medio Oriente, Asia Sudoccidental o Asia Occidental, esta última según el estándar estadístico M49 de la ONU (UN Unstats, 2022). En la presente investigación acudiremos a las categorías de Medio Oriente y Norte de África, MENA por su sigla en inglés: *Middle East and North Africa* y eventualmente solo como Medio Oriente para nombrar y referenciar a la región, la cual comprende los territorios de Asia sudoccidental y el norte de África y que abarcan el borde occidental del norte africano desde Marruecos y la República Saharaui hasta el Oriente continental con Egipto; la península arábiga desde Yemen y Omán pasando por Siria y Palestina en la costa mediterránea hasta Turquía; así como los territorios del borde entre el Mar Negro y el Mar Caspio con Armenia y Azerbaiyán pasando por el Kurdistán histórico hasta la República Islámica de Irán y los países bañados por el Golfo Pérsico.

En el dilema de cómo nombrar y delimitar la región se han generado importantes debates sobre el carácter artificial, orientalista y eurocéntrico de las categorías que se han utilizado para dicha labor, ya fuera desde el ámbito político o académico, así como de los intereses y problemáticas que subyacen a dichos elementos. Sobre esta problemática quizás se puedan consensuar dos elementos: uno, que dichas denominaciones eran incluso inexistentes hasta el siglo XX, y segundo, que bajo dichas conceptualizaciones se ha pretendido abarcar amplios territorios que se caracterizan en muchas ocasiones más por sus disparidades que por sus similitudes, abarcando una amplia variedad de comunidades étnico-lingüísticas y religiosas, cada una con sus propias sectas, tribus, civilizaciones, ideologías o creencias morales. Precisamente el término ‘Medio Oriente’ tiene origen en las categorizaciones angloamericanas, por un lado, como parte o extensión de Gran Bretaña y luego como zona de interés estadounidense. Por su parte, los franceses optaron a inicios del siglo XX por la categoría de ‘Cercano Oriente’ para hacer referencia a los territorios bajo dominio del Imperio Otomano sin punto final definido, pero con límites en China y Japón como Lejano Oriente. Con la expansión del Imperio Británico hacia China en el XIX se hizo frecuente la distinción entre Oriente Próximo (*Near East*) y Lejano Oriente (*Far East*); y fue en septiembre de 1902 que la expresión ‘Medio Oriente’ fue usada en la revista londinense *National Review* por el militar y erudito naval estadounidense Alfred Thayer Mahan en el artículo: “*The Persian Gulf and International Relations*”, en el cual problematizó las relaciones e intereses de Gran Bretaña en todo el continente asiático. El término sería ampliado por el británico Vanatine Iganitius Chiról en *The Times*, con el artículo: “*The Middle Eastern Question*” y el libro “*The Middle East Question or Some Problems of Indian Defence*” haciendo una distinción entre Cercano Oriente y Medio Oriente, refiriendo al primero a Anatolia (actual Turquía) y los Balcanes, y entendiendo por el segundo una vasta región que incluía al Golfo Pérsico, Arabia Oriental, Irak, los territorios enrutados hacia la India, Afganistán, el Tíbet y otras regiones de Asia. Con la llegada de la Primera Guerra Mundial el término se amplió hacia Egipto, así como con la Segunda Gran Guerra, con la importancia del petróleo y la definición del espacio como “zona de interés” de Gran Bretaña hacia EE. UU., este último pasaría a utilizar los términos de “Oriente Próximo” y “Medio Oriente” indistintamente (Sedat, 2006).

Ahora, si bien es cierto que Medio Oriente era una “zona de interés británico” y que una “potencia no ‘regional’ estaba dando un nombre y una misión a un territorio al que estaba entendiendo por sus propios intereses” (Sedat, 2006), el término Medio Oriente pasaría a ser adoptado no solo por la estancias militares sino también por la academia, organizaciones internacionales, los medios de comunicación y sectores interesados tanto de afuera como de la misma región; esto implicó que el carácter colonial que pesa sobre dicha definición tomará un carácter más amplio, es decir, de una u otra manera y sin negar su pasado y herencia colonial como zona de interés o invención geopolítica el uso del término Medio Oriente, con el paso del tiempo se ha ido convirtiendo en un consenso tanto para la academia de la región como fuera de ella. A su vez, es necesario hacer explícito que el concepto de Medio Oriente por sí solo resulta limitado y puede llevar a equívocos incluso dentro de un público especializado, ya que no existe un claro y definitivo consenso sobre su alcance en el Norte de África, entre el Magreb y Máshreq, además de desvirtuar la historicidad del Norte de África con el resto del continente africano, el cual ha sido visto como no islámico, no árabe y atrasado, en otras palabras, como la “África Negra”.

silenciamiento gradual de la limpieza étnica sobre Palestina—, la mirada sobre la región y el país del Levante gobernado desde 1970 por la familia al-Assad. Algunos de los variados y complejos sucesos que centraron la atención de la academia y los medios de comunicación fueron la rápida expansión del Estado Islámico y su cruento accionar, también lo fue la revolución de Rojava y la aguerrida resistencia de las Unidades de Protección Popular (YPG), las Unidades Femeninas de Protección (YPJ) y otras milicias interétnicas y multirreligiosas⁸ contra la violencia salafista⁹ y takfirista¹⁰, así como el arrinconamiento y casi derrota del gobierno de Bashar al-Assad y su sorprendente capacidad de revertir la mala situación militar con el apoyo de Rusia, Irán, Hezbolá y las Fuerzas de Movilización Popular iraquíes.

⁸ Durante el desarrollo del texto clarificaremos cuáles son parte de esas organizaciones.

⁹ Entendemos por Salafismo la visión dentro del islam sunna que considera que lo original es lo auténtico, donde se vislumbra lo prístino como verdadero y natural, esto es, “la convicción de que los primeros musulmanes, en primer lugar, los Compañeros del Profeta, y en segundo lugar, las dos generaciones que les siguieron, constituyen la comunidad modular cuyas creencias y prácticas encarnan el verdadero Islam” (Ahmed, 2016, pág. 82). Según Roel Meijer (2014, pág. XIV), salafismo (Salafiyya) se refiere “al movimiento que cree que los musulmanes deben emular a las tres primeras generaciones del Islam conocidas como los antepasados piadosos (*al-salaf al-salih*) tanto como sea posible y en todas las áreas de la vida”. Por su parte Waleed Saleh (2019, págs. 21, 22), vincula el salafismo con el islam político, entendido como “la vuelta a las raíces” y a “los fundamentos de la religión”, también referido para algunos como “el Islam puro y alejado de cualquier innovación”; según el autor iraquí, salafista “procede de la palabra ‘salaf’ (antepasados)” y se configura como un “conjunto de ideas inspiradas en la etapa fundacional del Islam”, cuya intención es “poner de relieve la bondad de aquellos tiempos en comparación con las etapas posteriores y decadentes. Unido a ellos un espíritu reformista. Se ha confundido con el wahabismo de Arabia Saudí y con otros grupos radicales, olvidándose de los verdaderos líderes del salafismo del siglo XIX: al-Afgani (1839-1897) y M. Abduh (1849-1905)”. El salafismo encuentra sus raíces “a partir de los criterios de autoridad exclusivista, principalmente las interpretaciones de Ibn Taymiyya (1263-1328)” y en tiempos recientes, por parte del “jeque de origen sirio Nasir al-Din al-Albani (1914-1999)”. Es importante enunciar que dichas posturas han obtenido una relevancia mayor en el último siglo, así como llamar la atención sobre la diversidad de fuerzas políticas, religiosas y/o culturales que se distinguen dentro de dicha conceptualización y que abarcan una amplia heterogeneidad de corrientes en sus prácticas y postulados.

¹⁰ Para la definición de takfirismo recurrimos a Thomas Hegghammer (2014), el politólogo noruego plantea que el uso del término remite a la intención de los estados árabes de deslegitimar a la oposición islamista radical en Egipto en los años setenta, concretamente en el juicio contra miembros de *Jama'at al-Muslimin* (Sociedad de Musulmanes) bajo el liderazgo de Shukri Mustafa, los cuales, fueron denominados por la prensa como *al-Takfir wa-l-Hijra* (anatema y exilio) buscado ridiculizar a los señalados; el término “takfiri” deviene del árabe para excomunión, takfir, esto es, el “acto de declarar infiel a un musulmán nominal”. Dicho concepto no deja de ser controvertido, en “la jurisprudencia islámica clásica, takfir es una medida extremadamente grave que solo puede ser pronunciada por autoridades religiosas calificadas en circunstancias muy específicas. Estas restricciones existen para evitar la privatización y la proliferación de la práctica de la excomunión entre los musulmanes, lo que conduciría al caos o la fitna (sedición). Por lo tanto, para el público musulmán en general, takfiri es un término claramente peyorativo que connota rebelión y extremismo”. Teniendo como implicación adicional que el “adjetivo takfiri es una etiqueta, no una autodenominación. Los actores islamistas, por muy radicales que sean, prácticamente nunca se llaman a sí mismos takfiri, pero sus enemigos los etiquetan como tales” (págs. 246, 247). En el presente texto referimos de manera exclusiva el término “takfirista” con el Estado Islámico, dadas sus amplias prácticas de persecución a otros musulmanes por cuestiones políticas, religiosas o morales mediadas por la intimidación.

Igualmente fueron visibilizados los bombardeos de la Fuerza Aérea Árabe Siria con apoyo ruso en contra de la población civil, la degradación y radicalización gradual del Ejército Libre Sirio (FSA, por su sigla en inglés) cooptado por fuerzas cada vez menos seculares y moderadas por liderazgos más cercanos al islam político, el éxodo de millones de desplazados que terminaron refugiados en Líbano, Turquía, Jordania, Europa y dentro de la misma Siria, así como la crisis humanitaria en la gobernación de Idlib como último bastión territorial de la oposición bajo constante asedio por parte del gobierno sirio. También encontraría relevancia la intransigencia militar del gobierno turco de Recep Tayyip Erdoğan sobre la Administración Autónoma del Norte y Este de Siria (AANES) y la articulación de kurdos, árabes, asirios, armenios, turcomanos, yazidíes, musulmanes, cristianos y seculares en las Fuerzas Democráticas Sirias (FDS).

Para dimensionar estos contextos nos hace falta historizar los sucesos que han forjado la actual Siria, comprender cómo se ha desarrollado la vida política del Estado y de la sociedad civil y si dichos antecedentes aportan comprensión a los hechos que afectan hasta el día de hoy al país y a la región. Cómo se relaciona el componente político con el religioso, si estos bastan para explicar lo que allí sucede o si también hace falta revisar cómo se ha relacionado el Estado con el orden mundial, cómo se comporta su economía, las estructuras del Estado y su organización tribal; cómo se han construido las relaciones de alianza y rivalidad en la región y cómo se ha dado su relación con EE. UU. y Rusia en un mundo cada vez más multipolar.

En el intento por indagar sobre algunas de estas relaciones, contextos y preguntas nos hemos propuesto identificar las relaciones autoritarias y los procesos de sectarización en la disputa por el poder en Siria a partir de la consolidación del Estado como un aparato patrimonial, rentista, corporativista, exagerado¹¹ y vinculado al orden mundial, que ha permitido la permanencia de la familia al-Assad en el poder desde el 1970 hasta el día de hoy en un constante proceso de disputa hegemónica. Con este ejercicio buscamos evidenciar cómo los procesos autoritarios y de sectarización han estado vinculados al gobierno sirio en las coyunturas de crisis, las cuales, le han permitido no solo instrumentalizar los escenarios de conflicto sino también consolidar el poder a partir de

¹¹ Entendido a partir de la formulación del teórico egipcio Nazih Ayubi (1995), quien plantea que la exageración del Estado (*Over-stating*) está relacionado con el "exceso de personal", dinámica en la cual el Estado está "sobre-estirado o sobre-extendido", generando una sobreestimación del poder, de la eficacia y de la importancia del mismo, obteniendo la apariencia de Estado fuerte, la cual resulta ilusoria o falaz al sustentar su fuerza en la coerción y la violencia, edificándose en realidad, no como un Estado fuerte, sino en un Estado Feroz, carente de hegemonía política.

las relaciones de integración entre las élites políticas, económicas y religiosas de la sociedad siria.

Pero estos fenómenos de sectarización etnorreligiosa y autoritarismo no son en absolutos exclusivos del gobierno sirio, o no solo sobresalen en el aparato del Estado en los momentos de crisis, también se hacen evidentes en las heterogéneas fuerzas de oposición, las cuales, gradualmente, se sirvieron de un entramado conceptual religioso y político para enmarcar a otras comunidades, entre ellas a los alawitas, los cristianos o los kurdos, por ejemplo, como infieles o colaboradores del gobierno al-Assad; así como la aplicación de medidas sectarias y autoritarias en territorios bajo su control.

También es necesario enunciar que la injerencia de las potencias regionales e internacionales en los asuntos de Siria, han facilitado no solo la permanencia de los al-Assad en el poder los últimos cincuenta años, sino también escalar hasta una guerra civil internacionalizada el estallido social iniciado en 2011. Es decir, la correlación entre lo local, regional e internacional confluye como causales para hallar respuestas sobre el actual estado de cosas en el país mediterráneo.

Para ello hemos dividido la investigación en tres capítulos buscando, primero, retomar las reflexiones epistemológicas alrededor de la conformación del Estado en MENA y su vinculación con el orden internacional desde los aportes de la teoría crítica internacional; segundo, contrastar los antecedentes históricos del Estado sirio y su relación con las prácticas autoritarias y de sectarización en la disputa por el poder desde 1920 hasta 2010; y tercero, examinar dichas relaciones autoritarias y procesos de sectarización en el Estado sirio durante el gobierno de Bashar al-Assad entre 2010 y 2020.

En ese orden de ideas, abordaremos en el primer capítulo la teoría crítica internacional (TCI) y su fundamentación teórica-conceptual partiendo de los aportes de Robert Cox, desde los cuales se marcará la distinción con las teorías tradicionales y positivistas de la resolución de problemas para dar así paso a los principios, aportes y limitaciones de la TCI. En este mismo capítulo, pero en su correspondiente subapartado, se presentan los fundamentos teórico-conceptuales del Estado en Medio Oriente, desde el cual se analizará la vinculación del Medio Oriente y el Norte de África al orden mundial, el desarrollo de conceptos como *Over-stating*, patrimonialismo, rentismo, autoritarismo, sectarización etnorreligiosa y la hegemonía del Estado corporativista en la región, así como un apartado para presentar la estrategia de investigación y el diseño metodológico.

En el segundo capítulo daremos paso al análisis histórico del proceso de creación del Estado sirio y problematizaremos si es posible rastrear el carácter autoritario de dicho Estado durante su trasegar histórico. Para este propósito partiremos desde la desintegración del Imperio Otomano cuestionando el papel del acuerdo secreto de Sykes-Picot. También abordaremos el intento por unificar al país en una gran nación árabe y pasaremos por los hechos relevantes que se dieron durante el Mandato Francés hasta la tan esperada independencia siria. De allí analizaremos el breve dominio que consolidó la élite sunní en el Estado hasta el arribo del Partido Baath, así como el ascenso y gradual fortalecimiento de la élite alawita hasta el golpe de Estado de 1970 que llevaría al poder a Hafez al-Assad hasta el año 2000.

Durante aquellos años Israel aparecerá como un actor fundamental para el orden regional, con la Guerra de los Seis Días en 1967 y la Guerra de Yom Kipur en 1973, este último año también es importante ya que se consolidaría el control del Estado sirio por parte de la familia al-Assad y la élite alawita, en alianza con la élite económica sunní con la proclamación de la que sería la constitución más importante y longeva de Siria. Aparecerá la confrontación con los Hermanos Musulmanes, los cuales se enfrentarán al gobierno y tras la masacre de Hama en 1982 se abriría el camino al periodo de estabilidad entre los años ochenta y noventa, finalmente, se ofrecerá el escenario político que llevará a Bashar al-Assad a asumir el poder y el contexto de cambio que esperanzó durante la primera década del siglo XXI a parte de la sociedad siria.

En el tercer y último capítulo abordaremos el inicio de las revueltas populares, el proceso represivo del gobierno y los últimos intentos de reforma política que buscaban debilitar las protestas, así mismo analizaremos el contenido simbólico de las manifestaciones, el uso del espacio público y la importancia del islam político en su desarrollo. Rastreadremos la relación entre la guerra civil y la instrumentalización sectaria del conflicto, así como las supuestas relaciones autoritarias y de sectarización del gobierno sirio con relación a la Administración Autónoma del Norte y Este de Siria, el Ejército Nacional Sirio (antes Ejército Libre Sirio), los grupos salafistas y la lucha contra el Estado Islámico. Luego pasaremos al escenario regional e internacional, en el que analizaremos la relación del Estado sirio con sus aliados Irán y Hezbolá, como con sus rivales Turquía, Qatar y Arabia Saudí; hasta los relacionamientos en el escenario internacional con Rusia y EE. UU.

1 La teoría crítica internacional (TCI) y su fundamentación teórica-conceptual del Estado en Medio Oriente y el Norte de África

La concreción de una investigación que permitiera trazar una ruta con la definición de un enfoque metodológico, una conceptualización teórica y una tentativa etnográfica implicó un proceso de delimitación y reflexión epistemológica y ontológica lenta, en medio de la reflexión de cómo estudiar fenómenos sociales, políticos y/o religiosos en el Medio Oriente y el Norte de África.

Una de las primeras conclusiones alcanzadas fue la necesidad de una mayor delimitación espacial y temporal, acorde a las necesidades y posibilidades de estudio en una maestría. La aspiración de estudiar a Siria e Irak quedó simultáneamente descartada, enfocando la atención en Siria y las disputas por el poder desde el año 2010 hasta el 2020. Otra de las conclusiones importantes fue el replanteamiento teórico-conceptual inicialmente presentado, ya que guardaba una perspectiva orientalista, eurocéntrica y tradicional que empañó la indagación inicialmente realizada. La tendencia a definir los fenómenos sociales en MENA como particulares de la región, con una raíz y un sustento religioso que se remonta a la muerte del profeta Muhammad, venía cargado de un fuerte determinismo y realismo que hacía inevitable el conflicto en la región.

La pretensión de construir un marco teórico crítico se vio viciado desde el inicio, lo que implicó, no sólo preguntarse cómo estudiar el fenómeno del sectarismo y el autoritarismo en Siria, sino también, cómo se debe posicionar el investigador ante dichas cuestiones, esto es, qué fenómenos se estaban dando por hechos y por qué era fundamental asumir una visión histórica, crítica y no unidimensional.

Otra conclusión importante emergió del entendimiento de que Medio Oriente y el Norte de África no es radicalmente diferente a otras regiones del mundo, ya que ciertos fenómenos sociales, políticos y económicos que allí se dan, pueden ser fácilmente rastreados también en otros contextos y regiones (con sus distintos matices)¹²; pero

¹² Fenómenos y prácticas asociadas a organizaciones político-religiosas, político-militares, nacionalistas, conservadoras, religiosas o seculares autoritarias asociadas al “terrorismo”, el “fundamentalismo” o el “extremismo”, es decir una visión y práctica radical política, religiosa o ideológica. Podemos rastrear prácticas muy diversas asociadas a estos fenómenos como el radicalismo de los colonos sionistas de Israel y la influencia del kahanismo, el integrismo cristiano desarrollado en Polonia, Hungría y EE. UU., o como sucede en la Federación de Rusia, con la influencia ideológica conservadora y neofascista de Aleksandr Dugin; el nacionalismo hinduista radical de la India (hindutva) o el nacionalismo conservador budista de Myanmar difundido por Ashin Wirathu; pero también el eurocentrismo discriminatorio secular (o cristiano) y radical o los sangrientos ejercicios de poder del narco en México o del paramilitarismo en Colombia, la

también con la claridad de que hay procesos históricos en la región que obligan a tomar variables particulares de análisis, algunas asentadas en elementos estatales, religiosos o geográficos que ha afectado a MENA el último siglo con relación a fenómenos como el sectarismo etnorreligioso, el autoritarismo, el patrimonialismo o los conflictos armados, por mencionar algunas variables importantes que están enlazadas a la presencia colonial europea y a su vínculo con el orden internacional. De allí que las teorías clásicas de las RR. II. resulten limitadas para estudiar fenómenos que están en constante cambio y en las que no es suficiente su explicación desde nociones tradicionalmente realistas.

Las visiones orientalistas y esencialistas de Medio Oriente y el Norte de África han generado una barrera importante para el entendimiento de la región, otorgándole condiciones y creencias deterministas encaminada a explicar sus realidades políticas, sociales o religiosas como conductas exclusivas o contrarias a las vividas en Europa y Norteamérica o incluso a las acontecidas en Asia Meridional, lejano oriente, África Subsahariana o Latinoamérica.

Las altas esferas políticas, el campo académico, los *think tanks* y los medios de comunicación han sido grandes responsables de la generación y difusión de dichas perspectivas¹³. Dos autores fuertemente influyentes que han desarrollado postulados orientalistas con fuerte impacto en la academia han sido los politólogos estadounidenses Samuel Huntington y su alumno Francis Fukuyama.

Uno de esos elementos esencialistas se da en la relación entre el islam y la modernidad como dos concepciones en disputa que se relacionan fuertemente con el choque de civilizaciones entre oriente y occidente desarrollado desde el realismo de

cruenta violencia de izquierda encarnada en grupos como Sendero Luminoso en Perú o de los Jemeres rojos en Camboya; el supremacismo blanco en EE. UU. o Europa, así como muchos otros fenómenos cargados de radicalidad y cruenta violencia que podrían ser catalogados de “fundamentalistas”, “terroristas”, “extremistas”, “particulares” o “excepcionales” en todo el mundo, pero que en realidad guardan una importante correlación en la aplicación de visiones integristas desde distintos espectros ideológicos.

De allí que de manera intencionada en el presente texto no se utilicen los adjetivos calificativos *terrorista*, *fundamentalista* o *extremista* (salvo que estén integradas a citas o refieran a estrategias de seguridad), para definir o caracterizar organizaciones político-militares radicales o integristas que tengan vocación religiosa, étnica, política o económica, entre otras. Editorialmente considero que la caracterización de dichas organizaciones políticas y militares buscan esencializar sus prácticas, absolutizarlas, despolitizarlas y edificar enemigos bajo características o estrategias comunes. Es decir, reproducir dichos elementos discursivos replican el discurso hegemónico sobre todo tipo de estructuras políticas y militares (o más bien las que no son afines y aliadas) que se oponen al *statu quo*.

¹³ Hashemi & Postel (2017) referencian algunos de estos sectores mencionando a perfiles de alto reconocimiento como Barack Obama y otros políticos republicanos y demócratas como Ted Cruz, Mitch McConnell, George Mitchell y Sarah Palin, así como periodistas y presentadores como Thomas Friedman, Jon Stewart, Bill Maher y Bill O'Reilly. También podemos mencionar el think tank *Brookings Institution* y académicos como Kenneth M. Pollack.

Huntington, que además encuentran sintonía con el eurocentrismo y el fin de la historia planteado por Francis Fukuyama. Como plantea Gilbert Achcar (2016, pág. 9), con relación a las revueltas sociales de 2011 en la región, dicha convulsión social contrarrestó “el feliz optimismo y el triunfalismo occidental encapsulados en la ilusión del ‘fin de la historia’ de Francis Fukuyama en 1989”, planteando la duda de si dicho proceso social era una aproximación tardía a la “tercera ola de democratización” de la que habló Huntington, o el “comienzo de una cuarta ola, después de una breve interludio inverso”¹⁴.

El proceso de movilización social y revolucionario de 2011, retoma de manera crítica Achcar (2016, pág. 9) citando a Freedom House¹⁵, “representaron el desafío más significativo al gobierno autoritario desde el colapso del comunismo soviético” y se produjo “en una región que parecía inmune al cambio democrático”; percepción para nada extraña en los expertos occidentales y estudiosos de la región que le proveían esta inmutabilidad y “supuesta inmunidad de los países árabes a la democracia” derivada del islam.

A propósito, el mismo Huntington planteó a finales de los años noventa en su obra *El Choque de las Civilizaciones* que la “cultura islámica explica en gran medida la incapacidad de la democracia para abrirse paso en buena parte del mundo musulmán”, en tanto las “que cuentan con herencias cristianas occidentales están progresando hacia el desarrollo económico y una política democrática; las perspectivas de avance económico y político en los países ortodoxos son inciertas; en las repúblicas musulmanas, dichas perspectivas no son nada prometedoras” (Huntington, 1996, pág. 13). Aunque, como plantea Achcar, Huntington formuló esquivos de evaluación en el islam en *The Third Wave* de 1991, planteando que la ola de democratización podría afectar al Medio Oriente y al Norte de África en la década del 90 y que el islam posee características que pueden resultar paralelamente agradables y desagradables para la democracia (Achcar, 2016, pág. 9). Por otra parte, Fukuyama ya había planteado una visión orientalista y esencialista sobre el islam a finales de los años ochenta e inicios de los noventa en su obra *El fin de la historia y el último hombre*, al formular que el islam no era atractivo para los no musulmanes, ya que se restringe a ciertas conductas económicas y era contrario a las ideas liberales (Fukuyama, 1988); si bien en el siglo XXI planteó una visión más abierta sobre

¹⁴ Con interludio inverso se refiere a la tercera ola inversa o contraria desarrollada por Huntington como proceso de transformación de escenarios democratizantes hacia procesos autoritarios.

¹⁵ *Think Thank* con sede en Washington D. C.

el vínculo del islam con la democracia y el liberalismo (EPA, 2004), también ha dejado manifiesta su visión eurocéntrica en la relación asimilacionista del liberalismo secular europeo sobre identidades catalogadas como no europeas (Fukuyama, 2018).

Con el propósito de ampliar dicha reflexión, nos proponemos en el presente capítulo aportar elementos de análisis desde la TCI, su crítica a las teorías de resolución de problemas, sus aportes y contradicciones, así como la construcción del aparato teórico-conceptual que nos permitirá definir y analizar las variables para el abordaje del autoritarismo y la sectarización en la disputa por el poder en Siria.

1.1 De la teoría de solución de problemas a la teoría crítica internacional

Las ciencias sociales y humanas, la filosofía y las reflexiones teórico-sociales en general se han encargado durante cientos de años, no solo de buscar el más confiable camino para el conocimiento, sino también de afianzar la construcción de sus aparatos teóricos acordes a sus objetos de estudio. En ese trasegar epistemológico las disciplinas se han diversificado y separado, condicionadas por intereses de diversa índole, ya fueran estos de orden político, geoestratégico, religioso o simplemente propios de los apuros de la gnoseología.

Esos intereses y la consiguiente parcelación del pensamiento social se han dado ante la necesidad fragmentaria de conocer e interpretar los distintos contextos de la vida individual y social de los seres humanos con relación a su entorno físico y metafísico. Dicha parcelación no es *per se* algo negativo, ya que las particularidades alcanzadas en las distintas disciplinas han fortalecido sus debates y críticas internas en torno a sus planteamientos teóricos, sus métodos y la definición de sus objetos de estudio.

Algunos de los más importantes problemas epistemológicos de las ciencias sociales han radicado en su complejo de inferioridad y premura por asimilarse con las ciencias naturales y sus métodos de investigación positivistas, a la vez que ha invisibilizado la ideología que encarna toda teoría social —a veces enfocada en perpetuar y mantener el *statu quo*, y otras pocas veces encaminada en revertir el orden establecido—. Con el avance epistemológico de las disciplinas y a su vez de las instituciones y la sociedad, las reflexiones asentadas en un solo nicho de conocimiento como cuadro interpretativo único para analizar la vida social han resultado limitadas u obsoletas, surgiendo la necesidad de una interdisciplinariedad responsable y crítica que no aspire a

replicar el positivismo de las ciencias físico-naturales, y a su vez, debe los intereses y la ideología que subyace tras de toda teoría social, política o económica.

Las costumbres académicas dividen la constante red del mundo social real en esferas separadas, cada una con sus teorizaciones propias. Es una forma práctica y necesaria de ganar en conocimiento. La contemplación de una totalidad íntegra puede llevar a abstracciones profundas o revelaciones místicas, pero el conocimiento práctico (ese que puede ponerse en marcha a través de la acción) es, en origen, siempre parcial o fragmentario. Tanto la cuestión de si las partes permanecen como objetos de conocimiento limitados y separados, o si se vuelven la base para construir una visión estructurada y dinámica de todos más amplios, es una gran pregunta de método y propósito. En cualquier caso, el punto de partida es cierta división inicial de la realidad, generalmente dictada por la costumbre. (Cox, 2013, pág. 130)

A las disciplinas ya tradicionales de las ciencias sociales se les sumó en el último siglo el fortalecimiento de la ciencia política, pero también el surgimiento y consolidación de las relaciones internacionales (RR. II.) como áreas de estudio para profundizar, principalmente y desde una visión hegemónica: con la primera, la relación entre el poder social y del Estado, y con la segunda, las relaciones del poder entre los Estados (la sociedad internacional), soportada en la centralidad del Estado y sus interés egoísta en la anarquía internacional.

Ambas disciplinas se han visto permeadas, por obvias razones, por las otras áreas de las ciencias sociales, trayendo aparatos conceptuales de sus vecinos y apremiando una carrera por definir su propio y exclusivo objeto de estudio, así como un método que les confiera aceptabilidad dentro de las ciencias, tareas que para muchos sigue inconclusa o sigue apegada a la vieja tradición positivista.

Para las RR. II. la interacción entre los Estado-Nación en el escenario internacional ha sido central, pero con el desarrollo del orden mundial a la par de los progresos en la disciplina, los organismos no estatales como las ONG, los movimientos sociales o las empresas se sumaron poco a poco a este campo de análisis. Como plantea Robert Cox (2013, pág. 130), la vieja tradición intelectual de los siglos XVIII y XIX continuó contribuyendo en las RR. II. a esa “distinción entre Estado y sociedad civil”, las

cuales, mantienen su vigencia dándole a la política exterior “la expresión pura de los intereses del Estado”, de allí que sea relevante para la disciplina vislumbrar que:

El Estado y la sociedad civil están tan interpenetrados que los conceptos se han vuelto casi puramente analíticos (como expresiones de aspectos difíciles de definir en una realidad compleja) y son sólo expresiones muy vagas e imprecisas de las distintas esferas de actividad. (Cox, 2013, pág. 130)

Lo cierto es que la visión teórica en las RR. II. con relación a la exclusividad o centralidad sobre el Estado ha tenido también un cambio gradual, por un lado, desde posturas económicas neoliberales que ante el postulado de la centralidad del mercado desacreditaron y apostaron, *no solo desde lo discursivo*, por una reducción y menor intervención del mismo¹⁶, así como las posturas que redimensionaron su papel con relación a la sociedad civil, los movimientos sociales y la economía, sobre todo en escenarios de crisis, quedando ejemplificada dicha resignificación con su intervención durante la crisis de 2008, cuestionando así, no solo la importancia del Estado con relación a la toma de decisiones sino de sus interacciones con la sociedad civil. Como plantea Cox, “pocas veces se ha intentado, dentro de los límites de la teoría de las RI (*sic*), considerar el complejo estado/sociedad como la entidad básica de las relaciones internacionales”, lo que había generado¹⁷ una escasa producción académica sobre la diversidad de formas de Estado y las diferentes configuraciones relacionales del Estado y la sociedad (Cox, 2013, pág. 131).

Precisamente en ese trasegar epistemológico de las ciencias sociales, que permea la formación de disciplinas como la ciencia política y las RR. II., se ha mantenido un estrecho vínculo de carácter instrumental con el positivismo, que ha procurado perpetuar el papel del Estado como núcleo central de la toma de decisiones, negando o limitando el enlace de la sociedad civil con el orden internacional. Es allí, donde la TCI pretende contraponerse a la tradición de las teorías explicativas y las teorías de solución de problemas, develando no solo el carácter ideológico de sus postulados sino su propensión a mantener el orden establecido.

¹⁶ Es importante trazar una diferencia marcada entre el Estado hegemónico “neoliberal” encarnado por las estructuras estadounidenses y europeas con relación a las economías del mundo supeditadas a aplicar reformas de apertura económica, desmonte de los estados de bienestar y privatizaciones, ya que los primeros no perdieron la noción proteccionista hacia el interior.

¹⁷ Esta reflexión de Robert Cox se da en los años ochenta, a pesar de ello su crítica mantiene una importante vigencia en la actualidad.

Uno de los elementos centrales en los planteamientos de Robert Cox, como fundamento para comparar la teoría de la resolución de problemas con relación a la teoría crítica (TC), es que “la teoría es siempre para alguien y con algún propósito”, a la vez que “todas las teorías tienen su perspectiva”¹⁸ y estas derivan “de una posición en el tiempo y el espacio, específicamente de un tiempo y espacio político y social”. Es decir, toda teoría guarda una perspectiva y unos propósitos, pero si dicha teoría es lo suficientemente “sofisticada nunca es sólo la expresión de una perspectiva”, ya que dicha sofisticación implica una mayor reflexión y trascendencia sobre sí misma, permitiendo evidenciar que no hay ninguna teoría separada de su perspectiva¹⁹ (Cox, 2013, pág. 132). Esto permite plantear precisamente que la teoría “está limitada históricamente desde su origen dado que siempre remite a una preocupación, históricamente condicionada, sobre ciertos problemas y situaciones”, a la vez que pretende “trascender la particularidad de su origen histórico con el propósito de ubicarse dentro del marco de algunas proposiciones o leyes generales” (Cox, 2013, pág. 132).

Teniendo en cuenta dicha condicionalidad o problemática, el autor plantea que la teoría puede servir para dos propósitos: el primero, “ser una respuesta simple y directa”, esto es, una guía para buscar la solución de problemas que son formulados desde los mismos aportes generados por la misma perspectiva; y el segundo, se propone “la reflexión sobre el proceso de teorizar en sí mismo”, es decir, y en palabras de Cox:

Tomar consciencia de la perspectiva que da paso a la teorización y de su relación con otras perspectivas (para lograr una perspectiva de las perspectivas); y abrir así, la posibilidad de escoger una perspectiva válida diferente desde la que la problemática se transforme en una sobre la creación de un mundo alternativo. (Cox, 2013, pág. 133)

Es así cómo la teoría de solución de problemas acepta el marco de acción de las organizaciones e instituciones sin cuestionar sus relaciones sociales y de poder, y cuyo objetivo es que dichas relaciones e instituciones “funcionen con fluidez y afronten eficazmente las causas de los problemas existentes” (Cox, 2013, pág. 133). Por otra parte, la TC se distancia del orden hegemónico y cuestiona el origen de este, esto es, no asume

¹⁸ Perspectiva es entendida como perspectiva política, puntos de vista políticos.

¹⁹ Teorías políticas, sociales o económicas que presumen carecer de perspectivas, como las teorías económicas de Milton Friedman (neoliberales) o posturas realistas dentro de las mismas RR. II.

a las instituciones y al poder como algo establecido e inamovible, sino que cuestiona su permanencia y cómo están cambiando.

Contrario a la teoría de solución de problemas la TC no está fragmentada “entre una multiplicidad de esferas o aspectos de acción”, sino que “está dirigida al complejo social y político como conjunto, en vez de hacia partes separadas” (Cox, 2013, pág. 133). Si bien ambos enfoques parten de aspectos políticos de la actividad humana, la primera está enfocada en reparar las partes del sistema que se ven afectadas, sin cuestionarse la existencia del sistema en sí; en tanto, la segunda se dirige al conjunto amplio, entendiendo que la parte afectada es parte del mismo y es necesario comprender “los procesos de cambio en los cuales las partes y el todo están involucrados” (Cox, 2013, pág. 133).

Es decir, la TC asume una visión histórica de los fenómenos sociales, como plantea Robert Cox (Cox, 2013, pág. 134): es teoría de la historia y está interesada tanto en el pasado como “en el proceso continuo de cambio histórico”, en tanto la teoría de la solución de problemas es no-histórica o ahistórica, postulando un presente continuo y un orden fijo: “la teoría crítica contiene las teorías de solución de problemas dentro de sí, pero las contiene como ideologías identificables, señalando, por tanto, sus consecuencias conservadoras, no su utilidad como guías para la acción”.

Es así como la TC al no obviar los problemas de la realidad, sustenta su práctica trascendiendo el orden existente, a la vez que plantea la búsqueda de un orden político y social diferente, aunque esta se pueda ver limitada en la posibilidad de concebir órdenes alternativos que sean posibles. Eso le confiere un carácter utópico, al proyectar esos posibles escenarios alternativos pero que se ven limitados por su comprensión de los procesos históricos: “la teoría crítica puede ser una guía de acción estratégica en la búsqueda de un orden alternativo allí donde la teoría de solución de problemas es una guía para acciones tácticas que, con o sin intención, sustentan el orden existente” (Cox, 2013, pág. 134).

En el ámbito de las relaciones internacionales la teoría social crítica, o mejor, la teoría crítica internacional consiste en una extensión de estos principios al dominio internacional. En otras palabras la teoría crítica internacional se esfuerza por dismantelar las formas tradicionalmente positivistas de teorizar y en su lugar promueve una forma de teoría más autorreflexiva y emancipadora. (Isla Lope, 2012, pág. 48)

Esa predisposición epistemológica le permite a cada uno de los enfoques, ejercicios favorables de reflexión dependiendo de los contextos de estabilidad o incertidumbre de las relaciones de poder en el orden internacional. A las teorías de solución de problemas le favorece los escenarios fijos y poco cambiantes, como el contexto de la guerra fría, donde un mundo bipolar aportó un escenario de conflictividad, principalmente estable entre dos Estados. Por su parte, las condiciones de incertidumbre son llamativas para la TC, pues dicho desequilibrio en las relaciones de poder hace necesario indagar sobre las oportunidades y riesgos que pueden generar dichos cambios políticos. Pero como menciona Cox, los años setenta (contexto también de la guerra fría) “generaron un sentido de gran fluidez en las relaciones de poder, de una crisis de múltiples facetas, cruzando el umbral de incertidumbre”, donde la teoría crítica se vio favorecida por los escenarios cambiantes en el orden mundial (Cox, 2013, págs. 134-135).

Es por esto que los aportes de las RR. II. desde la TCI son centrales en la presente investigación, ya que no pretendemos reafirmar el orden hegemónico que ha estado enlazado a la región, sino por el contrario, evidenciar dichos intereses regionales e internacionales, que a su vez están vinculados con las burguesías nacionales como aliados afines y beneficiarios de dicha hegemonía. También la importancia de los reanimados Estados —republicanos o monárquicos— y las fuerzas sociales de corte autoritario, conservador o salafista que se traslapan con el discurso secular liberal europeo autoritario. El escenario de transición hegemónica nos permite reflexionar no solo sobre las actuales condiciones que afectan a Siria y sus actores, sino también sobre las consecuencias que se pueden derivar de la mencionada transición, la cual ya es palpable en el proceder protagónico de EE. UU. y Rusia en la región. El primero, caracterizado por su intencionada y gradual ausencia, y del segundo, por el aumento de su papel protagónico.

1.1.1 Los principios de la TCI

La distinción entre ambos modelos teóricos nos permitirá ahora hablar de los aportes, reflexiones, premisas y a su vez limitaciones de la TCI. Así como los elementos analíticos que plantea Robert Cox sobre el estudio del orden mundial y su relación con los Estados y las fuerzas sociales.

Como hemos mencionado previamente, la TCI se propone dismantelar los planteamientos teóricos de corte positivista proponiendo ejercicios teóricos más reflexivos, pero también emancipadores (Isla Lope, 2018, pág. 73). Para ello distingue

entre la teoría tradicional (teoría de solución de problemas) y la teoría crítica planteando que “la teoría es siempre para alguien y con algún propósito” (Cox, 2013, pág. 132). En este ejercicio teórico no solo se le otorga a la historia una importancia central, sino que mantiene su atención en el comportamiento de los Estados, de las fuerzas sociales y del “entrelazamiento” entre el orden mundial y las diversas regiones y Estados que lo componen (Isla Lope, 2018, pág. 72).

Metodológicamente la TCI, y concretamente Rober Cox, se sirve de conceptos gramscianos como “hegemonía”, para analizar la aceptación o rechazo (legitimación) de las clases subordinadas con relación a las normas impuestas por la clase dominante, y lo “aplica a un tipo particular de Estado líder o dirigente”; también hace uso del concepto de “bloque histórico” para reflexionar la importancia de las instituciones y las fuerzas sociales “más allá de las económicas en el devenir social”, dándole la connotación de “orden mundial”. Precisamente, el concepto de hegemonía (o hegemonía) es tratado por Cox como un “orden mundial”, el cual busca “maximizar sus propios intereses, o más específicamente, los intereses de su propia burguesía” (Isla Lope, 2018, pág. 75).

La distinción que realiza Robert Cox, retomado lo planteado por Horkheimer sobre la teoría tradicional y la teoría crítica, así como el elemento emancipador de su filosofía que cuestiona el autoritarismo, la represión y las condiciones alienantes que impiden la liberación humana, permite evidenciar no solo su carácter emancipatorio, sino su propósito de cambiar las sociedades (Jiménez-Peña, 2020).

A diferencia de las teorías estructuralistas, Cox le atribuye un nivel de autonomía relativa a los Estados, no solo hacia su interior sino también reconociendo un nivel de acción moderado hacia el exterior de acuerdo a su capacidad, que le da “forma al mismo sistema internacional al que pertenecen”. Que haya o no un orden hegemónico no es garantía de crear un escenario de libertad, paz e igualdad, ya que los Estados están “socializados por relaciones de clase”, que a su vez están “basadas en la explotación hacia el interior de su esfera interna de producción”. Dichas contradicciones de carácter nacional y político son proyectadas por el Estado “hacia una atmósfera de conflicto” a nivel interestatal que puede desencadenar en guerras (Isla Lope, 2018, pág. 76).

La propuesta metodológica de Cox encaminada a entender las relaciones globales de poder implica la observación de sus problemas como un todo, “siempre teniendo cuidado de no deificar o sublimar al Sistema Mundial”, a la vez que no se subestime el

poder del Estado ni se pierda la atención de los procesos y fuerzas sociales, permitiendo así observar la relación de estos con relación al desarrollo tanto de los Estados como de los órdenes mundiales (Isla Lope, 2018, pág. 77).

En la comprensión del orden mundial el elemento económico es central, ya que dicho orden se sustenta en una hegemonía “basada en la estructura global de poder social generada por la internacionalización de la producción”. Se da una relación continua derivada del dominio del capital internacional sobre el nacional, el cual mantiene la internacionalización de los Estados, incluidos los países más avanzados.

Partiendo de esta formulación, continuaremos con Robert Cox (2013), quien plantea algunas de las premisas de la teoría crítica, las cuales serán sustento analítico de los próximos capítulos:

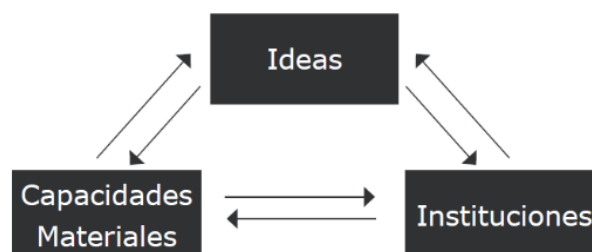
1. Una conciencia de que la acción nunca es absolutamente libre, sino que tiene lugar dentro de un marco que constituye su problemática. La teoría crítica comenzaría con este marco, lo cual significa comenzar con una interrogante histórica o con una apreciación de la experiencia humana que da paso a la necesidad de la teoría;
2. Darse cuenta que no sólo la acción, sino también la teoría, están marcadas por una problemática. La teoría crítica es consciente de su propia relatividad, pero a través de esta consciencia puede lograr una perspectiva temporal más amplia y volverse menos relativa que la teoría de solución de problemas. Es consciente que la tarea de teorizar nunca culminará en un sistema cerrado, sino que debe continuamente comenzar de nuevo;
3. El marco para la acción cambia a través del tiempo y un objetivo principal de la teoría crítica es entender estos cambios;
4. Este marco tiene la forma de una estructura histórica, una combinación particular de patrones de pensamiento, condiciones materiales e instituciones humanas que tienen una cierta coherencia entre sus elementos. Estas estructuras no determinan las acciones de las personas en ningún sentido mecánico, sino que constituyen el contexto de los hábitos, presiones, expectativas y restricciones dentro de las cuales la acción tiene lugar;
5. El marco o la estructura dentro de la cual se da la acción debe ser visto, no desde arriba en términos de requisitos para su equilibrio o reproducción (lo cual nos haría volver rápidamente a la solución de problemas), sino más bien

desde abajo, o desde fuera, en el ámbito de los conflictos que surgen dentro de este marco y que abren la posibilidad para su transformación (págs. 140-141).

Robert Cox nos presenta una serie de elementos teóricos relevantes para el análisis crítico de las relaciones sociales de poder, las cuales nos serán útiles para los análisis tanto a nivel local, regional e internacional. Uno de ellos son las “estructuras históricas”, o como también las nombra “la noción de marco para la acción”, a las cuales refiere una configuración particular de fuerzas, es decir presiones o restricciones, que bajo ninguna razón serán deterministas o mecanizadas sobre el accionar de los grupos, y que por el contrario tanto los grupos como los individuos las pueden atacar y resistir, pero no ignorarlas. Así como en la medida en que resisten con éxito a dichas presiones de la “estructura histórica imperante” es posible forjar una “fuerza alternativa emergente” o rival con relación a dicha estructura (Cox, 2013, pág. 141).

Cox, desagrega dichas fuerzas en tres partes: “capacidades materiales, ideas e instituciones”, las cuales interactúan entre sí y no lo hacen, necesariamente, de una manera particular o determinada.

Figura 1.
Categorías de fuerzas (Cox, 2013, pág. 41).



El autor entiende por capacidades materiales los “potenciales productivos y destructivos”, las cuales en sus “formas dinámicas” se reflejan en las capacidades tecnológicas y organizativas, y en sus “formas de acumulación como recursos naturales que la tecnología puede transformar” como equipos industriales, armamentos y la riqueza que les subyace. Las ideas las plantea desde dos dimensiones, por un lado, como significados intersubjetivos, refiriendo “nociones compartidas de la naturaleza de las relaciones sociales que tienden a perpetuar los hábitos y las expectativas de comportamiento”, como lo es que en la política mundial contemporánea se esperen comportamientos específicos cuando se producen conflicto entre los Estados como

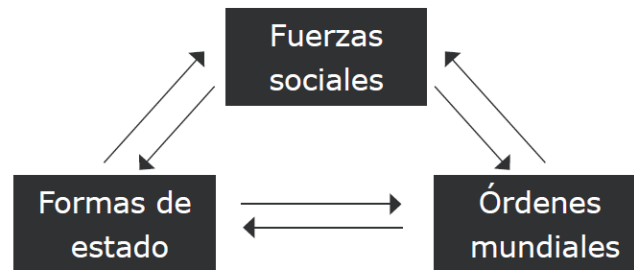
“negociación, confrontación, o guerra”; Cox plantea que dichas nociones han estado condicionadas históricamente y que las realidades de dicha política “no han sido siempre representadas” de dicha manera²⁰. Por otro lado, encontramos “las imágenes colectivas del orden social de diferentes grupos de personas” que incluyen variados puntos de vista sobre la naturaleza, las relaciones de poder o la justicia, entre muchos otros elementos, y si bien dichos significados intersubjetivos suelen ser comunes en el discurso social de una estructura histórica las imágenes colectivas también pueden ser diversas o contrarias, lo que evidencia la posibilidad de concebir “vías alternativas de desarrollo” y “plantea preguntas sobre las posibles bases materiales e institucionales de una estructura alternativa emergente”. Por último, la institucionalización “es una forma de estabilizar y perpetuar un orden particular”, donde las instituciones reflejan “las relaciones de poder dominantes” y promueven inicialmente “imágenes colectivas consistentes con estas relaciones de poder”, pero dichas instituciones se convierten en campo de batalla y “estimulan la creación de instituciones rivales que reflejan tendencias diferentes” (Cox, 2013, pág. 142).

En el análisis, el crítico canadiense formula una serie de elementos importantes, planteando una conexión estrecha entre la institucionalización y la hegemonía gramsciana, esbozando que las instituciones proporcionan “vías de gestión de los conflictos internos para minimizar el uso de la fuerza” y, si bien la institución podría imponerse por la fuerza en las relaciones de poder, el uso de la fuerza “no tendría que ser usada con el propósito de asegurar la dominación de los fuertes en la medida en que los débiles acepten las relaciones de poder imperantes como legítimas”; en esa medida las instituciones se pueden convertir en el sustento de una estrategia hegemónica que busca tanto “la representación de intereses diversos” como la “universalización de políticas”. En esa medida plantea la importancia de distinguir entre estructuras hegemónicas y no hegemónicas, entendidas en su orden como: “aquellas en las que la base del poder de la estructura tiende a alojarse en el trasfondo de la conciencia” y aquellas en las cuales “el control de las relaciones de poder está siempre en un primer plano²¹” (Cox, 2013, pág. 143).

²⁰ El autor plantea otros ejemplos, como lo son que “las personas están organizadas y dirigidas por los estados (*sic*) que tienen autoridad sobre territorios definidos; que los estados se relacionan los unos con los otros a través de agentes diplomáticos; que aplicar ciertas reglas para la protección de los agentes diplomáticos es interés común a todos los estados” (Cox, 2013, pág. 142).

²¹ Sin embargo, Cox advierte que la “hegemonía no puede ser reducida a una dimensión institucional”, así como en necesario “tener cuidado y no permitir un enfoque sobre las instituciones que obscurezca tanto los

Figura 2.
Estructuras históricas (Cox, 2013, pág. 45).



Esta estructura histórica no representa un todo sino una esfera particular de la totalidad histórica. Los tres conjuntos de fuerza compuestos por: capacidades materiales, ideas e instituciones (Figura 1) son un “dispositivo heurístico, no categorías con una jerarquía relacional predeterminada”, por lo cual el método de las estructuras históricas se aplica a “tres niveles o esferas de actividad”: primero, la organización de la producción, “más particularmente en relación a las *fuerzas sociales* engendradas por el proceso de producción”; segundo, “las formas de estado (*sic*) como deducidas del estudio de los complejos estado/sociedad”; y tercero, los “*órdenes mundiales*”. Como muestra la figura 2, los tres niveles están directamente interrelacionados, aunque dicho ejercicio no es una relación unilineal, como evidencia el autor, “los cambios en la organización de la producción generan nuevas fuerzas sociales que, a su vez, aparejan cambios en la estructura de los estados (*sic*)”, así como también, “la generalización de los cambios en la estructura de los estados altera la problemática del orden mundial (Cox, 2013, págs. 143-144).

La teoría crítica internacional, (...) sostiene que cuando una estructura histórica cambia, cambia el orden mundial, cambia la estructura económica internacional, y por ende cambian los actores que se enfrentan y el por qué se enfrentan a nivel global, regional y estatal. (Isla Lope, 2012, pág. 55)

Los tres niveles: las fuerzas sociales, las formas de Estado y los órdenes mundiales pueden ser representados por separado, “en una aproximación preliminar” a partir de las “configuraciones particulares de capacidades materiales, ideas e instituciones” (figura 1).

cambios en la relación de las fuerzas materiales, como el surgimiento de retos ideológicos al orden imperante anterior”, con elegancia sentencia que las “instituciones son una expresión de la hegemonía, no la hegemonía misma” (Cox, 2013, pág. 143).

Así se genera una relación en la que son “consideradas en relación las unas con las otras, y por tanto acercándose hacia una representación más completa del proceso histórico, cada una contiene y soporta el impacto de las otras” (figura 2) (Cox, 2013, pág. 145). En palabras de Isla Lope: para “Cox el análisis integral del orden mundial y de sus características estructurales debe siempre tomar en cuenta la interacción entre fuerzas sociales, Estados y órdenes mundiales. (2012, pág. 56)

1.1.2 Los aportes de la TCI en los estudios de Medio Oriente y el Norte de África.

La política árabe, la política de Medio Oriente, el Norte de África o la política del mundo musulmán son algunos de los calificativos que se usan para enunciar, y sobre todo describir, la política de los países de esta región. Estas expresiones son reduccionistas, excluyentes, eurocéntricas y esencialistas, ya que contemplan como escenarios explicativos de manera recurrente categorías de orden religioso, así como reflexiones deterministas sobre los escenarios de conflictividad o, en su defecto, retoman argumentos de carácter económico o político desconectado del orden internacional y el desarrollo económico de la región.

Los aportes de la teoría crítica internacional, la economía política y otras perspectivas teóricas disidentes de las RR. II. y las ciencias sociales generan reflexiones de suma importancia para superar las teorías de resolución de problemas y las teorías explicativas, recuperando reflexiones que “hacen hincapié en perspectivas conceptuales y comparativas más amplias, sugiriendo que la política árabe ya no debería percibirse como peculiar y exclusivamente árabe” (Ayubi, 1995, pág. xi). Aunque esto no signifique que hay condiciones compartidas por muchos de esos países que permiten comparar o analizar sus realidades políticas y sociales.

Como menciona Ayubi (1995, pág. xii): “los problemas de Oriente Medio pueden ser 'específicos' pero no son particularmente 'únicos'”. Por otro lado, aunque desde la TCI se fundamenta una crítica a las teorías de resolución de problemas, tampoco son descartables los aportes realizados sobre la región desde las perspectivas positivistas u orientalistas, sino que dicho acumulado epistemológico debe ser tenido en cuenta desde una perspectiva crítica para recuperar elementos de análisis que siguen siendo importantes. Esto es, el proceso gnoseológico implica reconocer no solo el origen epistemológico del material que se está estudiando, sino el lugar que asume el

investigador y las perspectivas que aplica para su entendimiento, reconociendo sus sesgos ideológicos e intereses políticos. Por otro lado, plantea Isla Lope retomando a R. Cox y económicos. Como plantea Isla Lope:

Nuestra propuesta metodológica tratará de argumentar que específicamente si existe una línea dentro del pensamiento desarrollado por las ciencias sociales surgidas en “Occidente” que ha sido rescatada por diversos autores de nuestra disciplina que, si es aplicada de manera no etnocéntrica ni reduccionista y respetando con rigurosidad la especificidad regional, puede aportarnos un conocimiento útil y enriquecedor para comprender la problemática internacional de regiones como el Medio Oriente. (Isla Lope, 2020, págs. 6-7)

De allí que sea importante desde la TCI, por un lado, develar los intereses ideológicos, políticos y económicos que subyacen a las teorías que han pretendido explicar los fenómenos políticos en la región desde “los intereses y rivalidades geopolíticas impuestos desde el orden mundial, sin importar las necesidades y anhelos de sus sociedades y mucho menos su devenir histórico”; así como por otro lado, dimensionar que la TCI “niega que las instituciones existentes en el actual sistema internacional sean las mejores” con el propósito de “revelar los procesos subyacentes que trascienden al sistema y que puedan permitir a la humanidad, en un momento dado, ascender a mejores etapas o épocas de progreso” (Isla Lope, 2020, págs. 12-13).

Desde la TCI se ha planteado, con relación a los conflictos en MENA, que la guerra moderna fue introducida en la región por la “expansión del capitalismo moderno”, lo que desencadenó, producto del imperialismo neoliberal, un expansionismo militar “basado en la capacidad industrial y tecnológica de las potencias más avanzadas de Europa”, con la consecuencia de “un conjunto de combates desiguales y desventajosos para la región”. Un segundo momento se generó con el “imperialismo colonialista”, el cual se originó “desde las dos últimas décadas del siglo XIX, hasta la Segunda Guerra Mundial”, lo que daría cabida a los “conflictos antiimperialistas de lucha anticolonial”. Y al final de la Segunda Guerra Mundial “el periodo del Sistema Imperial globalizador va a producir a su vez nuevos elementos generadores de violencia”, que generaría una inestabilidad derivada de la desigualdad social, “así como en una reacción a la imposición cultural que quiere implantarse desde afuera a su población para controlarla” (Isla Lope, 2012, pág. 54).

Precisamente los aportes de la TCI en el análisis de Medio Oriente y el Norte de África también se extienden a la importancia que tiene la historia (como lo hace la sociología histórica), a la relevancia que le confiere tanto a los Estados como a las fuerzas sociales, así como “capacidad crítica con la que observa al orden mundial”. También lo es su “entrelazamiento con las diversas regiones y los Estados que las componen”, lo que aporta una visión no reduccionista en el propósito de “constituir un marco explicativo general que se mueva al fondo del análisis”, en la medida en que permitan “entender la naturaleza de importantes fenómenos que constituyen factores de conflicto en el Medio Oriente” (Isla Lope, 2012, pág. 48).

Cox no sólo le atribuye al Estado un nivel de autonomía hacia su interior, sino que también le garantiza un poder de acción moderado hacia el exterior, que los Estados pueden utilizar, de acuerdo a su capacidad, para dar forma al mismo sistema internacional al que pertenecen. (Isla Lope, 2012, pág. 52)

Pero dicha capacidad de acción de ciertos Estados rebeldes dirigida hacia el exterior será limitada, ya que “haya o no un orden hegemónico no [se] garantiza que los Estados sean capaces de crear un mundo genuinamente libre, pacífico e igualitario”, ya que “en virtud de que (...) están “socializados” por relaciones de clase”, está supeditados a “la explotación hacia el interior de su esfera interna de producción” (Isla Lope, 2012, pág. 52).

Por otro lado, plantea Isla Lope retomando a R. Cox, que los intereses políticos han sido influyentes en la formación del conocimiento, regresando a la reconocida y asertiva sentencia de que “la teoría es siempre para alguien y con algún propósito” (Cox, 2013, pág. 132), la cual recobra relevancia cuando la teoría para la solución de problemas pretende revisar la historia de la región con unas pretensiones muy específicas. Plantea Isla Lope que, si “tomamos de manera específica al Medio Oriente como tal, a partir de estas teorías, resulta que éste aparecería a fines del siglo XVIII, sólo en relación con los intereses y rivalidades geopolíticas de los Estados europeos”, precisamente, desde unas visiones eurocéntricas poco interesadas en “sus sociedades y mucho menos [en] su historia” (2012, pág. 49). En los tiempos recientes, resulta también importante mencionar que bajo las “nuevas” estrategias y recetas para superar los retrasos o dificultades económicas y sociales de la región, se pretende predicar que los países de Medio Oriente y el Norte de África deben delinear un compromiso con la estructura global existente

aplicando reformas acordes a las dinámicas del capitalismo neoliberal que le devolverá a dichos países estabilidad política, económica y social.

Dichas directrices adornadas de recomendaciones dictadas por entidades como el FMI, el Banco Mundial o los países centrales de la economía neoliberal son evidencia de que la acción de los Estados, ya sean estos partidarios o no del orden hegemónico, sean o no los países más avanzados, está condicionada por las relaciones de clase.

El orden mundial actual parte de una hegemonía basada en la estructura global del poder social generada por la internacionalización de la producción. Esto a partir de la fuerza y la vinculación del continuo dominio del capital internacional sobre el nacional, incluso en los países más avanzados, así como en la continua internacionalización del Estado. (Isla Lope, 2012, pág. 52)

Este proceso de “internacionalización de la producción a través del libre mercado” no beneficia a todas las economías, por el contrario, se impone desde “la política del más fuerte a través del libre comercio”; pero dicha relación desigual no implica que sólo la hegemonía económica mundial se beneficie, las burguesías nacionales que aceptan ideológicamente la economía neoliberal se benefician a partir de alianzas transnacionales y de la proletarianización de la economía interna. Para el caso de MENA, dicha imposición de poder sobre los asalariados, implica que “el conflicto social es contenido, *[aunque]* no siempre con éxito, mediante una combinación de corporativismo estatal y represión”.

Es evidente que en dicha región una fuente primaria de conflicto se genera a partir del orden mundial actual, fuente que en gran medida parte de la oposición de los trabajadores no establecidos en el marco de la economía formal de las sociedades, así como de las grandes masas de marginados sociales que existen en estos países y que en su inmensa mayoría se oponen real o potencialmente al capital internacional y a las estructuras estatales y de orden mundial más vinculadas con el capital internacional. (Isla Lope, 2012, pág. 53)

Ya sea en asuntos de carácter económico, cultural, político, bélico o religioso los Estados de Medio Oriente y el Norte de África poseen capacidad de acción hacia el interior de sus fronteras y una cierta capacidad hacia afuera, lo que “le permite influir y contribuir hasta cierto punto en el diseño del ámbito internacional”, y si bien, como plantea Isla Lope (2012, pág. 53), el orden mundial no ha dejado de tener influencia en los asuntos bélicos de la región, como en otras tantas problemáticas, “esto no ha

significado que los Estados del Medio Oriente hayan estado exentos de jugar un papel fundamental en torno a la violencia tanto hacia el interior de sus sociedades, como en el orden regional e incluso en el ámbito internacional más amplio”.

Esto se puede ejemplificar inicialmente de dos maneras, por un lado, con las monarquías del Golfo y los procesos de acumulación de capital derivadas de la renta extractivista de las élites absolutistas/realistas, y por otro lado, con las repúblicas de carácter socializante que se sirvieron de la renta petrolera para aplicar políticas de bienestar contrariando las directrices de liberalización y privatización, a la vez que se daban ejercicios de acumulación de capital para las burguesías nacionales.

La teoría crítica internacional²² nos proporciona un marco de análisis de los conflictos en Medio Oriente y el Norte de África a partir de la expansión del capitalismo, pero que se ha agudizado aún más con los procesos de globalización como generadores de pobreza, subdesarrollo y de mayor deterioro social, los que han proporcionado un terreno fértil para la generación de violencia. (Isla Lope, 2012, págs. 55-56)

En ese sentido encontramos una apuesta de los gobiernos de Arabia Saudita, Qatar, Emiratos Árabes Unidos, Omán y Kuwait vinculados a la internacionalización de la producción obteniendo réditos de la renta petrolera (tantos como el sistema internacional lo permitiera) encaminados a fortalecer los estados y sus élites políticas y monárquicas, poco preocupadas por la redistribución de la riqueza entre las capas más bajas de la población.

Para el caso de las repúblicas con perspectiva socialista o socializante, como lo eran Egipto con Gamal Abdel Nasser entre 1954-70, Túnez con Habib Burguiba entre 1957-87, Argelia con Ahmed Ben Bella y Houari Boumédiène entre 1963-78, Siria con Hafez al-Assad entre 1971-00 y la Gran Yamahiriya Árabe Libia de Muamar al-Gadaffi desde 1969, se generó una relación similar entre la autonomía relativa de estos Estados y su vinculación a la internacionalización de la producción, que si bien también era limitada, desde una apuesta rebelde con el orden mundial, apostó por economías que

²² Isla Lope (2012, pág. 54) planteará que las debilidades y limitaciones de la TCI se encuentran “en el peligro de derivar de sus conceptos generalizaciones simplistas que deifiquen al Sistema Internacional, que al mismo tiempo se menosprecie la importancia de los Estados en la región y que a su vez no se preste la atención debida a las fuerzas sociales que subyacen en los procesos de cambio”. Por lo que es fundamental no perder de vista las dimensiones de las problemáticas de la región a nivel local, regional e internacional.

redistribuyeran la riqueza en un escenario de transición entre el pasado colonial y los contextos de tensión ante la nueva dinámica bipolar y neocolonial.

Pero en la relación hegemónica del sistema internacional y la esfera interna de producción mediada por las relaciones de clase se impondría el modelo neoliberal en un escenario de imperialismo globalizador y neocolonial, que arrojaría a márgenes importantes de la población al empobrecimiento, la informalidad y la precariedad arrebatando del Estado la responsabilidad que había asumido como Estado de bienestar, ya fuera por inspiración o influencia de los planteamientos keynesianos, proteccionistas, socialistas o comunistas. Este nuevo escenario trajo consigo la liberalización de las economías nacionales, la privatización de las empresas estatales, el desmonte de subsidios y derechos sindicales, pero también la aparición de prestantes clases medias y altas que, aunque minoritarias, se daban una nueva vida propiciada por la apertura económica “de corte occidental”.

Mientras que en Egipto Anwar al-Sadat con la Revolución Correctiva dio inicio a dicha liberalización, en Siria con al-Assad o en Libia con al-Gadaffi se mantuvo una dinámica híbrida entre un capitalismo de Estado y un capitalismo entre amigos con una importante política social que gradualmente se iría desmontando. Ya fuera de una o de otra manera, el orden mundial y las burguesías nacionales demandaban un desmonte del Estado de bienestar, privatizaciones y accesos a nuevos mercados, en tanto, las distintas fuerzas sociales resistían y se movilizaban en contra de las directrices neoliberales.

Este escenario de empobrecimiento y conflicto ha sido aprovechado por organizaciones políticas, religiosas y militares como los Hermanos Musulmanes, Hezbolá, Hamas o incluso Al-Qaeda, así como por organizaciones nacionalistas y de izquierda, en amplios procesos de organización que han ocupado las distintas plazas públicas de Medio Oriente y el Norte de África.

1.2 Fundamentación teórica-conceptual del Estado en Medio Oriente y el Norte de África

Mucho se ha debatido sobre el desplazamiento, reducción o vigencia del Estado en la política nacional e internacional en tiempos donde se ha sobredimensionado el papel de la economía neoliberal como espacio despolitizado, que se adecua según la oferta y la demanda y tiene la capacidad de autorregularse a sí misma.

Con el apogeo del neoliberalismo y la lucha contra el comunismo desde inicios de los años setenta bajo el liderazgo de Ronald Reagan, Margaret Thatcher, Milton Friedman y los Chicago Boys en plena hegemonía estadounidense, se inició un exitoso proceso de experimentación económica y política que no solo propició el golpe de Estado en Chile por parte de Augusto Pinochet contra el proyecto socialista de Salvador Allende en 1973, sino que también dio inicio a la reforma neoliberal en la otrora Egipto socialista de Gamal Abdel Nasser, desde 1971 en manos de Anwar al-Sadat, que se sumarían a una oleada de golpes de Estado, intervenciones militares y ejercicios de persuasión (*soft power*) que favorecieron gobiernos aperturistas y dispuestos a las reformas neoliberales que se propagarían por todo el mundo, encontrando su culmen con la caída del Telón de Acero en 1991 y la declaración del —supuesto— fin de la historia.

Estas perspectivas defensoras del progresivo reducimiento del Estado y la centralidad de la economía con su mano invisible se vieron fuertemente confrontados con la crisis económica de 2008²³, la desmedida concentración de la riqueza y el fracaso en el cumplimiento de los objetivos del milenio; el empobrecimiento de las periferias, las guerras coloniales e imperialistas, el fracaso de la guerra contra el terrorismo, así como profundas crisis sociales y ambientales se edificaron como escenarios contrastantes con el exitoso proceso de acumulación, aunque no exclusivamente, pero sí principalmente, de los países centrales (y sus multimillonarios).

Dicha tensión entre el papel del Estado en la conducción política y económica de la sociedad ha permeado desde el orden internacional hasta cada una de las naciones vinculadas a la economía internacional. Esta permeabilidad ha variado dependiendo de las alianzas alcanzadas tanto en el escenario regional como internacional, con aperturas ampliamente neoliberales y privatizadoras, unas de carácter mixto y otras tantas más cerradas pero dependientes de la renta petrolera.

La presión ejercida sobre los países de Medio Oriente y el Norte de África, principalmente desde los años setenta en la búsqueda de abrir sus mercados a la economía internacional, con la privatización de las empresas públicas, el desmonte de las políticas de bienestar y la aplicación de impuestos a productos y servicios de primera necesidad dio un giro a las políticas de carácter social aplicadas por los gobiernos socialistas (o

²³ Si bien el modelo capitalista neoliberal ya había mostrado sus primeras crisis en los años ochenta, es con la crisis económica de 2008 que su fracaso se hizo incuestionable.

socializantes) y populistas en la región. Ya sea en la pretensión de un Estado exagerado o en la de la reducción del mismo, el Estado árabe “no es un crecimiento natural de su propia historia socioeconómica o su propia tradición cultural e intelectual” (1995, pág. 3).

En palabras de Ayubi (1995, pág. 4) la discusión sobre el papel del Estado y la necesidad de su intervención en los asuntos de la sociedad desde los años noventa ha “producido dos acontecimientos aparentemente contradictorios”, desde la academia se ha hecho manifiesto un esfuerzo por “traer de vuelta al Estado” a los análisis sociales “como un concepto analítico importante” minimizado por “el impacto del conductismo estadounidense”; en tanto, en la vida económica y política real se reclama (o reclamaba principalmente entre los años noventa y la primera década del siglo XXI) menos Estado y menor intervención del mismo sobre la vida de las personas. Este fenómeno no ha sido exclusivo de los países capitalistas del centro, la integración de los mercados y las comunicaciones ha llevado a que estos desarrollos intelectuales y político-económicos afecten también a MENA.

1.2.1 El orden mundial y la vinculación del Estado en Medio Oriente y el Norte de África

El fin de la Primera Guerra Mundial y la caída del Imperio Otomano trajo consigo el escenario que configuraría una “permanente injerencia” de las potencias europeas y la consecuente reacción anticolonial de los pueblos árabes en la región, reacción y conflicto que se profundizaría después de la Segunda Guerra Mundial con un fortalecimiento del “nacionalismo anticolonialista árabe” y con la creación del Estado de Israel (Isla Lope, 2020, págs. 3-4).

Pero la presencia colonial europea no apareció de repente con el acuerdo de Sykes-Picot ni con la creación del Estado de Israel. Como nos recuerda Isla Lope (2020, pág. 21) la ocupación territorial colonialista sobre los territorios del Imperio Otomano se dio entre 1881 y 1918, y con el acuerdo de Sykes-Picot se “simboliza (...) el proceso mediante el cual se implementó el diseño del sistema regional de Estados”, consolidándose como “la culminación de dicho proyecto hegemónico regional”.

Incluso unos años antes, en la Conferencia de Berlín de 1884-85 desde Europa comenzó a “plantearse de manera más abierta en el ámbito diplomático” la ocupación de las provincias, quedando de manifiesto la incapacidad de “Gran Bretaña para garantizar

la integridad del orden regional en el Medio Oriente, cuyo axioma de equilibrio se basaba en la preservación del Imperio Otomano como un actor regional fundamental”. En 1881 sería ocupado Túnez seguido de Egipto y Sudán en 1882 y de Bahrein y Kuwait a finales de dicho siglo; para 1904 se firmaría la “Entente Cordiale entre Francia e Inglaterra, alianza en la que reconocieron mutuamente, ambos países, sus derechos de ocupación en el norte de África”, como también nos menciona Isla Lope (2020, págs. 21-22), la “rivalidad interimperialista” generó la ocupación de los territorios de Libia y Marruecos en 1911 y 1912, y en 1915 se dio la firma de los acuerdos de Constantinopla y el tratado de Londres “en los que se planteaba la repartición del resto de los territorios otomanos una vez terminada” la Primera Guerra Mundial.

Lo relevante de este recuento histórico del proceso de ocupación europea sobre los territorios del Medio Oriente es que coincide con el declive de la Pax Británica²⁴, la cual se caracterizó por mantener “la integridad territorial del Imperio Otomano”, a la vez que dicha integridad se constituía como un “axioma del equilibrio de poder europeo comandado por Gran Bretaña”. Este liderazgo permitió “la penetración de la economía liberal europea en todos los rincones del Imperio Otomano” sin la necesidad de una “ocupación colonial directa”²⁵, de allí que la incorporación de la región al mercado capitalista mundial y al orden mundial hegemónico bajo el liderazgo británico garantizara la no desintegración del Imperio (Isla Lope, 2020, págs. 22-23).

Las crisis que actualmente afecta a algunos países de Medio Oriente y el Norte de África, resguardando sus causas comunes, así como sus particularidades en lo que corresponde a los asuntos económicos, políticos, sociales, culturales o militares, encuentran “raíces muy profundas provenientes del orden internacional”, en las que existe “una interrelación permanente y dialéctica entre lo estatal, lo regional y lo mundial”. Y si bien esta situación no es un asunto exclusivo de Medio Oriente se hace aún más evidente dicha intromisión en la región por la “constante y profunda injerencia extranjera que se remonta a más de doscientos años” (Isla Lope, 2020, pág. 26).

El proceso de transición entre la pax británica a la pax americana se concretó con el fin de la Segunda Guerra Mundial, siendo significativo para la región que EE. UU. pasara a asumir las responsabilidades hegemónicas del Reino Unido, las cuales se

²⁴ La cual “comenzó a imponerse en el Medio Oriente a partir de la derrota de Napoleón en Egipto a manos de los ingleses” (Isla Lope, 2020, pág. 22) en el año 1798.

²⁵ Como sí sucedió con el subcontinente indio.

concretaron durante la guerra fría con la “política de contención del comunismo” expresada desde 1947 en la conocida Doctrina Truman²⁶, la cual buscaba no solo contener la expansión del comunismo sino redefinir su posicionamiento geoestratégico, proporcionando así su capacidad política, económica y militar. Su alianza con el Estado de Israel y “diversos regímenes autoritarios árabes” le permitió posicionar su hegemonía a cambio de la protección y “aceptación incondicional del modelo neoliberal globalizador iniciado desde la década de los setenta” (Isla Lope, 2020, pág. 27).

En el caso del Medio Oriente es importante analizar las transformaciones estructurales que se han presentado en el orden internacional a partir del siglo XIX, que es el momento en que esta región va a sufrir un impacto importante proveniente del orden internacional imperante, periodo que suele denominarse como la pax británica y que correspondió regionalmente a la incorporación del Medio Oriente al mercado capitalista mundial. (Isla Lope, 2012, pág. 57)

A la Doctrina Truman y el posicionamiento hegemónico de los EE. UU. posterior a la Segunda Guerra Mundial, le precedió los Acuerdos de Bretton Woods, lo cuales definieron al dólar estadounidense como la moneda de referencia y sentaron las bases para la creación del Banco Mundial y el Fondo Monetario Internacional en 1944. Cada uno de estos pasos desplazó las pretensiones de Reino Unido y Francia de posicionarse como potencias en disputa de la hegemonía mundial. La Guerra del Sinaí en 1956 que enfrentó a Reino Unido, Francia e Israel contra Egipto, tras la nacionalización del Canal de Suez por parte de Gamal Abdel Nasser, definiría no sólo la hegemonía estadounidense en el mundo occidental, sino también, el escenario de bipolaridad mundial con la Unión Soviética. Tras una contundente actuación de los tres aliados contra las tropas árabes-egipcias, la presión política de EE. UU. bajo el liderazgo de Dwight D. Eisenhower y de la URSS con Nikita Jrushchov desestimaría las pretensiones europeas sobre el Canal de Suez y confirmaría el posicionamiento estadounidense y soviético en el orden internacional.

Isla Lope se apoya en Gilbert Achcar y George Corm para plantear que el desarrollo del modelo neoliberal en la región desde los años setenta “generó que las condiciones de la mayoría de las estructuras económicas y sociales de los diferentes

²⁶ Algunos de los principios de la doctrina fueron: evitar la propagación del comunismo, posicionar a Estados Unidos como potencia económica y militar y limitar el poder marítimo de la Unión Soviética.

Estados árabes se fueran deteriorando a lo largo del tiempo”, encontrando en el año 2008 la culmine de su agudización con la crisis financiera mundial. Produciendo así, en menor o mayor medida, en los países de la región un proceso de estancamiento económico, inflación, alza en los precios, desempleo, reducción o congelación de salarios, desfinanciamiento y precarización del sector público, acompañado por gobiernos de corte autoritario y “dictatorial” que durante décadas reprimieron los procesos de organización social y limitaron las libertades de la población, generando así las condiciones para las revueltas populares en Medio Oriente y el Norte de África durante 2010 y 2011 principalmente en países como Túnez, Libia²⁷, Yemen, Egipto y Siria, siendo este último uno de los países con mayor inestabilidad social, política y militar pero donde no se produjo un cambio de gobierno (Isla Lope, 2020, págs. 27-28).

El mismo Isla Lope (2020, pág. 31) ofrece un análisis del Estado árabe a partir de tres características que se han interrelacionado como elementos tradicionales con estructuras modernas de Estado, plantea que estas se han sustentado en “un largo periodo de estancamiento histórico”, que persisten y se mantienen como “estructuras e instituciones arcaicas” que no solo han permanecido por siglos, sino que iniciaron su limitada y parcial transformación desde la segunda mitad del siglo XX. Estos tres “factores estructurales” son el tribalismo, el sectarismo y el separatismo étnico que se mantienen como “legado de periodos precapitalistas” y del orden precolonial, estos factores se han mantenido como características en las que:

La organización social se determinaba a través de estructuras tribales de linaje y parentesco; en las que la religión constituía la ideología política sectaria por excelencia; y en las que no existía un mercado capitalista que unificara un territorio nacional sujeto a la soberanía estatal, sino que se mantenían características económicas y políticas provinciales y muy localistas. (2020, pág. 32)

El mantenimiento de estos factores se ha generado por un “desarrollo combinado”, en el cual, “agentes modernizadores capitalistas, tanto externos como locales, han sacado y siguen sacando ventaja de las estructuras arcaicas para consolidar su propio poder”. Esta dinámica fue aprovechada tanto por las “potencias coloniales europeas”, en el control

²⁷ La situación económica y social de Libia necesitaría un capítulo aparte, ya que su favorable posición y estabilidad distaba considerablemente de los deteriorados contextos con los que lidiaban otros países de la región.

de las poblaciones y el mantenimiento de su poder, como de los regímenes árabes, “que han sucumbido a la tentación de seguir cultivando relaciones clientelares de tipo tribal, sectario o de sometimiento de las minorías étnicas con propósitos similares” (Isla Lope, 2020, pág. 33).

Si bien la reflexión planteada por Isla Lope ofrece un panorama importante sobre el vínculo de las estructuras tribales con los nacientes Estados árabes y la presencia de las potencias coloniales, también destaca la pretensión estadocéntrica de señalar dichas figuras de organización como arcaicas y atrasadas en su relación con el Estado, las cuales solo iniciaron su lenta transformación desde los procesos anticoloniales de mediados del siglo XX. En otras palabras, se vislumbra un sesgo orientalista que concibe las relaciones de las comunidades y los procesos organizativos en Medio Oriente y Norte de África como “arcaicas” dependiendo de su vínculo con estructuras modernas vinculadas al capitalismo y al Estado-nación. Así como se aporta un guiño por vincular la organización tribal a prácticas sectarias y separatistas, cuando dichas nociones tienen un calado histórico más profundo con la presencia colonial europea; por ejemplo, esto queda en evidencia con la organización del Imperio Otomano en eyalatos desde el siglo XVI o con la articulación de las comunidades árabes tribales que apostaban por la creación de una gran nación árabe tras el final de la Primera Guerra Mundial.

Es decir, la preponderancia del sistema tribal y sectario bajo la óptica del Estado Nación no surge exclusivamente como resquicio de las viejas estructuras de la región sino también como estrategia de división arrojada por la presencia colonial, que instrumentalizó la heterogeneidad de la población para administrarla según sus intereses. La coexistencia relativamente pacífica de diversas comunidades étnicas y religiosas en el Imperio Otomano debería ser síntoma suficiente para evidenciarlo, pero aun así, encontraremos que con el desmembramiento del Imperio la pretensión de las potencias europeas fue la de separar la región según sus intereses en disputa, basadas no solo en sus relaciones de poder sino en las pretensiones de dominio sobre territorios y comunidades específicas, que se justificaron bajo el crisol de la protección de ciertas comunidades, como sucedió con las cristianas en el Líbano, a la vez que se encaminada la derrota y el final definitivo de una potencia como el Imperio Otomano, profundizando el sentimiento político-religioso de diversas sectas, grupos y comunidades. No es casualidad que Siria entre 1920 y 1936 hubiera sido diseccionada bajo una perspectiva confesional entre drusos, cristianos, alauitas y sunnas como medida para contener el nacionalismo árabe.

Así como la relación colonial de franceses y británicos en la región dejó tras de sí un vestigio de nuevos Estados primitivos, caracterizados más por su ferocidad y carácter rentista, en un contexto de constante rivalidad entre estos y el naciente Estado israelí.

1.2.2 *Over-stating* y hegemonía del Estado corporativista en la región

El Estado en Medio Oriente y el Norte de África ha denotado características notorias en su búsqueda de desarrollarse y consolidarse como un Estado moderno y fuerte, como plantea Nazih Ayubi en su justificación para plantear la exageración del Estado (*Over-stating*) en la región, es notable su expansión en términos cuantitativos entre los años sesenta y noventa con la industrialización estatal, el bienestar social y la ampliación de las organizaciones sociales, el personal y el gasto público. Este estatismo o exageración del Estado está vinculado por Ayubi al concepto de "exceso de personal", así como al "Estado sobredesarrollado" de Hamza Alavi; y a otros conceptos que entienden el Estado como "sobreexpresado" "en el sentido de estar sobre-estirado o sobre-extendido" y como características "de los regímenes populistas que intentaron aplicar políticas desarrollistas y asistencialistas al mismo tiempo" (Ayubi, 1995, pág. 3).

Un elemento de análisis importante en ese proceso de exageración es que "el poder, la eficacia y la importancia real del Estado podrían haber sido sobreestimados", debido a que es un *Estado feroz* que se sustenta en la coerción y la violencia para garantizar su existencia pero que en realidad no es fuerte porque carece en diversos grados del "poder de infraestructura"²⁸, que le permitan penetrar en la sociedad civil de manera efectiva, además porque "carece de hegemonía ideológica (en el sentido gramsciano) que le permita forjar un bloque social 'histórico' que acepte la legitimidad de la élite gobernante" (Ayubi, 1995, pág. 3).

Esa relación de debilidad institucional contrasta con la imagen que generan muchos de los Estados árabes de ser Estados "duros", y aunque muchos de ellos son Estados "feroces", pocos son Estados realmente "fuertes". Porque, aunque cuentan con "grandes burocracias, poderosos ejércitos y duras cárceles", son igualmente débiles, evidenciando esa carencia cuando se trata, por ejemplo, "de recaudar impuestos, ganar

²⁸ El sociólogo británico Michael Mann desarrolla dos tipos de poder estatal que se "deriva principalmente de la capacidad única del Estado para proporcionar una forma de organización territorialmente centralizada". Estos son el poder despótico y el poder de infraestructura, que comprende la capacidad de un Estado en "penetrar realmente en la sociedad civil e implementar decisiones logísticamente políticas en todo el territorio" (Mann, 1984, págs. 185-189).

guerras o forjar un bloque de poder realmente 'hegemónico' o una ideología que pueda llevar al Estado más allá del nivel coercitivo y 'corporativo' en la esfera moral e intelectual” (Ayubi, 1995, pág. xi).

La conformación de Estados de carácter corporativo ha sido un elemento importante en el desarrollo de la región, esta se puede evidenciar con la aparición articulada de formaciones sociales, donde la política asumió estas dinámicas “representadas en diversos grados y manifestaciones de 'corporativismo’”. Esto, producto de los desarrollos insuficientes y diferenciados de la región con relación al individualismo filosófico y la formación de clases sociales en las sociedades capitalistas occidentales. Teniendo en cuenta las dos vertientes generales del corporativismo, en el caso de MENA este “oscila entre una vertiente más "orgánica", solidaria y comunitaria en un extremo del espectro y una vertiente más organizativa, basada en intereses y populista-movilizadora en el otro”, Ayubi refiere que las monarquías del golfo como Arabia Saudí, basadas en parentesco hacen parte del primer grupo, en tanto las repúblicas populistas radicales hacen parte del segundo grupo (1995, pág. 3).

El mismo Ayubi (1995, págs. 3-4) recurre a Guillermo O'Donnell precisamente para plantear que el corporativismo “no sólo 'estatiza' sino que también 'privatiza’”, permitiendo a los intereses especiales o particulares hacerse un espacio dentro del Estado. Esa relación está anclada a la presión ejercida por el orden mundial cuyo propósito de reestructurar económicamente a la región, buscaba la apertura económica y las privatizaciones, que coincidieron, con un replanteamiento mayor del Estado y la sociedad civil, en el que la relación de lo público y lo privado no se concentró solamente en “la propiedad de los medios de producción, sino también de la moralidad y el espacio social, con las fuerzas del islam político declarando 'pública' la esfera de la moralidad”, buscando confrontar al Estado en un escenario que declaró el dominio económico como público sin ningún éxito (Ayubi, 1995, págs. 3-4).

Gramsci (1971, págs. 244-263, como se cita en Ayubi, 1995, págs. 5-6) define el Estado como “todo el conjunto de actividades prácticas y teóricas con las que la clase dirigente no sólo justifica y mantiene su dominio, sino que logra obtener el consenso activo de los gobernados”, dicho conjunto de actividades es el que permite plantear el concepto de Estado integral, el cual abarca la sociedad civil y la sociedad política: “la noción general de Estado incluye elementos que deben ser remitidos a la noción de

sociedad civil (en el sentido de que se podría decir que Estado = sociedad política + sociedad civil; en otras palabras, la hegemonía protegida por la armadura de coacción)”.

Precisamente, ese elemento central en la reflexión de Gramsci sobre el Estado es el de hegemonía, este concepto guarda un carácter más amplio y menos jurídico al de otras conceptualizaciones (como la de Weber con relación a la dominación y la legitimidad); y encuentra relación con el concepto árabe de *haymana* e incluso con el de *iltiham* (coalescencia) de Ibn Jaldún, que “añade integración social y cohesión ideológica ('una profecía o una doctrina correcta'), a la abrumadora capacidad física (*ghulb*) del Estado”, Jaldún (Salam 1987, como se cita en Ayubi, 1995, pág. 6) en su obra *Muqaddima*, plantea además que la “autoridad natural se deriva de un sentimiento grupal ('asabiyya), [adquirido] a través de la competencia constantemente abrumadora de las partes. Sin embargo, la condición para la continuación de esta autoridad es que las partes subordinadas se unan con el grupo que controla el liderazgo”.

Para Gramsci la clase dominante no tiene por qué depender del poder coercitivo del Estado (incluyendo su poder económico) para gobernar, cuentan con su hegemonía, encarnada en la sociedad civil y el Estado que persuade a los gobernados para aceptar “el sistema de creencias de la clase dominante y compartir sus valores sociales, culturales y morales”. Es así como una clase sustenta su hegemonía en dos vías, la de líder y la de dominante, “lidera las clases que son sus aliadas y domina a las que son sus enemigas” (Gramsci, 1971: pág. 55-7, como se cita en Ayubi, 1995, pág. 7).

El concepto de hegemonía no se reduce a la noción marxista de ideología dominante, así como se plantea más allá de la concepción del Estado como “instrumento coercitivo de la burguesía”. Una hegemonía que alcanza sus fines es aquella en la que una clase impulsa a la sociedad hacia adelante. Su “atracción” hacia las fuerzas, tanto amigas como enemigas, no es pasiva sino activa y no depende de la coacción, ni se reduce a ejercicios de “imposición ideológica” o de “violencia simbólica”. Por el contrario, cuando la hegemonía se convierte en respaldo de la violencia o se consigue con la violencia, la hegemonía no está asegurada (Buci-Glucksmann, 1980: 36-8, como se cita en Ayubi, 1995, pág. 6), de allí la importancia del consentimiento cultural e ideológico y el papel del Estado como educador (Ayubi, 1995, pág. 7).

Para Gramsci el Estado gendarme, “en términos de la ley y el orden”, y el Estado corporativo, “en términos de sus intereses y funciones económicas” son Estados en una

fase primitiva y limitada, que están en su proceso de desarrollo. En tanto, el Estado integral (*lo stato integrale*) “no se limita al gobierno, sino que incluye ciertos aspectos de la sociedad civil y se basa en la hegemonía y el liderazgo”; de allí que se le vincule con el Estado ético o el Estado como educador, donde “el liderazgo moral e intelectual requiere que un conjunto de 'ideas' y 'valores' sean compartidos por varios sectores” (Glucksmann, 1980, pág. 66ff, Laclau y Mouffe, 1985, págs. 66-7, como se citan en Ayubi, 1995, pág. 7).

Precisamente, el Estado en Medio Oriente y el Norte de África, según Ayubi (1995, pág. 7), parece estar más cerca de las categorías de Estado gendarme y Estado corporativo, siendo claro el carácter policíaco del Estado en la región. Si bien el autor planteó esta noción a inicio de los años noventa del siglo pasado, la represión violenta de la movilización social en los últimos años en Irak, Irán, Siria, Líbano, Turquía, Egipto y Bahrein, entre otros, le confiere un carácter de vigencia al análisis que realizó entonces.

Pero, ¿cómo vislumbrar un escenario de Estado integral o de hegemonía en contextos de profundo descontento y rupturas de orden político, religioso o social y con conflictos sectarios que amenazan no solo la estabilidad sino la continuidad de muchos regímenes de la región, atados además a la presión del orden mundial e intereses del orden regional?

Para el caso sirio, que es el escenario que nos compete, se está lejos de poder vislumbrar un contexto de este tipo con la actual administración de Bashar al-Assad, por las profundas rupturas que han dejado los últimos diez años de guerra, pero también porque carece del control básico y primordial sobre la totalidad del territorio. Pero, por otro lado, el aporte teórico de Ayubi, nos podrá permitir analizar los momentos de mayor estabilidad de la República durante los mandatos de Hafez al-Assad, considerando de manera particular el periodo 1985-91, tras sortear las crisis generadas por el levantamiento de la Hermandad Musulmana y el Frente Islamista en 1979-82 y su fulminante represión, así como la superación del intento de golpe de Estado de su hermano Rifaat al-Assad en 1983.

Si bien es desproporcionado asimilar el periodo de estabilidad con la hegemonía gramsciana, si es relevante denotar las intenciones de Hafez de reproducir una serie de condiciones sociales y políticas que le garantizaran estabilidad y autonomía, y que no

estuvieran atadas de manera exclusiva al estiramiento del Estado o al brazo violento de su gobierno.

La consolidación del Frente Nacional Progresista y la congregación de un amplio espectro de sectores políticos que abarcaba partidos baazistas, socialistas, nacionalistas, comunistas, liberales y nasseristas, así como sectores organizados de la sociedad que incluía sindicatos, asociaciones y organizaciones sociales de distinta nominación. Sumado a su buena relación con las minorías religiosas (cristianos, armenios, alawis, drusos e ismailíes), a las cuales, a cambio de su lealtad se les otorgaba una importante autonomía, o también las excelentes relaciones con la burguesía sunita, que se subsanaban y mantenían a partir de los importantes réditos económicos que se derivaban de las mismas. Es decir, en esa relación, se mantenían los beneficios para el capital privado y su acumulación, a la vez que se mantenían políticas sociales de peso que brindaban seguridad a un margen importante de la sociedad.

Esta capacidad de acción en el plano local, se reflejaba, hacia el exterior, con un país protagónico en el escenario regional, perfilándose como una vanguardia en la disputa con Israel a la vez que mantenía su influencia en Líbano y Palestina, evitando caer en las posibles presiones tanto de los estadounidenses, como de los europeos o de los soviéticos. Si bien en el plano formal, la estructura del Estado sirio estaba más cercana a un Estado de corte corporativo y populista, en la búsqueda de consolidar una hegemonía, el gobierno de Hafez al-Assad estableció la estructura de un Estado capaz de mantener políticas desarrollistas vinculadas al orden mundial y políticas asistencialistas que le garantizaban unos niveles muy importantes de popularidad.

1.2.3 Patrimonialismo y rentismo

Entenderemos por “patrimonialismo”, tomando la definición elaborada por Gilbert Achcar²⁹ (2016, págs. 16, 17; Achcar, 2013, pág. 58), como “un tipo absoluto y hereditario de poder autocrático, que, sin embargo, es capaz de funcionar con un séquito de 'parientes y amigos’”. Este puede ser de carácter republicano o monárquico, y tiene en realidad más relación con el “absolutismo europeo” de vieja data (*el ancien régime*) que con el Estado burgués moderno. Dicho poder se apropia de tres estamentos del Estado de suma importancia: el primero, la cúpula de estamento militar, “dominada por una guardia

²⁹ El autor se apoya en la definición que realiza Max Weber en *Economy and Society* (1978), actualizándola y adaptándola para la región.

pretoriana” cuya lealtad está dirigida hacia los gobernantes y no hacia el Estado, el segundo, la burguesía estatal como “clase capitalista determinada políticamente” que controla “los medios económicos a disposición del Estado”, y tercero, “la administración estatal” encarnada en la élite política.

En este escenario se desarrolla un capitalismo entre amigos o clientelista “*crony capitalism*”, bajo el dominio de una burguesía estatal, que a su vez conflictúa y está en detrimento de las economías de mercado. Dicha burguesía se beneficia de los procesos generadores de rentas, otorgadas por el poder político. A cambio, “ésta paga a los gobernantes una renta en efectivo” que guarda una relación más cercana con el pago a un socio. En tanto la “burguesía del mercado a menudo se ve obligada a seguir su ejemplo”, pero pagando una renta que tiene carácter de chantaje (Achcar, 2013, pág. 58).

Otra forma asociada es la del Estado neopatrimonial, que es una “forma institucionalizada de poder autoritario” pero de carácter republicano, en el cual, el ejercicio del poder tiene, “en términos weberianos, una importante dimensión burocrática 'racional-legal'”. Contrario al poder patrimonialista, este goza de autonomía con relación a los gobernantes, que además pueden ser reemplazados. El nepotismo está también vinculado a este poder y la corrupción guarda un papel importante en su formación, “ya que la relación de los gobernantes con el Estado no es una relación de propiedad, como en el régimen patrimonial, sino más bien, uno de usufructo temporal”. Se puede dar también un proceso en el cual “un régimen neopatrimonial autocrático que ha logrado estabilidad a largo plazo, tienda a convertirse en un régimen patrimonial, con transmisión de poder hereditaria o semihereditaria”, en esta última, “el autócrata designa a su sucesor” (Achcar, 2013, pág. 59).

Gilbert Achcar (Achcar, 2016, pág. 17), clasifica como Estados patrimoniales a las ocho monarquías árabes: Marruecos, Kuwait, Bahréin, Jordania, Omán, Qatar, Arabia Saudí y Emiratos Árabes Unidos, y hasta 2011 a Libia y Siria, las familias gobernantes de dichos países poseían un control total de los aparatos del Estado, incluyendo una guardia pretoriana dispuesta a la preservación del reino y el *statu quo* hasta las últimas consecuencias. La mayoría de los otros Estados podrían ser catalogados como neopatrimoniales, por su condición de países en vía de desarrollo, aunque la primacía del carácter patrimonial de los gobiernos con relación al carácter rentista, también fuertemente extendido, generó dentro de dichos países neopatrimoniales de la región una

“élite de poder” trilateral fuertemente corrupta “*triangle of power*”³⁰, que como referenciamos previamente está compuesta por los militares, la burguesía estatal y la élite política.

Egipto y Yemen hasta 2011 fueron gobernados por poderes neopatrimoniales, próximos a convertirse en patrimoniales. Las monarquías de Marruecos y Jordania si bien han edificado poderes neopatrimoniales por decreto (con gobierno y parlamento), coexisten como patrimonialismos reales. Argelia, Irak, Mauritania, Sudán (y Túnez prerrevolucionario) son regímenes neopatrimoniales. Líbano con el sistema de la *Muhasasa*, es catalogado por Achcar como un caso especial, dada la distribución de poder que permite a cada grupo etnorreligioso “repartirse el botín” (Achcar, 2013, pág. 59).

Este carácter rentista de los Estados de Medio Oriente y el Norte de África nos ofrece información relevante sobre el tipo de capitalismo que se ha desarrollado en la región. Como nos recuerda Gilbert Achcar (2013, pág. 54), una parte importante de estos países obtienen los ingresos derivados de las rentas, en 2010 más del 60% de los habitantes de países árabes provenían de países exportadores de petróleo: Argelia, Irak, Libia, Sudán, Siria, Yemen y los países del GCC³¹; si se incluyen las exportaciones de gas natural aumenta al 85% de la población al incluir a Egipto, y si se incluye además los minerales se podría plantear que la población de la región vive en Estados que obtienen gran parte de sus ingresos de la explotación de recursos no renovables.

La concentración de la renta de los países de MENA en petróleo, gas y minerales tiene como consecuencia que, aunque hay ingresos regulares estos no son generados por mano de obra, a la vez que se genera una “subespecie de la renta del suelo”. Dicha renta genera un excedente de ganancia (plusvalor) más allá del “beneficio promedio sobre el capital (infraestructura, maquinaria y mano de obra) invertido en la explotación de un recurso mineral”, en este caso y según datos del Banco Mundial, a la ganancia derivada del “precio del producto menos costos de producción” se le considera renta (Achcar, 2013, págs. 54-55).

Pero las rentas de las que son dependientes los países de la región no solo se enfocan en economías extractivistas, también se derivan de las rentas geográficas: tarifas

³⁰ Este concepto es tomado por Achcar de C. Wright Mills en: *The Power Elite* (1956).

³¹ GCC por su sigla en inglés: *Gulf Cooperation Council*. El Consejo de Cooperación del Golfo está integrado por Bahrein, Kuwait, Omán, Catar, Arabia Saudita y los Emiratos Árabes Unidos.

de tránsito y peajes como los que se cobran en el Canal de Suez, o el paso de oleoductos y gasoductos. También las rentas “capitalistas derivadas de inversiones financieras e inmobiliarias o inversiones de cartera de fondos soberanos en el extranjero”, y rentas estratégicas, recibidas como financiamientos que reciben los gobiernos a cambio de ejercicios o alianzas militares enfocadas en asuntos de seguridad (Achcar, 2013, pág. 55).

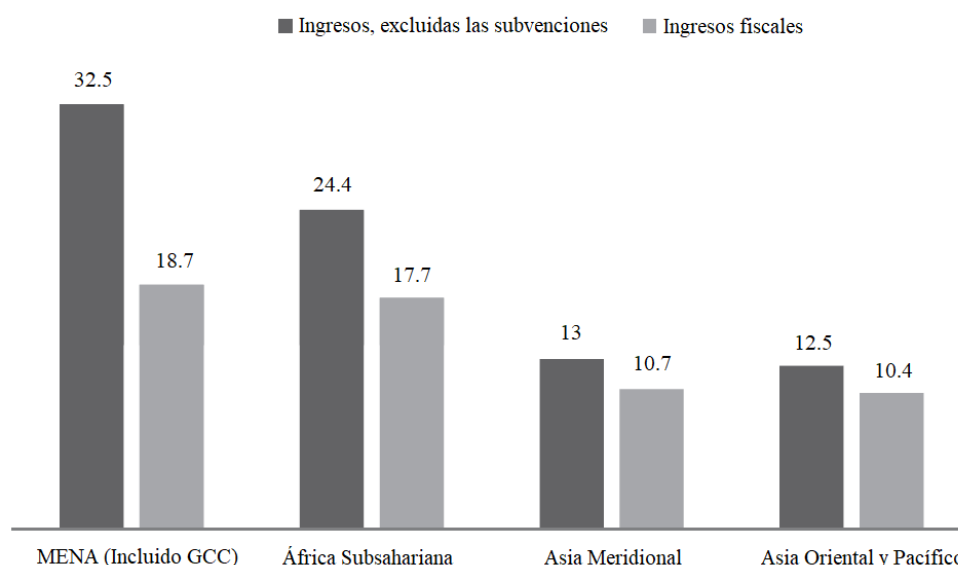
Otra de las rentas se obtiene por los servicios de mercenarios (*mercenary services*), en 2010 el 84% de los subsidios militares de EE. UU. fueron destinados a la región, de ese total Israel recibió el 50%, Egipto el 25% y Jordania se ubicó como el tercer país en recibir mayores utilidades. Egipto, Jordania y Yemen también recibieron importantes subsidios por parte de las monarquías petroleras al articularse en el sistema de seguridad regional bajo el auspicio de EE. UU., a la vez que países como la Irak y Siria baazistas, catalogados por Achcar como Estados depredadores, se beneficiaron de las extorsiones aplicadas a la monarquías petroleras bajo “el chantaje político y/o militar que invocaba el 'enfrentamiento' con Israel o Irán” o ejerciendo amenazas directas (Achcar, 2013, pág. 55).

Las anteriores rentas denominadas como estratégicas por las monarquías petroleras son a su vez rentas derivadas de transferencia o secundarias, ya que estas provienen directamente de los ingresos de los países rentistas, originadas en el comercio del petróleo y el gas, y entregados a países no petroleros, generando el patrón rentista. De allí que a “los estados petroleros rentistas de primer orden se les suma un estrato rentista no petrolero de segundo orden” (Hazem Beblawi, 1987, como se cita en Achcar, 2013, pág. 56), lo que evidencia el gran impacto que ha tenido el petróleo para la región desde finales del siglo XX (2013, pág. 55).

Como plantea Achcar, incluso si se dejan de lado las donaciones directas y las rentas estratégicas se evidencia que la relación entre los ingresos estatales y el PIB es mucho más alta en MENA que en los países en vía de desarrollo de Asia y el resto de África; “esto se aplica sobre todo a los ingresos no tributarios, en los que las rentas representan la mayor parte” (figura 3). Cuando observamos a los países del GCC, la correlación entre las rentas estatales y el PIB es la más alta del mundo, y como tal, la relación de los ingresos fiscales con el PIB es mucho menor. Según datos del Banco Mundial, Kuwait tiene unos ingresos estatales del 55.5% del PIB en 2009, en tanto sus ingresos fiscales no llegan ni al 1%; algo similar ocurre con Bahrein, que para el 2007 obtuvo un 28.8% y un 1,3% respectivamente (Achcar, 2013, pág. 56).

Figura 3.

Ingresos del sector público, 2006 (% del PIB). (Fuente: Achcar, 2013, pág. 57; Banco Mundial).



Esta situación particular de la región ofrece varios elementos de análisis, algunos de ellos considerados por Achcar como comunes o convertidos ya en un cliché. Uno de ellos es que “cuanto menos dependen los gobiernos de los ingresos tributarios, menos democráticos son”, pero aclarando que los gobiernos no dependientes de los impuestos por los bienes gravados tienen poca necesidad de mutar hacia una democracia representativa, ejemplificando esta situación con las monarquías absolutistas del Golfo y el desaparecido Estado de masas de la Libia Yamahiriya de Gadaffi (Gran Yamahiriya Árabe Libia Popular y Socialista). Es así como el “Estado rentista adquiere la máxima independencia económica con relación a su población” (Achcar, 2013, pág. 56).

Otro de los planteamientos es que “la existencia de una gran 'clase media' es un requisito previo para el correcto funcionamiento de la democracia representativa”, este planteamiento remite a la visión de las revoluciones burguesas europeas contra las aristocracias reinantes, pero dicha idea, según Achcar, solo podría tener sentido en monarquías como la de Arabia Saudí, que es dominada por una “casta aristocrática” distinta de la burguesía empresarial; en las repúblicas carentes de aristocracia dicha teoría pierde sentido (Achcar, 2013, pág. 57). Si bien en Argelia, Egipto y Siria hay un vínculo directo entre una casta de oficiales con la burguesía, esta última es una burguesía estatal que obtiene su poder económico derivado del control estatal y funciona como un “capitalismo privado” (Achcar, 2013, pág. 58).

Lo que se podría entender como una clase media, es un “capitalismo privado independiente del Estado, pero dependiente del mercado” (Achcar, 2013, pág. 58). La propuesta de que una clase media sea sustento de la democracia representativa, se sustenta en la idea de cómo debería funcionar ese tipo de Estado, en la que los gobiernos elegidos mantienen una relación profundamente en deuda, principalmente “con sus patrocinadores capitalistas y el mercado que con sus votantes”. Cuando se vincula este planteamiento con Medio Oriente y el Norte de África, se evidencia que dicho lugar no lo ocupa “una democracia burguesa”, sino algo mucho peor, los Estados “ocupan su lugar en una escala que va desde los regímenes patrimoniales hasta los neopatrimoniales” (Achcar, 2013, pág. 58).

1.2.4 Autoritarismo y sectarización etnorreligiosa

Uno de los debates importantes dentro del análisis de los conflictos en Medio Oriente y el Norte de África es la discusión sobre sus posibles causas, si se derivan de conflictos de carácter político/económico y/o religioso, o si, por el contrario, se deriva de una simbiosis entre cada uno de ellos y que pueden variar entre sí dependiendo de los contextos.

Consideramos que los conflictos en la región (como en tantas otras) se derivan de dicha simbiosis, pero anclados a estructuras históricas que no solo han favorecido dichos conflictos, sino que los han incentivado, producto de la consolidación de ciertas élites etnorreligiosas gentiles con las potencias hegemónicas, que favorecen la formación de burguesías locales que se benefician económica y políticamente de las relaciones sociales de producción.

Pero cómo se entiende lo étnico y lo religioso, cómo se relacionan las identidades tribales, comunales o sociales con posibles escenarios de conflicto, surgen estos desde el núcleo de las comunidades, o por el contrario son incentivados por grupo políticos y religiosos con lugares de importancia y representatividad. Cómo se enlaza el componente autoritario de los gobiernos y de otros grupos políticos y religiosos afines o contrarios a los regímenes y cómo se nutren estos de los imaginarios colectivos para instrumentalizarlos y movilizarlos según su beneficio. A continuación, desarrollaremos dichos elementos conceptuales buscando dimensionar la importancia de las identidades

etnorreligiosas en los escenarios de conflicto enlazada al autoritarismo y sectarismo de diversos grupos en la región y en Siria.

1.2.4.1 Identidades: de la etnia y lo etnorreligioso

Vale la pena aclarar que etnia es un concepto que resulta problemático por la sinonimia que se le ha trazado con ‘raza’, concepto que además no tiene razón de ser para definir las diferencias o similitudes fenotípicas en la especie humana como se dio en la antropología clásica. Entendemos por etnia³², desde una visión elástica, como “aquellos que comparten unos valores culturales fundamentales” o se identifican o son identificados “por los demás como una categoría distinta de los otros grupos de la misma naturaleza”, esto es, que se referencian con “un nombre propio, una designación” (de Planhol, 2002, pág. 21).

Estas distinciones no buscan guardar perspectivas esencialistas ni identidades puras e indeterminadas. Se entiende como etnia un complejo cúmulo de relaciones sociales, políticas, culturales, económicas, medioambientales, religiosas y grupales de carácter histórico.

La etnia no solo compone una serie de valores compartidos o una designación interna o externa, también interactúa con elementos sustanciales como la superposición y mezcla de poblaciones, o su diferenciación; con componentes geográficos, es decir de soporte territorial y las relaciones con el medio natural. Pueden formarse estados pluriétnicos u organizaciones políticas donde se imponen ciertos grupos sobre otros sin que se de unificación alguna o se da el asentamiento de minorías donde se da una gran variabilidad cultural (de Planhol, 2002).

Las complejidades que arrojan los contextos de los grupos sociales pueden generar procesos de simbiosis o cambio de identidad étnica “en función de cálculos de ventajas sociales o políticas” (de Planhol, 2002, pág. 29), en esa medida, un grupo étnico puede adquirir una significación de grupo de status, ya sea por sus posiciones de privilegio, o por la carencia de estas, y desde el cual se enuncia la demanda colectiva de bienes y servicios e incluso de poder (Quintana Pali, 1981, pág. 204).

³² Según de Planhol, “las minorías religiosas son etnias”. Y su desarrollo conceptual se acentúa en dicha premisa.

Las identidades colectivas no existen en forma pura y fija, sino que se forjan con base en una multiplicidad de elementos interrelacionados susceptibles de modificación en el curso del tiempo. De esta manera, en el terreno político, la presencia del factor étnico en realidad ha resuelto en una abundancia de “combinaciones de lo más raras” (...). No sorprende que la presencia de etnicidad en la arena política continúe creando confusión entre observadores que perciben, de manera uniforme, movimientos y expresiones políticas de contenidos y bases sociales diversos, como si todos fueran expresiones idénticas de una misma realidad social. (Devalle, 2002, pág. 22)

Es en dichos escenarios de disputa en que la movilización política étnica encuentra un vínculo con lo etnorreligioso, en la medida en que se dificulta hacer una distinción entre los atributos étnicos y religiosos de los no religiosos, adquiriendo así la identidad étnica una preponderancia importante a partir del lenguaje, los rituales o las costumbres. Y si bien la identidad religiosa no es fija —como tampoco lo es la política— sí es una construcción política compleja que se enlaza en las relaciones sociales (Hashemi & Postel, 2017).

Al abordar lo “étnico” habría que tener en cuenta a Ali Bunuazizi y Myron Weiner cuando advierten al emplear el término “étnico” para referirse a grupos e individuos que se caracterizan a sí mismo sobre bases de una lengua común, origen, cultura, historia y valores compartidos, aunque en ocasiones ese concepto de descendencia común tiene un carácter mítico, e incluso requiere de una particular diferenciación, pues puede emplearse para identidades “tribales” o para formas más recientes de identidad etnolingüística. (Mesa Delmonte, 2002, pág. 35)

Si partimos de la idea de que, ya sea en política o religión, no existe un carácter determinista o esencialista en los grupos étnicos, identificamos que dichas diferencias no necesariamente son sinónimo de conflicto o disputa, y que, por el contrario, se pueden tejer relaciones de patronazgo y amiguismo en la consecución de privilegios sociales o políticos, como sucedió con la familia al-Assad y las prestantes familias sunníes sirias.

En esa medida se define la identidad etnorreligiosa como no fija, “como una construcción política basada en una densa red de relaciones sociales que se forman en el contexto de la modernidad”, en ella se resaltan las “características aparentemente

inmutables de la identidad étnico/religiosa”, la cual no significa “que conduzca inevitablemente al conflicto”, sino más bien “el conflicto fluye de "sistemas sociales patológicos" y "estructuras de oportunidad política" que generan conflictos a partir de múltiples divisiones sociales que están fuera del control del individuo” (Hashemi & Postel, 2017, pág. 7). Sobre el entrelazamiento entre origen étnico y religión es importante retomar lo planteado por David Little (2011, como se cita en Hashemi & Postel, 2017, pág. 5-6):

...existe una tendencia generalizada de los grupos étnicos en todos los contextos culturales a autenticarse religiosamente, lo que da plausibilidad al término “etnorreligioso”. (...) es artificial tratar de distinguir demasiado y tajantemente entre atributos étnicos religiosos y no religiosos. En aquellos casos en los que la identidad religiosa adquiere un relieve étnico, el idioma, las costumbres e incluso la genealogía adquieren connotaciones fuertemente religiosas.

En definitiva, los procesos y relacionamientos de carácter etnorreligioso —o si se quiere, simplemente étnicos— deben ser comprendidos principalmente desde su contexto y desde un carácter histórico. Estos involucran una multiplicidad de relaciones y contrastes, entre los que sobresale la relación entre etnia y clase (Devalle, 2002, págs. 22-23).

Si se entiende lo étnico como un fenómeno histórico, es implícito pensar que hay razones o condiciones históricas que permiten que uno o varios grupos detenten el poder social, político y/o económico en tanto, otros grupos, son excluidos del mismo. Esto es, se da un desarrollo desigual que ubica “a ciertas comunidades étnicas dentro de los límites socioeconómicos de clase”, a la vez que se constituyen fronteras étnicas que generan “mecanismos organizativos para la vida social” canalizando “la interacción social hacia patrones establecidos y definidos” (Quintana Pali, 1981, págs. 203-205) en el aparato productivo.

1.2.4.2 Estado, sectarización y autoritarismo

El análisis recurrentemente esencialista sobre MENA ha llevado a reflexiones sobre el sectarismo que mantienen esta misma perspectiva, es decir, postulados de corte histórico y teológico que pretenden explicar los acontecimientos que han afectado a la región en los últimos años, como efecto del cisma provocado en la naciente comunidad

musulmana tras la muerte del profeta Muhammad en el año 632 d. C³³. Pero como plantean Hashemi y Postel (2017, págs. 1-2), si bien la importancia tanto histórica como teológica de este acontecimiento es importante para la tradición islámica, no explica el surgimiento de los conflictos sectarios en la región, ni la aparición de grupos como el Estado Islámico, ni la profundización de problemas de corte económico o político, por el contrario, la pretensión de darle sentido a la agitación que viene sufriendo Medio Oriente y el Norte de África desde el prisma del siglo VII distorsiona la posibilidad de hacer un estudio crítico de la región.

Este esencialismo sectario y excepcionalista ha tenido un auge mediático a la vez que se producían crecientes conflictos en el nuevo siglo. La influencia de los medios de comunicación, así como de intelectuales, analistas y líderes mundiales en la reproducción de estos discursos amplió, incluso, la visión de que los liderazgos autoritarios de la región habían “logrado controlar estas duraderas rivalidades”, pero que con la caída de sus gobiernos se había reanimado la vieja e inquebrantable intolerancia “produciendo el caos (...) y la agitación que aflig[iría a] la región”. Y si bien es innegable el aumento de los conflictos sectarios en múltiples sociedades musulmanas, el argumento no debería reducirse a la primera Fitna, así como tampoco a conceptualizaciones que ante un nuevo escenario de conflictividad parecen resultar limitados u obsoletos (Hashemi & Postel, 2017, págs. 2-4).

En esa vía, plantea Vali Nasr (2006, como se cita en Hashemi & Postel, 2017, pág. 4), que los conceptos y categorías dominantes en el análisis de la región como modernidad, democracia, fundamentalismo y nacionalismo ya no son suficientes para explicar al Medio Oriente, por el contrario, "es más bien la vieja disputa entre chiíes (*sic*)

³³ La primera Fitna encuentra sus antecedentes en el año 632, fecha en que muere el profeta Muhammad y se deriva un conflicto tribal entre la comunidad islámica sobre quién debía sucederle en la conducción de la Umma. Alí, que “parecía una opción obvia”, no solo era primo y yerno del profeta, sino que fue el primer varón en convertirse al islam, por lo que acompañó al profeta Muhammad desde que tenía tan solo diez años de edad; pero el mismo día del deceso del profeta fue nombrado como primer califa Abū Bakr al-Siddīq (padre de la tercera esposa del profeta: Aisha bint Abi Bakr) hasta el 634, año en que moriría de manera natural y nombraría al segundo califa: Umar ibn al-Jattab (634-644). Umar sufriría un atentado que lo dejaría mal herido en 644, y antes de su deceso nombró un grupo de sabios que debía elegir el nuevo califa de entre los diez compañeros del profeta (*sahaba*), siendo designado Othman Bin-Affan (645-656). Es con Othman que se materializa la primera Fitna tras su asesinato, por los asuntos turbios que acompañaron su martirio y la elección finalmente de Alí bin Abi Talib, la guerra entre los Omeyas (a quienes pertenecía Othman) y los seguidores de Alí terminaría con el asesinato del cuarto califa en 661, aunque se prolongaría con el breve califato de su hijo Hasan ibn Alí, para luego dar paso al Califato Omeya. Los primeros cuatro califas Abū Bakr, Umar, Othman y Alí son considerados por el sunismo como parte de los califas bien guiados, los califas ortodoxos o el Califato Rashidun, así como pertenecientes a los diez compañeros del profeta.

y sunitas la que forja actitudes, define prejuicios, traza líneas divisorias políticas e incluso decide si esas otras tendencias tienen relevancia y en qué medida". Es decir, si bien la antiquísima disputa entre los seguidores de Alí y de Othman no explican los fenómenos sociales y políticos a los que se ha visto sumergida la región en los últimos años, si debemos preguntarnos por qué el creciente conflicto entre los grupos musulmanes sectarios se ha convertido en un problema de primera plana para Medio Oriente y el Norte de África.

De allí que se proponga como categoría de análisis el término sectarización, el cual es entendido como:

...un proceso conformado por actores políticos que operan dentro de contextos específicos, persiguiendo objetivos políticos que involucran la movilización popular en torno a marcadores de identidad (religiosos) particulares. La dinámica de clase, los Estados frágiles y las rivalidades geopolíticas también dan forma al proceso de sectarización. El término sectarismo generalmente carece de tales puntos de referencia. Tiende a implicar un dato estático, una fuerza transhistórica, una característica perdurable e inmutable del mundo islámico árabe desde el siglo VII hasta la actualidad. (Hashemi & Postel, 2017, págs. 4-5)

Hashemi & Postel (2017, pág. 5) no solo nos ofrecen la definición de sectarización y la pertinente y necesaria distinción con el concepto de sectarismo, sino que enlazan el concepto al de autoritarismo político, el cual es entendido de la siguiente manera:

Esta forma de gobierno político ha dominado durante mucho tiempo la política del Medio Oriente, y su legado corrosivo ha manchado profundamente las organizaciones políticas y sociedades de la región. El autoritarismo, no la teología, es el factor crítico que da forma al proceso de sectarización. Los regímenes autoritarios de Oriente Medio han manipulado deliberadamente las identidades sectarias de diversas formas como estrategia para desviar las demandas de cambio político y perpetuar su poder. Este contexto político antidemocrático es esencial para comprender el conflicto sectario en las sociedades musulmanas de hoy, especialmente en aquellas sociedades que contienen una mezcla de poblaciones sunitas y chiitas (*sic*). Parfraseando el famoso aforismo de Clausewitz sobre la guerra como una continuación de la política por otros medios, el conflicto sectario

en el Medio Oriente de hoy es la perpetuación del gobierno político a través de la movilización de la identidad.

Si bien se reconoce que los conflictos sectarios han entrado en aumento en los últimos decenios y que se dan en momentos específicos y en ciertos lugares³⁴, las relaciones entre el shiísmo y el sunismo “no siempre estuvieron plagadas de conflictos, ni el sectarismo fue una fuerza política fuerte en la política musulmana moderna hasta hace poco”, y esto se refleja claramente en los contextos interétnicos que durante siglos arrojaron la vida, por ejemplo, de las actuales Siria e Irak (Hashemi & Postel, 2017, pág. 7).

Hashemi & Postel (2017, pág. 7) le dan un carácter de importancia a los actores estatales —reconociendo de entrada la importancia de los líderes religiosos y emprendedores políticos (*political entrepreneurs*) en dicho proceso—, pero planteando de manera puntal que “debemos examinar la agencia de los actores estatales en la movilización de identidad”; esto, con la intención de desmotar nociones del pasado, en las cuales, “las teorías del conflicto étnico generalmente trataban al Estado como un actor pasivo en la movilización de la identidad”, cuando en realidad es el Estado bajo su propia lógica el encargado de exacerbar las disputas étnicas. Vali Nasr (2017, pág. 82), plantea, refiriendo al caso pakistaní, que:

...lejos de ser víctimas pasivas de la movilización de identidad, los Estados pueden ser directamente instrumentales en ese proceso, manipulando a los protagonistas y afianzando las divisiones de identidad. La movilización de identidades aquí tiene sus raíces en el proyecto de poder de los actores estatales, no de una élite o una comunidad. Estos actores no defienden la causa de ninguna comunidad, pero ven beneficios en el conflicto entre las identidades en competencia.

Esta reflexión apunta a ampliar la comprensión de la movilización de identidades más allá de las autoridades religiosas, dirigiendo su atención a las relaciones Estado-sociedad, como claramente se puede evidenciar en el caso sirio y en el proceso de instrumentalización del que se sirvió tanto el gobierno de Bashar al-Assad como los

³⁴ Como en las relaciones derivadas de la presencia colonial estadounidense que ha revivido un “antiamericanismo” islamista, que podemos rastrear desde Afganistán hasta Irak, pasando por Irán hasta Siria.

sectores de la oposición, en su labor de exacerbar los sentimientos de odio y disputa como herramienta de sectarización para ganar adeptos y legitimidad; en el caso del gobierno profiriendo una conspiración islamista en su contra y contra las minorías sirias, y en el caso de sectores de la oposición salafista y takfirista acusando el gobierno de los al-Assad y a la comunidad alawita de apóstatas.

El autoritarismo, la sectarización y el papel del Estado en la movilización e instrumentalización de identidades etnorreligiosa se asumen como las variables centrales de esta investigación. Tienen un trasfondo en el análisis local, entre los grupos de interés, incluidos el gobierno y las oposiciones políticas y armadas. Y encuentran sentido en el escenario regional e internacional, en la relación de amistad y discordia con países como Irán, Irak o “Líbano” así como Arabia Saudí, Qatar o Turquía, respectivamente; y en la relación con potencias mundiales que mantiene presencia militar, económica y política en territorio sirio, y reproducen discursos sectarios en la búsqueda de legitimar sus intervenciones y alianzas.

2 Autoritarismo como proceso histórico en Siria

Medio Oriente y el Norte de África se han visto afectados por una variedad de conflictos políticos y armados, derivados no sólo de las luchas de independencia que confrontaron las resistencias nacionalistas contra las potencias coloniales europeas, sino también, por los renovados vínculos neocoloniales con los otrora dominantes, la presencia de liderazgos rebeldes indeseables para las potencias regionales, vestigios de estructuras “arcaicas” coloniales y viejas burguesías deseosas de conservar el poder y ampliar sus riquezas so pena del Estado; también revueltas sociales y cambios desde abajo, golpes de Estado y reformas, rastros de socialismo de Estado y reformas neoliberales, pasando por familias, clanes y tribus que se han sabido posicionar y han hecho del Estado su salvaguarda de privilegios y de luchas políticas, religiosas, sociales y culturales a escala nacional y regional.

La República Árabe Siria ha hecho parte de esa conflictiva historia, pero también ha contado con márgenes de estabilidad durante las dos presidencias de los al-Assad, principalmente, aunque con algunos altibajos, de Hafez desde 1970 hasta 1990 y, parcialmente de Bashar al-Assad desde el 2000 hasta el 2010, ya que el país se ha visto envuelto en fuertes tensiones políticas, económicas, ambientales y sociales, en las cuales “...existe una relación simbiótica entre la presión social desde abajo (demandas de mayor inclusión, derechos, reconocimiento y representación) y la negativa del Estado desde arriba a compartir o renunciar al poder” (Hashemi & Postel, 2017).

El objetivo del presente capítulo se enfoca en rastrear los antecedentes históricos que permitan identificar prácticas autoritarias y de sectarización desde el Estado en Siria entre 1963 y el 2010, con el propósito de indagar el proceso de configuración y afianzamiento del Partido Baath, la comunidad alawita y la familia al-Assad en las más altas esferas del poder sirio. Para ello procuraremos sentar las bases de análisis realizando un proceso descriptivo y analítico desde la primera guerra mundial, que nos permitirá entender cómo se fragmentó la región hasta la delimitación de la actual Siria, pasando por el arribo del Baath y cómo Hafez al-Assad y los alawitas se apoderaron del partido hasta llegar al ascenso de Bashar al-Assad como presidente de Siria en el 2000.

De esta manera encontraremos un rastreo del proceso de configuración y fragmentación de la región desde la Primera Guerra Mundial, el incumplimiento del acuerdo Husayn-McMahon de 1915, la aplicación del acuerdo secreto de Sykes-Picot de

1916 y la Declaración Balfour de 1917, las consecuencias derivadas de no aplicar el Tratado de Sèvres de 1920 y las grandes modificaciones propiciadas por el líder reformista Mustafa Kemal Atatürk en el Tratado de Lausana de 1923, pasando por el desarrollo del Mandato Francés sobre Siria desde 1920 hasta la conquista de su independencia en 1946. También analizaremos el arribo del Partido Baath en 1963 hasta el proceso de golpe de Estado efectuado por al-Assad y el movimiento correctivo en 1970 y que llevaría a Siria hacia una nueva era, en la cual, se aplicarían amplios consensos sociales y políticos que contrastaron con la mano autoritaria del Estado; estos, se vieron reflejados con las purgas realizadas esos mismos años en contra de miembros de su propio partido o los simpatizantes de Michel Aflaq (Conde, 2017, pág. 14); los motines y represión de 1973 con la aprobación de la nueva constitución, las matanzas de Hama en 1982, el arresto de miles de miembros y simpatizantes de los Hermanos Musulmanes y del Partido de Acción Comunista en ese mismo decenio (Conde, 2017, pág. 15); el exilio y la tensión con su hermano Rifaat al-Assad en los años 80 y 90 (Pinto, 2012, pág. 358) hasta la represión de Bashar al-Assad a los círculos y clubes de debate en el año 2001 hasta llegar a la violencia estatal de marzo de 2011 que desencadenaría la actual guerra civil (Pinto, 2012, pág. 354).

2.1. El Acuerdo de Sykes-Picot y la ilusión de una gran nación árabe

Es recurrente, cada vez que se habla de la actual configuración geográfica de Medio Oriente, dirigir la atención al acuerdo de Sykes-Picot y el proceso de reacomodo territorial generado por la derrota y la desintegración del Imperio Otomano, así como la posterior creación de los mandatos franceses y británicos que darían paso a la conflictiva creación e independencia de las actuales Siria, Irak, Líbano, Jordania, Kuwait, Palestina e Israel.

El acuerdo secreto de Sykes-Picot se firmó el 16 de mayo de 1916 originado en el contexto de la Primera Guerra Mundial³⁵, entre el cónsul francés en Beirut François-George Picot y el noble inglés Sir Mark Sykes³⁶; el acuerdo ofrece pistas importantes

³⁵ El Imperio Otomano entró en guerra el 5 de noviembre de 1914 bajo el liderazgo del triunvirato de los tres pashas: Enver, Talaat y Jamal junto a las potencias centrales (Guingamp, 1996, pág. 24).

³⁶ Entre el 19 de febrero de 1915 y el 9 de enero de 1916, se desarrolló, en el marco de la Primera Guerra Mundial, una de las acciones militares más sangrientas de la historia: la Batalla de Galípoli o Campaña de los Dardanelos. En ella, se enfrentaron Francia y el Imperio británico contra el Imperio Otomano y el Imperio alemán. Esto contrajo importantes consecuencias para la reconfiguración de Medio Oriente y la península de Anatolia, ante la necesidad de Los Aliados de disponer de una ruta de abastecimiento hacia Rusia desde los estrechos de Bósforo y Dardanelos en la actual Turquía. Dicha campaña se desarrolló en

sobre lo que sería la posterior repartición y reconfiguración de la región bajo los mandatos británico y francés por lo que es importante resaltar algunas de sus características y el contexto que generó su creación.

El acuerdo fue precedido por las comunicaciones entre sir Henry McMahon (alto Comisionado Británico en Egipto entre 1915 y 1917) y Husayn Ibn Alí (jerife de La Meca), en las cuales el plenipotenciario inglés se comprometía a la creación de un reino independiente árabe³⁷, así como a no contraer ningún tratado de paz en el que la libertad y futuro de los pueblos árabes no estuviera garantizado³⁸.

medio de un conflicto de intereses entre Francia e Inglaterra, “el plan de Churchill preveía ocupar Alejandreta-Iskanderun, lo que el partido colonial francés entendió como una intromisión en Anatolia, bajo su esfera de influencia” (García Picazo, 2015, pág. 61). Esto llevó a que el cónsul francés en Beirut, François-George Picot, persuadiera a las autoridades francesas con la pretensión de llegar a acuerdos con los ingleses sobre el control de la Gran Siria y otros territorios (Fuentes Gil & Pellicer Balsalobre, 2016, pág. 11).

Previo a la firma del acuerdo de Sykes-Picot, se llevaría en 1915 la comunicación entre sir Henry McMahon (alto Comisionado Británico en Egipto entre 1915 y 1917) y Husayn Ibn Alí (jerife de La Meca) en la cual se comprometía a la creación del apetecido reino independiente árabe (García Picazo, 2015, pág. 62). En las comunicaciones entre el plenipotenciario inglés y el jerife árabe se extrae una serie de negociaciones sobre los territorios de los que dispondría la futura nación árabe, aunque las demandas del jerife sobrepasaban las expectativas de los ingleses, se acordó que ante las extensas demandas era necesario estudiar cuidadosamente con los franceses las propuestas de este, estableciéndose bajo la firma de McMahon “el aseguramiento por parte del gobierno británico de la intención de no concluir tratado de paz alguno en el que la libertad de los pueblos árabes no fuera condición esencial” (Fuentes Gil & Pellicer Balsalobre, 2016, pág. 16). Producto de estas comunicaciones y acuerdos se produjeron las revueltas que tomaron inicio el 5 de junio de 1916 contra el Imperio Otomano, dirigidas por el oficial británico Thomas E. Lawrence. Las revueltas se iniciaron “con la caída del inexpugnable puerto de Áqaba, que llevaría a la pérdida del control otomano sobre las sagradas ciudades de Medina y La Meca”, así como “la voladura de la línea de ferrocarril de Damasco”, que condujo a la “pérdida de autoridad del sultán sobre sus súbditos musulmanes, lo que significó el principio del fin del dominio otomano en Oriente Medio” (Fuentes Gil & Pellicer Balsalobre, 2016, pág. 16). Esto da cuenta de los importantes acontecimientos que se dieron en territorio sirio en medio de la confrontación entre árabes y turcos, con el desplazamiento de las tropas beduinas bajo el liderazgo de Emir Faisal hacia Damasco en 1917 y la caída de la resistencia turca en Siria en 1918, hasta la liberación de toda Siria en octubre y la victoria, ese mismo año, de los aliados. Así como el triunfo militar y simbólico que implicaría izar la bandera árabe en el Ayuntamiento de Damasco y la conformación de un gobierno el 5 de octubre sobre toda Siria con el nombramiento de Ali Rida Rikabi como gobernador tras 4 siglos de ocupación otomana (Guingamp, 1996, pág. 27).

En octubre de 1915 se encontrarían en Londres Sir Mark Sykes y François-George Picot —esto sin conocimiento de McMahon—, acordando el control francés sobre la costa de Cilicia y Siria, y su zona de influencia al interior de Siria, mientras los británicos controlarían los puertos de Haifa y San Juan de Acre, así como “una zona de influencia al sur de la línea imaginaria que unía estos puertos con Kirkurk”. Los otrora vilayets de Bagdad y Basora estarían bajo control británico y se establecería otra zona que incluía a Jerusalén y estaría “bajo protección internacional y administración tripartita de Gran Bretaña, Francia y Rusia” (Fuentes Gil & Pellicer Balsalobre, 2016, pág. 19).

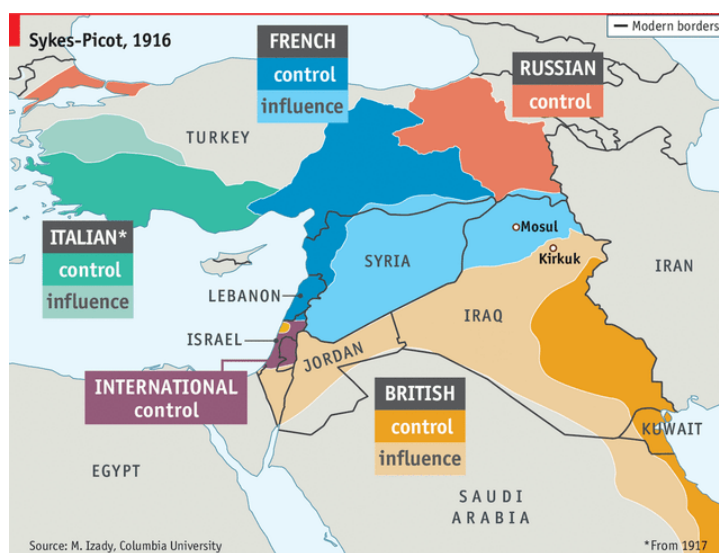
³⁷ La correspondencia se realizó entre el 14 de julio de 1915 y el 30 de enero de 1916. Para mayor detalle de las exigencias de Husayn ver García Picazo (2015).

³⁸ Es importante mencionar que indirectamente estas negociaciones se vinculan con el pueblo kurdo y su proyecto de constituir una patria para los suyos, como menciona Isla Lope (2019, pág. 14), sobre el lugar que ocuparon la mayoría de kurdos durante la desintegración del Imperio Otomano: “En el caso árabe, el rompimiento con Estambul se dio en 1916 con la famosa revuelta comandada por el Jerife Husein de La Meca, mientras que los kurdos, en su gran mayoría, prolongaron su lealtad y apoyo al nacionalismo turco

Hasta entonces el Imperio Otomano controlaba los territorios que abarcaban la actual Turquía, Líbano y Siria, las regiones históricas de Palestina pasando por la franja del Hijaz hasta el norte de Yemen, la histórica Mesopotamia y los territorios contiguos a los ríos Éufrates y Tigris pasando por la actual Kuwait hasta Qatar. El Imperio Británico controlaba mediante la figura de protectorados el sur de Yemen, Omán y EAU, así como en el Norte de África a Egipto y Sudán.

Bajo el nuevo acuerdo el proyecto de Husayn ibn Alí de una gran nación árabe quedaría en abandono o parcialmente suspendido³⁹ ya que, como se menciona en el acuerdo de Sykes-Picot, en el punto uno, Francia y el Imperio Británico estarían preparadas para reconocer un Estado árabe independiente o una confederación de Estados árabes en las zonas de influencia francesas y británicas (figura 4). En el punto tres, se planteaba consultar a los representantes del jefife de la Meca, sobre el futuro de la zona bajo administración internacional (actual Palestina e Israel), así como ambas naciones se comprometieron, en el punto nueve, a no ceder derechos sobre los territorios bajo su control a terceras potencias, excepto a un Estado árabe o confederación de Estados árabes (GPF, 1916), dicho proyecto nacionalista de un gran Estado árabe estaba sembrando y desarrollando con fuerza sus primeras experiencias desde los territorios sirios.

Figura 4.
Acuerdo secreto de Sykes-Picot 1916 (Izady, 2016).



comandado por Kemal Atatürk, incluso después de terminada la guerra en contra de la ocupación de Anatolia por las potencias europeas cristianas”.

³⁹ El proyecto del rey hashemí no solo se vio obstruido por las traiciones coloniales de los británicos sino también por la lucha emprendida por la casa Saud en la península arábiga, la cual terminaría por derrocar el Reino del Hejaz y anexando, entre otras, las ciudades sagradas de Medina y la Meca en 1924.

El acuerdo se pactó el 16 de mayo de 1916, pero este solo se haría público el 23 de noviembre de 1917, con la filtración de manera irregular, por los medios Izvestia y Pradva de la naciente República Socialista Federativa Soviética de Rusia⁴⁰ (Noll, 2016; Fuentes Gil & Pellicer Balsalobre, 2016, pág. 21), y con la denuncia de Leon Trotsky, quien “reveló y denunció públicamente el contenido de los acuerdos Sykes-Picot” (Guingamp, 1996, pág. 26).

Al acuerdo y su impacto se le ha delegado, sin negar su importancia, sobre todo desde perspectivas eurocéntricas, un excesivo protagonismo planteando que las fronteras en Medio Oriente, producto de dicho pacto, son particularmente artificiales y coloniales, asunto que valdría la pena ser revisado con relación a la experiencia de otras regiones en los procesos de configuración de los Estado-nación. Si observamos experiencias en Asia, África o Europa, podremos evidenciar la gran variedad de pueblos que se forjaron como Estados-nación bajo una misma bandera, así como observar las fronteras de tantos otros países latinoamericanos, para evidenciar que dicha afirmación de artificialidad y de colonialidad no es, en absoluto, un fenómeno exclusivo de la región, y si bien es necesario evidenciar su carácter colonial y las consecuencias que ha dejado para las poblaciones locales durante largo tiempo, también es necesario evidenciar que las élites locales se vieron ampliamente favorecidas, desdibujando ese carácter netamente binario en el que solo se beneficia la potencia extranjera en relación con el país colonizado.

La importancia de los acuerdos es innegable, pero distinto es plantear que estos concibieron exclusivamente a los Estados-nación modernos en Medio Oriente o que fenómenos políticos de hoy deben su génesis a los mismos, en lugar de reflexionar el impacto real de la influencia colonial de ingleses y franceses (Andrew J., 2016, pág. 1), así como los beneficios o afecciones que generaron dichas potencias en las poblaciones locales; o cómo los otrora vilayets del Imperio Otomano influyeron no sólo en la configuración del acuerdo sino en la balcanización del territorio y su posterior libanización (Visser, 2013; Balanche, 2016)⁴¹.

⁴⁰ Tanto Rusia (en mayo de 1916) como Italia (en agosto de 1917) se asociaron al acuerdo, teniendo presencia internacional en Palestina, pero, posterior a la revolución bolchevique de 1917, la RSFSR saldrá del mismo (Balanche, 2016, pág. 5).

⁴¹ Balanche (2016) recurre al historiador libanés Georges Corm, quien acuñó la expresión "de la balcanización a la libanización", la cual, reinterpreta y plantea como el proceso histórico post primera guerra mundial que balcanizó el Medio Oriente con la creación de Siria, Líbano, Jordania, Israel e Irak; y la posterior libanización, caracterizada por la “decadencia de un estado en una guerra civil y su reconstitución bajo la influencia de actores externos” (pág. 3). Por su parte, Georges Corm (1983) concibió inicialmente la balcanización como hipótesis ante las pistas que vislumbraban la intención colonial de

Como plantea Reidar Visser (2013), el acuerdo tenía como pretensión la anexión de las zonas costeras por el provecho que representaban para los aliados: para los británicos por sus intereses navales y para los franceses por su ubicación estratégica con relación a las poblaciones cristianas, prestando una menor atención a la demarcación interna. Y resaltando que, fue la política local y no las líneas porosas del acuerdo las que determinaron la disposición fronteriza entre Siria e Irak en zonas como Abu Kamal y Jabal Sinjar durante la década de 1920.

También es importante recalcar que el acuerdo incluyó delimitaciones basadas en arreglos administrativos durante décadas de dominio otomano, con la organización de los vilayets así como los apartes del acuerdo que realmente se aplicaron fueron muy pocos, más allá de la línea divisoria entre Siria e Irak manteniendo una presencia y control realmente limitados (Visser, 2013).

Por su parte, Roula Khalaf (2014) plantea que, si bien el Acuerdo Sykes-Picot tuvo en cuenta principalmente los intereses europeos sobre los intereses de los pobladores de los territorios árabes, que se incumplieron las promesas británicas y que desde entonces se dio inicio a un periodo colonial, también es cierto que “centrarse en Sykes-Picot [...] oscurece convenientemente la intromisión extranjera más reciente”, dándole un carácter de perpetuidad a los acuerdos sobre todos los fenómenos políticos, sociales o económicos que se da en la región, así como “relacionar los acontecimientos de hoy con las fronteras coloniales es engañoso”, aún más teniendo en cuenta el nacionalismo territorial que “está profundamente arraigado en los Estados árabes en la actualidad, a pesar del brote repetido de violencia sectaria”⁴².

El nacionalismo árabe o panarabismo va a jugar un papel importante en la configuración de los nacientes Estados. Balanche (2016, pág. 15) afirma que, si bien es clara la influencia de los acuerdos en los Estados post Mandato Francés, también influyeron de manera importante los fenómenos y factores locales como “el deseo de

dividir la región, buscando desintegrar los países en varios Estados confesionales; estrategia intencionada por EE. UU. e Israel, buscando garantizar la existencia de este último, así como contribuida por Irán al “crear una atmósfera de desconfianza entre los elementos sunníes y chiíes (*sic*)”.

⁴² Valdría la pena pensar la relación entre los argumentos que reducen los conflictos sectarios que se dan en la región como disputas derivadas de la primera Fitna, así como las explicaciones que reducen los fenómenos de sectarización entre las distintas comunidades étnicas y religiosas a partir de la repartición de la zona en mandatos y la posterior creación de los distintos Estados. Perfilando un argumento, igualmente sectario, según el cual se trazaron las fronteras sin tener en cuenta la confesión religiosa o identidades de sus habitantes, proponiendo como solución a dicho “problema”, por ejemplo, en Siria e Irak, la creación de proto-estados confesionales que diriman los conflictos entre shias, sunnas y kurdos.

proteger a los cristianos libaneses⁴³, la alianza entre Damasco y Alepo o la defensa del sur de Irak ante las pretensiones que allí tenía Turquía”, como también es importante resaltar la pérdida de Cilicia y Mosul por parte del Mandato Francés, a las que se sumaría después la de Sanjak de Alexandretta en 1939 (Balanche, 2016, pág. 9).

El martirio de estos primeros héroes del nacionalismo árabe muestra a los reformistas que ahora es inútil esperar un entendimiento con los turcos. La brecha es demasiado profunda para salvarla. Al enviar a musulmanes y cristianos a la horca, los turcos favorecen la unión de las dos comunidades bajo la bandera del arabismo. (Guingamp, 1996, pág. 25)

Como plantea Guingamp (1996, págs. 25-26) en su reflexión, la guerra generó para los árabes el dilema de las consecuencias que provocaría una victoria turca, que fortalecería y perpetuaría “sobre las provincias árabes un gobierno cada vez más mal tolerado”, en tanto una victoria de los Aliados implicaría la disposición imperialista sobre los territorios caídos, con el agravante de que estos últimos fueron los únicos que se aliaron ante la persecución y exterminio turco convirtiéndolos en un mal menor. Surgió así la idea de los nacionalistas árabes de apoyar a los ingleses bajo el liderazgo del Sharif Husayn en la guerra “a cambio de la independencia de un estado árabe en los territorios liberados” y, con la responsabilidad de su tercer hijo Emir Faisal, de emprender el levantamiento árabe apoyado en el Protocolo de Damasco.

Las acciones árabes encaminadas a la creación de una gran nación árabe y las opiniones profesadas a franceses e ingleses por Faisal el 28 de agosto de 1919 sobre la “preservación de la unidad de Siria, un régimen de monarquía constitucional, [y la] limitación del programa sionista en Palestina”, fueron opiniones consideradas inaceptables por los europeos. Las tensiones, azuzadas por la propaganda turca, aumentaron hasta llegar a enfrentamientos entre árabes y franceses. El 8 de marzo de 1920 el Congreso sirio presidido por Hachem Atassi proclamó “la plena y completa independencia del reino de Siria ‘dentro de sus fronteras naturales’”, en el que “Faisal es el rey y Rida Rikabi forma el gobierno”. Con dicha resolución se buscaba “la afirmación de la independencia frente a los objetivos europeos”, como también “una concepción restrictiva de la nación árabe”; pero el “objetivo principal de la revuelta árabe no era la independencia de la Gran Siria, sino de un territorio que se extendía desde los Montes

⁴³ Pretensiones que permanecieron limitadas cuando se trataba de los armenios cristianos.

Tauro hasta el Mar Árabe y desde el Mediterráneo hasta el Golfo Pérsico”, pero como finaliza la reflexión Guingamp (1996, pág. 28) la unidad estaba rota desde su manifestación el 8 de marzo ya que confirmaría una “fragmentación impuesta por Europa”.

Las potencias europeas se negaron a reconocer el nuevo Reino de Siria y, buscando contener las pretensiones de los nacionalistas árabes, el Consejo de Administración en Beirut “proclamó la independencia del Líbano, con la bendición francesa el 22 de marzo de 1920”; y el 25 de abril, sin presencia de representantes árabes, “el Consejo Supremo Aliado, reunido en San Remo⁴⁴ estableció el principio de mandatos” (Guingamp, 1996, pág. 28), lo que generó grandes huelgas y manifestaciones en territorio sirio, así como se:

[r]edactó una Constitución, la primera en el mundo árabe, que convirtió al país en una monarquía constitucional con un Senado y una Cámara de Diputados. Los franceses, que habían entendido que el tiempo no estaba de su lado, estaban decididos a poner fin al problema sirio. El general Gouraud, alto comisionado y comandante del ejército de Levante, avanzó sus tropas hacia Damasco. Multiplicando las exigencias de sus ultimátums y obligando a los sirios a enfrentarse. (Guingamp, 1996, pág. 28)

Los enfrentamientos tuvieron “lugar en Khan Maysaloun, a unos veinte kilómetros de Damasco, en la carretera a Beirut”, en pocas horas la tercera división del ejército del Levante derrotó las débiles fuerzas árabes, logrando romper la resistencia siria y entrar en Damasco el 25 de julio de 1920 (Guingamp, 1996, pág. 29)⁴⁵.

La Primera Guerra Mundial no solo trajo consigo el acuerdo secreto de Sykes-Picot y el incumplido acuerdo entre Husayn y McMahon, sino también otro importante nudo de desarrollo para la región árabe que sería la Declaración Balfour del 2 de noviembre de 1917⁴⁶. En ella el ministro de relaciones exteriores británico Arthur James

⁴⁴ “Estas decisiones, tomadas en ausencia de un delegado árabe, entraban en total contradicción con la declaración franco-inglesa del 8 de noviembre de 1918” (Guingamp, 1996, pág. 28), la cual establecía que: “Gran Bretaña y Francia acuerdan alentar y ayudar al establecimiento de gobiernos y administraciones nativas en Siria y Mesopotamia, actualmente liberadas por los aliados” (Guingamp, 1996, pág. 27)

⁴⁵ Como también plantea Guingamp (1996, pág. 29), ni el proyecto nacionalista árabe secular ni el religioso se vieron concretados, la región se fragmentó como nunca antes, aunque quedó el antecedente de lograr constituir un gobierno árabe asentado en Damasco y la asamblea que redactó su constitución, así como “desarrollar una conciencia política y dar origen a un embrión de vida cultural” (Guingamp, 1996, pág. 29)

⁴⁶ Sobre el acuerdo secreto de Sykes-Picot, el acuerdo Husayn-McMahon y la Declaración Balfour sentencia Guingamp (1996, pág. 26): “¡Tres negociaciones simultáneas y contradictorias! De este embrollo

Balfour le comunicó al líder de la comunidad judía Lionel Walter Rothschild la intención de Su Majestad de contemplar la creación de un hogar nacional para el pueblo judío en Palestina. Como menciona George G. Corm (1988, págs. 185-186) la declaración contenía la futura tragedia palestina y constituía un ejemplo de esoterismo racista, en el texto el gobierno de Gran Bretaña disponía de un territorio sobre el que no ejercía soberanía “ni en la ley ni en práctica”, beneficiando una comunidad religiosa que en su mayoría no vivían en dicho lugar, solo el 9% de la población palestina para la época eran judíos. Y aunque refería que no debía “hacerse nada que pueda perjudicar los derechos civiles y religiosos de las comunidades no judías existentes en Palestina” (Corbin, 2017) no se menciona en absoluto a la población árabe o palestina, más allá de denominarlos como “no judíos” aunque constituían el 91% de la población.

La Declaración Balfour se convertiría en carta de ruta para que Reino Unido reforzara su interés e influencia sobre Palestina, la cual ya se había evidenciado en el acuerdo Sykes-Picot denominando la zona bajo administración francesa, británica y rusa y que sería sustento para la posterior creación del Mandato Británico sobre Palestina y Transjordania, asentado en el Tratado de Versalles (junio de 1919) y que sería finalmente ratificado en la Conferencia de San Remo de abril de 1920 con vigencia hasta 1948 con la creación del Estado de Israel.

El control y delimitación de Medio Oriente tomaría una orientación más clara con la Conferencia de Paz de París de 1919, de manera limitada con el Tratado de Sèvres de 1920 (que no sería ratificado)⁴⁷; la Conferencia de San Remo en 1920 y de manera

ingeniosamente implementado, una obra maestra de la duplicidad, donde el nacionalismo árabe será la primera víctima”.

⁴⁷ Isla Lope (2019, pág. 15) plantea que la principal razón que evitó que el tratado fuera ratificado “por las potencias participantes puede atribuirse, en gran medida, al retraso con que se llevaron a cabo sus negociaciones”; agregando, además: “...que dicha tardanza se generó primordialmente a partir de asuntos relacionados con la política mundial de la época. Ante todo, las negociaciones dependieron en última instancia de la difícil, pero también tardía consolidación del orden mundial estructurado por las potencias vencedoras después de la guerra. Lo que primero llama la atención con respecto a este asunto es el espacio de tiempo transcurrido entre la rendición otomana y la firma del tratado. El Imperio aceptó su derrota mediante el Armisticio de Mudros celebrado el 30 de octubre de 1918, sin embargo, los representantes de los vencidos no fueron obligados a firmar el tratado de paz y sus condiciones, en Sèvres, como se mencionó anteriormente, sino hasta el 10 de agosto de 1920. Cabe señalar, que este periodo de casi dos años evidentemente fue más que suficiente para cambiar la correlación de fuerzas, las cuales resultaban sumamente desfavorables para Estambul inmediatamente después de las actividades bélicas”.

El tratado guardaba un relación central con los elementos vinculados a los Catorce Puntos del presidente Woodrow Wilson de 1918, es estos proponía, desde una perspectiva idealista de las relaciones internacionales: la realización de convenios y de una diplomacia abierta y no secreta, libertad de navegación, desaparición de barreras económicas, reducción de armamentos nacionales, reajuste de las reclamaciones coloniales y autodeterminación de los pueblos; destacando, el *desarrollo autónomo de las nacionalidades no turcas del Imperio otomano*, así como reajuste, restauración y desarrollo de Rusia,

determinante con el Tratado de Lausana en 1923. Así mismo lo referente al sistema de Mandato de la Sociedad de Naciones, concretamente los mandatos 1, 2, 3, 4 y 5, referentes a los mandatos de Francia sobre Siria y Líbano; y británicos sobre Palestina, Transjordania e Irak.

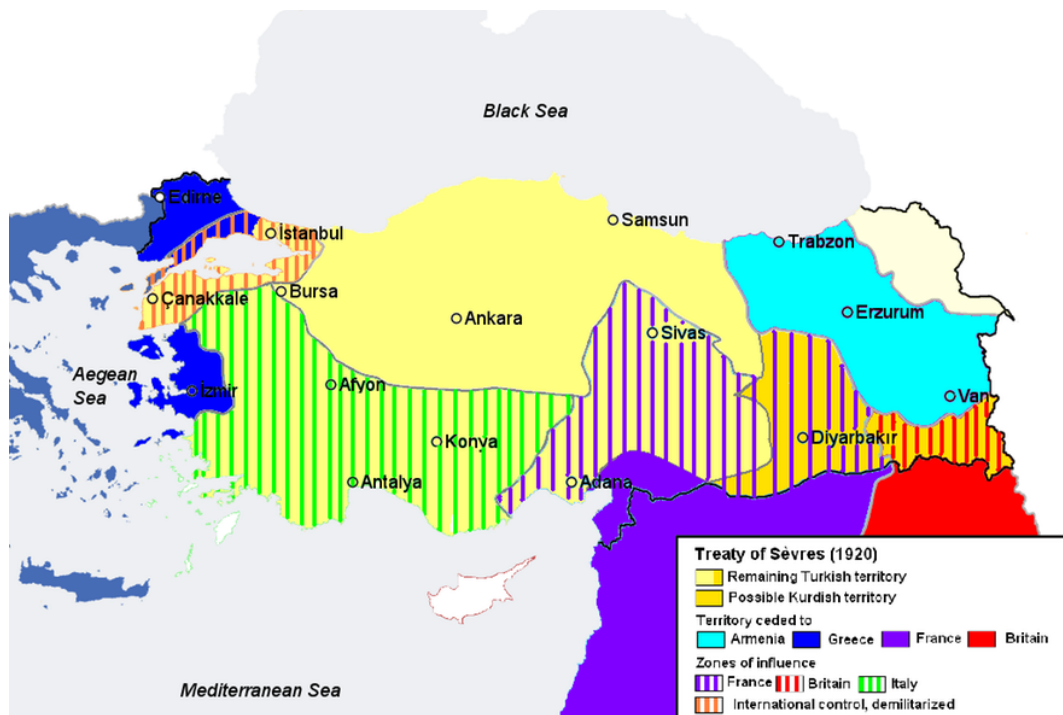
Sobre el Tratado de Sèvres y el Tratado de Lausana es importante hacer algunas precisiones, ya que la no ratificación del primero y la firma del segundo desechó por completo la propuesta de la Armenia Wilsoniana y la creación de un Estado para parte del pueblo kurdo en lo que actualmente es Turquía, a la vez que reconfiguró lo que sería el espacio territorial de Turquía y sus vecinos.

Retomando a Isla Lope (2019, pág. 15), encontramos que la principal razón que evitó que el tratado Tratado de Sèvres de 1920 no fuera ratificado “por las potencias participantes puede atribuirse, en gran medida, al retraso con que se llevaron a cabo sus negociaciones”, esto derivado de las condiciones políticas de la época, sustentadas en un escenario de transición hegemónica y multipolaridad.

Ante todo, las negociaciones dependieron en última instancia de la difícil, pero también tardía consolidación del orden mundial estructurado por las potencias vencedoras después de la guerra. Lo que primero llama la atención con respecto a este asunto es el espacio de tiempo transcurrido entre la rendición otomana y la firma del tratado. El Imperio aceptó su derrota mediante el Armisticio de Mudros celebrado el 30 de octubre de 1918, sin embargo, los representantes de los vencidos no fueron obligados a firmar el tratado de paz y sus condiciones, en Sèvres, como se mencionó anteriormente, sino hasta el 10 de agosto de 1920. Cabe señalar, que este periodo de casi dos años evidentemente fue más que suficiente para cambiar la correlación de fuerzas, las cuales resultaban sumamente desfavorables para Estambul inmediatamente después de las actividades bélicas. (Isla Lope, 2019, pág. 15)

Bélgica, Francia, Italia, los pueblos del Imperio Austrohúngaro e la independencia de Polonia, así como el arreglo de las relaciones entre los estados balcánicos, entre otros. Derivados de estos elementos surgió la propuesta de la Armenia Wilsoniana y la creación de un Estado para el pueblo kurdo: Kurdistán, los cuales abarcarían territorios de la actual Turquía, pero quedarían descartados con la firma del Tratado de Lausana en 1923. Dejando así en el olvido la promesa de independencia tanto para los kurdos, que terminaron disgregados entre los nuevos mandatos y Estados, como para los armenios de la República Democrática de Armenia (1918), que tras la invasión soviética y la declaración de la República Socialista Soviética de Armenia (1920) con el ascenso de Iósif Stalin serían cedidas las regiones de Najicheván y Nagorno Karabaj a Azerbaiyán, así como la limpieza étnica de que fueron sujeto a manos de los Jóvenes Turcos y Kemal Atatürk entre 1915 y 1923.

Figura 5.
 Tratado de Sèvres de 1920 (Walther, 2023).



El Tratado de Sèvres guardaba una relación central con elementos vinculados a los Catorce Puntos del presidente Woodrow Wilson de 1918, en estos se proponía, entre muchos otros, desde una perspectiva idealista de las relaciones internacionales, la realización de convenios y de una diplomacia abierta y no secreta, destacando para el tema que nos convoca, el desarrollo autónomo de las nacionalidades no turcas del Imperio Otomano⁴⁸; quedando enmarcadas en dicho tratado las propuestas de la Armenia Wilsoniana y la creación de un Estado para el pueblo kurdo: el Kurdistán. Si bien bajo los postulados wilsonianos y el tratado se pretendía repercutir sobre las comunidades étnicas y religiosas no turcas asentadas entre Anatolia, Mesopotamia y la frontera con Irán, también se proponía fragmentar y repartir como zonas de interés los territorios del “antiguo Estado multiétnico” entre las potencias europeas: Francia y Reino Unido, además de Italia y Grecia, territorios que a su vez eran defendidos y pretendidos por los republicanos turcos (Walther, 2023).

⁴⁸ La propuesta de Woodrow Wilson recoge además temas vinculados a: libertad de navegación, desaparición de barreras económicas, reducción de armamentos nacionales, reajuste de las reclamaciones coloniales y autodeterminación de los pueblos; reajuste, restauración y desarrollo de Rusia, Bélgica, Francia, Italia, los pueblos del Imperio Austrohúngaro y la independencia de Polonia, así como el arreglo de las relaciones entre los estados balcánicos, entre otros.

Tras el triunfo político y militar de la guerra greco-turca de 1919-22 por parte del Movimiento Nacional Turco bajo el liderazgo de Mustafa Kemal Atatürk, la firma del Armisticio de Mudanya del 11 de octubre de 1922 y la firma del Tratado de Lausana el 24 de julio de 1923 quedaría en el olvido la promesa de independencia tanto para los kurdos⁴⁹, que terminaron disgregados entre los nuevos mandatos y Estados, como para los armenios de la República Democrática de Armenia (1918), que tras la invasión soviética y la declaración de la República Socialista Soviética de Armenia (1920) con el ascenso de Iósif Stalin serían cedidas las regiones de Najicheván y Nagorno Karabaj a Azerbaiyán, esto sin detallar los genocidios y deportaciones forzadas⁵⁰ contra los pueblos armenio, asirio y griego⁵¹ perpetrado por las autoridades turcas, ya fuera a manos del Imperio, los jóvenes turcos o el Movimiento Nacional. El Tratado incluyó el anexo VIII Declaración de Amnistía, que concedía inmunidad a Turquía (pero también a Grecia) por los crímenes cometidos entre 1914 y 1922. En el apartado III de dicho anexo se especifica que:

El Gobierno turco y el Gobierno griego concederán, respectivamente, amnistía total y completa para todos los delitos o delitos cometidos durante el mismo periodo que evidentemente estuvieran relacionados con los acontecimientos políticos que tuvieron lugar durante ese periodo. (MFA, 2022)

Tras la entrada en vigor del Tratado de Lausana el 6 de agosto de 1924 se definieron las fronteras de Turquía, Grecia, Siria e Irak; Turquía recuperó los territorios dispuestos para armenios y kurdos (Anatolia Oriental) hasta la frontera iraní a cambio de renunciar a los territorios árabes del sur, el tratado incluyó el final de las capitulaciones sobre Turquía y la repartición de las deudas del Imperio entre las nuevas naciones⁵².

⁴⁹ La propuesta inicial del Tratado de Sèvres contemplaba la creación de un Estado kurdo en la zona sur occidental de la actual Turquía, sin implicaciones en los mandatos de Siria e Irak.

⁵⁰ Bajo la idea de “una religión, una lengua, un Estado” poblaciones musulmanas turcas también fueron deportadas forzosamente de territorio griego a territorio turco bajo la figura del *Convenio sobre el intercambio de poblaciones griega y turca* de (Walther, 2023).

⁵¹ Así como la violencia ejercida contra poblaciones y liderazgos kurdos a inicios de siglo y que han sido señalados de limpieza étnica y genocidio. Así como también es importante señalar la instrumentalización de las tropas kurdas por Atatürk en los genocidios armenio y asirio bajo promesas de autonomía en el futuro que serían incumplidas.

⁵² Para ampliar los contenidos sobre el Tratado de Lausana de 1924 consultar el enlace de MFA (2022).

2.2. Del Mandato Francés al ascenso de la familia al-Assad

El arribo de Hafez al-Assad a la más alta esfera del poder sirio implicó un proceso de ajustes y reajustes durante años. Este proceso, según Pipes (1989), implicó tres etapas: el Mandato Francés, el dominio sunní y la consolidación alawita; etapas a las que recurriremos para mapear los fenómenos que se desarrollaron en Siria entre 1920 y 1970.

2.2.1. El Mandato Francés

Los años veinte y treinta se convirtieron en dos décadas de importantes reacomodos territoriales para el Mandato Francés⁵³ y el Mandato Británico. El trazado de la frontera oriental de Transjordania se delimitó como un “amortiguador entre Palestina, el Mandato Francés de Siria y las ambiciones de Ibn Saud, el Emir de Nejd y principal rival del clan Hashemi de Hejaz”, evitando que la Casa Saud “llegara a Siria y perturbara así el eje Haifa-Bagdad” (Balanche, 2016, pág. 7).

De igual manera, entre 1920 a 1946, los alawis mantuvieron unas relaciones parcialmente cordiales con la administración francesa⁵⁴ y se vieron favorecidos⁵⁵ como una minoría históricamente débil, empobrecida y rural frente a una aparente hostil mayoría sunní (Molina, 2017, pág. 109). Es así como el Mandato propició desde 1922 en los territorios de la Siria histórica la configuración de Estados de carácter tribal, la creación del Estado Alawi (Jabal al-Alawiyya), el Estado Jabal al-Druze y el Gran

⁵³ El mandato otorgado por la Sociedad de Naciones propició que Francia administrara Siria durante 25 años, en palabras de Pierre Guingamp (1996, pág. 11), “sin siquiera intentar comprender las motivaciones y aspiraciones de los sirios”, así como evitar el reconocimiento del nacionalismo árabe que hubiera evitado tantos malentendidos y tragedias.

⁵⁴ La presencia e influencia francesa en Siria se remonta varios siglos atrás, posterior a la muerte de Solimán el Magnífico en 1566 y la decadencia en la que entraría el Imperio Otomano que sería aprovechado por las potencias europeas bajo el argumento de buscar protección oficial para las minorías, así como influir en el desarrollo de las provincias otomanas. El reconocimiento de Francia en 1604 como protectora de los cristianos trajo consigo grandes privilegios comerciales atribuidos a dicha comunidad. Estos acuerdos producirían un gran impacto en el tiempo, así como la obtención de aún mayores privilegios y control económico tanto para Francia como para Inglaterra, Austria y Rusia, sobre las provincias. El “capitalismo europeo emergente” encontró en las capitulaciones el acceso a materias primas, así como la formación de una clase comerciante y de profesionales libres locales que actuaban como intermediarios y se beneficiaban de la penetración económica europea, en tanto un margen importante de la población se veía afectada por la pobreza y estancamiento como efectos del declive del Imperio (Guingamp, 1996, pág. 18).

⁵⁵ “Es necesario matizar este tipo de aseveraciones pues las relaciones con la potencia ocupante no fueron siempre buenas y los términos de dicho vínculo estaban supeditados a las conveniencias de la comunidad. Recordemos, a modo de ejemplo, que en 1919, Salih al-‘Ali lideró un amplio levantamiento alauí (*sic*) en el que convocó a los suyos a expulsar a los invasores europeos; derrotado, volvió a presentarse públicamente tras la amnistía general de 1922 (ya con la zona autónoma alauí (*sic*) establecida por la administración francesa) absteniéndose, desde entonces, de toda actividad política que pudiese poner en peligro los beneficios conseguidos por la comunidad” (Molina, 2017, pág. 109).

Líbano⁵⁶ bajo una fuerte influencia europea⁵⁷. Este Estado alawita fue la respuesta de la presencia colonial francesa que buscaba subsanar la deuda histórica sobre los alawitas como una población históricamente olvidada con su propia comunidad autónoma⁵⁸ (Balanche, 2016, págs. 13-14), aunque por el contrario, la actitud francesa de fragmentar el territorio con la creación de Estados étnicos, parecía estar, más bien, encaminada a impedir una amplia confluencia panarabista o nacionalista que buscara la creación de un Estado que conservara los territorios árabes de la Gran Siria, instaurando estructuras de Estado arcaicas y sectarias que debilitaran el naciente nacionalismo árabe.

Los compromisos entre Francia y la élite alawitas de 1924 comprendían la creación formal de un Estado de mayoría alawi que contaría con territorios del norte de Latakia con alta presencia sunní pero dependiente económicamente de su región. Para 1935 el nuevo Estado contaba con una población de 350.000 personas, de las cuales 224.000 eran alawis y 64.500 musulmanes sunníes que estaban asentados principalmente en las ciudades y en el norte (Balanche, 2016, pág. 14).

La presencia francesa y su alianza con la comunidad alawi propiciará un proceso que será fundamental para el futuro de la República Árabe Siria en los años sesenta. Esto se refiere a los procesos de educación emprendidos por la colonia para formar una élite alawita que disputara los puestos claves aún bajo control sunní y cristiano; si bien este proceso, que buscaba un ascenso de una élite alawita, no tuvo éxito sí propició que los habitantes de Jabal al-Alawiyya accedieran al Ejército del Levante dirigido por Francia como proceso de ascenso y promoción social (Balanche, 2016, pág. 14) y posteriormente político y militar.

⁵⁶ Los otros dos Estados fueron el Estado de Alepo y el Estado de Damasco.

⁵⁷ En 1924 Francia y autoridades libanesas trazaron las fronteras del Gran Líbano, estas “se fijaron de forma permanente y se separaron del Estado de Siria” (Balanche, 2016, pág. 11).

⁵⁸ El interés de los franceses de propiciar la creación de un estado alawita se remonta a las conflictivas relaciones de esta comunidad y su territorio con las zonas de control sunní, cristiano e ismailíe durante el Imperio Otomano, Fabrice Balanche (2016, págs. 13-14) nos ofrece algunas ideas sobre este proceso: la zonas costeras de las montañas alawitas, también conocidas como *Jabal al-Alawiyya* (o *Jabal al-Nusayriya*) estaban rodeadas por ciudades y poblados de esas otras tres comunidades, y si bien el sistema de carreteras evitaba las montañas alawís por las constantes revueltas, la carretera que atravesaban las localidades ismailíes Masyaf y al-Qadmus (actual D35), entre Hama y Baniyas que eran consideradas más seguras, estaban centradas en sus montañas. A cambio de que los ismailíes suministraran seguridad para esta carretera los otomanos concedían su protección ante la rivalidad con los alawitas. El posterior crecimiento poblacional alawí sobrepasó la capacidad de sus territorios, lo que los obligó a finales del periodo otomano a trabajar como aparceros en los latifundios “dirigidos por la oligarquía sunita-cristiana en las llanuras circundantes”, produciendo así que “se integraran en el sistema económico de la zona, pero en el proceso cedieron la protección política alawita (*sic*)”.

...la administración francesa seccionó este territorio en distintas unidades administrativas en coincidencia con líneas sectarias y étnicas. De esta manera, se creó una entidad drusa y otra alawita (*sic*), al mismo tiempo que se diseñaron dos entidades sunitas, una de ellas alrededor de Damasco, y la otra, en torno a la ciudad de Alepo en la que quedó incluida la minoría kurda del norte de Siria⁵⁹, comunidad no tan numerosa en ese momento. (Isla Lope, 2019, pág. 17)

La promoción del Estado druso tuvo motivaciones similares a las reflejadas en el Estado alawita, “Francia creó el Estado de Jabal al-Druze con el mismo principio del que subyace al Estado alawi”, pero, si bien los clanes apoyaron el Mandato Francés y la creación del Estado druso separado del Estado de Damasco en 1920 buscando consolidar una hegemonía y sus privilegios⁶⁰, en 1925 producto del descontento de algunas familias los jefes drusos liderados por el sultán al-Atrash se rebelaron contra los franceses, generando revueltas que se extendieron por dos años hasta alcanzar otros Estados de Siria y al mismo Líbano, dicha resistencia solo pudo ser diezmada por los franceses con el envío de su aviación. En su momento dicho Estado contaba con una población de 50.328 habitantes de los cuales el 85% eran drusos, así como las comunidades cristianas que ascendían a 7.000 y con los cuales existían completo entendimiento, así como una población menor de musulmanes sunníes que sumaban 700 habitantes (Balanche, 2016, págs. 14-15).

Finalmente, como plantea Balanche (2016, pág. 15), ni el Estado alawita ni el Estado druso fueron económicamente viables, así como el nacionalismo árabe resultó bastante atractivo para ambos pueblos, por lo que sus élites se sumaron a la campaña de 1936 para su integración al Estado sirio. Además, tres años después se dio “la bienvenida de estas comunidades de fe al islam por Hajj Amin al-Husseini, el Gran Mufti de Jerusalén”, quien “había suavizado las reservas sobre su estatus en un Estado dominado por los sunitas”.

⁵⁹ Sobre el futuro de la comunidad kurda en Siria, Isla Lope (2019, pág. 17) agrega que: “la población kurda de Siria aumentó considerablemente debido a la diáspora kurda provocada por la represión de Mustafá Kemal en Turquía. Por ello, a partir de 1927 las organizaciones kurdas de Siria sentían que era posible aspirar a un modelo de autonomía comparable a los que se habían otorgado a los alawitas y a los drusos desde el inicio del Mandato. No obstante, esta autonomía no les fue concedida, lo que posteriormente dio motivo a la primera revuelta kurda en Siria en 1937”.

⁶⁰ Este proceso de promoción educativa será muy importante para los sucesos que se producirán en Siria a futuro, tanto para la comunidad alawita como para la drusa; ya que ambas comenzaran un proceso de ascenso social que les permitirá ocupar lugares de importancia social, militar y posteriormente de relevancia política.

Y en esa vía es importante retomar la reflexión de Balanche (2016, pág. 15) al manifestar que, si bien para los residentes de los nacientes Estados árabes, “las divisiones étnicas y religiosas fueron compensadas por la lucha contra el colonialismo y el nuevo Estado de Israel”, esos enemigos externos resultaron ser suficientes para la unificación interna de los Estados, pero no para la configuración de una gran nación árabe. Así como lograda la independencia, los países “se esforzaron por mantener una cohesión territorial basada en las divisiones coloniales para lograr la unidad nacional”, contrarrestando la pretensión de los Mandatos de preservar las minorías y apostando por “disolver esa identificación comunitaria en favor de la identidad nacional”.

Francia consideraba que podría mantener un mejor control desde las costas que desde el interior, ya que en estas zonas las minorías “cristianas y los musulmanes shiítas duodecimanos, junto con los alawitas, los ismailíes y los drusos, aceptaban más esta presencia que los árabes sunitas, que percibían una estrategia de divide y vencerás” (Balanche, 2016, pág. 9).

Con la unificación de los Estados alawita y druso a la República Siria, aún bajo yugo francés, se sumará un hecho de suma importancia para la historia de Siria, esto es, la activación primaria de los Hermanos Musulmanes⁶¹ en 1936 y la realización del Primer Congreso de Estudiantes miembros de la hermandad en 1938 (Maréchal, 2008, pág. 23). Aunque sería en 1945 cuando se fundaría de manera oficial una sucursal del movimiento en el país.

El cruce entre el Mandato y la independencia comprende algunos momentos importantes, como el gradual levantamiento de los mandatos británico y francés generando la separación formal como Estados independientes del Líbano en 1943 y Siria en 1945 —aunque los franceses sólo abandonarían definitivamente el país en abril de 1946—. A estos hechos se les sumaría la partición de Palestina en 1947 y la declaración de independencia en mayo de 1948 por parte de Israel tras establecer sus delimitaciones territoriales provecho de sus victorias militares, en tanto “la parte árabe de Palestina fue anexada por el reino de Transjordania” y las campañas separatistas de algunos grupos

⁶¹ Los Hermanos Musulmanes o Hermandad Musulmana es una organización islamista fundada en 1928 por el profesor Hassan al-Banna en Ismailía, Egipto.

minoritarios⁶² fueron reprimidas, garantizando así a los distintos Estados mantener su integridad (Balanche, 2016, págs. 3-4).

2.2.2. El dominio sunní

Tras el proceso de independencia ahora bajo el dominio sunní (1946-1963), con la anexión de Latakia y la abolición de las instituciones alawitas, los nuevos gobernantes sunníes subestimaron al ejército como herramienta del Estado, conservando su reputación de destino para las minorías. Los alawitas mantuvieron un papel relevante dentro de las fuerzas armadas, representando un importante número de soldados y oficiales de rango, sumándose a esto los continuos golpes de Estado, las purgas y las dimisiones de los altos cargos mientras los alawitas fortalecían su presencia en las filas del Partido Baath, atrayendo también a las minorías de origen rural y a los estudiantes.

La actividad del Partido Baath fundado por Aflaq y Bitar se centró principalmente en Damasco ganando gradualmente mayores adeptos en las provincias a las que regresaban los militantes que había terminado sus estudios en la capital; destacando los reclutas “drusos en Suwayda, cristianos en Alepo, luego alawitas (*sic*) en Latakieh”, entre otros lugares. Prácticas que se irán consolidando y extendiendo para dar un nuevo rostro al partido tanto política como geográficamente. Pero la falta de formación para hacer proselitismo dificultaba “ampliar la base del partido a los estratos sociales más representativos”, por lo que “se anima[ba] a los activistas a participar en todas las actividades de su comunidad: asociaciones deportivas, organizaciones culturales, sindicales y elecciones estudiantiles, etc.”, así como participar activamente, “ser visto, hablar y discutir” para “ganar nuevos miembros para la causa del Baath”. De esta manera las dificultades importantes en la estructura organizativa que era improvisada, se fundaba en que, si bien Michel Aflaq era reconocido “como la autoridad, no tenía ni el título ni el poder de un zaïm (guía supremo)”; además se presentaban dificultades para nombrar oficialmente el partido, que solo se concretó el 20 de mayo de 1945 con la firma de un tratado como el Partido Árabe Baath (Hizb al Baath al Arabi), hasta que finalmente en 1954 se definieron las reglas de su funcionamiento (Guingamp, 1996, pág. 45).

⁶² Las minorías, que buscaron impulsar proyectos de autonomía, fueron rápidamente reprimidas, buscando que los nacientes Estados conservaran su integridad territorial, por ejemplo, en 1932 “los asirios fueron masacrados en el norte de Irak mientras buscaban un distrito autónomo. Del mismo modo, los kurdos seguirían siendo víctimas de Bagdad hasta 1991” (Balanche, 2016, pág. 4).

Precisamente es el 7 de abril de 1947 en el Primer Congreso del partido, que se funda oficialmente como el Partido Baath Árabe Socialista⁶³, producto de la unión de Movimiento Baath Árabe fundado en 1940 por Michel Aflaq y Salah Bitar y el Partido Baath Árabe que, aunque fundado por Zaki al-Arsuzi fue adherido al nuevo Baath por sus simpatizantes. La aparición de estos grupos nacionalistas, la fundación del partido y la final consecución de la independencia se comprende en el proceso nacionalista que ha atravesado esta región en su historia y que comprende, según Chuaqui Numan (2013, págs. 12-13) la existencia de “tres nacionalismos cuyos referentes van de menor a mayor: el Estado actual, la Siria histórica y la nación árabe”. En este Congreso se presenta además al partido como "una organización política nacionalista, democrática, socialista y revolucionaria", en la que se da una “profesión de fe del Baath en materia de nacionalismo y arabismo”, estableciendo tres principios inmutables “que definen a la Nación Árabe como una entidad política y económica indivisible, así como una entidad espiritual y cultural, portadora de una misión que desempeñar su papel junto a otras civilizaciones” (Guingamp, 1996, pág. 54).

Las reflexiones en torno a la ideología de Baath son ampliamente diversas, no solo por sus orígenes, sino por los cambios que ha sufrido tras mantenerse en el poder por setenta años, algunos analistas ubican sus influencias e ideario en el socialismo (Tawil Kuri, 2013, pág. 37), en el fascismo o el nacional socialismo (Albert, 2008, pág. 54; Wild, 1985, pág. 131), en el corporativismo económico (Perthes, 1997, pág. 134), pasando por el panarabismo y el nacionalismo árabe (Guingamp, 1996, pág. 50); hasta manifestaciones moderadas de teocracia de Estado que se vislumbran en su relación teológica con Irán, tendencias marxista-leninistas⁶⁴ manifestadas bajo los liderazgos en los años sesenta de Salah Jadid y Nureddin al-Atassi, o una simbiosis de liberalismo secular y capitalismo de Estado sustentado durante los años noventa y el nuevo siglo con los procesos parciales y graduales de apertura económica. Estas contradicciones y dificultades para concretar la doctrina del partido tienen relación con los procesos de cambio a los que ha sido forzada Siria, así como al pragmatismo político de sus dirigentes para actuar sobre problemáticas y presiones tanto internas como externas. Como reflexiona Chuaqui Numan (2013, pág. 21):

⁶³ O Partido del Renacimiento Árabe.

⁶⁴ O como plantea George Corm (1988, pág. 60): un periodo cargado de ultraizquierdismo. Este tema será ampliado en las próximas páginas.

El Ba‘th moviliza de modo masivo su ideario y su actuación suele remitir a él. La ideología ba‘thista, que ha ido variando hasta cierto punto y ha sido expresada en numerosos documentos desde hace más de dos tercios de siglo, puede ser caracterizada, con alguna exageración, como vaga en el mejor de los casos, y contradictoria en casos menos afortunados. Seguramente, la vaguedad de la ideología y, por lo mismo, su propensión a traducirse es una gama maleable de acciones políticas tiene algo que ver, si bien no de modo decisivo, con la fácil ruptura que llegó a producirse entre los gobiernos ba‘thistas de Siria y de Iraq (*sic*), aunque, desde luego, lo determinante fueron consideraciones de la Realpolitik.

Solo dos años antes de la fundación del Baath, Mustafa al-Sibai establece oficialmente la primera rama de la organización madre de los Hermanos Musulmanes en Siria tras la unión de diversas organizaciones político-religiosas. Al-Sibai era un prestigioso académico y republicano islamista que desde 1930 era integrante de la Hermandad con el Frente Islámico Socialista, “órgano político de los Hermanos sirios en la independencia”. Configuró un armazón del pensamiento islamista, socializante, republicano/parlamentario y anticolonial adelantado a su época, no apostó dentro de sus tesis a la creación de un Estado islámico y se opuso en 1949 a la unión de Siria e Irak, que se encontraba entonces bajo el gobierno de la monarquía hachemí (Ramírez Díaz, 2016, pág. 3). La postura de al-Sibai quedó manifiesta en su discurso del 27 de diciembre de 1949:

Nosotros siempre, desde que éramos niños, hemos abogado por la unidad árabe, pero esta unidad que aquí se propone impide la realización de algunas aspiraciones. A este país le gusta el sistema parlamentario y lo ha abrazado desde el primer momento. Y con toda fe, sinceridad y claridad anunciamos que no queremos una alternativa al sistema republicano, sino que queremos para nuestra patria un régimen popular democrático, basado en la voluntad popular y en el que se refleje dicha voluntad. (Zarzour, 2000, pág 267, como se cita en Ramírez Díaz, 2016, pág. 3)

Mustafa al-Sibai, integró en su pensamiento la visión del islam como la religión oficial del Estado sirio, pero dimensionando que todos los ciudadanos son iguales ante el mismo, con acceso a los más altos cargos dentro del Estado y desprovistos de cualquier tipo de discriminación religiosa, sexual o lingüística; en sintonía con lo anterior,

rechazaba el ateísmo y lo dimensionaba como un rezago colonial y “como enemigo directo de la religión” (Ramírez Díaz, 2016, pág. 6), considerando así al islam como “contrapeso espiritual al materialismo⁶⁵” (Teitelbaum, 2004, pág. 143) capitalista y comunista⁶⁶.

Los Hermanos Musulmanes y el liderazgo progresista de al-Sibai jugaron un papel importante en la redacción de la constitución política de Siria del 5 de septiembre de 1950, y si bien los postulados más progresistas de al-Sibai no pasaron del debate parlamentario, la Hermandad logro mantener al islam como la religión del Estado y la condición de que la República Siria fuera presidida por un musulmán, además de abogarse como triunfo propio que en el preámbulo de la Constitución se estableciera que: “como la mayoría del pueblo profesa el Islam, el Estado declara su apego al Islam y a sus nobles ideales”, y de incluir que “la jurisprudencia islámica (fiqh) es la principal fuente (al-masdar al-ra'isi) de legislación” (Teitelbaum, 2004, pág. 144).

Este país de cismas o el *enfant terrible* como lo llama Corm (1988, pág. 60) tuvo en 1949 su primer golpe de Estado y desde 1947, con el surgimiento del Baath⁶⁷, alcanzaría ostentosos récords “de facciones internas, purgas y secesiones de las que surgieron nuevos órganos gobernantes que reclamaban la verdadera legitimidad” (Corm G. , 1988, pág. 60).

Entre estos golpes de Estado destaca el efectuado por el general militar Adib al-Shishakli en 1952 contra el presidente Hashim al-Atassi (reelegido tras el proceso constituyente de 1950), el cual “decretó el cierre de las sedes de los Hermanos Musulmanes y el encarcelamiento de sus líderes, destino similar al de otros partidos”

⁶⁵ Finalmente, la Constitución Política de Siria contemplaría como condición para ser presidente pertenecer a la comunidad islámica: la religión del presidente de la República es el islam.

⁶⁶ Esto no significaba necesariamente que al-Sibai considerara a la URSS u otros Estados comunistas o capitalistas como enemigos, en una conferencia celebrada en abril de 1950 planteó: “que si bien el Islam tenía su propio ‘sistema socialista’ independiente del comunismo (y del capitalismo), este sistema no entraba en conflicto con las tendencias comunistas. Los musulmanes deberían tratar a la URSS como a cualquier Estado poderoso; si el Estado respeta a los musulmanes y su soberanía, entonces puede haber paz incluso si las ideologías están en desacuerdo. ‘El Islam no impone la guerra a todos los que difieren de él. Si [un país] ataca el credo de los musulmanes’, su honor y su país, entonces se declara la guerra y se ordena a todos los creyentes que tomen medidas para rechazar la agresión” (Teitelbaum, 2004, pág. 146).

⁶⁷ “El surgimiento del Partido del Renacimiento Árabe, Ba‘th [Ba‘t], y de otros afines, signados por el nacionalismo, sólo se comprende en el marco de la resistencia al colonialismo, en este caso el que ejerció a la sombra del mandato francés (*sic*) sancionado por la Sociedad de las Naciones” (Chuaqui Numan, 2013, pág. 12)

como el Partido Popular, el Partido Baath y el Partido Comunista (Ramírez Díaz, 2016, pág. 2).

En este periodo se da el intento de unión entre Siria y Egipto en cabeza de Gamal Abdel Nasser entre 1958 y 1961 con la República Árabe Unida (RAU), esta corta experiencia de unidad y su final ruptura dejó desilusionado y amargado al mundo árabe⁶⁸, como plantea Corm (1988, págs. 62-63) la burocracia egipcia trató con mano dura a Siria en su búsqueda de convertirla en una provincia egipcia, a su vez que las fuerzas conservadoras dentro del Baath apoyaron la secesión siria, lo que dejaría a posteridad acusaciones compartidas entre Egipto y Baath sirio e iraquí y entre los sectores de izquierda y derecha dentro del partido.

2.2.3. La consolidación alawita y la confrontación con Israel

Entre 1963 y 1970 se dieron tres cambios de régimen que posibilitaron cambios importantes dentro la estructura del Estado, comenzando con el golpe del Baath en marzo de 1963, el cual permitió el acceso masivo de alawitas al ejército y al partido, a la vez que estos con los drusos y los ismailíes mantenían puestos políticos de importancia los oficiales sunnís ocupaban algunos cargos importantes, pero de menor poder. Esto cambió sustancialmente las dinámicas internas del Partido Baath en los dos primeros años, llevando al presidente Amin al-Hafiz a querer depurar al ejército, pero un grupo de altos cargos alawitas lo depuso del poder el 23 de febrero de 1966.

Como menciona Guingamp (1996, pág. 75), refiriéndose a los primeros años de república, el ejército “irrumpió repentinamente en los asuntos del país” con la silenciosa toma del poder por parte del coronel Husni al-Zaïm el 30 de marzo de 1949. Pero este proceso dentro de las fuerzas armadas inició por parte de Francia con la conformación de unidades integradas por grupos étnicos minoritarios de “kurdos, drusos, alawitas (*sic*), circasianos, ismailíes, batallones de legiones armenias, etc.”, en tanto la burguesía sunní

⁶⁸ Otros intentos de unión en pleno esplendor de panarabismo árabe en los años sesenta y setenta y que terminaron en fracaso y desilusión fue la efímera unión entre Egipto, Siria e Irak en 1963; el “deslucido Consejo Presidencial establecido en mayo de 1964 para promover la unidad iraquí-egipcia”; en su momento la destacada iniciativas de unión proferidas por el oficial libio Muamar al-Gadaffi con la Federación de Repúblicas Árabe (Corm G. , 1988, págs. 96-97) compuesta por Egipto, Siria y Libia que, de manera cambiante y conflictiva, entre 1971-72 y 1977 intentó operar con su Asamblea Nacional Federal (1972-1975) pero que producto de marcadas diferencias políticas y estratégicas entre sus líderes (al-Sadat, al-Assad y al-Gadaffi) nunca logró consolidarse. Esta contó también en distintos momentos con el interés de Irak (Hassan al-Bakr de Baath iraquí) y Sudán (Yaafar al-Numeiry de la Unión Socialista Sudanesa) de sumarse a dicha iniciativa. Así como los intentos fallidos de Libia y Túnez en 1974 o la nueva iniciativa entre Siria y Libia de 1980 (Corm G. , 1988, pág. 98).

se negó a enviar sus juventudes hasta 1940, precisamente “cuando Francia emprende reformas para constituir un ejército digno de ese nombre y mejorar su supervisión”, propiciando ahora sí la formación de oficiales sunnites de clase alta en la academia militar de Homs. Este proceso cambiaría después de la independencia permitiendo los ascensos de oficiales de origen rural, medio y modesto, a la vez que importantes cuadros políticos como Akram Haurani, patrocinaron las candidaturas de los hijos de sus socios tejiendo vínculos entre el ejército y el mismo Haurani.

Es precisamente a inicio de los años cincuenta que el ejército sirio se configura como un ejército popular ya que está compuesto en su mayoría por clases desfavorecidas que encuentran en las fuerzas militares un medio de progreso social. Así, “en la cima de la jerarquía, los oficiales sunitas ocuparon los puestos principales y lo seguirían haciendo durante unos diez años más” (Guingamp, 1996, pág. 75).

A propósito de la composición del Partido Baath, Georges Corm (1988, pág. 64) plantea que en los años sesenta la derecha del partido estaba integrada principalmente por civiles de extracción urbana, mientras la izquierda encontraba sus orígenes en los campesinos pobres; estos últimos pasarían a controlar el partido y ejercer control del Estado entre 1963 y 1966.

Las tensiones y los conflictos continuaron fastidiando a los baazistas. Apenas un año después de su llegada al poder, el descontento se extendió por todo el país debido al mal manejo de las libertades, la falta de respeto a los derechos civiles y los abusos de poder. Se libraron manifestaciones y se utilizó la fuerza para amordazar diversas acciones de protesta. Además, todo un conjunto de políticas económicas que supuestamente impulsarían el socialismo, incluidas medidas de nacionalización en la agricultura y la industria, perturbaron importantes sectores de la producción y alienaron a los grandes industriales, terratenientes y empresarios, provocando fuga de capitales. Fue en medio de esta agitación que Hafiz al-Assad tomó el poder en 1970 en lo que llamó un “movimiento correctivo” en la trayectoria del Baath, iniciando un gobierno que duró hasta su muerte en 2000. (Kassab, 2019, pág. 85)

Este periodo está fuertemente marcado por la rápida derrota de Siria, Egipto, Jordania e Irak a manos de Israel en la Guerra de los Seis días de 1967 con la consecuente

ocupación de los Altos del Golán, la península del Sinaí, la ribera occidental de Jordania, la Franja de Gaza y la ciudad vieja de Jerusalén.

Si bien después de la guerra en la sociedad árabe existía la preocupación de que al pasar el tiempo aumentara la probabilidad de que las líneas del alto al fuego se convirtieran en fronteras permanentes, dada no solo la declaración israelí de no evacuar ni devolver los Altos del Golán ni Sharm el-Sheikh en el Sinaí, sino también el establecimiento de colonos judíos en los territorios ocupados para evitar el regreso de los árabes que habían huido por la confrontación armada, la respuesta de Egipto y Siria se estancó durante un largo periodo dado que la Guerra de Desgaste (1967-70) emprendida por Nasser no dio resultados prevaleciendo después de 1970 el alto al fuego, a la vez que en el frente sirio se mantuvo en una permanente calma (Corm G. , 1988, págs. 93-94).

Según Corm (1988, pág. 60), el periodo entre 1965 y 1970 en Siria estuvo cargado de ultraizquierdismo⁶⁹, ya que parte del gobierno en cabeza de un grupo de oficiales que controlaban el Partido Baath “bajo la égida del general Salah Jahid (*sic*) era[n] muy sensible[s] a la retórica de la 'guerra popular' y la 'concentración de las fuerzas populares revolucionarias' en el mundo árabe”. Antes de la guerra de 1967 el partido crearía el movimiento 'Saika', el cual reagrupaba los cuadros palestinos del Baath como 'ala de vanguardia para la liberación popular'⁷⁰; así como explica la ausencia del gobierno sirio

⁶⁹ Sin embargo, para Corm (1988, págs. 62-64), no debe exagerarse la importancia de este ultraizquierdismo árabe, ya que aparte del experimento palestino en Jordania y en el Líbano no prospero en Egipto, Siria o Irak que estaban bajo control militar, y por el contrario se convirtió en una moda ideológica para los gobiernos que buscaban fortalecer las relaciones con sus poblaciones y con los países vecinos, el autor libanés referencia las experiencias de Siria e Irak para plantear cómo estos gobiernos bajo las banderas de la lucha popular legitimaban la creación de milicias civiles armadas que fueran base y apoyo del Baath como respaldo ante una eventual e insuficiente respuesta del ejército regular. Es decir, si dimensionamos esta reflexión con relación a otros contextos podemos ver cómo los gobiernos autoritarios en los sesentas instrumentalizaron las ideas de izquierda y de lucha popular para catapultar sus propias agendas e intereses, así como se instrumentaliza y ha instrumentalizado el islam para fortalecer las agendas e intereses de distintos grupos políticos. Corm también recalca la absurda situación que se dio en los años sesenta en Siria e Irak donde las fuerzas pro Nasser eran consideradas conservadoras de derecha en tanto el Baath era visto como los precursores de la radicalización social. Y donde incluso, muchos sectores burgueses, religiosos y conservadores abrazaron el nasserismo temiendo “el laicismo del radicalismo social y el ateísmo de doctrina marxista”, así como “la nacionalización y expropiación de la propiedad por parte de un gobierno socialista” (pág. 62). El autor además agrega que, si bien existía una ideología de unidad árabe de extrema izquierda, en el partido y el Estado se promovían políticas que iban en contra de esa misma unidad, quedando claramente ejemplificada en el cisma de Baath de Siria e Irak (pág. 63).

⁷⁰ 'Saika' pasaría a ser un elemento de suma importancia dentro de la OLP (Organización para la Liberación de Palestina), al representar los intereses de gobierno sirio en el Líbano bajo el liderazgo de Zuhair Muhsin, este último nombrado por Hafez al-Assad en 1971 (Corm G. , 1988, págs. 60-61).

en la cuarta cumbre de la Liga Árabe de 1967 en Jartum⁷¹ recordada por los 'Tres no'⁷² (Corm G. , 1988, págs. 60-61), así como su rechazo a la Resolución 242 del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas de ese mismo año⁷³.

Con la sorpresiva muerte de Nasser el 28 de septiembre de 1970, su inmediato relevo en cabeza de Moḥamed Anwar al-Sadat⁷⁴, el golpe de Estado efectuado por Hafez al-Assad en Siria en noviembre del mismo año y su oficialización como presidente en 1971, la actitud de ambas naciones con relación a Israel cambió, el primero asumió una actitud beligerante entre 1971 y 1972 declarando en ambos años que si el Estado sionista no hacía concesiones iniciaría las hostilidades, pero contrario a eso y sin propiciar operaciones de ningún tipo despidió a 18.000 expertos militares soviéticos, dejando la sensación de que no se lanzaría ninguna acción militar contra Israel; por otra parte, el presidente sirio asumió una actitud moderada procurando cambiar y reorientar las políticas de ultraizquierda responsables no solo del aislamiento árabe sino también internacional de Siria (Corm G. , 1988, pág. 95).

Otro elemento de tensión importante en la política exterior y regional de Siria será la toma del poder por el Baath en Irak con Ahmed Hassan al-Bakr en 1968. Aunque las ramas del Baath en ambos países y su natural cercanía geográfica debería haber acercado a ambas naciones árabes, Irak reclamaría como suya la legitimidad con los dos fundadores del partido, Michel Aflaq y Salah Bitar, los cuales había sido expulsados conjuntamente con otros integrantes del Baath sirio en 1966 (Corm G. , 1988, pág. 98).

La actitud autoritaria del gobierno sirio en cabeza del Baath de los años sesenta no solo se concentró en perseguir, encarcelar y expulsar a los otrora militantes de perfil moderado, sino que con el ascenso de Hafez al-Assad y su giro a la derecha en los años sesenta y ochenta persiguió a comunistas, nasseristas y bathistas descontentos, así como a sectores de derecha e islamistas como los Hermanos Musulmanes por cuestionar al

⁷¹ Como menciona Ferran Izquierdo (2002, págs. 111-112) sobre esta situación: “la cumbre de la Liga Árabe en Jartum fue la expresión de la cesión del liderazgo al conservadurismo saudí”, y aunque “la penuria financiera de Siria, de Jordania y, sobre todo, de Egipto, con el Canal de Suez cerrado, les colocó en una clara situación de dependencia. Siria no acudió a Jartum, pero Nasser no pudo evitarlo y, de una forma casi simbólica, allí cedió el liderazgo ideológico a cambio de petrodólares”.

⁷² “No a la paz con Israel, no al reconocimiento de Israel y no a las negociaciones con Israel” (Izquierdo Brichs, 2002, pág. 113)

⁷³ “La resolución fue aceptada por Egipto, Jordania e Israel. Siria la rechazó hasta 1973. La OLP no la aceptaría inequívocamente hasta 1988” (Izquierdo Brichs, 2002, pág. 117).

⁷⁴ El carácter anticomunista y antisoviético de al-Sadat es importante para entender su progresivo alejamiento de la URSS y la cercanía hacia los EE. UU.

presidente o la dirección del partido (Corm G. , 1988, págs. 14-104). Es decir, el fundamento para perseguir a personalidades de distintos sectores políticos no se sustentaba particularmente en las diferencias de corte ideológico, se desprendía más bien de posiciones críticas y peligrosas que pudieran moldear nuevos escenarios de inestabilidad política. Aún más, teniendo en cuenta el escenario de rivalidad con las monarquías del Golfo y la confrontación con Israel.

La tan esperada respuesta árabe a la ocupación israelí de los territorios palestinos, el Sinaí y los Altos del Golán tras la Guerra de los Seis Días llegaría en octubre de 1973 con una acción articulada entre Egipto y Siria⁷⁵, propiciada por Sadat y seguida por al-Assad⁷⁶, tomando por sorpresa no solamente a EE. UU. sino también a Israel. La Guerra de Yom Kipur (o Guerra de Octubre) inició con un ejército egipcio ordenado y logísticamente confiado que cruzó el canal de Suez, superando este obstáculo natural para ocupar con facilidad la línea Bar Lev y repeler la débil respuesta de los israelíes. Siria, por su parte, atacó los puestos de control israelíes en los Altos del Golán buscando recuperar sus empinadas laderas y adentrarse en su territorio (Corm G. , 1988, pág. 101).

El ataque coordinado entre Siria y Egipto no estuvo alejado de controversias, los sirios reprocharon a sus pares egipcios que, por un lado, no aprovecharan la ventaja obtenida en los primeros días de combate al permitir que el ejército israelí concentrara sus esfuerzos en el frente sirio y, por otro lado, haber aceptado de manera apresurada “un alto el fuego el 22 de octubre de 1973”. La desconfianza y temores del gobierno sirio hacia Egipto encontrarían justificación con el acuerdo entre este último e Israel el 18 de enero de 1974, así como el levantamiento del embargo petrolero árabe por presión de Egipto antes de que se hiciera efectiva la retirada sirio-israelí. Finalmente, el 31 de mayo de 1974 “después de furiosas batallas en el monte Hermón con vistas a los Altos del Golán, Israel y Siria firmaron un acuerdo de separación militar, mucho menos generoso para Siria” con relación a lo obtenido por Egipto. Quedando en evidencia que se “estaba desarrollando una tendencia a nivel internacional, que buscaba excluir a Siria, que seguía

⁷⁵ La acción militar recibió el apoyo del Rey Faisal de Arabia Saudí y de Houari Boumédiène, presidente de Argelia (Corm G. , 1988, pág. 102).

⁷⁶ Según Corm (1988, pág. 102) la decisión final de al-Sadat para buscar recuperar el Sinaí se dio por una “conclusión lógica” ya que la situación se encontraba en punto muerto para los árabes, así como por la sobrepoblación en Egipto, la falta de recursos, la sobreexplotación de la tierra, la parálisis del comercio turístico, con un millón de refugiados, el cierre del Canal de Suez y la imposibilidad de acceder a los pozos petroleros en el Sinaí ocupado, todo esto a pesar de los subsidios otorgados por los petrodólares del golfo que solo lograban suplir los ingresos por el Canal; mientras Siria se encontraba “subpoblada, con equilibrio de recursos y con subexplotación de su potencial agrícola”.

teniendo buenas relaciones con la Unión Soviética con relación a la disputa árabe-israelí” (Corm G. , 1988, págs. 166-167).

Ya en el poder con Nureddin al-Atassi en 1966, la nueva administración purgó funcionarios sunnís, drusos e ismailíes, agravando aún más las tensiones sectarias. El poder en disputa tras el presidente estaba en las manos del alawita Salaj Jadid, de corte más ideológico, cercano a la URSS y apoyado por intelectuales de izquierda y sindicalistas; y del también alawita Hafez al-Assad, de carácter más pragmático y conciliador, representando los sectores más conservadores del partido, apoyado por la burguesía y los oficiales superiores del ejército. Finalmente, en 16 de noviembre de 1970, al-Assad removió a Jadid (encarcelándolo de por vida) y a sus allegados de manera pacífica para tomar el control total del gobierno sirio⁷⁷ (Pipes, 1989; Molina, 2017; Quintana Pali, 1981).

Aunque con el gobierno de Nureddin al-Atassi la URSS tenía un acercamiento ideológico más próximo, su línea militante era motivo de preocupación, por esto, con la llegada de al-Assad, con “una apertura a los capitales privados y una lógica más realista en la conducción de las relaciones internacionales”, Siria adquirió una relación “relativamente más a tono con las prioridades de Moscú y menos desagradable para Washington” (Conde, 2013, pág. 65).

Así, Siria pasó de ser en los decenios de 1950 y de 1960 un objeto de codicia para los demás actores al afirmarse en 1970 como un actor en el sistema internacional. Siendo paradójica la relación entre “la debilidad estructural de Siria y su capacidad de no dejar que otros países le impongan su voluntad o, más precisamente, de resistir a sus numerosos y poderosos adversarios” (Tawil Kuri, 2013, pág. 14), así como dar paso a una Siria moderna como potencia regional indiscutible, moldeada por el Partido Baath y bajo el liderazgo de Hafez al-Assad (Guingamp, 1996, pág. 11).

⁷⁷ Según Eyal Zisser (1994), Assad se caracterizó desde los años sesenta por su política de sentarse a esperar, explotando a su favor los triunfos y derrotas de los otros. Apareciendo en escena cuando las luchas habían terminado, con talento para la supervivencia, un fino sentido político y capacidad de construir sobre las ruinas. Y resaltando la incapacidad de Hafez para improvisar y actuar rápidamente en situaciones de emergencia, como le sucedió en la rebelión de la Hermandad Musulmana en 1976, la Guerra de los Seis Días en 1967, la Guerra de Octubre (o Guerra de Yom Kipur) en 1973 y la Guerra del Líbano 1982. Agregando, además, que en su influencia sobre el Líbano, se caracterizó por una perseverante, paciente y prudente estrategia, así como por su firmeza y capacidad de recuperación, aunque confiriéndole, a estas últimas, su gran capacidad de esperar y no actuar.

2.3. El dominio de la familia al-Assad

Con el arribo de la familia al-Assad a las más altas esferas del gobierno sirio, la estructura del Estado sufriría una serie de reformas importantes que buscaban remover a sectores y personalidades que podrían representar un riesgo para la nueva administración, así como la generación de alianzas y pactos que permitieran enlazar a los distintos sectores políticos y comunidades étnicas y religiosas con el nuevo gobierno. Con Hafez al-Assad como el líder indiscutible, se plantearía la creación de una nueva constitución, la ampliación de la capacidad burocrática del Estado, así como el posicionamiento de sectores cercanos a la familia en los órganos de vigilancia y control.

En los siguientes apartes ampliaremos cómo se dio este proceso y cuál fue la estrategia de al-Assad en la consolidación de un Estado patrimonial y corporativista que, a pesar de afrontar distintas crisis, las logró sortear manteniendo a una porción importante de la población de su lado, ya fuera bajo la intimidación de la mano dura del Estado, o del convencimiento de un proyecto de nación garantista de derechos sociales y protagónico en el escenario regional.

2.3.1. Las alianzas y el nuevo modelo de Estado

Con Hafez al-Assad liderando el nuevo gobierno la dinámica sectaria ciertamente cambió, la estrategia se focalizó en “establecer una red de alianzas interconfesionales y de clases que garantizara la estabilidad del sistema mediante la adopción de un ordenamiento institucional que lo revistiera de legalidad” (Molina, 2017, pág. 116), soportando estas alianzas estratégicas en la consolidación de un Estado patrimonialista, ‘bonapartista’ o monárquico de carácter presidencialista, con pleno control del partido, el ejército y la burocracia.

Al-Assad posicionó la clientela alawi en el ejército, los órganos de inteligencia aérea y militar, a la vez que trazaba alianzas con los oficiales sunníes y los políticos del partido (Hinnebusch en Álvarez-Ossorio, 2020, pág. 121-122). Los entonces conflictos sectarios al interior del Baath desde 1963 sería saldado al cooptar la élite de la mayoría árabe sunní y las minorías confesionales, ya que desde 1971 “los primeros ministros siempre han sido árabes sunníes y las minorías confesionales han tenido una nutrida representación en los sucesivos gobiernos”, garantizando para la élite alawita el control

sobre las agencias de seguridad y las unidades militares más importantes (Álvarez-Ossorio, 2015, pág. 159).

La asadización de Siria deparó el ascenso de una élite familiar reconvertida primero en militar, con el fin de acceder a los puestos clave de las Fuerzas Armadas y los Servicios de Inteligencia y, desde allí, dar el salto al ámbito económico con la consiguiente protección estatal. Para ello emprendieron una política de enlaces matrimoniales y proyectos empresariales con familias políticas y militares próximas, por un lado, y con los herederos de algunas de las fortunas suníes más relevantes del país o de determinadas regiones, por el otro. (Álvarez-Ossorio, 2015, pág. 159)

Hasta entonces, la gran burguesía estuvo excluida del acceso al Estado, pero desde 1970 se alcanzaron “compromiso entre los centros de poder tradicionales y la nueva élite ‘provincial’” (Tawil Kuri, 2013, pág. 38). Este asunto no sucedió propiamente con el estamento militar ya que, durante los tres decenios de al-Assad en el poder, la comunidad alawi y sus distintos clanes, aun representando el 11% de la población siria, pasaron a asumir dentro de las Fuerzas Militares y los servicios de inteligencia el 61.3% de los mandos, de los cuales el 42% de estos pertenecían al clan Kalbiyya, del cual procedía el mismo Hafez al-Assad (Álvarez-Ossorio, 2020, pág. 122). Esto trajo consigo un cambio adicional, la “ruralización de las Fuerzas Armadas y de la administración”, provocando “la expulsión de los elementos urbanos considerados hostiles al nuevo régimen y su sustitución por miembros de sus propias confesiones, tribus o clanes” (Álvarez-Ossorio, 2020, pág. 122).

Los servicios de seguridad e inteligencia son un engranaje de suma importancia en el proceso de integración en el Estado sirio pues representan “la columna vertebral del aparato represivo”. Los “omnipresentes mukhabarat”, cuya traducción es *inteligencia*, “son los ojos y oídos del régimen”, en los distintos escenarios de descontento y oposición han sido los encargados de sofocar las protestas con el apoyo del ejército, como sucedió desde 2011 (Holliday, 2013, pág. 54).

El origen de las agencias de seguridad se remonta a la República Árabe Unida presidida por Gamal Abdel Nasser en 1958-61, y tuvo una mayor expansión con el levantamiento de la Hermandad Musulmana en 1979-82. Dichas entidades han buscado mantener un “cuidadoso equilibrio de poder e influencia entre las instituciones de

seguridad y proporcionar un control contra posibles golpes militares”; en términos formales pertenecen a la Oficina de Seguridad Nacional o Consejo de Seguridad Presidencial, pero en la práctica cada agencia depende directamente del presidente (Holliday, 2013, pág. 54).

Los servicios de inteligencia y seguridad se dividen en cuatro entidades: el Departamento de Inteligencia Militar (Shu‘bat al-Mukhabarat al-Askariyya), encargado de “liderar el esfuerzo de inteligencia para el ejército sirio que incluye tanto la evaluación de las amenazas militares externas como la supervisión de los líderes militares sirios con el fin de evitar golpes o desertiones”; la Dirección de Inteligencia de la Fuerza Aérea (Idarat al-Mukhabarat al-Jawiyya), que ha sido una agencia “particularmente poderosa sin un mandato claro más allá de proporcionar un control contra las demás” y a la cual Hafez al-Assad le delegó una importante confianza dada su carrera militar en la Fuerza Aérea Siria”; la Dirección General de Inteligencia (Idarat al-Mukhabarat al-Amma), que ha sido “principalmente responsable de la recopilación y operación de inteligencia externa, con un enfoque particular en el Líbano”; y la Dirección de Seguridad Política (Idarat al-Amn al-Siyasi), que se ha encargado de “monitorear las amenazas subversivas internas al régimen” (Holliday, 2013, pág. 54).

El alcance de las agencias en el territorio sirio ha sido amplio, contando con “una sucursal en cada una de las provincias de Siria”, así como con sucursales especializadas en operaciones, seguridad de la información o contrainteligencia, a la vez que operan sus propias redes de prisiones. Las direcciones han estado a cargo casi siempre de “partidarios alawitas cercanos de al-Assad”, y donde se han dado excepciones, sus subdirectores han sido de la misma comunidad. La misión delegada a cada agencia más allá de los mandatos oficiales ha sido la de “monitorear e intervenir agresivamente contra posibles amenazas internas al régimen”, así como ejercer un contra peso “como organizaciones rivales que buscan a su vez controlarse y equilibrarse entre sí para proteger al gobierno”, esto es, se esperaba que “cada agencia vigilara a la población, vigilara a las fuerzas de combate y se vigilara mutuamente” (Holliday, 2013, págs. 54-55).

Estas alianzas interconfesionales fueron relevantes ya que se promovieron “políticas liberalizadoras en lo económico” y “una relación de cooperación con el sector privado”. Al-Assad intencionó “ganarse el respaldo de la pequeña burguesía sunní, a pesar de lo cual tuvo, al mismo tiempo, especial cuidado en conservar el apoyo de los sectores tradicionalmente aliados” del partido (Molina, 2017, pág. 118). Esta situación

fue conveniente para lo que vendría después del golpe de Estado: el 22 de marzo de 1971 al-Assad fue reconocido mediante un referéndum⁷⁸ con el 99.2% de los votos a favor como nuevo presidente de la República y en 1973 se promulgó la nueva Constitución (2017, pág. 116).

Desde 1963 entró en vigencia la Ley de Estado de excepción o Ley de emergencia, como también se le conoce, promulgada bajo el Decreto-ley N° 51 del 22 de diciembre de 1962 y modificada por el Decreto-ley N° 1 del 9 de marzo de 1963⁷⁹, estipulando que se aplica “a situaciones excepcionales en que existe una amenaza interna o externa a la supervivencia de la nación”, y “faculta a las autoridades competentes a adoptar todas las medidas establecidas por ley para proteger el conjunto o una parte del territorio, las aguas territoriales y el espacio aéreo del Estado frente a dichas amenazas” (Informe Siria, 2009). Este estado de emergencia permitió limitar las garantías individuales y las libertades políticas (Conde, 2017, pág. 14), así como realizar “una fuerte supervisión sobre los medios de comunicación y permit[ir] detenciones sin órdenes judiciales” (EFE, 2011). La ley estuvo vigente en la República Árabe Siria entre 1963 y 2011⁸⁰.

Con la redacción de la nueva constitución en 1973 se estipuló, en el artículo 8, que el Partido Árabe Socialista Baath es "el partido líder en el Estado y la sociedad" y “lidera un frente patriótico y progresista” (Const., 1973, art. 8). De esta manera se aceptó “la existencia de otras organizaciones políticas” pero integradas al Frente y con “estatuto subordinado” (Conde, 2017, pág. 14) “lo que impidió la aparición de partidos independientes tras el golpe militar de 1963” (Álvarez-Ossorio, 2012, pág. 331), perfilando así un modelo de carácter centralizado y unitario, bajo dirección del Baath,

⁷⁸ Desde 1971 hasta 2007 este sería el proceso “electoral” que realizaría Siria cada siete años, para reelegir a Hafez al-Assad, y desde el 2000 a Bashar al-Assad como presidente.

⁷⁹ El estado de excepción se decretó y se mantuvo en Siria ante la situación de inestabilidad permanente con el Estado de Israel, el cual, según el gobierno sirio, exponía a la república árabe a “una amenaza permanente de guerra” y a la “la continua ocupación de parte del territorio de la República Árabe Siria y la existencia de una amenaza real de invasión y ocupación de nuevas tierras” (Informe Siria, 2009). Esta tensión tiene como antecedente la guerra árabe-israelí de 1948, la consolidación de Israel como una amenaza externa y la ocupación israelí de los territorios del Golán en 1967 durante la guerra de los Seis Días. En dicho conflicto Israel también ocupó la península del Sinaí (Egipto de Nasser), la ribera occidental de Jordania (Huséin I) y la ciudad vieja de Jerusalén (Corm G. , 1988, págs. 31-56).

⁸⁰ Este proceso de vigilancia y represión, estuvo en sintonía con la “doctrina de seguridad del Levante” formulada por Hafez al-Asad(*sic*), orientada a la recuperación “el territorio de los altos del Golán, que Israel ocupó en 1967 y se anexó en 1981”, así como “alcanzar un orden regional basado en el equilibrio de poder entre Israel (en sus fronteras de 1948-1949) y el Oriente árabe”, en el cual, “el eje de este último deb[ía] ser Damasco” (Tawil Kuri, 2013, pág. 33).

comandado⁸¹ por el presidente de la república y dando la apariencia de sistema multipartidista.

Este frente patriótico, conocido como Frente Nacional Progresista, creado en 1972, tuvo la labor de sustentar un marco “institucional para la consulta y toma de decisiones de alto nivel en cuestiones domésticas y asuntos de política exterior importantes”. Dirigido por el presidente de la república y Secretario General del Partido Baath, “incluía a la Unión Socialista árabe (nasseristas), la Organización Sindical Socialista, al Partido Socialista árabe y al Partido Comunista Sirio”⁸² (Quintana Pali, 1981, pág. 241).

Los partidos del Frente quedaron [...] reducidos a un instrumento del poder gobernante y sus ideales se convirtieron en lemas estatales superficiales. El Frente Nacional Progresista era el único organismo político del país al que se le permitía participar en la vida pública, sirviendo como fachada pluralista e inclusiva del régimen autocrático. En 1980 se emitió un decreto que cancelaba todos los sindicatos profesionales permanentes, en un paso más de la Gleichschaltung. [...] El control total y duradero se convirtió en el principal objetivo de Assad, con la represión como la principal respuesta a la disidencia. Con este fin, se crearon organizaciones de adoctrinamiento y movilización en toda la sociedad siria, incluidas escuelas, universidades, sindicatos profesionales, instituciones religiosas, las artes y los medios de comunicación. Además, el poder central creó y manipuló la policía secreta, los servicios de inteligencia (el famoso Mukhabarat) y las organizaciones paramilitares. Se instaló el culto a la personalidad de Assad, con imágenes y monumentos omnipresentes que lo representaban como el líder perpetuo del país, ahora llamado “Suria al-Asad” (La Siria de Assad). [...] Se permitirían las críticas a cuestiones menores dirigidas a empleados de niveles inferiores, pero los niveles más altos de la jerarquía de poder y, ciertamente, el líder, su familia más cercana y los círculos de colaboración permanecerían fuera del ámbito de cualquier crítica pública. Semejantes críticas serían castigadas sin piedad. (Kassab, 2019, pág. 86)

⁸¹ Hafez al-Assad fue secretario del Comando Regional y Nacional del Partido Árabe Socialista Baath desde 1970-71 hasta el año 2000, correspondientemente su hijo Bashar ha sido el secretario del Comando Central del Partido desde el 2000 hasta la actualidad.

⁸² Es importante resaltar que con el pasar de los años se generaron cismas dentro de estos partidos, cuyos sectores se fueron desligando gradualmente del poder generando nuevas agrupaciones políticas.

Es así como Kassab dimensiona el *Gleichschaltung* nacionalsocialista como el proceso de unificación del régimen político y administrativo no solo con la disolución de partidos y organizaciones políticas y civiles contrarias a los fines del Estado (desde la visión del movimiento correctivo), sino con la constitución de estructuras organizativas que canalizaran la base social de manera unificada y bajo la lealtad del Partido Baath como líder en el Estado y la sociedad.

2.3.2. La oposición de la Hermandad Musulmana

Desde 1963 cuando el Partido Baath tomó el control del Estado sirio se inició una importante acción de oposición y resistencia al régimen que buscaba desde “movimientos políticos, tanto seculares como religiosos” contener el control del partido gobernante (Pinto, 2012, pág. 357). Pero es desde 1976 (Zisser, 1994, pág. 253) cuando Hafez al-Assad enfrentó una significativa y organizada oposición por parte de sectores sunníes y antiguos aliados comunistas y seculares. La Hermandad Musulmana, también conocidos como los Hermanos Musulmanes, “lograron atraer militantes de las élites tradicionales y de las clases medias urbanas hacia una oposición que se enfrentara al régimen” (Pinto, 2012, pág. 357); así como en el otro extremo ideológico “el Partido de Acción Comunista”, conformado en su mayoría por “jóvenes radicalizados de todo el país” terminaría siendo reprimido y sus integrantes condenados a penas de hasta por 16 años. La represión estatal recayó sobre todos aquellos que desafiaran la dirección del presidente al-Assad y del partido, fueran de izquierda o de derecha, fueran comunistas, nacionalistas o islamistas; los servicios de inteligencia arrestaron incluso integrantes del Partido Baath que habían dirigido el gobierno entre 1966-70 y que pasarían más de 20 años en prisión (Conde, 2017, págs. 14-16).

En 1979, los “Hermanos Musulmanes y otros grupos islamistas iniciaron una confrontación armada⁸³ contra el régimen” (Pinto, 2013, pág. 214). En 1980 estos grupos políticos se organizaron en el Frente Islamista y bajo el liderazgo de la Hermandad continuaron la “lucha armada contra el régimen baazista” (Pinto, 2012, pág. 357). Es importante agregar que, como apunta G. Pinto (2013, págs. 214-215), de manera irónica la Revolución Islámica de Irán “dio impulso a la oposición islamista en Siria”, desde la

⁸³ Los Hermanos Musulmanes que habían iniciado su actividad desde los años treinta en Siria encontraron entre finales de 1970 e inicios de 1980 una permanente persecución que llevó al arresto de miles de sus miembros y simpatizantes (Conde, 2017, pág. 15).

cual los Hermanos Musulmanes denunciaron “las políticas de secularización bathistas como ataques frontales al islam”, motivados, además, “por el resentimiento de los alawitas parapetados contra la mayoría suní”, llamando “a la yihad contra el régimen bathista”. De allí que el Frente Islamista apelara “a la solidaridad de la República Islamista de Irán, pensando que ésta apoyaría la Revolución Islamista de Siria”, los miembros del Frente “se sintieron muy desalentados al ser descritos por funcionarios iraníes como ‘pandillas realizando la conspiración de Camp David contra Siria en colusión con Egipto, Israel y Estados Unidos’”.

El apoyo que encontraría el Frente Islamista y los Hermanos Musulmanes para combatir al gobierno sirio vendría precisamente del escenario internacional, ya que el 22 de septiembre de 1980 se dio inicio a la guerra entre Irak e Irán, desde la cual el gobierno iraquí de Saddam Husein⁸⁴ y el de Jordania —ambos bajo auspicio estadounidense⁸⁵— apoyarían al Frente, en tanto Siria se convertía en uno de los pocos apoyos que encontraría Irán en la región (Conde, 2017, pág. 15).

Uno de los argumentos planteados por la oposición islamista para llamar al derrocamiento de los alawitas fue señalar el gobierno como apóstata, para lo cual retomaron la fetua del teólogo sirio Ibn Taymiya del siglo XIV, “que equiparaba a los alawíes con los idólatras y autorizaba el empleo de la yihad contra ellos”, Said Hawa, líder e ideólogo del levantamiento manifestaría que:

Los países musulmanes son dirigidos por incrédulos y ateos. Es obligación de todo musulmán emprender una campaña de purificación destinada a restablecer el orden. Esto sólo ocurrirá por medio de una yihad que elimine, sin compasión ni piedad, a las incrédulas sectas ocultistas y a los alawíes, así como a los comunistas, a los nacionalistas yahilíes (agnósticos) y a quienes reclaman la separación entre Estado y religión. (Álvarez-Ossorio, 2010, pág. 73)

La oposición islamista al gobierno de Hafez al-Assad fue particularmente activa en Aleppo, Homs y Hama. “El conflicto con el Estado culminó en un enfrentamiento militar que destruyó gran parte de la ciudad de Hama en 1982, con enormes bajas de la

⁸⁴ Saddam Husein sucedió formalmente a Ahmed Hassan al-Bakr en la presidencia el 16 de julio de 1979.

⁸⁵ En medio de la guerra entre 1985 y 1986 se produce el estruendoso escándalo de Irangate o Irán-contra, el cual implicó la venta irregular de armamento de guerra por parte del gobierno de EE. UU. a Irán con el objetivo de alcanzar la liberación de ciudadanos estadounidenses retenidos por Hezbolá, así como la financiación de los Contra en Nicaragua.

población civil” (Pinto, 2013, pág. 357). Esta última ciudad fue el bastión de las tradicionales fuerzas político-religiosas musulmanas, “donde los Hermanos Musulmanes *Mujahidin* se habían atrincherado en una extensa red de escondites fortificados”, el plan del régimen consistía en realizar un barrido zona a zona, en el cual, “acordonaron áreas enteras, realizaron arrestos masivos y presuntamente masacraron a numerosas personas en el proceso”. Los enfrentamientos, fuertemente violentos y destructivos, se desarrollaron entre el 2 y el 28 de febrero de 1982, dejando un saldo de entre 5.000 y 30.000 muertes, la mayoría de ellas civiles (Van Dam, 2011 (1979), pág. 111; Zisser, 1994, pág. 248).

La derrota del Frente Islamista y de la Hermandad no supuso en absoluto la desaparición del islam político, ni en la sociedad ni el Estado, ni en la oposición ni el oficialismo. Por el contrario, se dio un cambio de estrategia pasando del “foco de la conquista revolucionaria del Estado hacia la reforma moral de los individuos”; así como el gobierno replanteó la estrategia ante la creciente afirmación del islam político en la sociedad, propendiendo por la negociación y la compra de grupos sociales, “que se tradujo en un periodo de relativa estabilidad política para el régimen” (Pinto, 2012, pág. 358).

Además, mediante la ley 49/1980 el gobierno sirio estableció que la pertenencia a los Hermanos Musulmanes sería considerada un acto criminal que recibiría como castigo la pena capital, impidiendo a la organización de esa manera “desarrollar actividades en el interior del país, por lo que su peso político y su capacidad de movilización en el ámbito nacional” quedaron seriamente debilitados (Álvarez-Ossorio, 2017, pág. 66).

Por si fuera poco, Hafez al-Assad creó una amplia red de agencias de seguridad “con jurisdicciones superpuestas” que se vigilan constantemente entre sí y monitorean la lealtad de sus funcionarios de policía y militares (Khatib & Sinjab, 2008). A la vez que dichos funcionarios se encuentran fuertemente protegidos, ya que según el artículo 16 del Decreto Legislativo N° 14 de 1969 plantea que para “procesar a cualquier miembro del Departamento (de servicios secretos) por delitos cometidos durante la ejecución de tareas específicas que se les han confiado, o al iniciarlas, sólo es posible mediante orden de procesamiento emitida por el Director” (Freedom House, 2010).

2.3.3. El periodo de estabilidad

Como se enunció anteriormente, el apoyo de Siria a Irán durante la guerra con Irak⁸⁶ entre 1980 y 1988 derivó en una estratégica alianza que ya había evidenciado sus principales acercamientos con la Revolución Islámica de 1979. Dicha cooperación se había fundamentado desde entonces por intereses de carácter económico, político, geoestratégico e incluso religiosos comunes, así como de cooperación en las disputas de ambos con actores como Estados Unidos, Israel o Irak. La alianza encuentra una razón de peso en el interés de convertir a Siria en un importante destino de peregrinación shiíta, ya que las ciudades santas de Nayaf y Karbala quedaron fuera de la ruta por la guerra hasta 1988, y luego, por el aislamiento al que sometió Saddam Husein a Irak hasta 2003 (Pinto, 2013, pág. 210).

La relación entre los árabes alawitas y el “shiísmo persa” no determina una visión unificada en el campo religioso, la pertenencia o no de los alawitas al islam por ejemplo y su cercanía al islam sunní o shií generó en su momento discusiones importantes que, aunque fueron parcialmente “zanjadas” por el Gran Mufti de Jerusalén Hajj Amin al-Husseini en 1939 al darles un lugar dentro de la fe islámica, y por el imán shií del Líbano Musa al-Sadr quien emitió una fatwa⁸⁷ que reconoció a los alawitas como parte del shiísmo Ja'fari (duodecimano) en 1973; algunas visiones moderadas y radicales del islam sunní no consideran al alawismo⁸⁸ parte del islam ni como parte del dar al-Islam (Balanche, 2015; Pinto, 2013, pág. 211).

Por otra parte, la centralidad del islam en ambos gobiernos tenía una connotación ampliamente diferenciada dados sus distintos enfoques en torno a las identidades y prácticas religiosas y políticas, mientras “la República Islamista de Irán fue un gobierno religioso con ambiciones panislamistas, [...] el Partido Bath de Siria creó un régimen secular de acento socialista” y panarabista; pero estas particularidades políticas y

⁸⁶ Liderada por Saddam Husein y el Partido Árabe Socialista Baath – Rama Regional Iraquí.

⁸⁷ Ante la presión del Hafez al-Assad, que estaba urgido de una aceptación formal al islam, ya que “la pertenencia había sido puesta en duda por la oposición islamista a la Constitución siria de 1973, que establecía que el presidente debía ser musulmán” (Pinto, 2013, pág. 211).

⁸⁸ El “régimen alawí tropezó en todo momento con la firme oposición del grupo sunní árabe mayoritario (70 % de la población), en el que sólo contó con algunos valedores y comparsas sin representatividad real. Esta oposición provocó varios motines seguidos de represiones sangrientas, como en 1973, cuando se aprobó la constitución (laica, que en su primera redacción había omitido la mención de la pertenencia al islam del presidente de la república, y después de una violenta reacción la introdujo en el artículo 157, cuando antes figuraba en el 3)” (de Planhol, 2002, págs. 430-431).

doctrinales en lo religioso pasaron a un plano estratégico dados los intereses comunes en los escenarios políticos regional e internacional para ambas naciones (Pinto, 2013, pág. 211).

En una dimensión interna el ingreso del shiísmo Ja'fari a Siria implicó grandes ventajas, primero, porque “la ruta peregrina shiíta que vincula a Irán con Siria dio una dimensión religiosa a la alianza entre ambos países”; por otro lado, porque la “visibilidad del shiísmo en el mapa religioso sirio ayudó a consolidar las credenciales islamistas de la comunidad alawita, a la que pertenece la familia Asad (*sic*)”; y tercero, porque “añadió un nuevo centro de pluralismo al campo religioso sirio, lo cual es coherente con la estructura general de pluralismo religioso fomentada por el régimen bathista desde la década de 1980” (Pinto, 2013, pág. 211).

Otro elemento importante que se desarrollará para Siria en los años ochenta será la cuestión kurda y su relación con Turquía⁸⁹. La relación entre el Partido de los Trabajadores de Kurdistán (PKK, por su sigla en kurdo) y el gobierno sirio se basó en el interés mutuo pues, aunque no compartían intereses ni ideológicos ni políticos, era conveniente para ambos ya que rivalizaban con actores comunes como Turquía o Irak. Era útil para los kurdos liderados por Abdullah Öcalan ya que el territorio sirio les servía de retaguardia, a la vez que ampliaban sus bases sociales y zonas de influencia para el movimiento desde Siria e incluso hacia el Líbano, Irak, Turquía o Palestina, mientras que para el gobierno de Hafez al-Assad era conveniente la posibilidad de mantener ocupado al ejército turco en guerra con la insurgencia kurda, este último miembro de la OTAN y aliado de EE. UU. e Israel (Conde, 2013, pág. 71).

Sin embargo, el gobierno de los al-Assad no cambió su posición con relación a los miles de kurdos que se habían desplazado desde Turquía hacia Siria a mediados del siglo XX, ya en los sesenta con el Baath (y luego Hafez) en el poder, se les había definido su condición de extranjeros, limitando sus derechos y ejerciendo un proceso de arabización de los territorios donde se habían asentado.

⁸⁹ En 1978 Abdullah Öcalan funda en Turquía el Partido de los Trabajadores de Kurdistán (PKK, por su sigla en kurdo) y el 12 de septiembre de 1980 se produce el golpe de Estado por el general Kenan Evren que lleva a la detención de 1.800 supuestos miembros del partido y la huida de los principales dirigentes hacia la frontera sur. Con el primer congreso en 1981 se establecen contactos con el Partido Democrático de Kurdistán (PDK) de la familia Barzani para aprovechar el accidentado terreno de la zona fronteriza.

El gobierno de Hafez al-Assad, “en lugar de realizar una lectura constructiva del expediente kurdo, adoptó medidas que contribuyeron a agravarlo, desde la prohibición de hablar y enseñar su lengua o la persecución de agrupaciones políticas propias. En esto, la dinámica de los Asad (*sic*) no se diferenció del trato dispensado a cualquier corriente o ideario discrepante, ya fuera islamista, liberal o de izquierda. (Gutiérrez de Terán, 2019, págs. 89-90)

En 1987 el primer ministro de Turquía, Turgut Özal propuso a Siria un acuerdo temporal para contener el accionar del PKK, pero según Ankara el accionar del gobierno sirio fue limitado al no haber desmontado los campos de entrenamiento de la guerrilla kurda en el Valle del Beqa‘ en Líbano, zona controlada por Siria, así como no limitar sus movimientos al interior del país. La situación no cambiaría mucho en los años noventa, las relaciones entre ambos países siguieron siendo poco cordiales a pesar de algunos intentos por reajustarlas, los cuales se vieron frustrados por el acercamiento de Turquía con Israel y el continuo apoyo de Siria al PKK (Conde, 2013, pág. 84).

En el caso kurdo, (...) se produjeron fenómenos paradójicos: siguiendo la tónica de los Estados vecinos de ‘reprime a tus kurdos pero apoya a los de tu enemigo’, Hafez al-Assad (*sic*) cedió espacio a la Unión Patriótica del Kurdistán (PUK), de los Talabani, rival del también competidor Saddam Husein en Iraq (*sic*), mientras se lo sustraía a los partidos kurdos sirios. Después, para presionar a Turquía, hizo lo propio con el PKK y su líder, Abdullah Ócalan. A este último se le dejó operar en la misma al-Yazira, donde desarrolló una ‘infraestructura de retaguardia’ a condición de no interferir en los asuntos domésticos sirios. Luego, el régimen declaró proscrito al PKK en 1998 para inaugurar una etapa de acercamiento a Ankara. (Gutiérrez de Terán, 2019, pág. 90)

A inicios de los años noventa el gobierno sirio alcanzó niveles importantes de estabilidad política, para 1993 gozó de tranquilidad interna, se vislumbraba prosperidad económica, y contaba con una fuerza militar y un status político importante que le permitía ser considerado como un actor con poder regional clave en la mayoría de asuntos concernientes a Medio Oriente (Zisser, 1994, pág. 251).

Es importante detallar que la actividad política kurda en la República *Árabe* Siria no comenzó precisamente con el arribo del PKK, sino que se remonta a los años 20 con el nutrido éxodo de militantes kurdos procedente de Turquía tras la represión a la revuelta

nacionalista de Sheikh Sa'id en 1925 y la fundación del partido Xoybûn (Independencia) en el Líbano en 1927 bajo el liderazgo del intelectual Celadet Alî Bedirxan⁹⁰. La actividad partidista propiamente kurdo-siria nacionalista y de izquierda se remonta a 1957 con la creación del Partido Democrático Kurdo en Siria (PDK-S, por sus siglas en kurdo), contando con la presencia de viejos militantes de Xoybûn que no se habían integrado al Partido Comunista Sirio (Kajjo & Sinclair, 2011).

No tardarían en llegar las divisiones al interior del partido y la represión del gobierno de la República Árabe Unida en 1960; el prominente líder kurdo-iraquí Jalal Talabani (que por entonces operaba desde Siria) instigó a los dirigentes de la organización a modificar el nombre del mismo, que pasaría a denominarse Partido Democrático del Kurdistán en Siria, las pretensiones nacionalistas ahora vinculadas nominalmente a los otros territorios transnacionales del Kurdistán no solo preocuparon a su fundador Osman Sabri, por el riesgo que podría traer hacer manifiestas estas ideas, sino que generó masivas detenciones de militantes del partido que se articulaban de manera clandestina. Como consecuencia la estructura partidista se fragmentó a la izquierda con el liderazgo de Osman Sabri y Salah Badreddin⁹¹ y a la derecha con Nur al-Din Zaza y HamidHajj Darwish (Kajjo & Sinclair, 2011).

El periodo venidero desde 1975, que implicó la separación de Jalal Talabani del PDK y el surgimiento del Unión Patriótica del Kurdistán (PUK, por su sigla en inglés) en Irak trajo consigo una multiplicidad de cismas en los partidos kurdos (tanto los que inicialmente estaban inclinados a la derecha y cercanos a Talabani como lo de izquierda vinculados a Barzani) con presencia en Siria. Las subdivisiones incluso dificultaban el bosquejo ideológico, ya que las diferencias no parecían ser evidentes y como plantean Kajjo y Sinclair (2011): la “mayoría de las divisiones de izquierda y derecha fueron el resultado de diferencias personales más que de desacuerdos ideológicos”, lo que ha permitido que se forjen alianzas entre facciones tanto de “izquierda” como de “derecha”⁹².

⁹⁰ El partido sería disuelto en 1946 tras la independencia de Francia y tras impacto de las ideas comunistas soviéticas que cambiaron la estrategia plenamente nacionalista que tenía Xoybûn desde sus orígenes sobre el futuro de Siria, vislumbrando a los kurdos como un grupo de obreros que debían vincularse a la clase trabajadora siria (Kajjo & Sinclair, 2011).

⁹¹ Bajo influencia de Mustafa Barzani, líder del Partido Democrático de Kurdistán (PDK) de Irak.

⁹² Kajjo y Sinclair (2011) plantean que las diferencias más evidentes remiten a la táctica: “los grupos de izquierda prefieren organizarse sobre el terreno y demostrar la fuerza del partido a través de marchas y similares, y los grupos de derecha favorecen el diálogo con las autoridades”.

Dentro del margen ideológico de las organizaciones kurdas podemos encontrar una amplia heterogeneidad de posiciones, que así mismo varían dependiendo del contexto de conflicto, del estado de guerra o de paz, el país, el territorio o los ejes de alianza. Desde el plano ideológico se han proyectado particularmente dos escenarios, que a su vez se disputan la ruta sobre el futuro del pueblo kurdo (y otras minorías étnicas y religiosas) en la región. Sobre este elemento, Erika Aguilar Silva plantea lo siguiente:

...pese a que el objetivo original del movimiento kurdo fue el establecimiento de un Estado propio al que llamarían el Kurdistán, hoy los movimientos kurdos en Turquía, Siria, Irán e Irak han recorrido caminos diversos, o bifurcaciones como les dice Yasin Sunca, un estudioso de la cuestión kurda que se refiere a dichas bifurcaciones cuando habla de dos proyectos, o mejor, de los dos proyectos geopolíticos que predominan hoy en día, y que por lo tanto, compiten por ensanchar las fronteras simbólicas y los espacios de influencia que han ido trazando y afianzando en los últimos años. (Vélez, 2020, pág. 88)

Con la entrada del nuevo siglo surgieron nuevos partidos político kurdos en Siria que no estaban vinculados a las dinámicas del PDK y de la PUK, en 2005 surgió el Movimiento del Futuro Kurdo en Siria (SPKS, por su sigla en kurdo) de tendencia liberal, así como el Partido de la Unión Democrática (PYD, por sus siglas en kurdo), enlazado a las ideas del confederalismo democrático de Abdullah Öcalan y a la Confederación de los Pueblos del Kurdistán. Retomando lo mencionado anteriormente por Aguilar Silva:

Por supuesto me refiero a las propuestas, por un lado, del Partido de los Trabajadores del Kurdistán (PKK, por sus siglas en kurdo), y por otro lado a la propuesta del Gobierno Regional del Kurdistán (GRK) en Irak. El PKK ha optado por el abandono del paradigma estadocéntrico y ha propuesto en cambio la vía de la autonomía democrática, que si bien comenzó a germinar en el sur de Turquía desde la década de 1990, su materialización más acabada se ha llevado a cabo en el norte y este de Siria a partir de julio del año 2012. En este último país es impulsado por el Partido de Unión Democrática (PYD, por sus siglas en kurdo), bajo principios como el comunalismo, el ecologismo, la liberación de las mujeres y la autodefensa. Tanto para Turquía como para Siria la propuesta de fondo es la democratización de ambas repúblicas como un primer paso, dicen ellos, hacia la democratización de todo el Medio Oriente. En cuanto al GRK podríamos decir que funciona como un Estado de facto, una entidad cuasi estatal o un protoestado,

como también lo han llamado los especialistas en esta área del Kurdistán. Funciona así desde 1990, sin embargo, el reconocimiento no solo del gobierno central iraquí sino de la ONU lo tiene desde 2005, debido a los reacomodos que siguieron a la intervención estadounidense de 2003 y al derrocamiento de Saddam Hussein. Oficialmente es una entidad federativa autónoma con una muy activa agenda diplomática, que gira en torno a los intereses del gran capital transnacional, siendo de las entidades kurdas la que posee mayor grado de reconocimiento a escala regional e internacional, precisamente por esto que acabo de mencionar. (Vélez, 2020, págs. 88-89)

2.4. El ascenso de Bashar al-Assad y las promesas de cambio

En los años noventa el presidente Hafez al-Assad preparó el terreno para su sucesión en el poder, el erigido y preparado para esto sería su hijo mayor, el coronel Bassel al-Assad, un militar experimentado, ingeniero y político que lo venía acompañando activamente en las labores de Estado desde 1984. El 21 de enero de 1994 Bassel murió en un accidente automovilístico lo que ocasionó el llamado a su hermano Bashar al-Assad, un oftalmólogo que estaba realizando estudios de posgrado en Londres.

Hafez, preparando el camino para su sucesión, depuró las figuras y centros de poder que pudieran resultar problemáticos para Bashar. En 1998 tomó medidas contra su hermano Rifaat al-Assad, a quien había enviado al exilio en 1984 después de un intento de golpe de Estado cuando éste estaba convaleciente por un ataque cardíaco, a Rifaat le fue despojado en 1998 el cargo simbólico de vicepresidente y en 1999 “fue desmantelada la red de negocios legales e ilegales que controlaba [...] en el puerto de Latakiya, también sus seguidores en toda la ciudad fueron disueltos tras enfrentamientos armados con el ejército sirio”; lo mismo sucedería con Ali Douba “jefe de los servicios de inteligencia militar, [que] fue destituido por ser considerado una amenaza potencial al ascenso de Bashar a la presidencia” (Álvarez-Ossorio, 2012, págs. 358-359).

Bashar al-Assad fue elegido como candidato único el 10 de julio de 2000 con el 99% de los votos a su favor. En el cargo como presidente electo continuó con el proceso de diezmar los personajes importantes dentro del Estado y el desmantelamiento de sus redes de apoyo, esto sucedió incluso con cargos y personalidades de importancia durante la presidencia de su padre como el ministro de defensa Mustafa Tlas y el antiguo ministro de asuntos exteriores y vicepresidente 'Abd al-Halim Jaddam, “ambos determinantes para

asegurar un ascenso de Bashar a la presidencia”, con esto se amplió aún más la “concentración gradual del poder en manos del presidente y sus aliados, y sólo se permitió la supervivencia de las redes clientelares vinculadas directamente con ellos” (Álvarez-Ossorio, 2012, pág. 359).

El ascenso de Bashar al-Asad (*sic*) a la presidencia siria (...) consolidó el control de la dinastía Asad (*sic*) sobre la política siria. Esta transición de poder produjo una “república dinástica”, llamada irónicamente *jumlukiyya*⁹³ por sus críticos y rápidamente imitada por otros regímenes autoritarios del mundo árabe. Con la transición también se intensificó el proceso de concentración y personalización del poder en el régimen baazista. Este proceso había comenzado durante el gobierno de Hafiz al-Asad (*sic*), con su neutralización gradual del partido Baaz (*sic*) y otras instituciones, entre ellas los sindicatos y organizaciones campesinas, a los que privó de todo contenido ideológico coherente o poder políticos dentro de las estructuras del régimen. (Álvarez-Ossorio, 2012, pág. 348)

Las expectativas generadas por el ascenso de Bashar al-Assad a la presidencia despertó una posibilidad de cambio y de apertura democrática en la población siria, con el propósito de obtener legitimidad política se presentó “como un líder comprometido con la reforma política y la modernización económica de Siria”, realizando efímeras reformas políticas que permitieron “el surgimiento de un debate público sobre democracia y libertad política que tuvo ciertas repercusiones en la jerga política de las protestas” que surgieron en 2011 (Pinto, 2012, pág. 359).

La declaración de intenciones tuvo mayores alcances en el año 2000 con el reconocimiento “de la necesidad de debate y diálogo social sobre cuestiones políticas, económicas y sociales [*que*] desencadenó un movimiento amplio de organización e institucionalización de múltiples movimientos sociales y políticos”, los cuales, se organizaron como clubes y grupos de debate, este fenómeno se conoció en el plano interno como “Movimiento de la Sociedad Civil” (*Harakat al-Mujtama' al-Madani*) y en el escenario internacional como “Primavera de Damasco” (Pinto, 2012, pág. 359).

⁹³ El acrónimo *jumlukiyya* fue adoptado por el sociólogo egipcio Saad Eddin Ibrahim, derivado de una “amalgama de las palabras *Jumhuriyya* en árabe («república») y *malakiyya* («monarquía»)” (Feldner, 2022).

La Primavera de Damasco posibilitó y evidenció la existencia de una intelectualidad crítica, así como la generación de boletines de opinión, círculos, foros y núcleos sociales de discusión (Ruiz De Elvira, 2011, pág. 6), así mismo, a finales del 2000 “cientos de presos políticos fueron liberados y en 2001 se formó la Asociación de Derechos Humanos de Siria y se publicó el primer periódico independiente en casi 40 años”. Pero prontamente dicha apertura retornaría a su dinámica autoritaria con el reinicio de capturas y condenas “bajo la acusación de ‘debilitar el sentimiento nacional’, ‘propagar información falsa’ e ‘incitar la lucha entre comunidades’”, así como una profundización de reformas económicas “que resolvía las ‘externalidades del mercado’ con represión” mientras transaba con “los nuevos ricos [que] amasaron su fortuna gracias a las privatizaciones” (De Currea-Lugo, 2019, pág. 32).

Con esa nueva lógica de represión y persecución en “contra de los dirigentes y particularmente del Movimiento de la Sociedad Civil⁹⁴”, para el año 2002 dicho proceso había sido aplastado, “aunque algunos de sus líderes siguieron activos como opositores del régimen” (Pinto, 2012, pág. 360).

Esta experiencia posibilitaría que años después desde el mismo gobierno se aplicara la estrategia de promover selectivamente sectores sociales y organizaciones de la sociedad civil, que si bien buscaba incentivar organizaciones adheridas al gobierno, tendrían un doble impacto en el sector asociativo, estimulando “nuevas categorías de organizaciones como las ONG de desarrollo, las GO-NGO⁹⁵ e incluso algunas ONG de defensa de los Derechos Humanos que en general, no [...] [estaban] autorizadas”, pero después de treinta años de prohibición con “el acceso a la acción asociativa [fueron] parcialmente desbloqueadas”, generando que “el número de proyectos se multiplica[ra] de manera exponencial” (Ruiz De Elvira, 2011, pág. 7), en este proceso las organizaciones de carácter caritativo jugarán un papel muy importante⁹⁶.

⁹⁴ Compuesto por “intelectuales surgidos de la élite urbana tradicional y las clases medias, principalmente de Damasco, con una presencia social muy estrecha y escasos canales de diálogo con otras formas de potenciales de oposición al régimen baazista, como las organizaciones islámicas o étnicas” (Pinto, 2012, pág. 360).

⁹⁵ Entendidas como “*Governmental Operated – Non Governmental Organization* (Organización No Gubernamental – Operada por el Gobierno)” (Ruiz De Elvira, 2011, pág. 7).

⁹⁶ Ampliaremos la reflexión sobre dichas asociaciones más adelante.

2.4.1. Reformas liberales y capitalismo privado

Las reformas económicas emprendidas llevaron a la privatización parcial de los servicios sociales, aumentando entre el 2000 y el 2010 el nivel de pobreza de un 22% al 34%, afectando principalmente a las clases medias que rápidamente sufrieron un deterioro en su posición económica, así “el alza del coste de la vida, el boom inmobiliario, la elevada inflación y el aumento de las desigualdades fueron algunos de los resultados de esta política”, trayendo como consecuencia que el contrato social que garantizó una importante estabilidad durante décadas se rompiera y el Estado no cumpliera su labor de proteger a sus ciudadanos y cubrir las necesidades más elementales (Álvarez-Ossorio, 2015, pág. 162).

La juventud fue uno de los grupos poblacionales más afectados, tanto por las reformas como por la crisis económica. Durante las revueltas se estima que un 65% de los sirios tenían menos de 35 años y el país registraba una tasa de desempleo del 20%, en tanto quienes trabajaban accedían a un mercado laboral precario y de economía sumergida donde cerca del 40% se dedicaba al trabajo informal y una gran parte de los trabajadores no contaban con seguridad social, teniendo que recurrir a asociaciones caritativas, las cuales “se convirtieron en los últimos años en importantes proveedores de asistencia social” (Álvarez-Ossorio, 2015, pág. 161).

La asadización de Siria, como enuncia Álvarez-Ossorio (2015, pág. 159), se produjo mediante un proceso de ascenso gradual, primero en el estamento militar accediendo a niveles de mando importantes en el estamento militar y de inteligencia, hasta llegar a ocupar lugares de influencia en los círculos económicos con el beneplácito protector del Estado. Esto se evidencia en los “enlaces matrimoniales y proyectos empresariales con familias políticas y militares próximas, por un lado, y con los herederos de algunas de las fortunas suníes más relevantes del país o de determinadas regiones, por el otro”.

Al llegar al poder Bashar al-Assad impulsó una serie importante de reformas, parte de ellas de carácter económico que liberalizaron parcialmente su economía definida como “un proceso de transformación desde ‘el estatismo a la economía de mercado’ o como un paso hacia ‘la economía social de mercado’” (Perthes, 2004, pág. 5, Donati, 2009, pág. 225 como se cita Álvarez-Ossorio, 2015, pág. 60). Dicho proceso de liberalización hacia

adentro, benefició a los empresarios cercanos a la élite alawita y a la familia gobernante, destacándose su primo materno Rami Makhlouf, el hombre más rico de Siria y propietario de la empresa de telefonía Syriatel, que además tras las revueltas se convirtió en un actor de suma importancia para el sustento del régimen (Álvarez-Ossorio, 2015, pág. 160), y cuya relación con Bashar al-Assad se deterioraría en los últimos años.

Esa relación patrimonial en el manejo del Estado que permitió la sucesión del poder de padre a hijo, está sustentada, por un lado, en el control del *estamento militar*, con una presencia central de miembros alawitas y del clan Kalbiyya: con su guardia pretoriana (Guardia Republicana y la IV División Blindada), los leales servicios de inteligencia (Mukhabarat) y las estructuras de mercenarios paramilitares (Shabiha); por otro lado, con la *burguesía nacional*, integrada por prestantes familias sunnís⁹⁷, beneficiaria de los parciales procesos de privatización hacia adentro y con enlaces familiares y políticos con la familia al-Assad, la cual sustenta a su vez el intrincado relacionamiento de la *élite política* siria, pluriétnica y multiconfesional, forjada en los privilegios de las élites etnorreligiosas de las minoritarias (cristianos, armenios, alawis, drusos e ismailíes) y la mayoría sunní.

Esos procesos de apertura económica, derivados de la internacionalización de la producción y la presión ejercida por el orden hegemónico neoliberal, propiciado a nivel local por las élites nacionales, deseosas de ampliar su capacidad de acumulación, constituyó un ejercicio de triple vía: por un lado se le reduce el peso al Estado sobre el gasto social, se permite el ingreso de nuevos competidores y las empresas aumentan sus ganancias, y se aceptan algunas recetas del capitalismo neoliberal que ofertan estabilidad económica y política para el país.

Esta acción medida del gobierno sirio permitió que las privatizaciones se mantuvieran en manos de aliados locales a la vez que no se limitaba la capacidad de decisión del Estado, es decir, cedió ante la presión del orden mundial, haciendo uso de su capacidad de autonomía hacia el interior. Pero los cambios efectuados trajeron consigo efectos negativos, las privatizaciones y desmonte de políticas proteccionistas derivaron en un aumento de los niveles de desempleo, se encareció el acceso a servicios y productos

⁹⁷ Con acceso privilegiado a los mercados, pero con capacidad de decisión limitada según los controles del Estado.

que antes estaban subvencionados⁹⁸, a la vez que las tensiones sociales y el descontento social aumentaba, principalmente entre la juventud.

La aparición de organizaciones benéficas da cuenta precisamente del proceso de privatización, al trasladar responsabilidades del Estado a terceros, que muchas veces eran subvencionadas por el mismo Estado. Allí confluye la relación de un corporativismo que no solo estatiza, sino que también privatiza como planteó Ayubi (1995, págs. 3-4).

Las asociaciones caritativas ocuparon un lugar importante en el mantenimiento del Estado sirio en su papel de reafirmar el régimen autoritario ante la ruptura del Estado social (o de bienestar) con las reformas liberales aplicadas por Bashar, y cuya ruptura afectó tanto las políticas públicas como el equilibrio que había mantenido Hafez hasta finales del siglo XX: garantizando la lealtad y una aceptación provechosa de la sociedad siria con su gobierno.

Las reformas que buscaban liberalizar la economía siria con apertura a nuevos mercados, sumado a las dificultades de disminución económica del Estado y las coyunturas regionales llevaron al gobierno de Bashar al-Assad a la promoción de un tipo de sociedad civil entre 2004 y 2008 definida como “*moujtama’ ahli*”, la cual se confiere y desarrolla en contravía a “*moujtama’ madani*” que se entiende como una sociedad civil en oposición al gobierno, politizada y como tal, también perseguida (Ruiz De Elvira, 2011, pág. 2).

Esto generó un proceso de crecimiento y renovación de los actores sociales teniendo como gran protagonista a las organizaciones caritativas⁹⁹. La apuesta por incentivar dichas propuestas desde el gobierno sirio encuentra como escenario la redefinición de la acción pública y la “privatización parcial de los servicios sociales”, denominado como “*décharge de l’Etat*” o “descarga del Estado” (Hibou, 2004, como se cita en Ruiz De Elvira, 2011), refiriéndose al traslado parcial de las responsabilidades y los gastos sociales del Estado hacia actores no estatales¹⁰⁰ en el cual se da una

⁹⁸ Algunas de estas políticas fueron revertidas por la movilización social, en tanto otras fueron delegadas a las GO-NGO.

⁹⁹ “Por asociación caritativa entendemos todo tipo de organización no lucrativa cuyo objetivo sea socorrer y asistir a los más necesitados. En Siria, este tipo de estructura representa alrededor del 60% del panorama asociativo autorizado por el Estado, lo que equivale a más de 900 asociaciones registradas en el Ministerio de Asuntos Sociales y de Trabajo (MAST)” (Ruiz De Elvira, 2011, pág. 4).

¹⁰⁰ Dichas asociaciones están “ancladas en una fuerte tradición, tanto cristiana como musulmana, estas asociaciones son la expresión de una sociedad civil frágil e incipiente que, luchando por obtener un espacio propio y una cierta autonomía, se ha reforzado en los últimos años” (Ruiz De Elvira, 2011, pág. 4).

“modificación de las relaciones entre lo ‘público’ y lo ‘privado’ y entre lo ‘político’ y lo ‘económico’,” modificando las subjetividades de los actores, en la que más que generar un potenciamiento de lo económico sobre lo político “la privatización evidencia una remodelación de las formas de ser y de actuar en los campos económico y político¹⁰¹” (Hibou, 1999, págs. 7-8; Ruiz De Elvira, 2011, pág. 2).

Este proceso es planteado por Ruiz De Elvira (2011, pág. 2) como una reorientación del pacto social entablado por el gobierno y la sociedad desde los años setenta, “por el que, a cambio de desarrollo, de justicia social y de bienestar (con un hincapié especial puesto en las zonas rurales), el Partido Baath había impuesto su hegemonía política”. Pero dicha reorientación no representó una mayor transición a la democracia, sino que condujo a una “adaptación del autoritarismo a la situación económica y social y en una consecuente reorganización de los mecanismos de gobierno¹⁰². El estallido de la revuelta siria en marzo del año 2011 es la mejor prueba de ello”.

Este proceso organizativo, encuentra además un enlace o relación importante con el proceso de reislamización de las sociedades árabes y las prácticas de beneficencia ejercidas por los partidos políticos de inspiración islamista como el Movimiento de Resistencia Islámica Hamás en Palestina, el Partido de Dios Hezbolá en el Líbano o los Hermanos Musulmanes en Egipto y otros países.

¹⁰¹ Las actividades a las cuales se dedican dichas organizaciones son variadas, incluyendo labores tradicionales de cuidado como la “acogida de los huérfanos, de las personas mayores o de los minusválidos”, también el apoyo “económico o material a las familias pobres”, así como los patrocinios para “la provisión de cuidados médicos y la financiación de operaciones quirúrgicas o la subvención de estudios religiosos”, así como otros apoyos que buscaban una dimensión de desarrollo más allá de los meramente caritativos, como “las ayudas al matrimonio para los jóvenes que desean casarse (de la asociación Sundūq al-Mawadde wa-l-Rahme), la lucha contra el paro por medio de la formación profesional y del lanzamiento de proyectos lucrativos (de la asociación al-Moubarra al-Nisā’iyya), las tentativas de erradicación de la mendicidad por medio de centros de reinserción en la vida profesional (en Homs, por ejemplo), la educación de jóvenes en situación de fracaso escolar (de la asociación Shabāb al-Moustaqbal al-Ijtīmā’iyya al-Khairiyya, los cursos de alfabetización para madres analfabetas, o más recientemente la concesión de micro-créditos”. Evidenciando así que “las asociaciones caritativas responden a una necesidad real de la población, y no son en ningún caso organizaciones “fantasmas” destinadas a la colecta de fondos y ayudas con procedencia del exterior o del Estado” (Ruiz De Elvira, 2011, págs. 5-6).

¹⁰² Teniendo en cuenta además que dichas organizaciones “se caracterizan por llevar a cabo una acción colectiva sin producir un discurso social crítico y sin entrar en la arena política, siguiendo una estrategia de supervivencia en un contexto político cerrado. Alejadas de las ONG extranjeras y de la retórica hegemónica basada en los principios del “buen gobierno” y de la “participación”, las asociaciones caritativas evolucionan en un universo que les es único, con sus propias lógicas de acción, su ethos, sus representaciones y sus modos de expresión”; así como son condicionadas las ayudas extranjeras, las cuales “están extremadamente controladas tanto por el MAST como por el Ministerio de Asuntos Exteriores y son autorizadas a cuentagotas. En cuanto a las ayudas estatales, las cantidades son irrisorias y además están distribuidas de manera desigual, siguiendo patrones clientelistas” (Ruiz De Elvira, 2011, pág. 5).

3 Autoritarismo y sectarización en la disputa por el poder en Siria (2010-2020)

Las revueltas populares en Siria comenzaron su auge en enero de 2011, la movilización heterogénea y *noviolenta* que caracterizó las protestas en sus inicios desencadenó en un amplio, aunque no completo ni homogéneo, fraccionamiento etnorreligioso y armado. Se difundió en algunos medios occidentales la visión de que el bando oficial estaba integrado por población y fuerzas de carácter alawita, shíí y cristiana, en tanto los grupos rebeldes —salafistas, islamistas y moderados— y su población de apoyo como una fuerza íntegramente sunní (Hashemi & Postel, 2017); así como se referenció al proyecto autonómico y revolucionario de Rojava como un proyecto íntegramente kurdo.

Sin embargo, esta caracterización es arbitraria, binaria y desconoce los procesos políticos que fragmentaron a la población, inicialmente en las protestas y posteriormente en la guerra civil. Un elemento importante para entender la fragmentación étnica y religiosa es el elemento autoritario y represivo, tanto del Estado sirio como de ciertos sectores de oposición. Ya sea con relación a la politización religiosa de las protestas, los discursos sectarios y la reacción violenta de la oposición, o con el replanteamiento de los sectores principalmente minoritarios que, aunque se oponían a Bashar al-Assad, prefirieron —para salvaguardar su integridad— reagruparse en el bando gubernamental.

La guerra civil internacionalizada¹⁰³ siria se ha caracterizado por el amplio número de actores políticos y sociales armados, con un entramado complejo de relacionamientos y enfrentamiento entre las distintas facciones. La presencia del autodenominado Estado Islámico generó un punto de inflexión con la rápida expansión de este grupo takfirista en Siria e Irak. Así como la fragmentación de otros grupos rebeldes o radicales como el Ejército Libre Sirio (FSA por su sigla en inglés)¹⁰⁴, Ahrar al-Sham (Movimiento Islámico de los Hombres Libres del Levante) y Hayat Tahrir al-Sham (Organización para la Liberación del Levante)¹⁰⁵, entre otros, en medio del fortalecimiento y recuperación territorial del gobierno de Bashar al-Assad en el oeste y

¹⁰³ O conflicto armado interno internacionalizado (Schindler, 1982).

¹⁰⁴ Actual Ejército Nacional Sirio.

¹⁰⁵ Organización integrada por distintas fuerzas salafistas entre ellas el reconocido Frente Al-Nusra.

de la Administración Autónoma del Norte y Este de Siria con las Fuerzas Democráticas Sirias (FDS)¹⁰⁶ al norte y al este del río Éufrates.

Dicha confrontación no se reduce a un enfrentamiento entre un frente oficialista y una oposición, así como la complejidad del conflicto no solo reside en las posibles diferencias de carácter etnorreligioso de sus actores y los procesos de sectarización, sino que implica alianzas estratégicas que en algunos casos han perdurado en el tiempo y, en otros, son meramente momentáneas o pasajeras delineando un intrincado proceso de alianzas y confrontaciones.

3.1 El contexto y los procesos que relentizaron el estallido social en Siria

El contexto de la denominada República Árabe Siria durante el inicio de las revueltas populares, guarda a su vez algunas similitudes y diferencias con los fenómenos que se desarrollaron en las vecinas Túnez, Egipto, Yemen o Libia. Nos serviremos de algunos de estos países precisamente para evidenciar las similitudes y diferencias de sus contextos geográficos, demográficos, económicos y sociales con relación a los fenómenos que propiciaron los procesos de movilización en la región.

Siria afrontó, entre 2005 y 2010, un crecimiento demográfico del 3.26% contando con una población principalmente joven que arrojaba anualmente una demanda de 300.000 personas al mercado laboral, lo que representó para el establecimiento y su economía una demanda imposible de absorber. Sumado a esto se registraba un alto desempleo que rondaba el 20% particularmente entre jóvenes y diplomados, en tanto el

¹⁰⁶ Bajo el liderazgo del Partido de Unión Democrática (PYD), pero también de una amplia gama de estructuras político-militares interétnicas y multirreligiosas que terminarían dando forma de manera conjunta a las Fuerzas Democráticas Sirias (FDS). Entre otras, destacan las Unidades de Protección Popular (YPG) y las Unidades Femeninas de Protección (YPJ), las unidades de defensa adheridas al Partido de la Unión Siríaca, la Brigada del Mártir Nubar Ozanyan integrada por combatientes armenios, las unidades compuestas por militantes árabes como las Fuerzas de Al-Sanadid (Zaman, 2019), combatientes de las tribus al-Sheitat (al-Wasl, 2016), al-Sharabiyya y Zubayd (Heras, 2013) y el Batallón de Mujeres Árabes Mártir Amara (ANF, 2017a); la coalición Volcán Éufrates, integrada por las unidades de protección kurdas y estructuras árabes del FSA (como el destacado *Jaysh al-Thuwar*) que hicieron frente a ISIS en la recuperación de Kobanê, también destaca la Brigada del Norte Democrático (*Liwa al-Shamal al-Dimoqrati*) posicionada en Afrin (Al-Tamimi A. J., 2020a), la Brigada Revolucionaria de Idlib (Rahman, 2021), el batallón de mujeres de al-Bab (Independent, 2016) y el Batallón del Sol del Norte (Katā'ib Šams aš-Šamāl) en Manbij (ANF, 2017b; Al-Quds, 2014); incluso estructuras árabes islamistas moderadas como Liwa Thuwar al-Raqqa (Mullah Darwish, 2016; ANF, 2014) y Liwa al-Jihad fī Sabeel Allah (2016, أحمد, DW, 2016) se sumaron a las FDS, también figuran el Frente Kurdo (*Jabhat al-Akrad*), las Unidades Especiales Antiterroristas (ANHA, 2016c; Al-Tamimi A. J., 2020b) y las Fuerzas de Élite Sirias con un componente árabe muy importante (Dorrian, 2016; al-Masri, 2017); la Brigada Selyúcida y la Brigada Sultán Selim, integradas por turcomanos sirios (BBC, 2015; Evran, 2016), e incluso contando con la participación de organizaciones como las Unidades de Protección Sinjar (YBŞ) y las Unidades de Mujeres de Êzîdxan (YJÊ), integradas por militantes kurdo yazidíes iraquíes (ANF, 2017c; Ministryinfo, 2017).

40% de la ocupación laboral se registraba en la economía sumergida y del sector informal, con un fuerte impacto sobre la población sin acceso a seguridad social. La pobreza pasó del 30.01% al 33.6% entre 2004 y 2007 a la vez que se mantuvo un aumento del PIB, se dio una “disminución progresiva de los recursos del Estado sirio” y una sequía afectó la producción de alimentos en vastas zonas del territorio sirio, además se produjeron importantes fenómenos de corrupción “tanto en las altas esferas como a nivel de los funcionarios de base y de las prácticas cotidianas” (Ruiz de Elvira, 2011, pág. 15).

Otro asunto importante fue la concentración del poder político en una élite partidista y la ausencia de libertades políticas que estuvo enlazado al desencanto generado por la ruptura con el “proyecto de desarrollo y de modernización promovido por el Estado sirio en los años 60 y 70” y que se había edificado en un sustento popular que le proveía condiciones materiales a gran parte de su población, como base de legitimación para el gobierno de Hafez al-Assad. Sumado al impacto generado por las políticas de liberalización económica que, aunque parciales, afectaron los productos básicos subvencionados por el gobierno. Como plantea Ruiz de Elvira (2011, pág. 16), tras la caída del presidente Ben Ali en Túnez el gobierno sirio puso en marcha políticas de bienestar que contradecían la dinámica aperturista como la “creación del Fondo Nacional de Ayuda Social, [el] aumento de las ayudas para comprar combustible, [el] aumento de las subvenciones a los productos básicos, [el] aumento del salario mínimo, [el] aumento de los salarios de los funcionarios”, entre otros; buscando revertir un posible escenario de oposición política y social.

Lo cierto es que, contrario a lo sucedido en Túnez y Egipto, en Siria el proceso de escalada de las protestas en un estallido social o proceso revolucionario se tardó al menos tres meses. Hay varios factores que pueden explicar esta situación soportados en coyunturas como la debilidad de la oposición, la persecución y el arresto de los activistas, la presencia de una oposición organizada, pero operando desde el exterior y sin muchos adeptos dentro del país, la falta de simpatías como resultado del temor de los ciudadanos a oponerse al gobierno públicamente o el mal trato que habían sufrido otros disidentes en el pasado (Mozes, 2011).

Estos factores que relentizaron el estallido social en Siria podrían ser comprendidos a partir de lo planteado por Ruiz de Elvira (2011), que formula tres ejes de discusión: el primero, el étnico-confesional, que se refiere a la distribución etnorreligiosa del país y los intereses que cada comunidad soportaba sobre el régimen o la oposición

organizada; el segundo, el socio-económico, que se refiere al impacto de las reformas neoliberales incompletas a la vez que el Estado seguía aportando márgenes importantes de protección social; y un tercero, el político, que evidencia un proceso de despolitización¹⁰⁷ interna al que fue sometida la sociedad siria durante decenios. A continuación, analizaremos con mayor detalle cada uno de estos factores.

La integración puede involucrar procesos como el tutelaje, la incorporación, la manipulación institucional y la cooptación, así como la reconciliación. Dentro de la integración pueden existir muchos tipos de relaciones entre el Estado y el grupo, lo que puede lograrse no renunciando a las relaciones "tradicionales" (de parentesco o espaciales), sino utilizándolas. Un cierto grado de comunalismo, "pluralismo segmentado", clientelismo y mecenazgo, así como "populismo" pueden funcionar como dispositivos integradores. No hay razón para suponer que la integración puede y debe significar únicamente burocratización. Las dos formas pueden ir de la mano: el clientelismo y los vínculos burocráticos no son necesariamente alternativas; los vínculos burocráticos pueden necesitar ser complementados. (Ayubi, 1995, pág. 183)

Estos elementos son importantes para comprender el proceso de integración social y político conseguido por el régimen que le ha permitido no solo detentar el poder, sino durante décadas conservarlo con cierta estabilidad. Nos permitirá, a partir del rastreo histórico de cómo se configuró este tipo de Estado y cómo se posicionó la familia al-Assad y las élites alawitas en las más altas esferas del gobierno sirio, analizar las condiciones en que se encontraba el régimen previo a las revueltas populares, teniendo en cuenta las realidades que le permiten, aún hoy con grandes dificultades, administrar gran parte del territorio.

¹⁰⁷ Ruiz de Elvira (2011, pág. 39) plantea dicha despolitización como un escenario derivado de las cinco décadas carentes de competición política institucional, del "encuadramiento de todos y cada uno de los sectores de la sociedad a través de los organismos populares baazistas" y de "los mecanismos de control y de disciplinarización baazistas [*que*] habían conseguido anestesiar a la población desde el punto de vista político". Es decir, y en otras palabras, de una dinámica social y organizativa normada desde arriba y que regula el nivel y el alcance de la participación y la asociación, que se vincula a las políticas del Estado de bienestar desde un gobierno garantista de derechos económicos, pero también desde la dimensión de un Estado feroz capaz de limitar a los ciudadanos incómodos para el establecimiento.

3.1.1 Factor étnico-confesiona

Este primer factor alude a la configuración étnica y religiosa del país y a la problemática que en contextos de conflicto se podría derivar de dicha distribución. Contrario al contexto tunecino o egipcio, Siria contaba con una composición bastante heterogénea de su población, en lo étnico sobresalía la población árabe con un 90%, pero también las minorías kurda (9%), armenia, turkmena y circasiana; en lo religioso figuraba el islam con el 90% de la población, con una mayoría sunní (cerca del 74%) y unas minorías shiíes y alawitas (que representa un 11%), drusas e ismailíes (que suman un 5%), en tanto, el cristianismo representaba un total del 10% de la población, compuesto por la comunidad greco-ortodoxa y la católica¹⁰⁸, también tiene presencia en el país la comunidad yazidí¹⁰⁹ (Ruiz de Elvira, 2011, pág. 8).

Es difícil dimensionar el peso real de cada una de estas comunidades en la política siria, incluso después de diez años del inicio de las revueltas y la guerra. Pero, para entonces, contrario a las dinámicas de disputa en otros países de Medio Oriente y el Norte de África, el Estado sirio se ha apoyado en las estructuras comunitarias y tribales¹¹⁰, sin la necesidad de imponer una ruptura entre el poder político y las “solidaridades tradicionales y la cohesión comunitaria”, lo que ha permitido que el Estado baazista, contrario a “los países socialistas de la época soviética, no ha[ya] intentado desestructurar la base territorial de las comunidades locales” (Roussel, s.f., como se cita en Álvarez-Ossorio, 2010, pág. 63).

Esta composición diversa del país, sumado a sus 14 provincias, derivó en intereses regionales y de identidad muy divergentes lo que implicó dificultades en la generación de una constatación conjunta en contra del gobierno a nivel nacional, esto dio lugar a intereses sectoriales a veces antagónicos con relación al poder de Damasco que a su vez impidió una coordinación de la movilización social de carácter masivo, como sí ocurrió en Egipto y Túnez donde la “dessectorialización” del movimiento social fue central (Ruiz de Elvira, 2011, págs. 8-9).

¹⁰⁸ Que agrupa a “armenio-católicos, melquitas, siríaco-católicos, maronitas, caldeos y latinos” (Ruiz de Elvira, 2011, pág. 8).

¹⁰⁹ Los yazidíes según Álvarez-Ossorio (2010, pág. 64) son una “secta sincrética kurda que combina elementos paganos, zoroástricos, cristianos y musulmanes”, en tanto el judaísmo en el país era y es “prácticamente inexistente a día de hoy”.

¹¹⁰ Procesos similares acontecieron en la Gran Yamahiriya Árabe Libia Popular Socialista liderada por Muamar al-Gadafi.

La consolidación del Baath en el poder durante décadas, vinculado al carácter interétnico e interreligioso del partido, y al panarabismo como elemento ideológico central en el proyecto de nación, fue aprovechado por la élite alawita con el apoyo de las minorías, principalmente cristianas, para lograr un balance con relación a la mayoría sunní que, es necesario nuevamente aclarar, no se debe ver como homogéneamente antagónica al proyecto de la familia al-Assad, sino como un sector diverso, que aporta fuerzas de apoyo al proyecto político en el mantenimiento del *statu quo*.

Otros sectores contrarios al Baath y con una apuesta islamizante de la sociedad desde el sunismo, representaron desde distintos espectros políticos un reto para el poder sirio. La recordada insurrección del Frente Islamista y los Hermanos Musulmanes entre 1979-82, la sombra de la hermandad en el exterior como crítica del gobierno, así como la ausencia de una oposición política creíble, mantuvo el temor del ascenso de un gobierno islamista como consecuencia de procesos políticos que pudieran alterar el estado de las cosas. Esto llevó a gran parte de las minorías, donde figuran las cristianas, a asumir que “su modo de vida est[aba] mejor garantizado por el régimen autoritario actual que por un hipotético sistema democrático”. Además, los vínculos entre los al-Assad y las comunidades cristianas han sido fortalecidos y se da una relación donde el régimen no los percibe como un peligro real, y estas últimas sopesan el privilegio de mantener cierta autonomía en sus asuntos privados con la ausencia de una participación social, política, libre y democrática (Ruiz de Elvira, 2011, pág. 9), esta relación cordial se evidenció tanto al inicio de las revueltas populares como en la posterior guerra civil.

Estos temores y condiciones fueron aprovechados por Bashar que, ante el impacto de los conflictos etnorreligiosos, elevó el discurso sectario sobre la oposición, con el antecedente de los enfrentamientos en Líbano e Irak como dos ejemplos tangibles de lo que podría suceder a futuro en Siria. Como mencionaría Ruiz de Elvira (2011) para entonces, estos casos constituían:

Dos ejemplos visibles que los sirios no quieren seguir. La configuración étnico-confesional de estos dos países, similar a la de Siria, hace temer el estallido de una guerra civil que todo el mundo quiere evitar y que el régimen no deja de evocar. De este modo, aún hoy, muchos ciudadanos sirios prefieren renunciar a sus libertades políticas y civiles a cambio de la “estabilidad” que el régimen de Bashar al-Asad (*sic*) aporta supuestamente al país. (págs. 9-10)

Precisamente buscando profundizar el factor étnico-confesional recurriremos al posicionamiento de las distintas minorías étnicas con relación al gobierno sirio, partiendo muy brevemente desde el Mandato Francés, pasando por el gobierno de los al-Assad hasta el contexto de las revueltas y la guerra civil, teniendo en cuenta además que el “hecho de que un 9% de la población de la República Árabe Siria, como oficialmente se la denomina desde 1961, sea precisamente no árabe representa una evidente paradoja” (Álvarez-Ossorio, 2010, pág. 64).

3.1.1.1 Los Kurdos

Los kurdos representan un actor de suma importancia para el caso sirio. Antes de la guerra se encontraban dispersos en varios territorios del país sin “solución de continuidad”: como Al-Yazira o Mesopotamia superior “regada por el Éufrates y donde vive el 40% de los kurdos”, el Kurd Dagh o Montes Kurdos “fronteriza con Turquía con otro 30%”, Kobanê — o Ayn al-Arab (en árabe) — ubicado en el norte al oriente del Éufrates y Damasco “donde Saladino fundó el Barrio Kurdo”¹¹¹; precisamente Álvarez-Ossorio (2010, pág. 64) planteaba que la historia del pueblo kurdo en Siria se ha caracterizado por persecuciones y ostracismo tanto de orden político, social como económico, derivado de su posición como la minoría no árabe más “cohesionada del país y la única que pod[ía] representar una amenaza para el proyecto nacionalista árabe”. Amenaza que se materializó con la declaración de autonomía de Rojava en 2012.

El pasado reciente de los kurdos sirios evidencia una relación tensa con el poder central desde los años sesenta. En 1962 en el censo de Hasaka se le retiró la ciudadanía a 120.000 kurdos y para el contexto de las revueltas populares en 2010 aún 160.000 eran considerados extranjeros a pesar de haber nacido en Siria, a estos se les desconocía el derecho a “participar en las elecciones, tener propiedades o desempeñar determinadas labores” como la abogacía, el periodismo, la medicina u otras profesiones que requirieran pertenecer a un colegio profesional, a la vez que otros 75.000 kurdos permanecían como

¹¹¹ Desde el inicio del periodo republicano los kurdos han atravesado una serie de dificultades como la minoría étnica no árabe más relevante de Siria, pues “tras la independencia de Francia, los kurdos detentaron puestos de gran responsabilidad. En 1949 Husni al- Zaim, hasta entonces jefe del Estado Mayor, llegó a la presidencia tras dar un cuartelazo y designó como primer ministro a otro kurdo: Muhsin al-Barazi. Poco después alcanzaría el poder Adib Shishakli, también de madre kurda, y se convertiría en hombre fuerte de Siria entre 1951 y 1954, hasta ser derrocado por un golpe dirigido por militares drusos. El ascenso del nacionalismo árabe deterioró rápidamente la situación de los kurdos. En los tres años (1958-1961) que duró el experimento de la República Árabe Unida (la unión entre Egipto y Siria bajo la dirección de Gamal Abdel Nasser) decenas de oficiales kurdos fueron destituidos de sus cargos, entre ellos el jefe del Estado Mayor, Tawfiq Nizamaddin” (Álvarez-Ossorio, 2010, pág. 64).

no registrados, careciendo de derechos relacionados a la educación o la sanidad. A finales del mismo decenio se inició la arabización de los territorios kurdos, con la construcción de un “cordón sanitario” entre la frontera siria y las zonas kurdas de Turquía e Irak, al norte y noreste de la Yazira, donde se confiscó la tierra bajo propiedad kurda de 300 localidades, desplazando a sus poblaciones hacia el interior a la vez que los territorios era ocupados por tribus árabes seminómadas. Desde Damasco también se apostó por la cooptación de las personalidades religiosas o civiles kurdas, en tanto la respuesta kurda a estas prácticas asimilacionistas y de limpieza fue la “disimulación identitaria” (Álvarez-Ossorio, 2010, pág. 65)

La relación contrastada entre los kurdos con otras minorías como los armenios, los circasianos o los asirios era evidente, los primeros tenían prohibido escolarizar a sus hijos en sus propias escuelas privadas, en tanto los hijos de los segundos se les permitía escolarizar a sus hijos en escuelas privadas pertenecientes a su comunidad, lo mismo con relación a la difusión de revistas o libros y la expresión en su propio idioma, mientras las otras comunidades tenían permitido hacerlo a los kurdos se les prohibía. Estas condiciones llevaron a que entrado el nuevo siglo sectores kurdos levantaran demandas al gobierno de Bashar al-Assad, como en las protestas del 2004 en Qamishli, donde los disturbios dejaron 40 muertos, 400 heridos y 2.000 detenciones bajo acusación de “incitar a la guerra civil y a la lucha sectaria” (Álvarez-Ossorio, 2010, pág. 66).

Los esquicios de oposición más evidentes para el gobierno sirio estaban sustentados en los sectores islamistas sunníes, pero la relación de exclusión sobre la comunidad kurda, evidenciaba que los al-Assad vislumbraban el peligro que podría representar para el poder central la integración de dicha comunidad, teniendo en cuenta las declaradas aspiraciones separatistas y nacionalistas del pueblo kurdo en las vecinas Turquía, Irak e Irán, y más aún después de resguardar en su seno a militantes y liderazgos de la PUK y el PKK.

3.1.1.2 Los armenios

Para el caso de los armenios¹¹², como se mencionó anteriormente, han recibido un trato diferenciado conjuntamente con otras minorías que dista mucho de la situación kurda. Para 2011 unos 100.000 armenios residían en Siria, la gran mayoría de ellos

¹¹² “Su confesión es cristiana y practican los ritos apostólico, católico y evangélico” (Álvarez-Ossorio, 2010, pág. 66).

descendientes de los refugiados que huyeron de las tropas turcas durante la Primera Guerra Mundial¹¹³ y se encontraban asentados principalmente en las céntricas ciudades de Aleppo, Damasco, en la ciudad fronteriza de Qamishli al norte con Turquía y los pueblos de Kesab en Latakia y Yaqubiya en Idlib. La comunidad armenia, al igual que los circasianos y los asirios, pueden administrar sus escuelas privadas, enseñar y publicar revistas o libros en su propia lengua, así como disponer de sus asociaciones culturales y centros físicos, a la vez que mantiene contacto con la diáspora, sin considerárseles un peligro para la seguridad del país (Álvarez-Ossorio, 2010, pág. 66).

3.1.1.3 *Los alawitas*

Para Álvarez-Ossorio (2010, pág. 69), el mosaico confesional sirio alcanzó una dinámica particular con la llega del Baath en 1963 que, al buscar la creación de un sistema de alianzas con las minorías, se les ofreció unos márgenes importantes de autonomía a la vez que se buscaba “contrarrestar” la relación con la predominante población sunní representada en el 65% de la población, “esta contemporización es especialmente patente en lo que respecta a las comunidades confesionales, siempre que mantengan su lealtad al Estado”. Esta importante relación dentro del Baath y en el control del Estado surgió con

¹¹³ La expulsión de los armenios por parte de la Turquía Kemalista implicó que unos 100.000 fueran reasentados “por las autoridades francesas en las zonas de Aleppo, el valle del Eufrates, la Yazira, Hama, Homs y Damasco”; dicha dispersión implicó que los armenios prefirieran “concentrarse en determinados barrios y zonas. Desde un primer momento disfrutaron de libertad para erigir sus principales instituciones socioreligiosas (iglesias, escuelas y asociaciones culturales), lo que facilitó la preservación de su identidad a pesar de vivir en un país árabe de mayoría musulmana. El establecimiento de escuelas armenias favoreció un renacimiento cultural, ya que contaron con un amplio margen de maniobra a la hora de organizar y dirigir el sistema educativo, incluido el diseño del currículum. También se permitió la creación de partidos políticos armenios y el establecimiento de una agenda transnacional entre las distintas diásporas. Los armenios aprendieron el árabe, pero evitaron asimilarse al resto de la población”. Llegada la independencia siria la situación de los armenios no cambió de manera considerable conservando dichos niveles de autonomía, esta relación se derivó de que los partidos nacionalistas armenios aplicaron una relación de férrea lealtad hacia el país, derivada de la hospitalidad del pueblo sirio y sus instituciones como de los niveles de autonomía y ventajas que estas le brindaron a dicha comunidad. Sin embargo, el arribo de los nacionalistas árabes en los años cincuenta cambió significativamente dicha relación, “además del cierre de periódicos armenios, la radical reforma educativa puso el énfasis en la edificación de una conciencia nacional bajo la bandera del arabismo. Este nuevo clima llevó al éxodo de miles de armenios, que se establecieron en Estados Unidos, Canadá y Australia. Numerosos artistas e intelectuales (entre ellos, Antranik Zaroukian, Vahe Vahian, Zareh Melkonian, Simon Simonian o Karnig Attarian) emigraron a Beirut, una ciudad mucho más abierta y cosmopolita. Estas medidas se suavizaron tras la llegada al poder de Hafez al-Asad (*sic*), quien interpretaba que el apoyo de las minorías confesionales era esencial para garantizar la perduración del régimen. A partir de entonces, la comunidad armenia recuperó parcialmente su autonomía (en especial en el terreno educativo), aunque se le impusieron, como al resto de la población, restricciones en el ámbito político permitiéndose que canalizara su activismo a través de los cauces oficiales”, siendo representados en la Asamblea del Pueblo (o Consejo Popular de Siria) por un parlamentario armenio, así como es relevante mencionar que “la primera embajada abierta tras la independencia de Armenia fue precisamente la siria, en 1992, año en que Levon Ter-Petrosian visitó el país árabe en su primera viaje oficial como presidente” (Álvarez-Ossorio, 2010, págs. 66-69)

el ascenso del partido al poder, el cual fue considerado como una “revancha de la periferia” por parte del “Mediterráneo alawí, la Yazira agrícola y la Montaña Drusa” contra el poder central de Damasco, dado que sus “dirigentes pertenecían a las minorías confesionales tradicionalmente marginadas”. Con este escenario la élite alawi¹¹⁴ se ha encargado de vincular sabiamente tanto a la mayoría árabe sunní como a las minorías en el aparato del Estado, en la búsqueda de un equilibrio en el poder institucional “los primeros ministros han sido árabes sunníes desde entonces y las minorías confesionales suelen tener representación en cada gobierno. Como cabría esperar, los poderosos servicios de seguridad son dirigidos, prácticamente en exclusiva, por alawíes¹¹⁵”.

La comunidad alawi mantuvo su cohesión debido al aislamiento en la zonas costeras de las montañas alawitas, conocidas también como Jabal al-Nusayriya, donde se dedicaban a la agricultura, pero también han tenido presencia en Latakia, Baniyas, Tartus, Homs, Safita y en menor número en Alepo e Idlib.

El papel que ha jugado la élite alawita como enlace de confianza de la familia al-Assad podría llevar a catalogar al gobierno sirio como un régimen alawita o incluso un assadato, como se le ha referido también desde algunos sectores académicos, pero, como plantea Álvarez-Ossorio (2010, pág. 73) el aparato estatal sirio está lejos de ser un régimen estrictamente alawita, por el contrario se trata de una gran alianza entre sectores muy diversos, tanto el plano ideológico, confesional o étnico, enlazados por “su voluntad de conservar su posición hegemónica”. Si bien los alawis y de manera más concreta la élite de dicha comunidad asumió un papel central en la toma del poder del Partido Baath,

¹¹⁴ Que llegó al poder tras el golpe militar de Salah al-Yadid en 1966 y se consolidó tras el golpe de Estado emprendido por Hafez al-Assad a finales de 1970 contra su anterior aliado.

¹¹⁵ Los alawis conocidos durante siglos como nusayrís, adoptaron la primera denominación para reafirmar su vínculo al shiísmo duodecimano. Sus orígenes se “remontan al siglo IX, cuando Ibn Nusayr se proclamó profeta afirmando haber recibido del undécimo imán chií (*sic*), al-Hasan al-Askari, una doctrina secreta que, desde su ocultación (*gayba*), es transmitida de generación en generación. A mediados del siglo X, el credo se extendió por el noreste sirio, pero no fue hasta comienzos del siglo XI cuando el nusayrismo se convirtió en oficial en Latakia. Los sultanes mamelucos y otomanos intentaron convertir sin éxito a los nusayrís al islam sunní”. Algunas de sus creencias “chocan” con la doctrina del islam sunní, como “la trasmigración de las almas. Los alawíes consideran a Ali, primo y yerno de Muhammad, como la deidad suprema y eterna. Al principio de los tiempos, las almas de los alawíes eran luces en torno a Dios (también denominado La Esencia), pero cayeron en desgracia y fueron expulsadas del paraíso convirtiéndose en humanos condenados a reencarnarse indefinidamente. Los imames chiíes (*sic*) son reconocidos como manifestaciones de la divinidad y cada uno tuvo un compañero que ejerció la función de intermediario entre Dios y los creyentes. La única manera de escapar de la metempsicosis es entrar en contacto con la propia deidad, tras lo cual el creyente se convertirá en una estrella que reanudará su camino por los siete cielos hasta llegar al más elevado, donde contemplará la luz suprema” (Álvarez-Ossorio, 2010, págs. 71-72).

también es cierto que tras el golpe de Estado y con el arribo de Hafez al-Assad la relación con la mayoría sunní y las minorías tomó otro rumbo.

Tras el Movimiento Rectificador de 1970 cooptaron a la oligarquía sunní damascena. De hecho, la mayor parte de los cuadros del régimen (primeros ministros y ministros de Defensa, Asuntos Exteriores y Economía) no son alawíes, sino sunníes. Esta alianza se ve reforzada por enlaces matrimoniales y proyectos empresariales del clan Asad (*sic*) y de familias políticas y militares afines, por un lado, y los herederos de algunas de las fortunas más relevantes del país o de determinadas regiones por otro. (Álvarez-Ossorio, 2010, pág. 173)

De allí que a través de este texto no nos referimos directamente a los alawitas como un grupo homogéneo y unificado que controla y dirige al país, sino que se hace la distinción entre la comunidad alawita y la élite alawita, esta última como enlace y soporte de la familia al-Assad en los asuntos decisivos y de control del Estado, e incluso del partido. Tesis que se debe también aplicar a otras minorías y sobre todo a la élite sunní, la cual se ha mantenido al lado de los al-Assad y se ha beneficiado ampliamente del capitalismo entre amigos (*crony Capitalism*) aplicado por el régimen, y que contrasta con la amplia y mayoritaria comunidad sunní, que abarca una amplia heterogeneidad de actores que no necesariamente están vinculados por el elemento religioso.

3.1.1.4 Los cristianos

Por su parte, la comunidad cristiana representa el 10% de la población, congregados en un 55% en la iglesia greco-ortodoxa, la católica en un 27% y las comunidades de latinos, armenios, maronitas, caldeos, melquitas y siríacos en un restante 18%. Tienen un arraigo principalmente urbano, con barrios importantes en las grandes ciudades del país como sucede en Damasco¹¹⁶. Para el escenario político e intelectual sirio la presencia de destacados cristianos ha sido costumbre, una de esas destacadas participaciones fue la del laico greco-ortodoxo Michel Aflaq, fundador del Baath “que desde un primer momento percibió la importancia de aproximarse al resto de

¹¹⁶ “Existen además pequeñas poblaciones cristianas, siendo una de las más conocidas Maalula, visita obligada para quienes viajan al país por sus dos monasterios: San Sergio y Santa Tecla. Esta localidad, a tan sólo 50 kilómetros de Damasco, alberga una comunidad cristiana que ha conservado hasta hoy el arameo, lengua perteneciente a la familia del siríaco y hablada en época de Jesucristo. Sus 2.000 habitantes practican, no sin constantes fricciones, los ritos greco-ortodoxo y greco-católico” (Álvarez-Ossorio, 2010, págs. 73-74).

comunidades confesionales que podrían sentirse atraídas por el mensaje igualitario, laico y socialista de la formación nacionalista¹¹⁷” (Álvarez-Ossorio, 2010, págs. 73-74).

Como se planteó previamente, los cristianos han sido un soporte importante para los intereses de la familia gobernante, dada la credibilidad de la comunidad y las concesiones que entre ambos sectores ha permitido el mantenimiento de las cosas.

3.1.1.5 Los drusos

Los drusos, por otro lado, son una comunidad escindida del shiísmo y representan el 3% de la población, se han asentado históricamente “en lugares aislados y de orografía compleja que les servían de refugio frente a la presión sunní”, como menciona Álvarez-Ossorio (2010, pág. 74) esta conducta de aislamiento y “su hermetismo les ha valido el repudio del islam ortodoxo”, dicha relación de hostigamiento se puede rastrear en la “persecución sistemática sufrida a lo largo de sus diez siglos de historia” por parte de estos sectores, la cual provocó “que tiendan a concentrarse en determinadas zonas, como la Montaña Drusa (donde hoy en día representan el 90% de la población), el Ante-Líbano, el Monte Líbano y el norte de Israel”¹¹⁸.

Aunque los drusos no llegaron a asumir lugares de mando dentro del Baath o del gobierno, han contado con destacadas personalidades afiliadas al partido, y desde 1970 “todos los gabinetes ministeriales han incluido a un druso, siendo el Ministerio de Administraciones Locales su feudo histórico¹¹⁹” (Álvarez-Ossorio, 2010, pág. 76).

¹¹⁷ “Entre las personalidades cristianas que han ocupado puestos de relevancia en la escena política encontramos a Faris al-Juri, que llegó a ser primer ministro entre 1954-1955. En la época baazista, merece la pena destacar a Yusuf Shakkur, jefe del Estado Mayor durante la guerra de Yom Kippur (1973) y, con posterioridad, viceministro de Defensa y de Asuntos Exteriores, y que en la década de los noventa jugó un papel fundamental en las conversaciones de paz sirio-israelíes” (Álvarez-Ossorio, 2010, pág. 74).

¹¹⁸ En la tradición doctrinal de los drusos encontramos que “consideran al califa fatimí al-Hakim como el Intelecto Activo dentro del orden cósmico. La era drusa arrancaría en 1017 cuando se estableció el culto a al-Hakim. Los creyentes se dividen entre iniciados (uqqal) e ignorantes (yuhhal). Los primeros son los guardianes de los secretos de la religión y visten turbantes blancos para diferenciarse de los segundos. Los drusos tienen sus propios siete mandamientos. Entre ellos está reconocer la unidad divina, respetar y someterse a sus designios, renunciar a las antiguas religiones, decir siempre la verdad al resto de creyentes (aunque está permitida la disimulación o taqiya en caso de persecución), defenderse y ayudarse mutuamente y separarse de los no creyentes. Creen también en la metempsicosis y que las reencarnaciones cesarán cuando retorne el imán oculto para instaurar la justicia universal. La religión drusa se transmite de generación en generación y no puede adquirirse por conversión. Por eso son tan importantes los matrimonios endogámicos que perpetúan esta comunidad de sangre” (Álvarez-Ossorio, 2010, págs. 74-75).

¹¹⁹ La comunidad drusa ha estado vinculada a la historia republicana de Siria pues, “durante la dominación francesa, destacadas figuras drusas tuvieron un papel decisivo en el movimiento nacionalista sirio, entre ellos el emir Shakib Arslan y Sultan al-Atrash, que encabezó una revuelta anticolonial que arrancó en la Montaña Drusa en 1925. Tras la independencia, el coronel druso Sami Hinnawi derrocó a Husni al-Zaim. En 1954 el dictador Adib Shishakli ordenó bombardear la Montaña Drusa y detuvo a Sultan al-Atrash,

3.1.1.6 Los ismailíes

Finalmente, encontramos a los ismailíes, pertenecientes al shiísmo septimano¹²⁰. Estos se extendieron desde el siglo IX por todo el mundo islámico desde Persia, Jurasán, Transoxiana, Yemen y el Golfo Pérsico hasta el Magreb asentándose, para el caso de Siria, en Salamiya desde donde combatieron a los cruzados y se enfrentaron con los alawis¹²¹. Como también se daría con los drusos, los kurdos y los alawitas durante el periodo del Mandato Francés, los ismailíes fueron importantes en el ejército colonial, pero cuando la ideología panarabista del Baath se difundió entre los militares tras alcanzar la independencia, los ismailíes pasaron a destacar en el Comité Militar del partido que tomaría el poder en 1963, grupo militar secreto que estaba liderado por cinco altos mandos del ejército pertenecientes a minorías confesionales y sin conexión con los fundadores del Baath: “los alawíes Muhammad Umran, Salah Yadid y Hafez al-Asad y los ismailíes Ahmad al-Mir y Abd al-Karim al-Yundi (que se convertiría en ministro de Reforma Agraria y, después, en responsable de la Seguridad Nacional)”, pero tras el golpe de Estado efectuado por Hafez al-Assad, “la mayoría de los altos mandos ismailíes fueron depurados” (Álvarez-Ossorio, 2010, pág. 76).

En la relación de las distintas minorías étnicas y religiosas (exceptuando a la comunidad kurda) con el poder central alawita, se consolidaron élites sectoriales que no sólo fueron importantes para sustentar el poder de la familia al-Assad, sino que elevaron

hecho que desencadenó una revuelta popular. A su muerte en 1982, el presidente Hafez al-Asad (*sic*) le rindió tributo tomando parte en sus honras fúnebres” (Álvarez-Ossorio, 2010, págs. 75-76)

¹²⁰ Como con el caso de los drusos los ismailíes se distancian de la ortodoxia islámica, en su doctrina “veneran a Muhammad ben Ismail, nieto del imán Yafar al-Sadiq (m. 765), que se ocultó y reaparecerá algún día para instaurar la justicia universal. Según sus creencias, de origen neoplatónico, Dios es un principio más allá de la comprensión humana: Dios estableció en primer lugar el Intelecto (aql) del cual emanó después el alma (nafs). Los ismailíes distinguen entre los aspectos visibles o exotéricos (zahir) de la religión, es decir el significado comúnmente aceptado de las escrituras, y lo oculto o esotérico (batin), las verdades inmutables a las que solo se puede acceder gracias a la interpretación cabalística de cifras y letras de los textos sagrados”, otro elemento importante para los ismailíes en el plano religiosos, es que “existen tres poderes espirituales, identificados con los arcángeles Gabriel, Miguel y Rafael, que median entre el mundo espiritual y el terrenal. La historia es cíclica y transcurre en siete eras, cada una de las cuales es anunciada por un profeta (Adán, Noé, Abraham, Moisés, Juan el Bautista, Jesús y Mahoma). Cada profeta convivió con un mensajero capaz de discernir el mensaje oculto de la revelación. Ali, el mensajero de Mahoma, fue sucedido por siete imanes, siendo Muhammad ben Ismael el último, que reaparecerá tras su ocultación para abrogar el islam y revelar el significado oculto de las verdades sustanciales. Mientras esto no ocurra, el mensaje esotérico debe mantenerse en secreto y ser transmitido, de generación en generación, por los iniciados (uqqal)” (Álvarez-Ossorio, 2010, pág. 76).

¹²¹ “La dispersión de las comunidades ismailíes hizo que ganaran autonomía con el transcurso del tiempo, especialmente tras la destrucción de la fortaleza de Alamut por los mongoles. Durante las épocas mameluca y otomana, los ismailíes tuvieron que hacer frente al pago de un tributo especial al no ser considerados parte de la familia del islam. La enemistad ismailí-alawí se mantuvo entre los siglos XVIII y XX, en los que fueron constantes los enfrentamientos” (Álvarez-Ossorio, 2010, pág. 46).

simbólicamente al Estado sirio como una república incluyente y democrática. Este escenario a su vez se enlazaba con el posicionamiento de la comunidad sunní y su correspondiente élite, que representando más del 70% de la población, asumía, como hemos mencionado, un lugar central en la vida económica y política del país, evidenciado que Siria, aunque liderada por una minoría alawita, era (y es) un lugar seguro para los distintos sectores étnicos y religiosos.

Dicha cohesión recabó importancia con el estallido de la guerra en 2011, las minorías religiosas, algunas de ellas, como la cristiana, involucradas en protestas contra el gobierno baazista, acabarían retornando al seno de la Siria de Bashar, la cual, a pesar de sus restricciones y violencias, se perfiló como la única capaz de salvaguardar a las minorías étnicas y religiosas contra la creciente sectaria oposición islamista. Solo fue cuestión de tiempo, para que la Revolución de Rojava, se convirtiera en una opción revolucionaria y diferente para las minorías que debían defenderse de los ejércitos salafistas que ocuparon los viejos feudos del gobierno central y otras milicias de oposición.

En dicho contexto el discurso sectario fue fundamental para el gobierno de Bashar al-Assad, al encasillar y señalar a la oposición como radicales deseosos de violencia contra las minorías religiosas de la región.

3.1.2 Factores socio-económicos

Los procesos de liberalización económica en la región fueron evidentes para la mayoría de los países desde finales del siglo XX pero, contrario a Túnez y Egipto, el proceso de liberalización en Siria comenzó desde 1990 alcanzando una mayor ampliación en la primera década del nuevo siglo, el cual, aún para el inicio de las revueltas, era “limitado e incluso a veces contradictorio” (Ruiz de Elvira, 2011, pág. 10).

Este desarrollo desigual de la economía Siria en los procesos de reforma económica permitió que el impacto de la crisis económica mundial de 2008 fuera limitado, hasta 2011 el país registró crecimiento con un promedio de 5.4%, a diferencia del fuerte impacto en países como Túnez donde el abanderado “milagro tunecino” arrojó al paro a una frustrada y generalizada juventud con formación profesional que, terminaría por convertirse en un elemento clave para la activación de las revueltas populares y la revolución tunecina (Ruiz de Elvira, 2011, pág. 10).

Dicho proceso de liberalización incompleta, es decir, un Estado en el que aún perduraban estructuras que aseguraban parcialmente la redistribución de la riqueza y políticas de bienestar público, permitió que el gobierno de Bashar al-Assad mantuviera “un discurso populista y social frente al conjunto de la población”, manteniendo niveles importantes de “credibilidad y estabilidad”, aunque el margen entre ricos y pobres era cada vez más evidente en la sociedad y, como tal, la desigualdad regional (rural) había aumentado en los últimos diez años. La situación de desempleo en Siria, por ejemplo, rondaba el 33% con relación al 43% que registraba Egipto, en tanto la desigualdad rural (regional) en Túnez eran mayores, donde los territorios del centro del país, es decir las periferias tunecinas, años atrás habían sido desprovistas del desarrollo impulsado por el presidente Ben Ali (Ruiz de Elvira, 2011, pág. 10).

Precisamente, en países como Túnez y Egipto se aplicó la estrategia de “repliegue del Estado” (*retreat of the state*) desde los años ochenta la cual consistía en el modelo de un Estado mínimo, reordenado burocráticamente y en el que ciertos actores se veían fuertemente favorecidos en detrimento de otros, esto bajo una estructura de adorno democrático, es decir, un gobierno neoliberal que parte de los “programas de ajuste estructural” impuestos por el FMI. Para el caso sirio este proceso de privatización y reducción del Estado se implementó de manera parcial, reciente y amorfa ya que el Estado seguía determinando los asuntos económicos del país, el 30% de la ocupación laboral se empleaba en el sector público con sus prestaciones sociales, elementos que, según Ruiz de Elvira (2011, pág. 11), le generó al gobierno cierta legitimidad hasta entonces.

Dicha implementación amorfa se ve reflejada en la gran acumulación de riqueza en manos de una élite económica, que aunque en aumento, es en realidad una excepción, como sucede con Rami Makhlouf (primo materno de Bashar al-Assad), el hombre más rico del país, que encarnó “en los últimos años la corrupción y la excesiva patrimonialización de la economía”, además, como plantea también Ruiz de Elvira (2011, pág. 11), “el nivel de odio y de indignación que suscitaba su persona en el seno de la población antes de la revuelta no es comparable al que generaba la familia Trabelsi en Túnez”, que se caracterizó por “prácticas predatorias e ilegales” y fueron uno de los factores de indignación más importantes en el proceso de movilización, revuelta y revolución.

La constitución de esta *burguesía estatal* minoritaria (o élite económica) que se vio favorecida en el proceso de apertura facilitada por la *élite política* (y direccionada por

las dinámicas económicas del orden mundial), no solo cercana sino también leal y consanguínea al poder de al-Assad y del Partido, es un elemento central para dimensionar la consolidación del triángulo del poder patrimonialista en Siria. A esta relación de capitalismo entre amigos (*crony capitalism*) entre *élite política* y *burguesía* a la que se suma la *cúpula del estamento militar* termina por configurar un poder de carácter autocrático que aunque revestido de república y democracia, está constituido por un sistema de partido único, el Baath, que es elevado como guía y *líder del Estado y la sociedad* y al que quedan supeditados los otros partidos políticos legales del país; a su vez, las “elecciones” realizadas cada siete años, se configuran como un proceso de refrendación electoral que ha legalizado la permanencia de la familia en el poder, de Hafez al-Assad entre 1971 y el 2000 y de su hijo Bashar desde entonces¹²².

Esta relación económica y política, más cercana a una especie de simbiosis entre los corporativismos de vertiente orgánica y de inclinación organizativa¹²³, de los que nos habló Nazih Ayubi (1995, págs. 3, 4), ha permitido que se haya dado ese tránsito desde un neopatrimonialismo republicano hacia un sistema patrimonial más cercano a las monarquías del golfo, como es esbozado por Gilbert Achcar (2013, pág. 59), que no solo se constituye como un poder absoluto, sino que se permite la privatización partiendo de intereses especiales sin perder el interés por las dinámicas sociales y colectivas vinculada a las bases sociales y la ciudadanía siria. Es un intento de corporativismo a la siria que integra las demandas del orden internacional sacando provecho de las capacidades de la autonomía relativa del Estado hacia adentro, delegando responsabilidades sobre distintas estancias del Estado, las cuales se ven favorecidas por prebendas económicas y políticas que sustentan el mantenimiento del poder.

3.1.3 Factores del orden político

Bashar al-Assad, contrario a Hosni Mubarak y Ben Ali que conservaban varios decenios en el poder, con un desgaste político importante, entrados en edad y enfermos,

¹²² Esta dinámica se mantiene aún con la reforma al sistema electoral de 2012 que permitió la participación de otros candidatos en elecciones aparentemente abiertas y que han buscado disputarle el poder a Bashar al-Assad.

¹²³ Entendiendo por vertiente orgánica aquella que es más “solidaria y comunitaria” y por la vertiente organizativa la basada en “intereses y populista/movilizadora en el otro”, ejemplificada en contextos específicos “Arabia Saudita y otras monarquías de parentesco en el Golfo son ilustrativas de la primera corriente; Egipto y otras repúblicas populistas, en ocasiones radicales, son un ejemplo del segundo” (Ayubi, 1995, pág. 3).

llevaba *relativamente poco tiempo* como presidente y disfrutaba de una importante popularidad, ya había enfrentado la oposición pública de la Primavera de Damasco en 2001 o los disturbios kurdos de 2004 en Qamishli, que fueron apagados con una efectiva represión, y a pesar de la desilusión que despertó la contención violenta de dichas movilizaciones el oftalmólogo sirio “seguía encarnando la modernidad y la voluntad de cambio a ojos de muchos sirios que echaban la culpa del inmovilismo a la ‘vieja guardia’”. En el inicio de las revueltas populares de 2011 Bashar contaba con un apoyo de importantes segmentos de la población y de las fuerzas militares (Ruiz de Elvira, 2011, pág. 11).

Para Ruiz de Elvira (2011, pág. 12) esta popularidad ha sido central en la supervivencia del régimen y ha derivado, por un lado, en las reformas llevadas durante los primeros diez años de su mandato que comprendieron “reformas de tipo económico, liberalización parcial de la prensa, introducción de internet e informatización de la administración, modernización de los organismos públicos [y] apertura controlada del campo asociativo”, y por otro lado, se edificó como líder regional, desde una retórica de resistencia a las potencias occidentales, como país base del panarabismo y aliado permanente de la causa palestina. Sumado al embargo aplicado por EE. UU. desde 2004 fortaleció sus posiciones políticas a nivel interno y externo, lo que le valió como justificación al retraso en la aplicación de algunas reformas; este aislamiento al que fue sometido el país, y su reposicionamiento político a nivel regional e internacional desde 2008, fue percibido como un triunfo de la política exterior siria y de su presidente Bashar al-Assad.

Si Ben Ali y Mubarak aparecían a ojos de sus sociedades como los mejores aliados de Occidente, Bashar, por el contrario, aparecía hasta ahora como el líder que había conseguido hacerle frente. Por otro lado, su apoyo a movimientos de referencia islamista que luchan contra Israel —Hezbollah (*sic*) en el Líbano o Hamás en Palestina— suscitaba un cierto orgullo en el seno de la población. (Ruiz de Elvira, 2011, pág. 12)

Otro elemento importante al que alude Ruiz de Elvira es el profundo proceso de “despolitización”¹²⁴ al que fue sometida la sociedad siria, que para el inicio de las

¹²⁴ Propiciada por un establecimiento capaz de contener con ferocidad a sus oponentes y de privilegiar con benevolencia a sus aliados, a la vez que regula el nivel de participación y asociación de los ciudadanos. Las revueltas sociales que estallarían desde 2011 evidenciarían que más que una estricta despolitización de la

revueltas había completado 40 años ausentes “de competición política y de encuadramiento de todos y cada uno de los sectores de la sociedad”, adheridos como organizaciones de las bases populares del Partido Baath como los sindicatos, las organizaciones sociales y de beneficencia, las asociaciones, las ligas o uniones de mujeres, estudiantes o niños como los scouts. Esto permitió que los “mecanismos de control y de disciplinización baazistas” consiguieran “anestesiarse a la población desde el punto de vista político”, sumado además a que la participación política de la oposición era prácticamente inexistente, sin “partidos de oposición libres y autónomos” que pudieran disputar el poder del Estado. La variedad de partidos políticos nacionalistas y de izquierda existentes han estado adheridos al Frente Nacional Progresista, el cual es liderado y controlado por el Baath y le da la apariencia de una “supuesta (...) pluralidad del sistema político”; cabe recordar que en Siria no se dieron propiamente elecciones presidenciales sino hasta 2014¹²⁵, previamente se realizaban “referéndums amañados a través de los cuales la población expresaba ‘la renovación de su confianza’ en el líder” (Ruiz de Elvira, 2011, pág. 12).

De esta manera, la generalizada despoltización de la sociedad siria, plantea Ruiz de Elvira (Ruiz de Elvira, 2011), ofrece una serie de factores que permiten entender que “la puesta en marcha de la revuelta haya sido tan lenta en Siria”. La poca tradición en la movilización social y de “acción colectiva contestataria” implicó a su vez una ausencia de “destreza protestataria”. Contrario a los casos de Túnez, Egipto o Marruecos, donde los procesos de movilización social eran “relativamente frecuentes”, Siria no había tenido una protesta generalizada o huelga importante desde el documentado levantamiento popular de inicio de los años ochenta. Incluso con la crisis económica de 2008, cuando “el encarecimiento de las materias primas” generó protestas en Egipto, en Jordania y Yemen por la escasez de pan y otros productos de primera necesidad, o cuando se registraron protestas por parte de los “diplomados en paro” o “jóvenes diplomados desempleados” en Túnez, Egipto o Marruecos, en el caso de Siria la escasez de pan y el desempleo creciente de los diplomados no se tradujo en protestas, evidenciándose que en

población, se trataba más bien, de unos síntomas de espera, pasividad, paciencia y miedo de sectores políticos que esperaban el momento adecuado para hacer evidentes los deseos de cambios sociales e institucionales.

¹²⁵ Tras la aprobación de una nueva constitución en 2012, las elecciones del 2014 y 2021 contaron con más de un candidato presidencial, en ambas elecciones Bashar al-Assad se impuso, en el primer caso en 88.7% de los votos y para las elecciones de 2021 con el 95.19. Ambos procesos electorales fueron denunciados y criticados por su poco carácter democrático.

el país “faltaba tanto una ‘cultura de protesta’ como una práctica directa de la acción política por parte de los ciudadanos”, además de que los sindicatos jugaron un papel importante en las revueltas de Túnez y Egipto, en tanto en Siria habían permanecido bajo un estricto control del Baath (Ruiz de Elvira, 2011, pág. 13; Zurayk, 2011; Prieto, 2008).

La sociedad civil siria se vio limitada por los designios legales de la administración pública, que constituyó una sociedad civil “esencialmente confesional y apolítica dedicada a la provisión de servicios sociales o a temas de desarrollo”, debido a que el 60% de las “asociaciones autorizadas por el Ministerio de Asuntos Sociales y de Trabajo (...) [*eran*] en realidad asociaciones de beneficencia” (Ruiz de Elvira, 2011, pág. 13), evidenciando así las dificultades a las que se enfrenta la sociedad siria para organizarse y establecerse en asociaciones por fuera de las lógicas y pretensiones del gobierno baazista.

Los componentes más críticos y politizados de la sociedad civil son constantemente reprimidos, encarcelados y marginados. Por ello, en parte, y por el bloqueo del campo político, no existe en Siria una oposición política sólida y organizada. Ninguna fuerza política, sindical o social es capaz de lanzar y enmarcar un movimiento reivindicativo a escala nacional. El partido de los Hermanos Musulmanes, de gran peso e importancia en Egipto, ha estado prohibido en Siria desde los años 80. La simple pertenencia a esta organización está penalizada con la pena de muerte. (Ruiz de Elvira, 2011, págs. 13-14)

Las redes sociales de Twitter y Facebook jugaron un papel importante en el proceso de movilización en Túnez, donde su población tenía un acceso más recurrente a internet y una mayor familiaridad con temas informáticos, en el caso sirio se tuvo una relevancia menor, desde 2006 Facebook fue prohibido y solo fue autorizado en 2011, con la pretensión de “controlar mejor la información que circula en su interior” (Ruiz de Elvira, 2011, pág. 14), esto es, prohibir el acceso a páginas o segmentos de la redes sociales con información considerada sensible para el gobierno sirio, como sucedió con la página de Facebook “Syrian Revolution” (Chaabane et al., 2014).

Como vemos, los factores que favorecían el descontento y que desestabilizaban el régimen no brillaban por su ausencia, tampoco en Siria. No obstante, antes de la “primavera árabe”, estos factores no eran lo suficientemente fuertes para provocar un levantamiento popular o incluso para provocar huelgas y movimientos sociales

de peso. Los opositores tendrían que esperar a que el efecto de “contagio” penetrara las fronteras sirias para que los primeros signos revolucionarios se hicieran sentir en el país. El factor externo unido a una pésima gestión inicial de la crisis por parte de las autoridades sirias —con el arresto y la tortura el 13 de Marzo (*sic*) de un grupo de adolescentes que habían escrito en las calles de Daraa “¡Al-sha‘ab yurid isqat al-nizam!”—, con la posterior respuesta insultante dada a sus familias (“olvidaros de ellos”, les dijeron) y con el uso excesivo de la fuerza para aplastar las primeras protestas en Daraa— bastaban para prender la mecha después de treinta años de “calma”. (Ruiz de Elvira, 2011, pág. 16)

Podemos profundizar sobre dicho escenario de despolitización que nos es presentado por Ruiz de Elvira, dimensionándolo como un proceso gradual de sometimiento y convencimiento de la población civil por la vía política, cultural, social y económica, entendiéndola como una pasividad o paciencia vinculada con el temor o el miedo de un Estado dispuesto a usar todas sus capacidades para someter, encerrar o eliminar cualquier tipo de oposición —sin importar su procedencia ideológica o religiosa¹²⁶—, a la vez que es condensada con la estabilidad del país, no solo en términos

¹²⁶ A propósito, podemos enunciar la reconocida prisión de Tadmor, ubicada en Palmira (en el desierto de Homs) y famosa por las brutales condiciones a las que eran sometidos sus prisioneros, las cuales iban desde detenciones arbitrarias, condenas por vínculos de consanguinidad, torturas hasta ejecuciones extrajudiciales, así como el asesinato en masa de entre quinientos y mil detenidos tras el intento de asesinato contra el presidente al-Assad en 1980, la mayoría de ellos partidarios de los Hermanos Musulmanes. La prisión fue construida en 1930 por el Mandato Francés pero su temible reconocimiento se forjó durante la presidencia de Hafez al-Assad entre 1971 y el año 2000. En sus instalaciones estuvieron internados numerosos intelectuales, poetas y disidentes de distintas tendencias ideológicas, destacando miembros de los Hermanos Musulmanes, miembros del Partido de Acción Comunista y del Partido Comunista Buró Político, pasando por baazistas prosirios y proiraquíes, e incluso refugiados palestinos. Con la llegada a la presidencia del joven y reformista Bashar al-Assad y tras una amnistía general sería clausurada en 2001, pero la misma sería reabierto en 2011 ante el auge de las revueltas populares, siendo usada para retener a numerosos manifestantes, finalmente, en 2015 sería tomada y dinamitada por ISIS. También destacan las prisiones de Saydnaya (apodada el Matadero y famosa por haber albergado prisioneros que terminarían liderando distintas milicias islamistas salafistas durante la guerra tras una amnistía en 2011, destacan: Hassan Aboud, Abu Yahia al-Hamawi y Hassan Soufan de Ahrar al-Sham, Abu Jaber Shaykh de Tahrir al-Sham (Al-Nusra), Zahran Alloush de Jaysh al-Islam, Abu Luqman y Abu Mohammad al-Adnani del Estado Islámico), Adra y de Mezzeh en la provincia de Damasco; entre los miles de presos políticos que pisaron dichas prisiones destacan: el marxista palestino Salameh Keileh, el novelista Mustafa Khalifa, el exjuez Haitham al-Maleh, el abogado Anwar al-Bunni, el economista Aref Dalila, el futbolista Jihad Qassab, la disidente Samira Khalil y su pareja Yassin al-Haj Saleh, el poeta Faraj Bayrakdar, el líder comunista Riad al-Turk, el cristiano libanés Ali Abou Dehn, el empresario y político Riad Seif o el periodista Nizar Nayyoub, entre muchos otros. En esa misma vía es importante resaltar, como se menciona en el informe de Human Rights Watch de 1996 sobre la prisión de Tadmor, o el “reino de la muerte y la locura” como la denominó el poeta Bayrakdar, en la que se refiere a la liberación de algunos detenidos políticos, que “las liberaciones de prisioneros en Siria continúan ocurriendo en una atmósfera de formidable intimidación por parte del aparato de seguridad, diseñado para disuadir a los disidentes de emprender acciones independientes y actividades políticas tras su liberación”, a la vez que dichos prisioneros políticos eran persuadidos para que firmaran “compromisos escritos de lealtad al gobierno de al-Assad y se comprometieran a abandonar las actividades políticas de la oposición como condiciones para

económicos (aunque muy importantes como hemos visto) sino también de seguridad, atestiguando que la capacidad de administración del Partido y de sus líderes proveen condiciones envidiables para los ciudadanos sirios, que además ven desde los años 90 un amplio abanico de países desestabilizados, ya sea por las injerencias internacionales (a las que Siria se ha resistido) o por conflictos sectarios, que contrario a otras realidades regionales, la República Árabe Siria, ha sabido proveerle condiciones sociales, políticas y económicas a los distintos sectores étnicos, religiosos e ideológicos del país.

Por fuera de esa órbita de acceso y aceptación de minorías étnico-religiosas o partidistas destacan el partido y la organización de los Hermanos Musulmanes (prohibidos desde 1980 con ley 49/1980), así como los 160.000 kurdos apátridas (negados a ser conocidos como sirios en el censo de 1962) y las organizaciones kurdas con aspiraciones nacionalistas (perseguidas en distintos momentos por el baazismo árabe). Por otro lado, y aunque no asumidos legalmente como ciudadanos sirios, contrasta las condiciones de los refugiados palestinos, cuyas situaciones son bastante favorables en comparación con el contexto que viven en los otros países de la región (situación que cambiaría con la guerra civil internacionalizada que azota a Siria) (al-Husseini, 2013).

3.2 Las revueltas populares en Siria

Desde finales de 2010 las revueltas populares comenzaron a propagarse en gran parte de Medio Oriente y el Norte de África, provocando así “un efecto contagio en el conjunto del mundo árabe” al compartir “un mismo malestar ante la perpetuación de regímenes autoritarios” (Álvarez-Ossorio, 2012, pág. 336). El descontento acumulado contra el gobierno de Zine al-Abidine Ben Ali en el poder desde 1987¹²⁷ y la inmolación de Mohamed Bouazizi alimentaron la caída del presidente tunecino que abandonaría el país rumbo a Jeddá, Arabia Saudí, el 14 de enero de 2011, logrando así una apertura política importante para el país del mediterráneo. El pueblo egipcio también acudió masivamente a las calles en contra del gobierno militar de Hosni Mubarak¹²⁸, presidente

su liberación”. Por otro lado, el informe destaca algunos de los elementos por los que los acusados eran juzgados, como "oponerse a los objetivos de la revolución", la "pertenencia a una organización secreta" o la disposición a "cambiar la estructura económica o social del Estado o del tejido fundamental de la sociedad" (Human Rights Watch, 1996; BBC Mundo, 2015; Taleghani, 2015; Spencer, 2016).

¹²⁷ Desde entonces en el poder y después de que “llevara a cabo su golpe de Estado ‘médico’ contra el entonces presidente Habib Burguiba” (Ruiz de Elvira, 2011, pág. 1)

¹²⁸ El levantamiento popular en Egipto y el derrocamiento de Mubarak fue bien recibido por Bashar al-Assad, ya que el entonces presidente egipcio era su principal rival en la disputa por el liderazgo del mundo árabe, a la vez que reforzaba su posición regional en oposición a la cooperación egipcia como el principal aliado de EE.UU. e Israel, evidenciando la estabilidad de su gobierno (Mozes, 2011).

desde 1981 y que sería depuesto por los militares el 11 de febrero de 2011, su derrocamiento posibilitaría la elección de Mohamed Mursi de los Hermanos Musulmanes, quien a su vez sería apresado por la élite militar del país dejando Egipto en una condición igual o más precaria a la precedida por las revueltas.

Las revueltas populares también se extendieron a otros países de la región como Libia y Yemen, desencadenando no sólo la caída de Muamar al-Gadafi y Ali Abdullah Saleh, presidentes desde 1969 y 1990 respectivamente, sino también a la entrada de ambas naciones en fuertes guerras civiles de carácter internacional¹²⁹. Jordania, Irak, Omán y Marruecos también enfrentaron el descontento social, posibilitando algunas reformas de corte superficial. En Argelia, Sahara Occidental y Líbano persistieron las movilizaciones sin cambios relevantes. Otros países de la región como Arabia Saudí, Bahrein y Kuwait también experimentaron protestas sociales, pero estas fueron rápida y efectivamente reprimidas sin tener ningún impacto real en las estructuras de poder y el *statu quo*¹³⁰.

Los movimientos sociales y de protesta desarrollados en estos países encontraron contextos políticos que coincidían y eran identificables, escenarios como “el hartazgo político de los ciudadanos [*hacia*] (...) liderazgos y regímenes de larga data”, asociados al “control de los procesos electorales y la carencia de una representación política real”; las fuertes prácticas represivas, que prohibían “expresiones políticas contestatarias” y de reforma, así como “procesos judiciales no transparentes y encarcelamientos injustificados”, que profundizaron la ausencia de libertades y limitaron los “derechos de expresión” a la vez que se violaban los “derechos humanos elementales” (Mesa Delmonte, 2012, pág. 12).

Pero sería un error asumir que el descontento popular se reduce a una apuesta exclusivamente política institucional que buscaba la toma del poder y una “revolución democratizadora”. Como plantea Luis Mesa Delmonte (2012, págs. 12-13) hay una

¹²⁹ Conceptualizadas también como guerra civil internacionalizada o conflicto armado interno internacionalizado, ver Schindler (1982).

¹³⁰ Las revueltas populares han alcanzado tanto en su temporalidad como en su alcance geográfico, una dimensión mayor con el paso del tiempo, lo que representa una razón más para no denominarlas como una “primavera árabe”. La movilizaciones y protestas sociales de los últimos años en Líbano, Irán, Turquía, Irak y Sudán dan cuenta de ello. En este último, tras grandes movilizaciones sociales fue derrocado el 11 de abril de 2019 el presidente Omar al-Bashir, en el poder desde 1993. En Irak las fuertes movilizaciones han generado cambios y renuncias importantes en el gobierno; también en el Líbano donde se ha cuestionado la corrupción y estancamiento económico del país, así como el sistema político basado en repartición de cuotas entre los grupos etnorreligiosos: la Muhasasa. La mecha encendida en 2011 se sigue propagando, y aunque por momentos parece aplacada, ya nos ha enseñado la historia que el hartazgo de los pueblos es susceptible de explotar en cualquier momento.

variedad amplia de elementos económicos y sociales que han motivado la protesta, como lo son el aumento del desempleo, las precariedades salariales, el aumento de los precios de los alimentos y los efectos de la crisis económica mundial iniciada en 2008; pasando también por fuertes fenómenos de corrupción, la falta de oportunidades y aspiraciones para los más jóvenes, que eran a su vez los más propensos a la protesta social. También aparecen problemas históricos como “la desigual distribución de la riqueza y la creciente sensación de injusticia y desigualdad, que se deriva de la polarización social y de la concentración del capital en determinados sectores del poder”¹³¹.

3.2.1 El inicio de las revueltas

Las protestas en contra de Bashar al-Assad se vieron, como hemos venido planteando, alimentadas por los procesos de movilización en Túnez y Egipto. Para enero de 2011 el espacio público empezó a ser colmado por manifestantes que expresaban su descontento con el Partido Baath¹³² (Pinto, 2012, pág. 353), incluyendo casos como el de Hassam Alí Akleh en la ciudad kurda de Hasaka que, emulando a Mohamed Bouazizi en Túnez, se inmoló en la vía pública como símbolo de protesta, o el caso del comerciante apaleado por policías de tráfico el 17 de febrero que provocó “una manifestación espontánea contra la violencia policial en el zoco al-Hamidiyye de Damasco, algo inédito en el país [y] que anunciaba lo que vendría después” (Ruiz de Elvira, 2011, pág. 6). Aún ante las crecientes manifestaciones públicas de descontento el presidente sirio, Bashar al-Assad, manifestó a *Wall Street Journal* el 31 de enero de 2011 que a Siria ni le afectaban ni le afectarían las revueltas que se extendían en la región, descartando la posibilidad de

¹³¹ En este proceso analítico es importante reconocer “las especificidades” del proceso de “explosividad popular” que se produjo en Siria, contribuyendo “a la explicación de los acontecimientos como a la valoración predictiva” y a identificar “las especificidades de conformación de los poderes locales, las diferenciaciones entre regiones subnacionales, o las contradicciones de carácter confesional o tribal” (Mesa Delmonte, 2012, pág. 13). Ejemplifiquemos esto con los grandes procesos de movilización social que se han dado en Chile, Ecuador, EE. UU. o Colombia desde 2019 y que desencadenaron en estallidos sociales; los mismos encontraron a su vez grandes similitudes y también importantes diferencias, ya fuera por dinámicas propias de la región o las dinámicas propias de cada país. Para analizar estos tres grandes procesos de movilización, por ejemplo, no ha sido necesario caer en análisis esencialistas o deterministas, de allí que sea necesario mantener una óptica crítica para el análisis de Medio Oriente, evidenciando que si bien el elemento religioso es importante no es necesariamente el único para explicar las razones estructurales y de fondo desde las cuales subyacen las protestas y revueltas populares.

¹³² Desde el mes de enero se comenzó a caldear la situación en el país, “el día 18 de enero estallaban cuatro coches bomba en un barrio de Alepo de mayoría kurda, causando la muerte de siete personas y varios heridos graves”, si bien dicho atentado pasó “desapercibido tanto en la prensa local como en la prensa internacional, no era reivindicado por ningún grupo; lo que llevaba a algunos analistas a afirmar que el atentado podría haber sido obra del régimen mismo, en una tentativa de éste por sembrar el miedo al caos y a la inestabilidad en el seno de la población” (Ruiz de Elvira, 2011, pág. 5). Especulación que, aunque no es posible confirmar, es importante tener en cuenta.

un “contagio” revolucionario debido a la actitud de escucha de su gobierno y a la “simbiosis” existente con la sociedad civil (Pinto, 2012, pág. 353; Ruiz de Elvira, 2011, pág. 5), además plantearía en dicha entrevista que:

Tenemos circunstancias más difíciles que la mayoría de los países árabes, pero a pesar de eso, Siria es estable. ¿Por qué? Porque hay que estar muy ligado a las creencias de la gente. Este es el tema central. Cuando haya divergencia entre su política y las creencias e intereses de la gente, tendrá este vacío que crea disturbios. (WST, 2011)

En dicha entrevista al-Assad realiza un análisis de las revueltas populares que se comienzan a propagar en la región. Por momentos su voz levanta autocríticas con el proceso de reforma que desarrolló su gobierno, así como procura marcar distancias sobre el entendimiento que tiene occidente de la sociedad siria y la visión que los sirios tienen de sí mismos. Y, si bien marca un importante distanciamiento entre el contexto de Siria con lo acontecido en Túnez y Egipto, planteando que los escenarios eran distintos ya que en Siria existía un ejercicio de cohesión entre su gobierno y la sociedad civil, los hechos que despertarían las revueltas populares y la posterior guerra evidenciarían que su retórica desconocía u obviaba el malestar popular acumulado durante décadas por la sociedad siria.

Por su parte, el entonces ministro de Relaciones Exteriores Walid al-Mu'Allem describiría los sucesos en Egipto como "una revolución de la juventud que no se relaciona con las condiciones de hambre o desempleo, sino de una demanda de que Egipto desempeñe un papel en Medio Oriente sin [depender de] la intervención extranjera que ha dañado y sigue dañando gravemente al país", desestimando no solo las exigencias de libertad y democracia sino también las carencias económicas que sufría el pueblo egipcio (Mozes, 2011).

Este tipo de discursos que apoyaban las revueltas en Túnez y Egipto, así como la intención de desestimar las razones económicas y de falta de democracia se siguieron replicando por parte de funcionarios del gobierno sirio. La asesora política de Bashar, Buthayna Sha'ban, plantearía que “las verdaderas razones de la furia [de los manifestantes en Egipto y Túnez] son complejas y no pueden reducirse a [problemas de] desempleo y medios de vida”, focalizando la atención en una conexión entre la presencia de EE. UU. en la región y el levantamiento, debido a “las guerras humillantes que han enfurecido a

las masas [árabes] una y otra vez”. Es decir, tanto Sha'ban como el ex diputado libanés Nasser Qandil, (cercano al gobierno sirio) y medios de comunicación como Al-Watan (cercano al régimen) o Teshreen (diario gubernamental), le confirieron como síntomas de las revueltas populares a la falta de arabismo, la presencia de EE. UU. en la región, la crisis en Irak y el olvido de la causa palestina, así como el derrocamiento de Hosni Mubarak un triunfo para el campo de la resistencia (Mozes, 2011), en el cual claramente se encontraba Siria.

Contrario a lo manifestado por dichas autoridades la propia agua estancada y las dificultades de Siria terminarían por contaminar al propio régimen, su aparente tranquilidad soportada en la mano dura del Estado a cargo de unas fuerzas de seguridad fuertemente violentas y represivas ampliaron el descontento de la población, desencadenando una protesta parcialmente abierta en contra del gobierno. Algunos de los llamados a la revuelta y a la revolución para derrocar a Bashar fueron asumidos por figuras representativas de la oposición siria en el exterior, como el “hijo del abogado y prisionero político Haizam al-Maleh”, que emitiría un video en YouTube animando “a sus compatriotas a comenzar la ‘Revolución del Jazmín’ en Siria” (Al Maleh, 2011), por su parte los Hermanos Musulmanes desde el exilio, cuya actividad estaba prohibida en el país desde 1980 (ley 49/1980), “exhortaba al pueblo a levantarse contra la opresión y la pobreza”, la Liga Democrática Siria “convocó a una huelga general y a la desobediencia civil contra las autoridades” y en enero se firmó una declaración en apoyo a la “Revolución tunecina” y la “Intifada egipcia” por parte de cuarenta académicos y activistas sirios, incluido Michel Kilo, reconocido y prominente líder de la organización de oposición Declaración de Damasco, desde la cual se convocó a una manifestación al frente de la embajada egipcia en la capital siria en apoyo a las revueltas en dicho país. También, a la vez que se realizaban manifestaciones en apoyo a las revueltas egipcias y contra el gobierno sirio en Damasco aparecieron convocatorias en las redes sociales de un "día de la ira" contra el gobierno de al-Assad para el 5 de febrero, y se registró una protesta espontánea el 17 de febrero en el centro de Damasco tras un incidente de violencia policial (Mozes, 2011; Ruiz de Elvira, 2011, pág. 6).

Dichos intentos de movilización en apoyo a las revueltas en Túnez o Egipto, así como de protesta en contra del gobierno sirio resultaron fuertemente limitadas y marginales, sumado a que se restringió el acceso a internet y muchos de los activistas en línea se encontraban en el extranjero. La convocatoria del “día de la ira” al frente de un

edificio del parlamento en Damasco para el 4 y 5 de febrero fracasó ante la reducida convocatoria que alcanzó tanto en Siria como fuera del país (Mozes, 2011), los intentos de movilización se encontraban limitados por la composición misma de estos grupos de opositores, principalmente constituidos por una élite urbana, poco numerosa, desconectada con el resto del país y sin arraigo popular, e incluso señalada de pertenecer a grupos islamistas como los Hermanos Musulmanes (Ruiz de Elvira, 2011, págs. 6, 7; Álvarez-Ossorio, 2010, pág. 63).

Si bien las esporádicas movilizaciones y protestas continuaban, estas no lograban una articulación que encendiera la llama revolucionaria ni afectara la estabilidad del gobierno. Bashar al-Assad tomó medidas ante la posibilidad de una escalada de las protestas aplicando el enfoque “del garrote y la zanahoria”, optando por reformas de carácter económico que beneficiarían a la población, a la vez que aplicaba una firme represión ante cualquier intento de protesta contra el gobierno, impidiendo para el mes de febrero reuniones públicas en el campus universitario de Damasco y la proyección pública de partidos de fútbol (Mozes, 2011).

En marzo las protestas sociales habían aumentado en número y se habían convertido en “parte del paisaje político de Siria”, pero contrario a lo acontecido en Túnez y Egipto, estas tuvieron patrones más focalizados y fragmentados (Pinto, 2012, pág. 354). Algunas de las primeras reformas aplicadas por el gobierno buscaban desestimular la acción política opositora en las calles y las redes sociales, algunas de esas apuestas fueron establecer un fondo de ayuda social anual con un presupuesto de entre 10 y 12 millones de libras, se aumentaron subsidios eléctricos para los trabajadores estatales, una de sus universidades aprobó un programa de empleo para graduados y se aplicó una reducción de impuestos sobre los alimentos. A la vez que se dispersaban, perseguía y detenía a los manifestantes con dureza se activaban las operaciones de sus agentes e informantes en las principales ciudades del país, permitiéndose de manera eventual manifestaciones en apoyo a las revueltas populares árabes por fuera del país, como la permitida a unos 150 manifestantes en contra de Muamar al-Gadafi que se concentraron en las afueras de la embajada libia en Damasco bajo la atenta supervisión de las fuerzas de seguridad¹³³ (Mozes, 2011).

¹³³ El gobierno sirio también utilizó estrategias impulsadas por la oposición, como la creación de grupos de Facebook en apoyo al régimen, buscando así contrarrestar los llamados de insurrección por parte de la oposición en las redes sociales. Se acusó que los miembros detrás de las páginas opositoras correspondían

El origen revolucionario de las revueltas se remonta a la ciudad periférica y rural de Daraa, en la frontera sur con Jordania, donde un grupo de catorce jóvenes fueron detenidos por pintar en las paredes de su escuela el lema de la revolución tunecina: "El pueblo quiere la caída del régimen" (*Ash-Shab yurīd isqāṭ an-Nizam*). El arresto y la tortura a la que fueron sometidos los estudiantes fue percibido "como un insulto moral" tanto por su familia como por la población de la ciudad; la indignación y la solidaridad local llevó a que los agravios se convirtieran en un descontento político con el régimen (Pinto, 2012, pág. 254).

El asesinato de dos manifestantes a manos de agentes del gobierno el 18 de marzo y la continua represión se sumarían a los síntomas de descontento que se ampliaban en la población, solo fue cuestión de días para que las manifestaciones se expandieran por toda la ciudad, el 25 de marzo el área central de la urbe ya se encontraba bajo control de los indignados, para días después ampliarse a otras zonas del país como Duma, Harasta, Hama, Homs, Baniyas, Latakia, Qamishli, Dayr al-Zor y Tal Kalaj; las ciudades de Alepo y Damasco, centros políticos e industriales del país, se vieron parcialmente afectadas por el proceso de movilización social con algunas movilizaciones en barrios periféricos, a su vez contrastadas con grandes movilizaciones a favor del gobierno de Bashar al-Assad (Pinto, 2012, pág. 254; Dagher, 2014), como la realizada el 15 de febrero en la que se especula participaron 300.000 personas en apoyo al gobierno frente a la mezquita Omeya, donde Bashar al-Assad y los líderes de su gobierno asistieron a las oraciones que conmemoraban el nacimiento del profeta Muhammad (Mozes, 2011).

Pero la represión a los jóvenes estudiantes no fue la única razón que llevó a que el pueblo sirio manifestara su descontento masivamente, las revueltas de los sectores rurales, periféricos y más precarizados de la sociedad, que habían padecido las reformas liberales del Estado, sumado a una fuerte sequía que afectó la agricultura en ciudades como Daraa, Homs y Hama fueron problemáticas que encontraron su válvula de escape en la indignación provocada por la represión gubernamental (Álvarez-Ossorio, 2015, págs. 160-162).

a "elementos israelíes, libaneses o sirios expatriados", a la vez que se desbloqueó el acceso a Facebook o YouTube para que los simpatizantes del gobierno se manifestaran y se cerraron los sitios web de la oposición. El gobierno también se aprovechó de la amplia red celular de la empresa Syriatel, propiedad del primo del presidente Rami Makhlouf, para enviar mensajes a sus usuarios con el siguiente contenido: "Pondremos fuego al mundo, a nosotros mismos y a nuestros niños para que el presidente Assad se quede" (Mozes, 2011).

3.2.2 Represión, reforma política y llamado al diálogo

Con el pasar de los días las demandas del pueblo sirio entraron en aumento, los reclamos iniciales de “reforma política, justicia y combate a la corrupción” se ampliaron a demandas que pedían libertad y la caída del régimen. Si bien el gobierno de al-Assad buscó negociar aplicando reformas y cambios graduales hacía grupos específicos de la sociedad, la violenta represión no se detuvo dando mayor impulso a la movilización. Algunas de las reformas y concesiones aplicadas entre marzo y abril por el gobierno buscando menguar la protesta, permitieron que los jóvenes detenidos en Daraa fueran dejados en libertad y el gobernador de dicha localidad fuera removido de su cargo y detenido¹³⁴, se redujo también el tiempo del servicio militar de 21 a 18 meses, se aumentaron los sueldos de los empleados públicos, “se levantó la prohibición de que las maestras usaran niqab (velo) y se cerró el único casino de Siria”, se otorgó la ciudadanía siria a miles de kurdos que fueron registrados como extranjeros en 1962¹³⁵, se revocó la ley de emergencia vigente desde 1963 y se propuso acabar con los juicios de emergencia así como se “anunciaron planes para una mayor libertad de expresión, combate a la corrupción y creación de nuevos empleos, se liberaron presos políticos y el gabinete renunció” (Pinto, 2012, págs. 355-356).

También se realizaron cambios ministeriales, como el del primer ministro Muhammad Nayi Otri por Adel Safar (que estaba encargado de la cartera de agricultura). Se estableció un gabinete de crisis “dirigido por el ministro y el exministro de Defensa, Dawud Abdallah Rayiha y Hasan Turkmani” al que se vincularon el ministro del Interior, los jefes de las agencias de seguridad y los comandantes de las unidades militares más importantes, como el hermano del presidente Maher al-Assad (comandante de la Guardia Republicana y la IV División Blindada), su cuñado y viceministro de Defensa Asef Shawkat y a su primo, el director de la Inteligencia Militar de Damasco Hafez Makhlof.

¹³⁴ En lo recogido por Dagher (2014) se plantea que parte de estas acciones de carácter conciliador fueron propiciadas por funcionarios cercanos a al-Assad con una visión más conciliadora sobre el conflicto, como el asumido por el ex general del ejército sirio Manaf Tlass (que desertaría dos semanas antes al ataque de la sede de la Seguridad Nacional el 18 de julio de 2012), quien dos días después del asesinato de los dos manifestantes en Daraa el 18 de marzo “recibió una llamada de Assad pidiendo consejo. Tlass dijo que sugirió que Assad destituyera al gobernador de Deraa (*sic*), liberara a todos los detenidos en las manifestaciones, arrestara al jefe de seguridad local y enmendara los asesinatos con una visita a la ciudad. “Le dije que nuestra sociedad es tribal y valorará su gesto conciliador”, recordó Tlass. “Él me dijo, 'Está bien'”.

¹³⁵ “Se concedió la ciudadanía kurda a miles de kurdos de la Yazira registrados como extranjeros (‘ajanib) en el censo de 1962 y que desde entonces habían quedado como apátridas” (Pinto, 2012, pág. 355; Al Jazeera, 2011).

Dicho gabinete sufriría un golpe militar y moral importante cuando se atentó contra el edificio que salvaguardaba la sede de la Seguridad Nacional el 18 de julio de 2012 y en el que morirían el ex ministro de defensa Mohammed Shaar, el ministro de defensa Abdallah Rayiha y su viceministro Shawkat, así como también resultarían heridos el ministro del interior Mohammed Shaar y el mayor general Hisham Ikhtiar¹³⁶ (Álvarez-Ossorio, 2015, pág. 163; France 24, 2012).

Bashar acudiría el 30 de marzo de 2011 al parlamento sirio, allí plantearía que las reformas para el país no serían resultado de la presión ejercida por las protestas, formulando que: “nos acusan de prometer reformas y no realizarlas, pero nos hemos visto obligados a modificar nuestras prioridades a causa de las reiteradas crisis regionales y de cuatro años de sequía” (Álvarez-Ossorio, 2015, pág. 163), a la vez que resaltó que “no es ningún secreto que Siria se enfrenta hoy a una gran conspiración cuyos hilos se extienden desde el interior de la patria hasta países lejanos y cercanos” (Dagher, 2014). El presidente sirio denunció así que “las movilizaciones eran el resultado de una conspiración (*mu'amara*) destinada a provocar una guerra sectaria (*fitna*) y acabar con el último bastión del arabismo para obligarle a deponer su resistencia frente a Israel”, edificando como máxima prioridad “la estabilidad y la mejora de las condiciones económicas” del país (Álvarez-Ossorio, 2015, pág. 163).

Para el mes de abril las revueltas tomaron una dinámica más amplia y los visos de revolución se hicieron más que evidentes, ciudades como Daraa, Baniyas, Hama, Homs, Jisr al-Shughur y Rastan “escaparon parcial o completamente del control gubernamental, que sólo se restableció tras la conquista militar de las ciudades”; el despliegue del Ejército Árabe Sirio implicó la movilización de la temida Cuarta División Blindada¹³⁷, leal formación de élite comandada por el general Maher al-Assad y de las formaciones paramilitares *Shabiha* (espectros), emprendiendo así “una represión indiscriminada contra la población de las ciudades rebeldes” (Pinto, 2012, pág. 356).

¹³⁶ Dos años después del incidente se plantearía una nueva teoría que señalaba al gobierno sirio como autor del ataque en contra de los altos funcionarios, derivado de una división que surgió entre la familia al-Assad y sus aliados de línea dura (las agencias de seguridad e inteligencia) y una serie de funcionarios que buscaban negociar con los grupos de oposición tanto pacíficos como armados (Dagher, 2014).

¹³⁷ La Cuarta División Blindada se creó cuando la unidad paramilitar especial conocida como Brigadas de defensa (*Saraiya al-Difa*) se fusionó con el ejército sirio. Los soldados de esta división se reclutan principalmente entre las minorías religiosas y étnicas de Siria, según la estrategia del régimen de forjar alianzas con estos grupos y aprovechar las tensiones entre ellos y la mayoría árabe sunní (Van Dam, 2011 (1979), págs. 114-123).

Como se evidencia en las declaraciones del presidente al-Assad ante el parlamento sirio, ya se vislumbraba y se hacía factible utilizar el fantasma del islam radical para desestimar los distintos reclamos que se daban desde las plazas públicas, que eran tan amplios como los márgenes ideológicos de quienes se manifestaban. A las exigencias generales sobre democracia, participación, fin de la represión y libertad de expresión se sumaban exigencias, por ejemplo, islamistas, que demandaban la presencia del islam como elemento que rigiera la vida privada y en sociedad de los sirios, así como levantar restricciones que limitaban la expresión del islam (o de ciertos tipos de islamismos) públicamente, como la restricción sobre el uso del velo en determinados espacios públicos (El País, 2010). Por otro lado, la izquierda también tenía otros reclamos, enfocados en temas sociales y críticas a los procesos de liberalización que menguaron no solo las capacidades de los ciudadanos más vulnerables, sino que arrojaron gradualmente a más población a la pobreza so pena del enriquecimiento de la burguesía nacional¹³⁸. Claro está que estas reclamaciones contrastaban con sectores de izquierda e islamistas leales al gobierno del Partido Baath, en tanto, los distintos sectores políticos del país se anclaban o rechazaban los reclamos que buscaban la renuncia de Bashar al-Assad y la caída del régimen.

Plantear las movilizaciones sociales de descontento como un conspiración que provocaría una guerra sectaria era la antesala de los procesos de sectarización etnorreligiosa que no solo dividirían y gradualmente apagarían la naciente revolución, sino que arrojarían una estrategia binaria entre un establecimiento que reducía la oposición a islamistas radicales y terroristas que debían ser neutralizados, en tanto las organizaciones islamistas salafistas como Jabhat Al-Nusra o Ahrar al-Sham (entre otras) y posteriormente el takfirismo del Estado Islámico edificaron al gobierno y sus aliados como enemigos apóstatas a quienes era necesario eliminar, llevando así el escenario de disputa a una relación de sectarización instrumental funcional para ambos enemigos, que terminaría invisibilizando, socavando y exterminando los esfuerzos de la oposición moderada de la sociedad civil, islamista y de izquierda, en tanto se profundizaba un giro al islamismo radical bajo la tutela financiera de las monarquías del golfo, EE. UU. y Europa.

¹³⁸ Sobre los dilemas que afrontó la izquierda siria durante las revueltas populares, la represión del gobierno de al-Assad, la guerra y el dilema entre el apoyo al bloque de la resistencia y la injerencia de EE. UU., vale la pena leer las disertaciones del académico sirio Bassam Haddad (2012).

Ante la debilidad del Ejército Libre Sirio (FSA), el posicionamiento de organizaciones islamistas cada vez más radicales, la rápida expansión de ISIS y la persecución a minorías religiosas, políticas y étnicas, la Revolución de Rojava se edificó como un proyecto político que confrontaría con las dinámicas predatorias tanto de FSA y la influencia cada vez mayor del islam radical sobre dicha organización, como la represión violenta del gobierno sirio a cualquier tipo de oposición y la imposición de califatos administrados por Al-Nusra (Al-Qaeda) o el Estado Islámico.

3.2.3 Oposición y contenido simbólico de la protesta

El proceso de movilización emprendido en el país tuvo un carácter de espontaneidad muy importante, y esto se evidenció en la ausencia de una oposición organizada, donde “un reducido grupo de personalidades críticas e intelectuales opositores” asumieron “un inusitado protagonismo erigiéndose en portavoces de las reivindicaciones populares”, a la vez que el silencioso y prudente descontento de la población hacia el régimen cambiaba por exigencias que reclamaban el “fin del autoritarismo y la caída de Bashar al-Assad” (Álvarez-Ossorio, 2012, pág. 331).

La participación de la sociedad civil y de los distintos grupos de oposición en la vida política siria ha sido fuertemente limitado desde el ascenso del Partido Baath en 1963, pero de manera más puntual desde 1966 con el arribo de Nureddin al-Atassi (del ala de izquierda del partido) y posteriormente con el control del Estado por parte del ala derechista con Hafez al-Assad en 1970.

De las distintas constituciones que rigieron a Siria desde 1963¹³⁹ hasta la de 1973, la de este último año permanecería como carta rectora hasta su reformulación en 2012, esta establecía en su artículo 8 que el Partido Baath Árabe Socialista era el partido líder en el Estado y la sociedad, lo que impidió que desde entonces se conformaran partidos legalmente constituidos y en oposición tras el golpe de 1963. Año en que también se estableció el estado de emergencia en todo el país, el cual permitía supervisar a los medios de comunicación y realizar detenciones sin órdenes judiciales, así como juicios sin presencia de abogados.

¹³⁹ La constitución pilar de la Siria moderna se promulgó en 1973 por parte de Hafez al-Assad tras el golpe de Estado de 1970. Dicha constitución además establecía al Baath como el partido “líder del frente patriótico que buscaba unificar los recursos de las masas populares y ponerlos al servicio de la nación” (Const., 1973).

La Siria prerrevolucionaria no era una república propiamente unipartidista, ya que contaba y cuenta con una rama legislativa o parlamentaria denominada Consejo Popular de Siria, controlada por el Frente Nacional Progresista bajo el liderazgo del Partido Baath y compuesto por partidos de diversa índole. Algunos de esos partidos con parlamentarios elegidos en el Consejo durante 2007-2012 fueron: el Partido Baath (con una arrolladora mayoría), el Partido Unión Socialista Árabe, los dos partidos comunistas (escindidos del Partido Comunista en 1986: la línea reformista de Faisal y la línea Bakdash heredera del antiguo PC), el Partido Unionista Socialista Democrático y el Partido del Pacto Nacional, entre otros.

Lo relevante es que cada uno de esos partidos están adheridos a las directrices del Frente y del Baath, y esa es la razón por la que son aceptados, son parte del *statu quo* y responden a los lineamientos políticos de la familia en el poder. El control ejercido por el Baath desde 1963 en cada una de las ramas del Estado sirio, pero también en las distintas esferas de la sociedad, es un claro ejemplo de sistema político autoritario y “cerrado en el que no existe separación de poderes, no hay pluralismo político, no es factible el acceso al poder por medios democráticos, no se preservan los derechos y no existen libertades políticas” (Álvarez-Ossorio, 2015, pág. 162).

Como plantea Álvarez-Ossorio (2012, pág. 331), debido a estas circunstancias de censura y represión, la labor que desempeñaron dichas personalidades e intelectuales en generar algún tipo de representación al inicio de las protestas¹⁴⁰ fue “central para comprender las reivindicaciones de una parte significativa de la sociedad siria”; sin embargo, así como otros liderazgos importantes que se desarrollaron en el nuevo proceso de movilización, con el tiempo tomarían una relevancia secundaria ante la aparición de actores con mayor capacidad pero también ante el aumento de la violencia política y sectaria.

En julio el gobierno llamó a un gran “diálogo” (*hiwar*) nacional anunciando un proyecto de ley que permitiría la creación de nuevos partidos políticos por fuera del Frente Nacional Progresista, pero “su discurso sobre la reforma política ya era vacío dada la brutal represión a la que había sometido a los manifestantes y a la población en general”.

¹⁴⁰ Estos liderazgos en parte ya eran conocidos por sus implicaciones en el “Manifiesto de 99, el Manifiesto de los 1.000, la Declaración de Damasco o la Declaración Beirut-Damasco” (Álvarez-Ossorio, 2012, pág. 331)

En octubre la ONU ya contabilizaba las muertes derivadas de la represión estatal desde el inicio de las protestas en 3,000 casos (Pinto, 2012, pág. 356).

Las revueltas en Siria encontraron como epicentro las regiones más empobrecidas y marginadas del país, producto de la “década de reformas económicas ‘liberales’ promovidas” por Bashar al-Assad, como las zonas agrícolas en el Éufrates, Hawran, Idlib o Hama, y las costeras Baniyas, Latakia y la ciudad industrial de Homs. Como se planteó previamente, lo sucedido en otros procesos de movilización en la región provocó levantamientos nacionales, en Siria tuvo un carácter local y fragmentado con grandes protestas en “Deraa (*sic*), Hama, Homs, Baniyas, Latakia, Qamishli, Dayr al-Zor y otras ciudades medianas y pequeñas”, dándose unas tras otras y no de manera simultánea, lo que evidenció la “poca o nula coordinación entre sus dirigentes” (Pinto, 2012, pág. 363).

Si bien las protestas no se detuvieron, cuando se ejercía represión sobre uno de los focos se propiciaban otros, a la vez que no se logró ocupar durante un periodo prolongado lugares simbólicos que se convirtieran en símbolos de la protesta como sí ocurrió con la avenida Bourguiba en Túnez o con la plaza Tahrir en El Cairo; “las plazas centrales de Hama y Homs fueron ocupadas varias veces por miles de manifestaciones, pero fueron vaciadas poco después por el ejército y los *Shabiha*” (Pinto, 2012, pág. 363).

Otra dificultad o particularidad importante fue que los principales liderazgos de la oposición, que protagonizaron la “primavera de Damasco” en el 2000, se encontraban principalmente en Damasco y Alepo por lo que sus figuras terminaron siendo marginales, sumada a la profunda división de la oposición tradicional en la que “si bien algunos intelectuales y figuras políticas unieron sus voces a las manifestaciones, otros buscaron afianzar su posición de vanguardia política tratando de fungir como mediadores entre los manifestante y el gobierno”; dicha divisiones ayudaron al gobierno a profundizar las diferencias “entre la oposición oficial y los dirigentes de las protestas” (Pinto, 2012, pág. 364).

La oposición en el exilio se vio aún más limitada y periférica, ningún grupo político alcanzó base representativa en el país, incluidos los Hermanos Musulmanes¹⁴¹

¹⁴¹ “La ley de 1980, tipifica como delito grave afiliarse a los Hermanos Musulmanes, impide cualquier expresión pública de la organización. Sin embargo, el hecho de que los Hermanos Musulmanes no lograran mantener siquiera células clandestinas en Siria demuestra cómo su base social, que nunca llegó más allá de las élites tradicionales y las clases medias urbanas, se estrechó aún más allá después de 1982” tras la masacre de Hama y su prohibición (Pinto, 2012, pág. 365).

“pese a sus esfuerzos por capitalizar la simpatía potencial de los musulmanes sunníes devotos [*durante este*] periodo de crisis política”, reconociendo no tener “un grupo organizado de seguidores dentro de Siria” (Pinto, 2012, págs. 264-265)

El carácter personalista del régimen sirio, sustentado en la figura del presidente Bashar al-Assad y su familia, ha sido permanente y continuamente reforzado con la sobreexposición de su figura en el espacio público. Desde el comienzo de las protestas se “destruyeron o desfiguraron estatuas, bustos, murales y carteles” que lo representaban a él, a su padre Hafez y a su difunto hermano Bassel. Las instalaciones y oficinas de Partido Baath también “fueron saqueadas e incendiadas”, así como las tiendas de telefonía celular, “símbolos de la corrupción en el gobierno de Bashar” (Pinto, 2012, pág. 365) ya que la más grande empresa de telefonía del país, Syriatel, está en manos del multimillonario Rami Makhlouf, primo materno del presidente.

Los lemas o consignas baazistas de carácter nacional y que alababan la labor del presidente también fueron subvertidos, se corearon consignas como: “Dios, Siria, Libertad y basta” (*Allah, Suriya, Huriya wa Bas*)¹⁴², en la que la referencia a Bashar es modificada, también otros lemas como “sobre la vagina de tu hermana, Bashar al-Assad” (Kis Ujtak, ya Bashar al-Assad) y “Maldito seas, Hafiz” (Yal‘an Ruhak ya Hafiz), haciendo referencia a la tradición del partido “de alabar ilimitadamente la figura del presidente y la memoria de su padre” (Pinto, 2012, pág. 366).

A la influencia de las consignas revolucionarias tunecinas y egipcias se le sumó las “codificaciones religiosas del nacionalismo sirio”, pero estas referencias religiosas no solo surgieron de los elementos religiosos dentro de la protesta, sino que la movilización de esos símbolos y vocabulario religioso se vio influenciada por la importancia y promoción que el gobierno de Bashar al-Assad y su partido le dio al nacionalismo religioso buscando “el apoyo de los musulmanes devotos cuando aumentó la presión internacional sobre Siria, tras el asesinato del primer ministro libanés Rafiq al-Hariri en 2005”. Así, a las consignas que reclamaban libertad, justicia o la caída del gobierno se “combinaban con frases como ‘Dios es grande’ (Allahu akbar) y ‘No hay más dios que Allah’ (La ilah ila allah)” (Pinto, 2012, pág. 366).

¹⁴² “Este lema fue respondido en las manifestaciones en favor del régimen organizadas en Damasco y Alepo con el de “Dios, Siria, Bashar y basta” (Allah, Suriya, Bashar wa Bas) para restaurar la posición del presidente en el imaginario nacional baazista” (Pinto, 2012, pág. 366).

3.2.4 El espacio público y el camino a la guerra civil

La persecución política y el temor de los manifestantes a ser detenidos por el régimen, sumado a las dificultades de mantener el control de “espacios urbanos abiertos”, convirtieron a las mezquitas en un lugar ideal para la reunión a la vez que escapaban a la vigilancia del Estado. En marzo del primer año, las mezquitas Omeyas de Damasco y Alepo¹⁴³ “se volvieron escenario de protestas antigubernamentales después de las oraciones y fueron reprimidas violentamente”. Pero fue la mezquita de ‘Umari en Daraa la que se convirtió en el símbolo de la resistencia y el “centro del levantamiento que tomó la ciudad durante varias semanas en marzo y abril de 2011”, y que solo sería revertido cuando un operativo militar retomó la ciudad, incluyendo la ocupación violenta de la mezquita por el ejército (Pinto, 2012, pág. 367). También fue en Daraa, concretamente en la aldea de Al-Naimah, —donde se encontraba la Brigada de Faluya de Horan—, donde los primeros civiles tomaron las armas en contra del gobierno de Bashar al-Assad en 2011 (VICE, 2014) (Expansión, 2011).

Desde el inicio de las protestas, el gobierno sirio señaló la importancia de las mezquitas y del vocabulario religioso en las manifestaciones, y acusó a los manifestantes de ser militantes salafíes o miembros de los Hermanos Musulmanes. El régimen buscaba presentar a los manifestantes como militantes sunníes y así dividirlos y aislarlos de otros grupos de la sociedad siria. (Pinto, 2012, pág. 368)

Esto a pesar de que, contrario a la oposición del norte del país identificada en su gran mayoría por ser comandada por islamistas conservadores, la oposición armada del sur como la Brigada de Faluya de Horan era representativa por su carácter principalmente secular (VICE, 2014). El gobierno aprovechó la expansión y presencia de las fuerzas salafistas para instrumentalizar y sectarizar la oposición como un actor de rebeldes radicales y terroristas; en tanto la oposición yihadista ante la intocable presencia de la élite alawita en el poder profundizó el sectarismo en la búsqueda de instaurar un Estado Islámico (Álvarez-Ossorio, 2015, pág. 157).

¹⁴³ “La importancia simbólica que adquirieron las mezquitas Omeyas de Damasco, Alepo y Daraa durante las protestas también refleja su configuración como terrenos de disputa y negociación de los discursos religiosos sobre la nación siria durante el gobierno de Bashar”. “El periodo Omeya (661-750) aparece en la historiografía siria como una referencia mítica que otorga profundidad histórica a la fusión creada por la ideología baazista entre nacionalismo sirio, panarabismo e islam, como herencia cultural” (Valter, 2002)

Dicha pretensión de revertir sobre las protestas y la oposición la impresión de una fuerza íntegramente salafista y sectaria por parte del gobierno, no solo se vio contrastada, sino que en parte fue refutada en los albores de la movilización. Así, en sus inicios se recalcó la participación de una diversidad de ciudadanos sirios que se sumaron a la protesta independientemente de su credo religioso, donde participaban tanto manifestantes no sunníes como también de diversos credos. En Baniyas, cercana a la también costera Tartus, “había un cartel que decía: ‘¿El mártir asesinado aquí era un cristiano salafi?’ (*Hal al-shahid hatim huna massihi salafi?*)”; en Zabadani, ciudad cercana a capital, se extendió otro que sentenciaba: “Ni salafi ni hermano (musulmán), mi secta es la libertad (*La salafi wa la ijwani... ana ta'ifati al-huriyya*)”. En ciudades con una población aún más diversa, como la kurda en el norte “o las ciudades sunníes/cristianas/alawíes de la costa”, se escucharon coros como: “Uno, uno, uno, el pueblo sirio es uno” (*Wāhid, Wāhid, Wāhid, al-sh‘ab al-Sūrī Wāhid*)” (Pinto, 2012, pág. 368).

Si bien desde las protestas sociales se apostó por una articulación de distintas identidades etnorreligiosas y seculares que revirtiera el discurso oficial de señalar la movilización como expresiones radicales de los musulmanes sunníes, el proceso se debilitó ante la competencia de las distintas fuerzas políticas, sociales y religiosas por moldear y cooptar el proyecto político que pudiese surgir producto de las mismas movilizaciones (Pinto, 2012, pág. 369).

La continua inversión de ideales locales, religiosos y nacionales en las consignas políticas de las protestas llevó a un proceso de saturación que comenzó a limitar su capacidad de ofrecer equivalencia a los significados diversos y a veces divergentes que expresaba. (Pinto, 2012, págs. 368, 369)

Las figuras religiosas y representativas del sunismo también entablaron una amplia agenda que buscaba “ocupar posiciones dirigentes en las protestas”. Algunos de esos esfuerzos documentados por Paulo Pinto (2012, págs. 370, 371) evidencian dichos liderazgos, como el de los ulemas de Damasco y Alepo, que emitieron comunicados que responsabilizaban “de la violencia y las muertes de Siria al gobierno, y lo exhortaban a poner fin a la represión, emprender reformas políticas y liberar a los presos políticos”, el documento de Alepo fue firmado por importantes autoridades religiosas como los “dos muftis de la ciudad, Ibrahim al-Salqini” (quien moriría luego) y “Mahmud ‘Akkam, su secretario general Muhammad al-Shihabi y el Shayj Nur al-Din Itr, un especialistas en

los hadiz (tradiciones del profeta) reconocido a nivel nacional”. En tanto el documento de Damasco, si bien fue firmado por personalidades de menor importancia como “Shayj Krayyim Rajih, principal lector del Corán en la mezquita Omeya, y algunas figuras conocidas de la oposición islámica al régimen como Moaz al-Jatib, antiguo predicador de la mezquita Omeya, y Jawdat Sa’id, el teórico de la no-violencia, así como el shayj sufi Hisham al-Burhani”, ambos manifiestos tienen las firmas de los ulemas que participaron en los levantamientos islámicos de entre 1979 y 1982, liderados por los Hermanos Musulmanes y que terminaron con la masacre de Hama y el exilio de muchas personalidades opositoras, los cuales tras el indulto de Bashar al-Assad regresaron al país. Algunos de ellos en Alepo fueron: “Abu al-Fath al-Bayanuni, hermano del ex secretario general de los Hermanos Musulmanes”, también “Nadim al-Shihabi, discípulo de ’Abd al-Qadir ’Isa, un shayj sufi de la Shadhiliyya que tuvo una participación importante al movilizar a sus discípulos para que se unieran al levantamiento islámico”, en tanto en Damasco figuran “Osama y Sariya al-Rafa’i, dirigentes del movimiento Jama’at Zayd” (Pierret, 2021).

Durante los inicios de las protestas los Comités de Coordinación Locales (CCL), compuestos por los jóvenes activistas que se encargaban de convocar y preparar las manifestaciones en las distintas ciudades y provincias del país se mostraron reticentes con la idea de militarizar la revuelta popular procurando conservar su carácter de resistencia civil. Con el tiempo los Comités fueron perdiendo poder y peso dentro de las movilizaciones, desplazándose hacia el Ejército Libre Sirio (FSA), que contaba dentro de sus integrantes con rebeldes y desertores del Ejército Árabe Sirio (Álvarez-Ossorio, 2015, pág. 164).

Las nuevas fuerzas progresistas que surgieron en Siria con el inicio del levantamiento en 2011 se han visto sofocadas por la dinámica de una guerra civil para la que no estaban preparadas en absoluto. (...) La calamidad siria es simplemente una demostración más trágica del costo de carecer de una organización eficaz con una visión estratégica sólida para un cambio político radical. Los Comités de Coordinación Local (CCL), un componente prominente de la red más grande de comités de coordinación (*tansiqiyyat*) que inició el levantamiento sirio y lo dirigió en su primera fase, abdicó ese papel y se unió al

(SNC)¹⁴⁴ con sede en Estambul. El CCL est[aba] estrechamente vinculado al Partido Popular Democrático (DPP)¹⁴⁵, que se originó a partir de una importante división dentro del Partido Comunista Sirio en 1972. El SNC es fundamentalmente un heredero de la Declaración de Damasco para el Cambio Democrático Nacional de 2005, una alianza del DPP y otros grupos de oposición de izquierda y liberales con la rama siria de los Hermanos Musulmanes. (Achcar, 2016, pág. 23)

Ante la represión militar ejercida por el régimen y la militarización de los manifestantes el gobierno apostó por el uso de artillería pesada y armamento de guerra como los misiles Scud o cazas Mig-21 de origen soviético, atacando barrios, poblaciones y zonas que se encontraban fuera de su control con un alto costo de personas desplazadas y pérdida de vidas humanas (Álvarez-Ossorio, 2015, pág. 164).

Para Achcar (2016, pág. 19), el gobierno sirio apostó por afrontar las primeras protestas pacíficas con una “violencia creciente”, apostando inicialmente por “disuadirlos de continuar su lucha y luego haciendo todo lo posible por convertirla en un enfrentamiento armado, para sentirse libre de utilizar la completa gama de armas que tenía disponibles”. Otro elemento importante fue el proceso de sectarización emprendido por el gobierno con la “profecía autocumplida” que había proclamado fuertemente desde marzo de 2011, esto es “que el levantamiento no era más que una conspiración armada salafista-yihadista ‘takfiri’”. La “fabricación” de estos elementos, considera el filósofo libanés, tenía como propósito “disuadir a occidente de prestar cualquier forma de apoyo al levantamiento” y de “asustar a las minorías religiosas del país, así como a las capas más acomodadas de la mayoría sunita”.

¹⁴⁴ Consejo Nacional Sirio (SNC, por su sigla en inglés). Como plantea el autor, “como resultado de su financiamiento por parte de las monarquías petroleras, el SNC y su secuela, la Coalición Nacional, sufrieron el mismo descenso extremadamente rápido a la corrupción que la OLP había experimentado después de 1967 bajo el impacto de un financiamiento igualmente cooperativo —un proceso que se completó cuando la OLP se vio obligada a un exilio fragmentado tras su expulsión del Líbano. Los críticos palestinos de dicha corrupción luego lo llamaron la “OLP de cinco estrellas”. El SNC y la Coalición Nacional merecen el mismo apodo — y de manera bastante literal, ya que sus reuniones generalmente se llevan a cabo en hoteles de cinco estrellas. Cuando comenzó la guerra civil del Líbano, en 1975, la corrupción a la cabeza de la OLP se tradujo en saqueos masivos y extorsión a nivel de sus bases. El mismo fenómeno devastó al Ejército Libre Sirio y a otros grupos financiados por el Golfo, hasta un punto en el que, en muchos casos, las comunidades locales han acogido a organizaciones más rígidas ideológicamente como al-Nusra e ISIS como modelos de probidad, por el contrario. Aquí, de hecho, radica una razón clave del fracaso masivo de la FSA. Las cosas podrían haber evolucionado de manera diferente, ya que de hecho habían comenzado a hacerlo desde el principio” (Achcar, 2016, págs. 23-24).

¹⁴⁵ Conocido también como Partido Comunista Sirio (Buró Político).

Otro fenómeno que propició el tránsito pacífico del levantamiento a la toma de las armas y su posterior radicalización, fue la disposición del gobierno de Bashar al-Assad de apuntar a una violenta represión, a la vez que proporcionaba “armas subrepticamente a los disidentes”, lo que aportó a la radicalización del mismo, promoviendo “el ascenso de los yihadistas salafistas dentro de la oposición”, liberando “de sus cárceles a destacados militantes¹⁴⁶ [...], varios de los cuales se convertirían en líderes clave de varios grupos yihadistas” (Achcar, 2016, pág. 19). Algunos de ellos como: Hassan Aboud, Abu Yahia al-Hamawi y Hassan Soufan de Ahrar al-Sham, Abu Jaber Shaykh de Tahrir al-Sham (Al-Nusra), Zahran Alloush de Jaysh al-Islam, Abu Luqman y Abu Mohammad al-Adnani del Estado Islámico.

3.2.5 Fracaso de la revolución siria y el fraccionamiento del territorio

El fraccionamiento sectario de la revolución siria terminaría por desencadenar una cruenta guerra en la que el Ejército Árabe Sirio, las milicias extranjeras de apoyo, la oposición islamista, la oposición moderada, ejércitos nacionales fronterizos como el turco, la coalición internacional y los bombardeos rusos, así como mercenarios de distintas banderas y el Estado Islámico, acumularon masacres y una confrontación que destruiría poblados y ciudades importantes del país.

La ausencia de “un liderazgo político-militar” serio a la altura del levantamiento popular, la imposición de una agenda sectaria que se intensificó con la prolongación del conflicto, la violencia ciega y excesiva de las fuerzas especiales y la Shabiha, la reacción igualmente violenta —aunque limitada— de la oposición moderada e islamista pero, sobre todo, de la salafista, fuertemente “incitados por la propaganda sectaria de los wahabíes saudíes” (Achcar, 2016, pág. 14), podrían ser consideradas algunas de las razones que llevaron al fracaso del levantamiento popular en contra del gobierno autoritario de Bashar al-Assad.

Gilber Archcar (2016, pág. 14) planteaba ya en 2012 que hubo dos problemas importantes en el levantamiento armado de la oposición siria, problemas que además consideramos relevantes para explicar su fracaso y fraccionamiento¹⁴⁷. El primero de

¹⁴⁶ Para ampliar sobre la intencionada liberación de exmilitantes de Al-Qaeda por parte del gobierno sirio ver Achcar (2016, págs. 19-20).

¹⁴⁷ Por lo menos en lo concerniente a la oposición adherida a FSA. Las dinámicas de AANES, responden a un proceso distinto.

ellos fue la superioridad militar del gobierno, la cual era garantizada por apoyo externo tanto político como financiero y militar, con personal extranjero sobre terreno y soporte aéreo, por parte de Rusia, Irán, Hezbolá y las Fuerzas de Movilización Popular iraquíes. En tanto, los principales auspiciadores del levantamiento, EE. UU. y Europa, se negaron a intervenir u ofrecer armamento a los combatientes por temor a que las misma terminaran siendo “dirigidas contra sus intereses a medio o largo plazo”. El segundo problema fue el dinero, necesario “para abastecer a los combatientes sirios, así como para proporcionarles las armas de las que cruelmente carec[ían]”, situación particularmente contraria para los combatientes salafistas, a los que continuamente les llegó “fondos que emana[ban] del gobierno saudí o de la institución religiosa wahabita” los cuales les dio una indiscutible ventaja con relación a “las redes de ciudadanos combatientes que declararon lealtad al Ejército Libre Sirio”.

Otros elementos importantes como la “dependencia de las potencias occidentales de las monarquías petroleras del Golfo como financiadores de la oposición siria” al inicio del conflicto, cuando FSA era una fuerza dominante el apoyo de Washington no pasó de ser meramente simbólico, a pesar de que dicha oposición “con su mezcla dominante de Hermanos Musulmanes, políticos tradicionales y modernistas liberales seculares, era bastante compatible con los intereses estadounidenses”. Un apoyo menor apareció cuando FSA comenzó a perder terreno y capacidad con relación a las fuerzas salafistas rivales, “que eran hostiles a las aspiraciones progresistas del levantamiento de 2011 e ideológicamente hostiles a Occidente” (Achcar, 2016, pág. 14).

El elemento catastrófico de la guerra y la profundización de los procesos de sectarización que se ampliaron en el país, sumado a los millones de desplazados, los cientos de miles de muertos y heridos, la destrucción de la infraestructura que incluyó escuelas, hospitales, mezquitas, iglesias y otros templos, así como otros equipamientos para el uso diario de los sirios, se complementó con el fraccionamiento del territorio, con frentes de guerra activos y con la presencia de un amplio número de actores militares extranjeros. Pero aún dentro del país —como en el exilio— existen fuerzas de cambio secular y de izquierda emancipatoria que podrían vislumbrar un futuro distinto para Siria.

¿Realmente se podría catalogar como fracaso lo acontecido en Siria¹⁴⁸? ¿En dónde quedan los procesos de movilización que agrietaron al régimen baazista y los fenómenos

¹⁴⁸ E incluso en otros países como Egipto.

de rebeldía, a veces silenciosa y a veces pública que permanece en la sociedad siria? ¿Cómo se podría catalogar de fracaso un levantamiento que produjo como experiencia revolucionaria la emancipación en Rojava, donde se han ejercido procesos de democracia directa y las mujeres han impulsado una revolución dentro del mismo proceso de cambio?

3.3 Guerra civil e instrumentalización sectaria del conflicto

Tras las multitudinarias protestas en Daraa, su propagación hacía otras ciudades del país como Homs, Hama, Yable, Hasaka o al-Qamishle y la brutal represión a la que fueron sometidos por el gobierno de al-Assad, las manifestaciones fueron creciendo hasta llegar a las periferias de Damasco. La resolución adoptada por el gobierno fue la de reprimir con rapidez las protestas apostando “por una solución militar al percibir que su propia supervivencia estaba en juego”. El uso de armas de fuego contra los manifestantes desarmados y las decenas de víctimas que se iban sumando reafirmaban la necesidad de la oposición de armarse para defenderse y defender a la población, llevando gradualmente a la militarización de la revuelta (Álvarez-Ossorio, 2015, pág. 163).

Como documenta Álvarez-Ossorio (2015, pág. 163) en dicho proceso de tránsito gradual a la vía armada como opción para hacer frente al violento accionar del gobierno, una de las primeras voces en apostar por esta opción fue la del presidente de la Declaración de Damasco y exiliado político Ashraf Miqdad, quien declaró el 6 de septiembre de 2011 en el diario *al-Sharq al-Awsat* que el “régimen sirio nunca detendrá la represión y los asesinatos, por lo que solo hay dos opciones: una intervención extranjera o armar a los revolucionarios”.

La retirada del Ejército Árabe Sirio y el vacío de poder en las zonas que se encontraba en sus dominios fue aprovechado por la oposición moderada, pero principalmente por los rebeldes salafista que aprovecharon la situación para ocupar el territorio y proclamar sobre sus dominios nuevos Estados islámicos regidos por la sharía (Álvarez-Ossorio, 2015, pág. 158).

Las revueltas populares en Siria no lograron traducirse en cambios políticos, en una apertura democrática o en un cambio de gobierno, por el contrario, el régimen de Bashar al-Assad optó “por enrocarse en su autoritarismo e intensificar la represión”, a la vez que se reafirmó en la concepción del “conmigo o contra mí”; aunque también es claro que a pesar de la guerra y la debilidad económica e institucional alcanzada por el régimen, su mantenimiento en el poder evidenció las “importantes bolsas de apoyo, sobre todo

entre sus aliados tradicionales: las Fuerzas Armadas, el partido Baaz, la oligarquía damascena, las clases medias urbanas y las minorías confesionales” (Álvarez-Ossorio, 2015, pág. 158), las cuales coincidieron en la preocupación sobre el avance del Estado Islámico y otras fuerzas islamistas que amenazaba su propia existencia.

La verdadera naturaleza del sistema de poder sirio no reposa tanto en factores confesionales, ideológicos o regionalistas como clánico familiares, ya que fue la familia nuclear y extensa de los al-Asad (*sic*) y toda su red de alianzas estratégicas la principal beneficiaria de su larga presidencia. (Álvarez-Ossorio, 2015, pág. 159)

La sectarización etnorreligiosa ha sido un elemento importante en el desarrollo de las revueltas populares y la posterior guerra civil internacionalizada, tanto en la apuesta del gobierno como de una gran parte de la oposición islamista como moderada. La legitimación de la violencia, la negación y eliminación del otro ha sido un elemento central para explicar la misma, pero ¿cómo la guerra adquirió este carácter?

Álvarez-Ossorio plantea que la guerra civil adquirió este carácter sectario, partiendo de que gran parte de los grupos armados opositores estaban integrados por militantes suníes procedentes principalmente de “zonas agrícolas o de suburbios urbanos especialmente golpeados por las reformas económicas emprendidas por Bashar al-Asad (*sic*)”, en tanto otras zonas de clase media en las ciudades más importantes permanecieron “relativamente fieles al régimen” (Álvarez-Ossorio, 2015, pág. 164).

Esta composición principalmente sunní de las milicias opositoras se reforzaría ante el aumento de los discursos y acciones sectarias del gobierno y la oposición, y aún más ante el avance de las fuerzas salafistas que dejaron en evidencia a los manifestantes de las minorías religiosas sobre el peligro que podría implicar para su propia existencia la caída del régimen sirio y la instauración de un Estado islámico.

Desde 2012 se registraron ataques con coches bomba en Damasco, concretamente en “el barrio cristiano de Bab Tuma, el santuario chií (*sic*) de Saida Zainab o la zona drusa de Yaramana”, también fueron atacadas zonas alawis como el poblado de Aqrab, donde el 20 de diciembre de 2012 fueron asesinadas 200 personas. La aparición de unidades salafistas, el crecimiento y fortalecimiento de grupos como El Frente Islámico (compuesto entre otras organizaciones por Ahrar ash-Sham y el Jaysh al-Islam entre 2013 y 2015), Jabhat Al-Nusra (actualmente liderando la coalición de Hayat Tahrir al-Sham) y el Estado Islámico, así como la radicalización de otros grupos catalogados como “moderados” profundizó el carácter sectario de la guerra (Álvarez-Ossorio, 2015, págs.

164-165). Estos grupos salafistas y del islam político radical se vieron también beneficiados por el carácter de legitimidad que obtuvieron sus acciones violentas y sectarias derivadas de las declaraciones y fatuas de predicadores y legisladores islámicos.

Zahran Allush, alto mando del Frente Islámico pidió “la limpieza de Damasco de todos los chiítas (*sic*) y nusayris¹⁴⁹”, señalándolos de Majous y cripto-iraníes¹⁵⁰, utilizando así “el lenguaje coránico en todo momento para subrayar sus [*supuestas*] formas desviadas” y apóstatas (Landis, 2014); el predicador egipcio Yusuf al-Qaradawi de los Hermanos Musulmanes¹⁵¹ llamaría —después del ataque de armas químicas realizado por el régimen en las afueras de Damasco el 21 de agosto de 2013 que dejaría 1.500 muertos— a “todo musulmán sunní con formación militar ir a combatir a los chiíes y los alauíes (*sic*) en Siria”, declarando que los alawitas “eran incluso ‘más infieles’ que los judíos” (Schenker, 2013).

Estos discursos que buscan negar la existencia del otro no solo se desarrollan como estrategia sustentada en la doctrina religiosa desde los grupos suníes salafistas, sino también desde el gobierno, desde el cual se desplegó un discurso que reafirmaba y facilitaba dicho carácter religioso, demonizando o estigmatizando a la oposición armada y no armada, rebelde, revolucionaria, islamista o moderada como terrorista, fundamentalista, takfirista o salafista. Lo que a su vez reafirmaba en las minorías religiosas como los alawis, los cristianos, los drusos o los shiíes, entre otros, el sustento

¹⁴⁹ “Nusayris es el antiguo término que se refería a los alauitas (*sic*) antes de la adopción de “alauita”. Se considera un término discriminatorio u ofensivo por parte de los mismos. "Nusayri" se refiere al fundador de la religión, Ibn Nusayr, y es utilizado por los rebeldes para subrayar la afirmación de que la religión alauita es hecha por el hombre y no enviada del cielo. Por la misma razón los musulmanes se oponen a la antigua denominación cristiana, mahometanos, porque sugiere que el islam fue fundado por Mahoma y no por Dios. Los cristianos, por supuesto, creen que no hay problema en que se les ponga el nombre de su fundador, Cristo, pero, por supuesto, se considera que Cristo es Dios. No así Muhammad o Ibn Nusayr por sus seguidores” (Landis, 2014)

¹⁵⁰ “‘Majous’ es el antiguo término para los persas o zoroastrianos preislámicos. Los cristianos árabes usan el término en villancicos sobre los magos, o ‘tres reyes de Oriente’ (o del este) que vienen a rendir homenaje a Jesús; los magos son persas u orientales. Aquí es un término islámico de abuso destinado a sugerir que los alauitas (*sic*) y los iraníes no solo tienen la religión equivocada sino también la etnia equivocada: no son árabes, sino cripto-iraníes. El término Majous se usa en muchos videos rebeldes para referirse al régimen de Assad (“al-nizam al-majousi”) o simplemente para referirse a los chiítas (*sic*) (o alauitas) en general. Demuestra lo demonizados que están los alauitas en la propaganda del nuevo Frente Islámico” (Landis, 2014).

¹⁵¹ Es reconocido como figura de la vanguardia y tendencia islámica moderada de al-Wasatiyyah, por sus posturas modernas dentro del islam político, así como célebre por sus crecientes posturas sectarias y conservadoras con relación a Israel, el shiísmo o las mujeres. al-Qaradawi es considerado el clérigo más popular de la región, es además líder y secretario general de la Unión Internacional de Académicos Musulmanes (IUMS) con sede en Doha, creador de la web IslamOnline en 1997 y cuenta con su propio programa de televisión en Al-Jazeera: Sharía y Vida (al-Sharī’a wa al-Ḥayāh). Para información adicional relacionada con las posturas de Yusuf al-Qaradawi en el contexto de las revueltas populares ver: Schenker (2013).

de su lucha como la lucha por su propia existencia. Optando no sólo por mantener el *statu quo* sino resaltando la necesidad de perfilar a Bashar al-Assad y su gobierno como la única salida al radicalismo religioso salafista. En esta medida la radicalidad y la intolerancia religiosa se convierten en “un sello distintivo de la lucha en Siria, ya que ambas partes intentan anular la humanidad del otro y descartan por completo las preocupaciones del otro como conspiraciones derivadas del mal” (Landis, 2014).

Este proceso también encuentra en su contraparte las fatwas erigidas por los ayatolás iraníes y clérigos iraquíes shiíes, los cuales profieren edictos que no solo legitimaron sino que incentivaron a los shiítas de Líbano e Irak a luchar de manera conjunta con las fuerzas de Bashar al-Assad. La fatwa fue proferida por el Gran Ayatolá Kazim al-Haeri en Irán, el cual es mentor del importantísimo clérigo shiíta Muqtada al-Sadr. Así como tiene dentro de sus seguidores a la milicia shií Asaib Ahl al-Haq de Qais al-Khazal¹⁵² (la cual hace parte de las Fuerzas de Movilización Popular) y recibían el apoyo del entonces primer ministro iraquí Nuri al-Maliki en su desplazamiento hacia Siria (Abdul-Zahra, 2013).

Pero la sectarización no se reduce en absoluto a una disputa binaria entre el gobierno de Bashar al-Assad y sus aliados contra la oposición. Dentro de la heterogénea oposición al régimen sirio hay una serie de conflictos y diferencias que han impedido en gran medida que dichas fuerzas se integren como un cuerpo militar, político o religioso unificado y, por el contrario, se hayan enfrascado en diversas luchas y disputas.

Las monarquías del Golfo jugaron un papel importante en el proceso de islamización de las protestas pacíficas y de la confrontación armada, tanto en el plano simbólico e ideológico como en el patrocinio y financiación de diversas agrupaciones y milicias sobre el terreno.

Dado que la intensa repugnancia hacia el contagio democrático aflige al antiguo régimen regional árabe en su totalidad tanto como al régimen de Assad, era natural que el eje más reaccionario de la región, las monarquías petroleras del Golfo, contribuyese masivamente a fomentar el fundamentalismo islámico dentro de la

¹⁵² Es importante resaltar que la relación del clérigo Muqtada al-Sadr con el ayatolá Kazim al-Haeri y el líder iraquí Qais al-Khazal es turbia y contrariada, ya que al-Sadr con su movimiento sadrista y su ejército de al-Mahdí se han edificado como líder y proyecto populista que se distancia de la fuerte injerencia de Irán en los asuntos de Irak, así como se hizo fama de ser un fuerte opositor a la ocupación estadounidense de Irak, bajo la cual al-Haeri se opuso a la lucha armada de al-Sadr contra las tropas de EE. UU (BBC News, 2014; Espinosa, 2016; Carrión, 2018).

oposición siria financiando todo tipo de grupos que enarboles una bandera religiosa. (Achcar, 2016, pág. 22)

Arabia Saudí y Qatar se habían posicionado de manera “antitéticas” en los procesos revolucionarios tunecino y egipcio, el reino saudí optó por mantener el *statu quo* apoyando a los viejos regímenes, en tanto el emirato qatarí “trató de cooptar el levantamiento en colaboración con la Hermandad Musulmana”. Pero los intereses de ambas monarquías convergieron de manera transitoria en el caso sirio “a pesar de rivalidades y fricciones menores”¹⁵³. Apoyar al gobierno de Bashar al-Assad “estaba fuera de discusión para los saudíes, debido a su carácter alauita-sectario (*sic*), así como a su alianza con Teherán”, lo que dejaba la “opción contrarrevolucionaria” de que Riad cooptara el levantamiento junto con Doha” (Achcar, 2016, pág. 22).

Esta relación finalmente desencadenaría en una conmutada confrontación diplomática y regional entre saudíes y cataríes, los primeros acusarían al gobierno de Qatar de financiar a grupos “terroristas” y aplicarían sanciones que buscaban aislarlo del escenario regional, a su vez, Qatar fortaleció sus relaciones con Irán configurando un escenario regional de nuevos relacionamientos políticos y económicos. Arabia Saudita pasaría gradualmente a menguar el financiamiento de grupos islamistas opositores al gobierno sirio hasta establecer nuevamente contactos con el gobierno sirio a finales del 2021 (Loos, 2021), en tanto, Qatar reduciría su influencia sobre los acontecimientos en Siria “delegando” parte de esa labor al gobierno de Turquía, pero manteniendo como posición de Estado la no normalización con el gobierno de Bashar al-Assad.

¹⁵³ En 2017 esas rivalidades y fricciones menores a las que se refiere Achcar se profundizaron. Desde el 5 de junio Arabia Saudí, Emiratos Árabes Unidos, Bahréin y Egipto rompieron relaciones diplomáticas con Qatar y le impusieron sanciones por financiar grupos terroristas y promover la inestabilidad en la región, además de imponerle trece exigencias para el levantamiento del bloqueo; algunos de esos puntos eran: “Cortar los vínculos con la Hermandad Musulmana”, “entregar a todas las personas buscadas por terrorismo por las autoridades de estos cuatro países”, “dejar de financiar a las entidades extremistas designadas como grupos terroristas por Estados Unidos”, “proporcionar información detallada sobre figuras de la oposición financiadas por Qatar, en Arabia Saudita y en otros países”, “dejar de financiar otros medios de comunicación, además de Al Jazeera, entre ellos Arabi21 y Middle East Eye” (BBC, 2017). Es innegable el papel que ha jugado Qatar en la financiación de los Hermanos Musulmanes y otras organizaciones afines, pero es por poco decir hipócrita el lugar que asume Arabia Saudí quien, a su vez, ha financiado milicias tanto en la guerra siria como en otras, erigiéndose como un actor defensor del *statu quo* y la estabilidad de la región. Si bien las sanciones fueron levantadas en enero de 2021, los tres años y medio de presiones ejercidas sobre Qatar potenciaron la reconfiguración que se venía dando como actor relevante para la región, no solo fortaleciendo sus lazos con Irán y Turquía, sino por su importancia como mediador y garante en conflictos como el de Afganistán-Los Talibanes-EE. UU., los asuntos relacionados al acuerdo nuclear de 2015 que involucran a Irán y EE.UU. o en menor medida como mediador en “Yemen, Sudán, Libia, Eritrea, Etiopía, Líbano, Palestina o Darfur” (El Confidencial, 2020; García, 2021).

3.3.1 La relación del gobierno de Bashar al-Assad con la Administración Autónoma del Norte y Este de Siria

Una de las fuerzas político-militares de oposición que alcanzaría altos niveles de autonomía administrativa durante el desarrollo de la guerra fue la Administración Autónoma del Norte y Este de Siria (AANES)¹⁵⁴ bajo el liderazgo político del Partido de la Unión Democrática (PYD) y la organización militar de las FDS¹⁵⁵ (incluidos el YPG y la YPJ).

En julio de 2012 el gobierno de Bashar al-Assad ante el posicionamiento de la oposición armada retiró (en algunos casos voluntariamente y en otros por la derrota militar) gradualmente la gran mayoría de sus tropas del norte y del este del país, con una retirada medianamente planificada en las zonas controladas por los kurdos, en las cuales mantuvo bases militares y oficinas administrativas pretendiendo no perder de manera absoluta su presencia, que en algunos casos resultaba ser más simbólica que material. Con dicha retirada el PYD estableció “unidades políticas independientes y autónomas en las zonas de mayoría kurda del norte del país” (Khaddour, 2015, pág. 12) logrando posicionarse como una fuerza política y militar dominante en los nacientes cantones de Afrin, Cizire y Kobanê, proveyendo a la población de necesidades básicas como agua, electricidad e incluso subsidios a la agricultura.

Como plantea Khaddour (2015, págs. 11-12), “la fuerza del régimen para mantener las funciones de un Estado proviene del enfoque flexible que adopta hacia sus rivales”, si bien se esforzó por “destruir y negar los esfuerzos de la oposición moderada” en la labor de proporcionar servicios, en los territorios bajo dominio del PYD se dio por bien servido con “mantener solo un punto de apoyo militar y administrativo estratégico”, permitiendo a las fuerzas armadas concentrarse en la lucha contra la oposición moderada, islamista y salafista, a la vez que continuaba “proporcionando documentos oficiales y otros servicios administrativos, recordando a los residentes que se[guía] siendo una presencia influyente de la que depend[ían]”.

Este fraccionamiento parcial en el control de los territorios de Yazira entre la presencia militar y política del PYD y la permanencia del gobierno en la administración

¹⁵⁴ El otro actor que logró una administración de dichas similitudes fue el Estado Islámico.

¹⁵⁵ En el pie de página 106 en la página 102 se especifican parte de las organizaciones y milicias que integran las Fuerzas Democráticas Sirias.

del aeropuerto de Qamishli, la emisión de pasaportes, certificados o la presencia de contingentes militares en algunas bases, se vio afectado por el rápido avance del Estado Islámico; el cual a su vez generó que a “medida que la guerra ha[*bía*] continuado, el régimen [*realizara*] (...) más movimientos conciliatorios hacia los kurdos” (Khaddour, 2015, pág. 12).

El rápido avance de Estado Islámico en Siria tuvo un impacto atroz en el norte del país, hogar principalmente de los pueblos kurdos, yazidíes y otras minorías árabes, armenias, árabes asirias y turcomanas. La relación conveniente, directa e indirecta de los dos actores estatales de mayor relevancia en la guerra siria —como lo fueron y son a su vez los gobiernos de Bashar al-Assad y el turco de Recep Tayyip Erdoğan —, da cuenta del efectivo posicionamiento del EI en el centro del país. Para el caso de Turquía, este aplicó un “enfoque benévolo de *laissez-faire*”, a la vez que la presencia de ISIS era favorable para Erdoğan y al-Assad en la medida en que estos “estaba chocando simultáneamente con los enemigos sirios de Damasco [*oposición moderada e islamista*] y los enemigos kurdos de Ankara [*PYD y sus unidades YPG/YPJ*]”. Una de sus principales preocupaciones y prioridades de Turquía era “contrarrestar la perspectiva de los tres cantones kurdos dentro de las fronteras de Siria (Rojava)” y evitar que cayeran “de forma duradera bajo el gobierno autónomo del Partido de la Unión Democrática (PYD)” (Achcar, 2016, pág. 22).

La Batalla de Kobanê desarrollada entre septiembre de 2014 y marzo de 2015 da cuenta de dichas acciones. El intento del Estado Islámico¹⁵⁶ de hacerse con la ciudad kurda de Kobanê en la frontera con Turquía, generó hordas de desplazados y una sangrienta confrontación con las Unidades de Protección, que no abandonaron sus posiciones en un intento por evitar la ocupación final de la ciudad por parte de los takfiristas. Los tanques turcos asentados en la frontera permanecieron inmóviles ante el avance de ISIS, Erdoğan optó por no involucrarse en la confrontación, fingiendo adoptar la postura de “una plaga en tus dos casas” (Achcar, 2016, pág. 22), esto es, no tomar partido ante la acción de los dos bandos, optando por la inacción y declarando a las fuerzas de resistencia kurdas y al Estado Islámico como fuerzas igualmente terroristas. Pero dicha pasividad y aparente neutralidad, fue fuertemente criticada no solo por los habitantes de

¹⁵⁶ Que contaba con tanques y morteros para la ofensiva, en tanto YPG/YPJ solo contaba con las armas largas de dotación.

Kobanê y la población kurdo turca sino por la Coalición Internacional, que ejerció presiones sobre la quietud turca ante el violento avance del Estado Islámico.

La resistencia y contraofensiva en contra del avance de ISIS implicó la acción de otros actores armados como los combatientes del GRK. Las tropas peshmergas procedentes de Irak entraron a Kobanê con el apoyo (a regañadientes) de Turquía, tras fuertes presiones ejercidas por parte de EE. UU. y la Coalición Internacional¹⁵⁷. La Batalla de Kobanê permitió la lucha codo a codo no solo entre las tropas kurdo sirias del PYD y los combatientes kurdos procedentes de Irak, sino también de milicianos del Ejército Libre Sirio. Según plantea Achcar (2016, pág. 22), la pretensión del gobierno turco ante la situación presentada en Kobanê fue la de favorecer al Estado Islámico evitando que los refuerzos llegaran desde la frontera turca. Pero tras las críticas estadounidenses y la entrega de armas de estos últimos desde el aire a los combatientes kurdos, Ankara “cambió de inmediato su postura y permitió que pasaran refuerzos, siempre que incluyeran combatientes tanto del FSA como del Gobierno Regional Kurdo de Irak (...), ambos aliados cercanos de Turquía”.

Figura 5.

Escudo de la coalición Volcán de Éufrates (PYDRojava, 2015)



La alianza entre YPG/YPJ y algunas milicias de FSA para hacer frente a ISIS y recuperar la ciudad de Kobanê confluyó en la coalición Volcán del Éufrates (Al-Tamimi A. , 2014). Algunas de las estructuras importantes vinculadas a esta alianza fueron: el Frente Kurdo (*Jabhat al-Akrad*) y el Batallón del Sol del Norte (Katā'ib Šams aš-Šamāl),

¹⁵⁷ El 31 de octubre de 2014, tras una larga espera, 150 peshmergas iraquíes cruzaron la frontera turca hacia Siria para unirse a las fuerzas YPG/YPJ que defendían Kobanê (Euronews, 2014).

en las que figuraba el comandante Abu Layla¹⁵⁸, quien pasaría un año después a ser uno de los fundadores de las FDS; así como las Brigadas del amanecer de la libertad (*Tajamu Alwiya Fajr al-Hurriya*), la Brigada de revolucionarios de Raqqa¹⁵⁹ (*Liwā 'Thūwwār ar-Raqqa*) y el Ejército de Revolucionarios (*Jaysh al-Thuwar*)¹⁶⁰ (WSJ, 2014).

Pero esta alianza en la región del Éufrates resultaría ser más una excepción en la contradictoria relación entre el FSA (después Ejército Nacional Sirio o TFSA) y el PYD (YPG/ YPJ más otros, que luego formarían las FDS). Varios elementos han sido importantes en la disputa, por un lado, la acusación infundada de separatismo kurdo de la que se le señala a AANES, el innegable vínculo de la Administración Autónoma con el PKK así como la relación y apoyo de Turquía a TFSA que ha determinado una serie de agresiones y acciones beligerantes constantes de parte de la oposición siria y Ankara hacia el proyecto confederal democrático en el norte de Siria (Afrin, Tell Rifaat, Manbij y la franja entre Ayn Issa y Tall Tamr); por otro lado, está la recurrente acusación hacia el PYD de colaborar con el gobierno de Bashar al-Assad¹⁶¹, así como la colaboración de las FDS¹⁶² con EE. UU. que despertó molestias en sectores de la oposición política y armada.

La experiencia revolucionaria de AANES es disruptiva, no solo para la región sino para el resto del mundo, plantea Achcar de manera crítica¹⁶³ lo siguiente:

...es difícilmente discutible que la administración autónoma creada por el PYD en los tres cantones de mayoría kurda en Siria desde 2012 —si no es el faro de democracia radical que algunos observadores occidentales creen que es— es, desde un punto de vista social y de la perspectiva de las relaciones de género, la experiencia más progresista que ha surgido hasta el día de hoy en cualquiera de

¹⁵⁸ Quien había pertenecido entre 2012-13 a la Brigada de Siria Libre (*Liwa Ahrar Souriya*), de corte islamista moderada y aliada de Al-Nusra.

¹⁵⁹ Estructura vinculada hasta 2014 con el Frente Al-Nusra.

¹⁶⁰ Es importante mencionar que las FDS (con integrantes de *Jaysh al-Thuwar*) desde 2017 decidieron ampliar sus zonas de influencia más allá de los territorios al este del Éufrates y el norte de Siria, con la creación del Consejo Militar de Idlib, buscando contrarrestar la presencia de los islamistas de Hayat Tahrir al-Sham (Al-Nusra), quienes controlan la mayor parte de este territorio aún bajo poder de la oposición en dicha región, así como de Turquía y sus milicias aliadas (Al-Manar, 2017; ANF, 2018).

¹⁶¹ Crítica válida en algunos escenarios, como en la lucha armada con ISIS o las agresiones turcas; pero desproporcionada en otros, como los contextos beligerantes de la oposición hacia AANES.

¹⁶² Las críticas y denuncias hacia el PYD y las FDS por parte de sectores rebeldes y otras organizaciones kurdas y árabes han estado presentes desde el inicio de las revueltas, para ampliar sobre las críticas y respuestas aportadas por las autoridades de AANES consultar: (Gutiérrez de Terán, 2019, págs. 90-95)

¹⁶³ Para ver la crítica elaborada por el autor sobre la izquierda antiimperialista occidental, con relación a la intervención de EE. UU. en la región, ver: Achcar (2016, pág. 24)

los seis países que fueron escenario del levantamiento de 2011. (Achcar, 2016, pág. 24)

En 2016 se consolidaría el proyecto autonómico con la proclamación de la federación autónoma, de la cual participarían representantes de las comunidades kurda, árabe, asiria y turcomana provenientes de los tres cantones (Al-Jazeera, 2016; Bradley, Albayrak, & Ballout, 2016). Este escenario se desarrolló en el contexto de negativa del gobierno sirio, la oposición islamista/moderada y de Turquía de permitir la participación de las autoridades del PYD en las negociaciones políticas efectuadas en Ginebra. A su vez, la declaración trajo consigo un proceso constituyente y asambleario con el que se buscó definir la concreción de un nuevo contrato social inspirado por el confederalismo democrático, con el cual, se instauró el Sistema Federal Democrático del Norte de Siria¹⁶⁴ que finalmente daría paso a la Administración Autónoma del Norte y Este de Siria, pasando de la Revolución de Rojava a un proyecto político y militar estructurado que se proyecte a largo plazo desde una perspectiva secular, interétnica, multirreligiosa y con las mujeres como centro del proyecto emancipatorio y revolucionario (ANHAa, 2016; ANHAb, 2016).

Sobre jineolojî y el papel de las mujeres revolucionarias en ANNES, Erika Aguilar Silva nos plantea lo siguiente:

En lo político de lo más destacado que ha logrado jineolojî, y que puso en marcha desde los primeros momentos de la autonomía en el norte de Siria, han sido los liderazgos duales en todos los niveles de decisión, desde la comuna, las asambleas, los distritos, los vecindarios, hasta el cantón. Y por supuesto, una vez proclamada la Federación Democrática del Norte de Siria, esta también contó con una copresidenta, que en ese momento fue Hediya Yousef. Además de esos liderazgos duales también existe el principio de 50% de mujeres para integrar todas las instituciones autónomas, esto también es una diferencia respecto, no solo a Palestina, sino a otras experiencias en Medio Oriente y en el mundo. No hay una cuota mínima, un porcentaje mínimo, sino que se busca este 50-50 de representación en cada institución autónoma. [...] En lo social existe una multiplicidad de organizaciones que se enfocan en el desarrollo integral de las mujeres, pero principalmente está el papel de las Academias, donde se recibe una

¹⁶⁴ Anteriormente Sistema Federal Democrático para Rojava - Norte de Siria (ANHAa, 2016).

educación que pone, de nuevo, énfasis en la ruptura del sistema patriarcal y del sistema capitalista que van de la mano, y está enfocada en dar una educación o una formación para que las mujeres sean autosuficientes; es decir, que no dependen del hermano, del esposo o de los padres. Por otro lado se ha avanzado en cuestiones legales, ha quedado prohibida la poligamia, los matrimonios infantiles y los crímenes de honor, que obviamente no son exclusivos de la sociedad kurda ni del Medio Oriente, pero que sí suelen ser muy escandalosos, sobre todo ante los medios de comunicación que acaparan sus portadas con este tipo de encabezados. Contra ello va también esta apuesta por la autonomía democrática o el confederalismo democrático. (Vélez, 2020, págs. 92-93)

El proceso revolucionario que no solo ha hecho partícipes a los kurdos simpatizantes del confederalismo democrático sino a una amplia variedad de organizaciones y partidos políticos, interétnicos y multirreligiosos que simpatizan y participan del proyecto de transformación, se han constituido quizás, como el único reflejo de oposición moderada y de cambio tras la cruenta guerra que padece Siria de manera ininterrumpida desde el 2011. Lamentablemente, los esquicios revolucionarios moderados y de izquierda en Idlib y el norte de la gobernación de Aleppo se han visto invisibilizados y perseguidos por organizaciones islamistas radicales que, tras una década de guerra, sustentan sus prácticas en dinámicas predatorias: prácticas de limpieza étnica, expulsión de comunidades, robo de propiedad, asesinatos, violaciones y secuestros como sucedió específicamente en la ciudad kurda de Afrin.

3.3.2 La relación del gobierno de Bashar al-Assad con la oposición moderada e islamista

La denominada oposición moderada e islamista moderada siria representó un cúmulo increíblemente amplio de actores políticos y militares que incorporaron una amplia heterogeneidad y ejercicios de independencia, antagonismo, cooperación y disputa. El Ejército Libre Sirio (FSA, por su sigla en inglés) agrupó a la gran mayoría de estos sectores opositores, que representaban distintas tendencias de un amplio margen ideológico y religioso (Khaddour, 2015, págs. 8-9).

Para Kheder Khaddour (2015, pág. 9), aun con las dificultades de la oposición moderada, esta representó la amenaza principal y más “significativa” para el gobierno de Bashar, lo que explica precisamente por qué el régimen dirigió sobre dichos sectores “sus

campañas militares más duras” que, como veremos más adelante, fueron mucho más agresivas e intencionadas a las aplicadas al Estado Islámico, lo que a su vez alimentó en dichos sectores mayores divisiones y la incapacidad de “implementar un enfoque unificado para la administración local y la prestación de servicios en las regiones del país que” se controlaban.

Dos experiencias importantes de control territorial, político y administrativo focalizado de la oposición fueron los procesos generados en Aleppo y Douma (Ghouta Oriental). Para el primer caso se implementaron “estructuras de gobierno embrionarias” con el establecimiento de un consejo de gobernación y un ayuntamiento, estas “proporcionaron efectivamente servicios de agua, electricidad y recolección de basura, mientras que los grupos locales organizaron nuevas instituciones de ayuda para distribuir alimentos y suministros médicos y llevar a cabo proyectos básicos de reconstrucción” pero, con la implacable campaña de bombardeos iniciada en la segunda mitad en 2013 por el régimen, los “barriles de la muerte” (*baramel al-mawt*) no solo devastaron la infraestructura civil y militar de la ciudad, sino que tras las muertes, los desplazamientos y la destrucción, “los ataques devastaron los esfuerzos por restablecer un sentido de vida normal en el este de Aleppo”.

Para el segundo caso se establecieron proto-instituciones que brindaron algunos “servicios de forma autónoma al régimen, incluida la limpieza de calles, la regulación de los contratos inmobiliarios y la emisión de certificados de nacimiento y de defunción”. Contrario a lo sucedido en Aleppo, a finales del 2013 Douma fue rodeada por las fuerzas de Bashar al-Assad, “cortaron el acceso y lanzaron ataques desde la periferia, imponiendo efectivamente un asedio de la zona”. La posición geográfica de la ciudad generó dificultades adicionales, pero que a su vez favorecieron el accionar de los distintos grupos que ejercían control sobre ella¹⁶⁵; el propósito de generar una administración que funcionara “fue impulsado por el hecho de que [*la zona bajo su control no tenía*] (...) una frontera abierta con un país vecino. Esto significó que los grupos locales de la región se vieron obligados a negociar y depender unos de otros para lograr cualquier progreso”. Finalmente, el asedio y consecuentemente la incapacidad de proveer servicios básicos a la población terminó por erosionar gravemente el apoyo de la población civil, así como

¹⁶⁵ Aunque la administración de esta zona se caracterizó por el uso “a menudo [*de*] frases y símbolos islámicos, fue moderada y sus servicios fueron ampliamente utilizados por los residentes locales”; la facción rebelde más fuerte de Ghouta Oriental era el Ejército del Islam (Jaysh al-Islam) (Khaddour, 2015, págs. 10-11)

burocratizó aún más las instituciones alternativas. “El resultado en Douma [*fue*] (...) similar al del este de Alepo: (...) [*no fue*] posible establecer una alternativa viable al Estado sirio” (Khaddour, 2015, pág. 11).

La relación de Bashar al-Assad con los sectores islamistas no era nueva, la invasión de EE. UU. a Irak entre el 20 de marzo y el 1 de mayo de 2003 generó “un cambio de actitud de las autoridades hacia el fenómeno islamista”. Tras el arribo de las tropas extranjeras, cientos de yihadistas se desplazaron hacia Irak con la intención de combatir a los estadounidenses, esto con la venia del régimen y tras una intencionada campaña antiestadounidense del gobierno sirio quien se había visto afectado por los “virulentos ataques de la Administración Bush”. Esta situación generaría dos cuestiones importantes, por un lado, la invasión a Irak alimentaría la islamización del país, y por el otro, se crearía un “efecto *boomerang* en el curso del cual algunos grupúsculos yihadistas que fracasaron en la lucha contra el *enemigo exterior* acabaron retornando al país con la voluntad de golpear *al enemigo interior*”¹⁶⁶ (Álvarez-Ossorio, 2011, págs. 165-166).

Álvarez-Ossorio retoma un informe del *International Crisis Group* (ICG, 2004, como se cita en Álvarez-Ossorio, 2011, pág. 166) en el que desde ya se planteaba que el sentimiento antiestadounidense “está creciendo de manera virtual en todos los sectores de la sociedad. Al mezclarlo con la gradual islamización de Siria, entonces tan sólo es una cuestión de tiempo que dichos sentimientos se conviertan en formas violentas de yihadismo”.

El gobierno sirio, entre el periodo de 2004 y el inicio de las revueltas populares, sintió por cuenta propia los ataques armados y con explosivos de ciertos grupos islamistas: “los tiroteos del Mezze (2004), la montaña Qasiyun (2005), la plaza de los Omeyas y el frustrado ataque contra la embajada de Estados Unidos (2006)”, así como el atentado de 2008 con un coche bomba, “dirigido contra una sede de los servicios de inteligencia situada en el barrio shií de Sayda Zaynab, provocó la muerte de 17 civiles en Damasco”, las autoridades apuntaron como responsables de dichos ataques a Fatah al-Islam (Conquista del Islam) y Yund al-Sham (Soldados de Oriente). Tras el atentado a los servicios de inteligencia la respuesta del gobierno del Bashar al-Assad fue

¹⁶⁶ “Ante la creciente beligerancia de la Administración Bush que, con la Ley de Responsabilidad Siria y de Restauración de la Soberanía Libanesa del 12 de diciembre de 2003, acusó al régimen baazista de intentar hacerse con armas de destrucción masiva y mantener estrechos vínculos con el terrorismo islámico, se intensificaron las críticas hacia Estados Unidos” (Álvarez-Ossorio, 2011, pág. 166).

contundente, el arresto masivo de “elementos radicales”, su detención y la dureza de los métodos que incluyeron torturas, implicaron críticas de organizaciones de derechos humanos, pero también representaron que el gobierno utilizara dichos atentados y arrestos para “tratar de lanzar el mensaje de que Siria se encuentra en el lado correcto de la lucha contra Al Qaeda y el terrorismo islámico”; así como para reafirmar la pretensión de muchos países occidentales que consideraban “el mantenimiento de Bashar al-Asad (*sic*) en el poder como un mal menor, dado que su caída crearía un vacío de poder que podría ser aprovechado por el islam radical” (Álvarez-Ossorio, 2011, págs. 166-167). Consideración sobre Bashar al-Assad que, tras 20 años de gobierno, diez años de guerra, así como incontables intentos de derrocamiento, sigue siendo visto incluso por EE. UU. y Europa como un mal menor en medio del auge del islamismo radical en la región.

La permisividad del gobierno sirio con los yihadistas que atravesaban su territorio entre Líbano e Irak para vincularlos con el entonces líder de Al-Qaeda en Irak, Abu-Mus‘ab al-Zarqawi, generó que, con la ayuda activa de los servicios de inteligencia Siria, se abriera “a la afluencia —y la influencia— de yihadistas experimentados y bien conectados de Libia, Arabia Saudí, Argelia, Túnez, Yemen y Marruecos, quienes trajeron consigo sus libros de contactos, dinero y habilidades”; la presencia de estos actores implicó que “los yihadistas de Siria se habían convertido en miembros valiosos de Al-Qaeda en Irak, donde adquirieron experiencia en el combate y los contactos internacionales, así como la experiencia necesaria para convertir a Siria en el próximo frente de batalla” (Peter Neumann, 2014, como se cita en Achcar, 2016, pág. 21). De allí que no fuera casualidad que cuando estalló la guerra:

...las estructuras yihadistas surgieran por primera vez en las partes orientales del país, donde se ubicaban los puntos de entrada a Irak, y en lugares como Homs e Idlib, que estaban cerca del Líbano; o que eran los yihadistas, no los Hermanos Musulmanes, quienes podían ofrecer a los combatientes más dedicados y experimentados con las habilidades, los recursos, la disciplina y la organización para devolver el golpe al gobierno. También fueron los que encontraron más fácil prevalecer en las redes internacionales de simpatizantes adinerados, especialmente en el Golfo, para el suministro de armas y financiación. (Peter Neumann, 2014, como se cita en Achcar, 2016, pág. 21).

La oposición moderada e islamista recibió apoyos limitados de EE. UU. y Europa, pero fueron principalmente las monarquías del golfo las encargadas de entregar los

apoyos. En 2012 una particular alianza entre Turquía, Arabia Saudí y Qatar buscó “el control del flujo de armas hacia los rebeldes sirios”, las cuales ingresaban por la frontera turca. El presidente de EE. UU., Barack Obama, y su por entonces vicepresidente y hoy presidente norteamericano, Joseph Biden, se negaron al envío de material bélico a las fuerzas de oposición, así como se negaron a permitir que otros aliados regionales suministraran armamento más sofisticado (Achcar, 2016, págs. 15-16)¹⁶⁷.

Si bien Arabia Saudí y Qatar habían trazado distintas rutas de acción para Egipto y Túnez, para el caso sirio sus intereses confluyeron buscando cooptar el levantamiento popular (Khaddour, 2015). Qatar y Turquía con respaldo estadounidense y europeo promovieron “en 2011 del Consejo Nacional Sirio (SNC), con sede en Estambul, en el que la Hermandad Musulmana Siria era la fuerza dominante”; pero en 2013 Arabia Saudí se posicionó en la naciente Coalición Nacional Siria (que remplazaba a SNC):

Mientras tanto, los saudíes financiaron a los competidores salafistas del Ejército Sirio Libre patrocinado por SNC. Qatar correspondió principalmente a través de grupos islámicos vinculados a la Hermandad Musulmana Siria, mientras mantenía una relación con al-Nusra, la rama oficial siria del niño rebelde de Riad, al-Qaeda. Pero esta fundamental convergencia saudí-qatarí sobre Siria hizo posible que las principales organizaciones fundamentalistas islámicas, además de al-Nusra e ISIS, se reagruparan bajo el Frente Islámico en 2013. (Achcar, 2016, pág. 22)

Para Achcar (2016, pág. 22) el financiamiento de Riad, Doha y otras monarquías del Golfo buscaba “exorcizar el potencial democrático del levantamiento regional y convertirlo en un tema sectario”. Como consecuencia de los aportes de las redes de donantes privados, recaudadores y redes religiosas institucionales se inclinó la “balanza entre los disidentes sirios a favor de quien ondease una bandera del islam fundamentalista y sunita-sectaria, incluyendo al-Qaeda e ISIS” y, además, produjo el fenómeno entre las milicias, de perfilarse como “fundamentalista islámico” y asegurarse de manera más fácil los fondos dirigidos a la oposición siria, “lo que provocó la proliferación de grupos fundamentalistas islámicos entre ellos”.

Nuevamente, esta dinámica fue favorable para el gobierno sirio, así como para las estructuras opositoras más radicales, al legitimar de ida y vuelta los procesos de

¹⁶⁷ Para profundizar en las razones esgrimidas por la administración estadounidense para negarse al envío de material de guerra a Siria ver (Achcar, 2016, págs. 14-15)

sectarización y, como tal, la violencia sectaria entre los distintos bandos. Esta dinámica de violencia, incluidas sendas masacres, amplió el flujo de combatientes de estructuras moderadas y seculares a organizaciones más radicales dentro del islam político, así como le proveyó legitimidad sectaria al gobierno de Bashar al-Assad para responder de manera violenta contra el sectarismo de la oposición islamista. Además, le otorgó respaldo moral a la oposición (y con ISIS un incentivo violento adicional) para responder con cruel violencia a las masacres sectarias e indiscriminadas del régimen, convirtiendo a Siria, como plantea Achcar (2016, pág. 23), “en un gran teatro de esa terrible dialéctica que llamé el ‘choque de barbaries’”. “Las masacres del régimen más notorias ocurrieron típicamente en áreas donde las aldeas alauitas (*sic*), sunitas e ismailíes (otra rama shiíta) se unían entre sí, para alentar más las sangrientas represalias sectarias” (Weiss & Hassan, s.f., como se cita en Achcar, 2016, pág. 23).

El “choque de barbaries”, analizado por el autor libanés después de los sucesos del 11 de septiembre en EE. UU., es propuesto como una “dialéctica fatal” que encontró como impulso la “escalada cualitativa de la violencia imperial estadounidense en el Medio Oriente” (Achcar, 2016, pág. 23) que se representó en el ataque de EE. UU. contra Irak en 1991, suscitando un odio en todos los países del Medio Oriente y del “mundo” islámico y en el que los sucesos del 11 de septiembre en EE. UU. solo fueron la manifestación más “espectacular” y “mortífera” de ese odio.

Con la consecuente ocupación de Irak en 2003 se:

...lle[vó] al extremo el resentimiento general; acelerando la descomposición del orden regional respaldado por Washington. No habrá Pax Americana. Más bien habrá otro paso hacia la barbarie, con la principal barbarie de Washington y sus aliados sosteniendo la barbarie opuesta del fanatismo religioso –mientras no surjan nuevas fuerzas progresistas en esta parte del mundo”. (Achcar, 2003, como se cita en Achcar, 2016, pág. 23)

Así, la barbarie de los ocupantes estadounidenses generó la “contra barbarie” de Al-Qaeda, que logró instalarse en las regiones árabes sunitas de Irak después de 2003”; sumada a la barbarie del gobierno de Bashar al-Assad y sus aliados desde 2011 que terminaría por desencadenar “las condiciones para que la barbarie de al-Qaeda (...) [llegara] a un clímax tanto en Siria como en Irak, en la forma de ISIS” (Achcar, 2016, pág. 23).

Estos escenarios de cruenta guerra y necropolítica llevaron a una escenificación de la muerte a nuevos márgenes de mediatización¹⁶⁸. Y el impacto de dicha degradación, no debe impedir trazar límites, contextos, idearios y contradicciones entre los grupos y sectores que los han puesto en práctica. No fue igual la puesta en escena y el repertorio de violencia aplicado por el Estado Islámico que el dispuesto por Al-Nusra o Ahrar al-Sham, por ejemplo. Cada organización guarda unas particularidades, una ideología político-religiosa que no solo los diferencia entre sí, sino que incluso los confrontó. En esa misma medida podremos encontrar procesos de sectarización etnorreligiosa particulares, revestidos a veces de islamismo, salafismo o takfirismo, o incluso en ocasiones bajo una ausencia de cualquiera de ellos, pero cada ismo se convierte en la ideología que permite categorizar un repertorio de violencias que no siempre son homogéneas o determinadas. Muchas veces estas prácticas están más mediadas por elementos económicos, de poder político y territorial que por el esoterismo religioso que nos venden ciertas posturas esencialistas sobre el islam y Medio Oriente y que parecen ser coherentes con eso que muchos han llamado “fundamentalismo” o “terrorismo”. Para situar dicha diatriba en un contexto particular, podríamos hablar de las acciones llevadas por Hayat Tahrir al-Sham en Idlib e incluso en el norte de la gobernación de Aleppo, donde se han constituido como garantes de cierto orden que, aunque autoritario, ha limitado el accionar violento de otras organizaciones que se precian de ser islamistas moderadas.

3.3.3 La lucha contra el Estado Islámico

El Estado Islámico se convirtió en la otra fuerza política y militar capaz de controlar y administrar territorios importantes dentro de Siria, además de los de Irak, en un espacio concreto y durante un tiempo determinado. El rápido avance de esta organización se vio favorecido por la pasividad del gobierno sirio, por un lado, por las limitaciones que tenía para proceder contra dicho actor, y por el otro, por la intención del régimen de “socavar a otros grupos de oposición”, al tiempo que fortalecía la noción de

¹⁶⁸ Enfocada en el uso que hizo ISIS del terror y la muerte, y la puesta en escena de la misma bajo un prisma cinematográfico que permitió ampliar los márgenes, no solo de popularidad y convencimiento entre jóvenes radicalizados, dispuestos a replicar dichos escenarios de muerte, sino que se desplazaron desde todos los rincones del mundo para cumplir el idilio utópico y revolucionario del califato regido por la sharía en Medio Oriente y liderado por el Estado Islámico. Una dinámica de absolutismo en el que el Estado Islámico como organización se convertiría en guía e institución del nuevo Estado islámico.

que solo el gobierno de Bashar al-Assad podría “salvar a Siria y a los sirios de dicha alternativa fanática” (Khaddour, 2015, pág. 13).

En 2013 el entonces autodenominado Estado Islámico de Irak y el Levante inició su proyecto expansivo en Siria, logrando avances territoriales a expensas de otros grupos como el FSA y Al-Nusra. Sin encontrar resistencia por parte del régimen sirio, tomaría Raqqa, “capital de la gobernación y un bastión de la oposición” en marzo del mismo año; además con la toma de Raqqa y de Mosul¹⁶⁹ en Irak la intención de establecer un Califato Islámico (*dawlat al-khelafeh*) quedaría en evidencia (Khaddour, 2015, pág. 13). Ante dicho escenario de ocupación de Raqqa,

...la organización actuó rápidamente en sus promesas de proporcionar una alternativa administrativa. Quizás lo más significativo para los lugareños desde el principio, fue que se estableció un sistema judicial e impuso leyes. Por ejemplo, la policía de moralidad (*hesba*) comenzó a monitorear los controles de precios para mantener los costos de todo, desde los alimentos hasta las operaciones médicas, en niveles razonables. El grupo creó un sentido real de gobernabilidad normada para los residentes. A finales de 2014, Raqqa era conocida como la capital del Estado Islámico; la oposición moderada nunca otorgó esa etiqueta a ninguna de las ciudades que controlaba, ni fue capaz de crear la misma sensación de fortaleza militar y administrativa. (Khaddour, 2015, pág. 13)

El papel que jugó el gobierno sirio en la expansión del Estado Islámico —y previamente de otras fuerzas islamistas— deja algunas dudas sobre la intencionalidad de permitir su avance buscando recuperar su legitimidad, así como la de propiciar los ataques hacía la oposición moderada, que en dicha relación de legitimidad era más peligrosa.

Si bien no hay pruebas definitivas de que el régimen tuviera un plan calculado durante mucho tiempo para permitir la expansión del Estado Islámico, varios incidentes sugieren que Assad al menos aprovechó la oportunidad que creó el Estado Islámico. El régimen nunca sometió a Raqqa al mismo nivel de ataques aéreos que devastaron otras áreas controladas por los rebeldes. Aunque Raqqa fue ocupada primero por otros grupos, siempre hubo una presencia islamista, y durante mucho tiempo se sospechaba que el régimen alentaba esa presencia para socavar a la oposición política moderada. Esto fue más claro, quizás, al principio

¹⁶⁹ En junio de 2014 en Irak se harían con el control de la segunda ciudad más importante del país: Mosul.

del levantamiento, cuando el régimen liberó de la prisión a decenas de prominentes combatientes islamistas, quienes luego rápidamente se unieron y se convirtieron en líderes en las filas más duras de la oposición armada. (Khaddour, 2015, pág. 13)

En esa vía Achcar (2016, pág. 21) plantea que tras la fractura del Frente Al-Nusra al ser absorbida por el Estado Islámico, la fracción disidente originaria de Siria continuó con una actitud “entusiasta en la lucha contra el régimen”, a la vez que era apoyada por Qatar y Turquía, y encontraba en Al-Jazeera un escenario de difusión para la organización y su líder, Abu Muhammad al-Julani. En tanto, por el otro lado, existían una inquietante “connivencia” entre el gobierno sirio y la rama cooptada por Al-Qaeda Irak que pasaría a integrar el Estado Islámico; durante la guerra ambos bandos, el gobierno sirio e ISIS — “que controlaba tres represas y al menos dos plantas de gas”—, alcanzaron acuerdos comerciales relacionados con petróleo, gas y electricidad; “un negocio lucrativo en el que una figura prominente y típica de la burguesía estatal siria, George Haswani, jefe de HESCO Engineering & Construction Co.” jugó un papel muy relevante. Estos acuerdos permitieron incluso que empleados estatales continuaran trabajando en una de las plantas de gas controladas por el EI, así el gobierno sirio recibía el gas necesario para alimentar el sistema eléctrico y el EI recibía electricidad por parte del gobierno. Por esta razón el autor plantea que “ISIS es de hecho, con mucho, el ‘enemigo preferido’ del régimen de Assad”

La estrategia siria con relación al Estado Islámico cambiaba gradualmente con relación a su posicionamiento, que era afectado por otros actores de oposición o beneficiado por sus aliados, como sucedía con Irán, que optó por una alianza de facto con Washington ante la expansión del grupo takfirista en Irak; pero en 2015 el gobierno reactivó la “connivencia” con el Estado Islámico, buscando focalizar sus acciones sobre la oposición “moderada” e islamista. Para Achcar el gobierno sirio entonces luchaba “contra ISIS solo si, y en la medida en que, cre[ía] que mejora[ba] su posición en la lucha contra su principal enemigo: la principal oposición respaldada por Turquía y las monarquías del Golfo” (Achcar, 2016, pág. 11).

Pero esa relación entre el gobierno sirio e ISIS no pasó de ser convenientemente pasajera y puntual. La relación entre el grupo takfirista con la oposición, principalmente salafista (Al-Nusra y otras organizaciones del Frente Islámico), implicó un aprovechamiento del posicionamiento inicial de los rebeldes con la cooptación de los

territorios y las regiones bajo su influencia, para luego emprender una persecución extrema contra los mismos, lo que a su vez generó una reagrupación de las fuerzas de oposición contra Estado Islámico.

Estas relaciones de persecución no solo se desarrollaron entre el Estado Islámico y las fuerzas salafistas o moderadas, sino que la dinámica de persecución se replicó entre estructuras islamistas e islamistas moderadas hacia sectores seculares y de izquierda. El caso de la activista de DD. HH. Razan Zaitouneh es diciente, asumió un lugar de liderazgo en la oposición al gobierno de Bashar al-Assad en Damasco, luego se desplazaría a Duma en 2013 para continuar su lucha contra el régimen, a favor de las mujeres y contra los excesos de las fuerzas rebeldes, pero sería secuestrada y desaparecida por Jaish Al-Islam a finales del mismo año¹⁷⁰. Este caso explica, en parte, el proceso de cooptación e imposición de los grupos más radicales sobre las estructuras más moderadas, y el fuerte cambio que sufrió la oposición siria moderada con la profundización de la guerra, en medio del desafío por derrocar y defenderse de los bombardeos y asedios del gobierno de Bashar al-Assad, a la vez que se enfrentaban al Estado Islámico y a otras fuerzas salafistas.

Garduño (2013, págs. 127-128), en su análisis sobre el uso de la necropolítica¹⁷¹ por parte de Estado Islámico, nos ofrece pistas importantes sobre cómo este tipo de prácticas se convierten en herramientas contrarrevolucionarias, así como los procesos de militarización erosionan los procesos de organización ciudadana que buscan mejorar la vida de las comunidades. Plantea que el concepto de soberanía en las RR. II. contemporáneas se ha reconfigurado, dado que ya no solo se materializa en el pueblo como constituyente primario en su relación con el Estado, sino en “el derecho a matar” que adquieren ciertas organizaciones por fuera del Estado mismo en su interés de “nublar

¹⁷⁰ Zaitouneh sería desaparecida junto a su esposo Wael Hammadeh y sus colegas Samira Khalil y Nazem Hammadi. Al inicio se especuló sobre la autoría de dicho secuestro por parte de ISIS, Al-Nusra o incluso el gobierno sirio, pero investigaciones posteriores apuntaron al salafista Jaish Al-Islam (cerca de Al-Nusra y parte del Frente Islámico), aunque el propio grupo negó vinculación alguna con la retención del grupo de activistas (DW, 2021; El Mundo, 2013).

¹⁷¹ Garduño (2013, págs. 129-130), soporta su reflexión sobre la necropolítica a partir de los aportes del filósofo camerunés Achille Mbembe planteando que: “Este término tuvo más difusión después de los acontecimientos del 11 de septiembre de 2001 en Nueva York y se nutrió de la descomposición del Estado, la violencia, la desigualdad y la pérdida de soberanía de la gente común para dar paso, según el autor, a un nuevo tipo de soberanía de carácter cuasiprivado que se define por “el derecho de matar” que han adquirido estos y otros grupos, que si bien no pertenecen directamente al Estado, coquetean con él en ciertas coyunturas y contextos” (...) “...la necropolítica sería el uso de la muerte o la amenaza de muerte, gráfica y explícita, para mantener o aumentar un poder multidimensional y repartido entre actores institucionalizados y aquellos que no lo son”.

la contestación social”. Es decir, para nuestro caso, la nueva soberanía enlazada al orden necropolítico creado por ISIS¹⁷², “usa la muerte como política” para la consecución de sus intereses materiales a la vez que militariza los escenarios públicos y privados de la “gente ordinaria”.

El sustento ideológico o moral de estas prácticas se reafirma en elementos políticos, sociales y religiosos los cuales buscan estigmatizar, no solo los actos de los — supuestos— contradictores, sino legitimarse en las comunidades, bajo argumentos — aparentemente— creíbles sobre el ejercicio de violencias crueles que deberían tener “motivos suficientes y legítimos para mantenerlas y reproducirlas” (Garduño, 2013, pág. 131).

La necropolítica, entendida entonces como una nueva forma de ejercer el poder a través de la muerte, ha conseguido transformar a los seres humanos en una mercancía intercambiable y desechable según dictan los mercados y los intereses de los dueños de esos mercados. Esta nueva forma de gestión de las poblaciones conlleva un objetivo muy específico que es la disolución de la persona, la deshumanización, la violencia y la tortura como espectáculos, a veces para entretener y otras para detener a la sociedad civil de ejercicios de desobediencia, acciones que se manifiestan en actos bélicos nómádicos que producen beneficios materiales inmediatos para los líderes de las organizaciones armadas.¹⁷³ (Garduño, 2013, pág. 130)

La militarización del espacio público y privado, así como de los medios de comunicación por los distintos actores armados, no solo obligó a que las comunidades dejaran las calles como escenario de protesta y “por el temor de perder su vida”, sino que “la gente de diversas facciones políticas y sociales ha sido víctima del sectarismo”. La

¹⁷² Un elemento importante en la reflexión de Garduño (2013), es que estas prácticas extremas que edifican un orden necropolítico no son exclusivas del extremismo salafista, sino que han sido parte de los carteles de la droga, mercenarios y fuerzas de seguridad privada (pág. 129) tanto en Medio Oriente como en otras partes del mundo.

¹⁷³ Para el autor, esta “necropolítica yihadista” no solo ha sido usada “directa o indirectamente” por las organizaciones salafistas extremistas, sino por distintos estamentos, organizaciones y Estados. Es el caso de los medios estadounidenses que ha usado la necropolítica para “nublar” la presencia colonial y beligerante de occidente, así como sus consecuencias sobre el tejido social de la población, equiparando dicha violencia con las ejercidas por “los gobiernos coloniales y poscoloniales”. Lo que plantea Garduño (2013, pág. 136) es que dichas violencias “mantienen una diferencia tácita”, ya que la violencia salafista tiene una mayor visibilidad a los actos de violencia efectuados por occidente o sus aliados, “porque “la violencia de las democracias” está diseñada para dejar la menor evidencia posible y no ser condenada por la opinión pública internacional”.

sociedad organizada, como mencionamos antes, se vio obligada a enfrentar una doble lucha, en la que la *mu'amara* (conspiración) de la que acusó Bashar al-Assad a la oposición fue duramente reprimida, contando con el acompañamiento de Rusia, China e Irán; y con la aparición de las fuerzas salafistas, financiadas por EE. UU. y Arabia Saudí, “la situación social se tensó”, “los enemigos de los manifestantes se multiplicaron, al tiempo que se fortalecía el orden necropolítico de Al Nusra, Al Assad (*sic*) y Estado Islámico, haciendo que la revolución siria pasara de las plazas a las casas nuevamente” (Garduño, 2013, pág. 145).

Esta vuelta de tuerca que sufrió el proceso revolucionario en Siria, con un protagonismo exacerbado del Estado Islámico y otras fuerzas salafistas, no solo desencadenaría un reposicionamiento del gobierno de la familia al-Assad y del Baath, sino que revivió la “denominada guerra contra el terrorismo que se había eclipsado gracias a las revoluciones árabes, (...) resucitado como herramienta contrarrevolucionaria¹⁷⁴” (Garduño, 2013, pág. 147).

3.4 La República Árabe Siria y sus relaciones de amistad y disputa con el orden regional e internacional

El vertiginoso deterioro que sufrió desde 2011 el, hasta entonces, relevante lugar que había ocupado Siria en el orden regional, originó un escenario de aislamiento por parte de un amplio número de países que oscilaban entre actitudes beligerantes-activas y observantes-pasivas en contra de gobierno de Bashar al-Assad, hasta las excepcionales actitudes beligerantes-activas pro-Bashar que finalmente permitirían, o más bien evitarían, el para muchos inevitable derrocamiento de la familia al-Assad del poder.

¹⁷⁴ Continuando con el planteamiento de Garduño: “La resistencia civil, tal como lo mostraron las revoluciones árabes, ha sido un medio eficaz para pedir cambios estructurales en donde no se vea al Estado autocrático, liberal o islámico, como únicas formas posibles de gobierno en la región. Pero hay que decir que, ante esto, es en aquella base social que hizo posible dichas revoluciones donde justo se encuentra el interés de extremistas y poscolonialistas para legitimar su orden necropolítico, de militarización y paramilitarización que reina en la actualidad en la región de una forma u otra. Ante esto, la esperanza por la que se apuesta es aquella del activismo de una generación que ha nacido y crecido bajo la represión de las balas militares y salafistas, y la opresión de economías populistas, que se enfrentará a retos como la deconstrucción de esta política de muerte, la violencia epistémica de los medios de comunicación, el desarrollo de la lucha geopolítica de los actores que alimentan con sus recursos y su influencia a todos los grupos armados mencionados en este texto y, sobre todo, la superación de las barreras que obstaculizan la conexión entre lo ordinario de la vida y la autonomía con lo extraordinario de los cambios políticos que busquen una vida digna” (2013, pág. 148).

Marta Tawil emplea el término potencia regional retomando la definición de Flandes (2007, como se cita en Tawil Kuri, 2016, pág. 14) que reúne cuatro elementos importantes para entender el lugar ocupado por Siria a nivel regional: “formulación de una reclamo de liderazgo, posesión de fuentes necesarias de poder, empleo de instrumentos de política exterior y aceptación del papel de líder por terceros Estados”. Formulando que el poder sirio resulta ser un enigma dada la paradoja entre “la debilidad estructural de Siria y su capacidad de no dejar que otros países le impongan su voluntad o, más precisamente, de resistir a sus numerosos y poderosos adversarios”.

El arribo al poder, a finales de 1970, por parte de Hafez al-Assad a la más alta esfera del poder sirio reconfiguró el papel del Estado en el escenario internacional “formulando una política exterior de autonomía respecto a la intervención —en lo que considera su esfera de influencia— de las grandes potencias y los países vecinos” (Tawil Kuri, 2016, pág. 14), pero dicha autonomía relativa no solo se vio deteriorada con la guerra civil que sumergió al país en una profunda crisis, sino que por el contrario se revirtió, convirtiendo a Siria en un país sin incidencia en el escenario regional y dependiente de las potencias internacionales y regionales.

Este ejercicio de dependencia es una evidencia palpable en la relación del ejecutivo sirio con la Federación Rusa, la República Islámica de Irán, Hezbolá y las milicias iraquíes y palestinas. En el caso de Rusia, su papel no solo ha sido fundamental en el mantenimiento de Bashar al-Assad en el poder por la vía militar, sino en el apoyo económico y, sobre todo, el respaldo en temas de seguridad y resolución de conflictos a nivel interno y fronterizo. Irán, por su parte, ha sido un actor central en el orden militar y energético, en tanto Hezbolá y otras milicias de apoyo de la mano de Irán asumieron lugares protagónicos en las confrontación armada contra la oposición islamista, salafista/takfirista y moderada.

Pero el equilibrio de otrora, alcanzado por el gobierno sirio con sus oponentes regionales, también se vio fuertemente alterado por la presencia militar de Turquía en el norte del país, el apoyo logístico y militar de las monarquías del golfo (Qatar y Arabia Saudí principalmente) a sectores de la oposición siria durante los últimos diez años de conflicto, así como la presencia militar de la coalición internacional liderada por EE. UU. en la lucha contra el Estado Islámico. Sin olvidar, claro está, el constante conflicto que ha mantenido por decenios con el Estado de Israel.

A continuación analizaremos algunos elementos importantes en la relación de la República Árabe Siria con sus dos más importantes aliados a nivel regional: Irán y Hezbolá, y retomaremos algunos puntos con relación a su enemistad con Turquía y Qatar, así como los relacionamientos que ha mantenido con EE. UU. y Rusia a nivel internacional.

3.4.1 Relación con Irán y Hezbolá

El vínculo entre Siria e Irán nos remonta a los años ochenta, década permeada por dos importantes conflictos, en el caso del país árabe por el levantamiento armado de los Hermanos Musulmanes y el Frente Islamista entre 1979 y 1982, y para el caso del país persa por la guerra emprendida por Irak, que a su vez era un fuerte aliado de los rebeldes sirios que buscaban derrocar a Hafez al-Assad.

Como nos recuerda Tawil Kuri (2016, págs. 41-42) el papel de Hezbolá ha sido muy importante en esta alianza: “el puente de esa estrecha relación es el grupo libanés. Hezbolá”, el cual se fortaleció debido a “los estrechos lazos con Irán en el Líbano, desde 1982 en adelante”, permitiendo a “Siria mantener bajo control a un conjunto de actores no estatales, incrementar las conexiones con el shiísmo duodecimano internacional y cooptar al islam ‘libanés’ en la escena interna siria” permitiendo, así, “dar a las redes que apoyan al régimen sirio el acceso privilegiado a territorio libanés y un mercado para su presencia transnacional”.

Pero en la relación entre estos dos importantes aliados no todo ha sido color de rosa, la agenda política del gobierno sirio ha buscado “mantener un equilibrio en su relación con los *ayatolas* contrarrestando la influencia iraní en Siria y la región” por distintas vías: desde el escenario diplomático se acercó a las monarquías petroleras del Golfo, y desde el religioso abrió escenarios para que los “ulemas chiíes (*sic*) duodecimanos árabes de Iraq (*sic*), el Golfo y Líbano” enseñaran, escribieran y publicaran en Siria (Tawil Kuri, 2016, pág. 42).

La disposición siria de ampliar su posicionamiento regional y acercarse a Turquía y EE. UU. se vio limitada al enfrentarse en 2005 a un “escenario en el que los países árabes fustigaban su comportamiento”, por un lado, desde Irak, se les acusaba de patrocinar la oposición armada, los turcos preferían no involucrarse, desde Europa se replicaban las exigencias estadounidenses, en tanto Rusia mantenía un apoyo “al

mínimo”, siendo Irán el único aliado activo en la región. Además, con la pretensión de mantener un equilibrio entre Arabia Saudí e Irán después de 2003, se mantendría del lado de Irán y ofrecería una mediación entre Teherán y las monarquías petroleras del Golfo, para finalmente, no obtener los frutos esperados debido a las dificultades de la región — como el impulso de la movilización shiíe a nivel internacional derivada de la guerra en Irak, los temores derivados de la alianza Siria-Irán — y la “falta de visión de Bashar” (Tawil Kuri, 2016, pág. 165).

La situación con relación a Arabia Saudí cambió, la actitud conciliadora del entonces príncipe heredero Abdalá bin Abdulaziz en 2001, con el inicio de la normalización de las relaciones con Irán derivada del acuerdo de seguridad firmado en la lucha contra el terrorismo y el narcotráfico, terminaría por reavivar las diferencias entre la potencia del Golfo y la potencia persa. Tras la elección de Mahmud Ahmadineyad en junio de 2005 la posición de Damasco se revitalizó en medio de las crisis en Irak, Palestina y el Líbano, de las cuales ambos Estados hacían parte, y se sumaban al aún mayor apoyo iraní a Hezbolá¹⁷⁵ y el fortalecimiento del enlace entre Irán y Siria. Esta dinámica terminaría por ser objeto de fuertes críticas de la administración Bush e Israel, así como de los gobiernos de Egipto, Arabia Saudí y Jordania que expresaron “sus temores por las ambiciones iraníes de la consolidación de un ‘eje chií’ (*sic*) en la región (que se extendería de Líbano a Irán, pasando por el poder alauí (*sic*) en Siria y los chiíes iraquíes), y de ver crecer la oposición interna (islamista) contra sus regímenes” (Tawil Kuri, 2016, pág. 167).

Lo sucedido en los últimos años en la región evidencia que dicho “eje” se ha fortalecido y hoy representa un papel de suma importancia para el equilibrio o desequilibrio de la región, ya sea que se esté hablando de Líbano, Siria, Irak o Yemen, países donde se ha manifestado expresiones de violencia en la disputa de Irán con Arabia Saudí y EE. UU., y en cuya relación Hezbolá y Siria han cambiado su posición con relación a Irán, así como Irán la ha redirigido con relación a Hezbolá y Siria, configurando así el Eje de resistencia.

Como ya planteaba en 2016 Tawil Kuri (pág. 168), tras el arribo de Bashar al-Assad, el Estado sirio perdió autonomía con relación a Irán, en el caso de Siria con Hezbolá la relación se invirtió y “ahora es Siria quien depende del apoyo de Hezbolá y no al revés”, también cambió la dinámica comercial pues antes de la guerra el contrabando

¹⁷⁵ Y a otras fuerzas islamistas como Hamás en Palestina.

se efectuaba de Siria a Líbano pero, tras diez años de guerra y asfixiantes sanciones económicas, el contrabando se realiza de Líbano¹⁷⁶ a Siria; a la vez que con Bashar “Irán tuvo permiso para desplegar una presencia casi ostentosa a lo largo y ancho del territorio sirio en escuelas, centros turísticos, en lugares de peregrinación chií (*sic*), incluso en instituciones sunís”, en tanto Hafez al-Assad “siempre [lo] evitó por temor a que los servicios diplomáticos y culturales en Irán irritaran a la mayoría de la población siria”.

Es así como encontramos una relación de cooperación y respaldo político y militar de parte de Irán a Siria en los últimos años, llegando a convertirse la misma en una relación de dependencia, en la que la soberanía siria y los intereses particulares del gobierno de Bashar al-Assad están atados a los reclamos e intereses de Irán en su propio territorio. Relacionamiento que, además, está mediado por los acontecimientos que se desarrollan en las vecinas Líbano, Irak, Turquía y Palestina, sumado a los retos que implican para ambas naciones el reposicionamiento kurdo en la “cuádruple” frontera, en la que no solo deben lidiar con la beligerancia de las insurgencias kurdas sino con los intereses manifiestos de Turquía en la región.

Este entramado de “dependencia” con la que debe lidiar el gobierno sirio con relación a Irán se enlaza con los dilemas propios que implica la alianza con la Federación Rusa, Hezbolá y las Fuerzas de Movilización Popular, y en las cuales los intereses de los distintos actores no necesariamente confluyen entre sí. Las pretensiones del gobierno sirio han llegado a quedar supeditadas a los intereses de esos otros protagonistas sobre el terreno, cuyo contexto se desarrolla en escenarios de confrontación y guerra, y que se ven reflejados tanto en el campo de batalla como en los escenarios de decisión de orden nacional y regional que se plantean con relación a Siria.

No ha sido extraño que los intereses de Rusia e Irán no solamente no confluyeran sino que incluso hayan rivalizado, así como han sido documentadas las labores de mantenimiento de orden público y mediación entre sectores de oposición y tropas gubernamentales por parte de la policía militar rusa en el manejo de ciudades que formalmente han estado desde hace varios años por fuera de la guerra, como ha sido el caso de la ciudad sureña de Daraa.

¹⁷⁶ Contrabando soportado por un Líbano con una profunda crisis económica, social y política durante 2021.

3.4.2 Cordialidad y diferencias en las relaciones sirias con Rusia

Si bien las relaciones de Siria con Rusia se remontan a 1946, año en que alcanzó su independencia, el fortalecimiento de las relaciones con los soviéticos se concretó con la llegada al poder del Partido Baath en 1963 y, de una manera más estable, con el arribo de Hafez a la presidencia a finales de 1970. La URSS brindó apoyo a Siria en los ámbitos educativos permitiendo que miles de sirios obtuvieran becas de formación para estudiar en Moscú, también brindó asesoramiento en el campo militar permitiendo entrenar y modernizar a su ejército, así como apoyar proyectos de infraestructura que abarcaban desde puentes o carreteras hasta centrales eléctricas (Tawil Kuri, 2016, pág. 82).

La relación entre Moscú y Damasco distó en demasía a la alcanzada por Washington y Tel Aviv, dicho relacionamiento estuvo permeado por algunas importantes diferencias que se evidenciaron en las guerras árabes israelíes de 1967 y 1973 donde la prioridad de la URSS “fue evitar la confrontación directa con Washington, lo que llevó a reforzar las capacidades militares de Siria al mismo tiempo que se esforzaba en contener cualquier política ofensiva de Siria contra Israel”. Esa dinámica de la potencia soviética llevó a que el presidente Hafez entre 1970 y 1980 se negara “a firmar un acuerdo de amistad y cooperación con la Unión”; esta dinámica solo sería revertida con el definitivo giro del presidente egipcio Anwar al-Sadat hacia la órbita estadounidense y la firma del Acuerdo de Camp David con Israel en 1978-79, lo que inclinaría definitivamente a Siria a las toldas soviéticas tras los breves acercamientos de 1974 entre Siria y los estadounidenses. Hafez al-Assad percibiría a “Moscú como la única disuasión creíble contra el gobierno de Menachem Begim, en Israel; y de Ronald Regan, en Estados Unidos, así finalmente firmó un Acuerdo de Cooperación y Amistad con los soviéticos en octubre de 1980”, pero manteniendo un “margen de maniobra y suficiente autonomía en sus decisiones de política exterior, a pesar de su dependencia militar respecto de esa superpotencia” (Tawil Kuri, 2016, págs. 82-83).

Así, ad portas de la caída de la Unión Soviética y la incapacidad por parte de Siria de lograr una “paridad estratégica” durante los años ochenta con Israel, el país continuó buscando edificar una capacidad disuasoria con armas convencionales y una presencia regional en su “zona de influencia” sobre actores clave, esta dinámica continuó con Bashar al-Assad “cumpliendo una función importante en el marco de la configuración

militar del conflicto regional y del autoritarismo del sistema político sirio” (Tawil Kuri, 2016, pág. 81).

Las consecuencias de la caída de la Unión Soviética se sintieron con fuerza en todo el globo, principalmente entre sus más importantes y tradicionales aliados. Si bien Siria fue un país central para la presencia de la URSS en la región, los vínculos no fueron tan estrechos tras la llegada de Mijaíl Gorbachov en 1985 como secretario general del Partido Comunista. Así, aunque es innegable que se sintieron los efectos de dicha ruptura en Damasco, Siria se mantuvo a flote en el tema económico e incluso en el campo militar, ya que en este último e importante rubro existía una brecha desigual que se ampliaba cada vez más con relación a Israel.

Las relaciones entre Siria y Rusia se mantuvieron tras la desintegración de la URSS, pero sería hasta 1998 que se reactivaría la venta de armas al país mediterráneo. El acuerdo implicó la compra de un sistema de defensa aérea compuesto por un complejo radar antimisiles y un sistema de lanzamiento de misiles S-300 PMFT. La relación bilateral entre ambos Estados se continuó fortaleciendo hasta la llegada de Vladímir Putin a la presidencia rusa en 1999, la cual “marcó el comienzo de un cambio gradual y sostenido en la política exterior de Rusia y también en la relación bilateral”. Las posiciones sirias y rusas en temas de la región siguieron siendo distantes, por ejemplo, “Siria y Líbano boicotearon la conferencia multilateral para la paz de Medio Oriente, patrocinada por Moscú en febrero del 2000”, bajo el argumento de que “las negociaciones bilaterales con Israel debían preceder a las multilaterales; es decir, primero tenían que haber un progreso significativo en el plano palestino y sirio-israelí antes de hablar de mecanismos de cooperación regional”; así mismo, en la votación de la resolución 1397 del 12 de marzo de 2002 del Consejo de Seguridad de la ONU (CSONU) —abocada al “concepto de una región en que dos Estados, Israel y Palestina, vivan uno junto al otro dentro de fronteras seguras y reconocidas” —, en la cual “Rusia votó a favor de la resolución de los trece miembros, mientras Siria fue el único miembro no permanente” que se abstuvo (Tawil Kuri, 2016, págs. 84-86; CS, 2002).

Las visitas diplomáticas y las negociaciones entre Siria y Rusia en el campo militar se mantuvieron en los años siguientes y se efectuaron compras por parte del gobierno de al-Assad en la búsqueda de reparar y modernizar el equipamiento militar sirio, dichas transacciones fueron fuertemente vigiladas y criticadas por EE. UU. e Israel. En 2005, durante la visita del alto mando militar sirio Ali Habib, se negoció la compra de

equipo militar a la vez que Moscú anunció la “condonación de más del 70 por ciento de la deuda de Siria con Rusia por envíos de armas anteriores (más de \$ 10 mil millones)”, lo que permitía al gobierno árabe la realización de nuevos pedidos (Tawil Kuri, 2016, pág. 178; Landis, 2005).

Mediante los intercambios militares de Rusia, Siria conservó o pretendió conservar una imagen y política de poder regional. Putin y Asad (*sic*) denunciaron repetidamente la política “desestabilizadora de Estados Unidos; en sus respectivas esferas de influencia, Moscú y Damasco intentaban ser un contrapeso a los “valores comunes” que Washington y Bruselas pregonaban y generaban sospechas. (Tawil Kuri, 2016, pág. 179)

Tanto Rusia como China fueron cambiando gradualmente el papel protector sobre sus intereses y los intereses de Siria en la región, ambos miembros permanentes del CSONU han velado por los intereses de la nación árabe de manera gradual. En el primer informe de la Comisión Internacional del fiscal Detlev Mehlis de octubre de 2005, en el que se vinculó de manera oficial a Siria con el asesinato de Rafiq Hariri, ambos miembros del Consejo se abstuvieron de votar la resolución 1636 que buscaba sancionar a Siria; también recibió apoyo ruso cuando Moscú se opuso a la creación y cuestionó la legalidad del Tribunal Internacional que buscaba enjuiciar a los asesinos de Hariri; incluso en la votación de la resolución 1680 del 18 de mayo de 2006, Rusia y China se abstuvieron nuevamente, la resolución buscaba aumentar la presión sobre Siria para el reconocimiento pleno de la “integridad territorial, la soberanía y la independencia política del Líbano” (Tawil Kuri, 2016, págs. 179-180; CS, 2006).

Bajo el gobierno de Putin, Rusia buscaba mantener su presencia en la región y, sin ambigüedad, rechazaba que Siria sufriera la misma suerte que Iraq. Moscú y Damasco hacen *soft-balancing* ante Estados Unidos. La cooperación de Siria dejaba a Moscú un margen importante de maniobra para ayudar a Damasco a salir de su aislamiento (...) [*buscando*] proyectar la imagen de actores constructivos. (Tawil Kuri, 2016, págs. 182-182)

Si bien la relación entre la Siria de Bashar y la Rusia de Putin no había alcanzado los niveles de relacionamiento de la época soviética, esta venía en ascenso y aumentaría con relación a la debilidad gradual que mostraría EE. UU. y los errores de Francia y otros países europeos en la región.

Tras el avance de las revueltas populares en Medio Oriente y el Norte de África y la mutación de las mismas en luchas armadas revolucionarias en Libia y Siria, el gobierno ruso mantuvo, en general, cierta cautela. Esta se veía tambaleada con la resolución 1973 del 17 de marzo de 2011¹⁷⁷ que, si bien exigía tanto la “cesación del fuego”, “encontrar una solución a la crisis” y “proteger a los civiles”, también incluía una zona de exclusión aérea, un embargo de armas y la congelación de los activos libios (CS, 2011). Esto, serviría como antesala, solo dos días después, para la intervención militar por parte de la OTAN desembocando en una intervención aérea de la coalición, el suministro de armas y entrenamiento, así como el envío de mercenarios a territorio libio. Tras meses de confrontación armada se efectuaría la caída y el asesinato de Muamar al-Gadafi el 20 de octubre de 2011.

La segunda década del presente siglo representaría para Rusia el retorno influyente de su política a la arena internacional. A la amarga intervención militar de la OTAN en Libia y el derrocamiento de al-Gadafi en 2011, se daría la anexión de Crimea en 2014 y la consecuente crisis con Ucrania que implicó la presencia de milicias separatistas prorrusas en el este del país en 2014. Con estos antecedentes el escenario sirio pasaría a ser clave en el futuro reposicionamiento ruso en Medio Oriente y el Norte de África; Putin, con el apoyo de Xi Jinping, se negó a tratar la cuestión siria en el Consejo de Seguridad ante la presión de otros miembros del organismo de aplicar la “fórmula libia” y el riesgo de una intervención directa de la OTAN.

Para 2015 el recrudecimiento de la guerra y el intrincado escenario de confrontación en que el gobierno de Bashar al-Assad se veía cada vez más acorralado, el auge de un Estado Islámico que pasaba a controlar cada vez más lugares estratégicos del territorio sirio, teniendo como columna vertebral de expansión el río Éufrates, generó que el gobierno ruso decidiera asumir un papel activo en la guerra, en defensa tanto del gobierno sirio como de sus intereses. El 30 de septiembre del mismo año el “presidente ruso decidió lanzar una extensa intervención militar e incrementar dramáticamente la participación rusa en el conflicto”; a inicios de mes no solo se dispuso el traslado de la aviación rusa, tanques y otros equipamiento militares, sino que se enviaron sobre terreno 1.500 soldados para finalmente proceder con “la primera jornada de bombardeos de la

¹⁷⁷ La resolución fue apoyada por: Bosnia y Herzegovina, Colombia, Estados Unidos, Francia, Gabón, Líbano, Nigeria, Portugal, Reino Unido y Sudáfrica; contó con la abstención de Alemania, Brasil, China, India y Rusia; no hubo ningún voto en contra.

aviación rusa tras ultimar los detalles de su estrategia con el reconocido general iraní Qasem Soleimani” (Martínez, 2016).

La intervención rusa, avalada por Bashar al-Assad, se convirtió en “un paso importante hacia la reconstrucción del poderío ruso en la región”, las acciones bélicas de la Federación “significaron la primera acción bélica de Moscú fuera del entorno inmediato de la Rusia postsoviética”. Los argumentos sobre dichas acciones, y la presencia mucho mayor de los rusos sobre los asuntos sirios, se centraron principalmente en el avance y riesgo que implicaba el Estado Islámico, en “su discurso oficial, Putin aseguraba que su intervención se limitaba a derrotar a las fuerzas islamistas radicales”, pero las razones de su intervención eran mucho más amplias (Martínez, 2016).

Algunas de estas razones expuestas son que “la intervención militar es una extensión del respaldo diplomático brindado por Rusia al gobierno de Bashar Al-Assad (*sic*)”; otras tienen que ver con los intereses estratégicos territoriales y políticos en Siria: como “el comercio de armas y de hidrocarburos, la base naval de Tartus y el levantamiento de las sanciones impuestas a Rusia por su papel destabilizador en Ucrania”; también se ha planteado “el rechazo de los rusos a las intervenciones humanitarias bajo el principio de la Responsabilidad de Proteger (R2P)” del CSONU “por considerarlas ilegítimas, pues encubren cambios de régimen” como sucedió en Libia (Maya-Gómez, 2018, pág. 145). Así como también se ha planteado que “la gran amenaza, que supuestamente representa/[ba] el Estado Islámico” parecía “una simple coartada para expandir el poderío ruso” dado que tras varios meses de intervención se dejó “en evidencia que su propósito principal es preservar al gobierno sirio y asegurar sus intereses geopolíticos en el Cercano Oriente” (Martínez, 2016).

La maniobra de Putin requiere de la destrucción sistemática de las fuerzas rebeldes. Por este motivo no resulta sorprendente que la mayoría de los ataques aéreos rusos han sido dirigidos hacia los grupos militares apoyados por Estados Unidos, Turquía, los países del Golfo y las poblaciones civiles que viven bajo su control. En este contexto, el Estado Islámico siempre fue un objetivo secundario en la incursión del presidente ruso, que intentaba contrarrestar pérdidas territoriales en las áreas más preciadas por el presidente al Assad. Para asegurar el éxito de este objetivo, las fuerzas aéreas rusas utilizaron una de las tácticas más eficaces del gobierno sirio: el bombardeo de centros urbanos y de infraestructura importante. (Martínez, 2016)

Es relevante agregar que el reposicionamiento ruso en Siria ha implicado a su vez un reacomodo con relación a Irán y su influencia sobre el futuro del país. También lo será en el acceso de un mercado, que si bien está desplomado por las sanciones económicas (de la ley César) y la prolongación de la guerra, gradualmente se podría convertir en un socio importante para la economía rusa y sus empresas. Moscú también ha buscado posicionarse como un actor de equilibrio para la región, su relación con Bashar al-Assad le permitió al presidente sirio no solo “ganar” la guerra sino asumir una relativa tranquilidad con relación a su permanencia en el poder. Putin mantiene una relación cercana con Recep Tayyip Erdoğan, lo que implica de manera indirecta una influencia sobre las estructuras opositoras respaldadas por Turquía (TFSA), e incluso sobre otras que operan de manera autónoma (HTS), así como intermediarios entre el gobierno turco y las FDS. En los últimos años se convirtió en un actor importante para AANES tras la arremetida militar de los turcos y el retiro de las tropas estadounidenses en el norte, sirviendo de mediador y permitiendo que fuerzas del régimen retomaran posiciones antes controladas por el PYD, a la vez que realiza patrullajes de manera separada con las fuerzas turcas, las FDS, tropas estadounidenses y naturalmente con el Ejército Árabe Sirio.

Pero la presencia rusa no se reduce a la delicada situación que se presenta en el norte del país, ha sido rutinario que las tropas rusas se encarguen de problemas de seguridad pública entre distintas fuerzas leales a Bashar al-Assad o en escenarios de disputa entre la Cuarta División Blindada y grupos que negociaron la paz con el gobierno sirio, como sucedió en Daraa.

3.4.3 Acercamientos y disputas en las relaciones de Siria con EE. UU.

La relación de Siria con EE. UU. y Europa en la era de Bashar al-Assad ha variado entre escenarios de cordialidad, alto reconocimiento o profunda enemistad, así como ha variado dependiendo de los ánimos y posicionamientos políticos de los distintos gobiernos estadounidenses o europeos. Basta recordar cuando le fue concedida la más alta distinción otorgada por Francia: la Gran Cruz de la Legión de Honor, en cabeza de su presidente Jacques Chirac, al presidente sirio Bashar al-Assad en 2001, o las incómodas sanciones impuestas por EE. UU. desde 2004.

Una fecha importante para entender el cambio en las dinámicas de Siria con EE. UU. y Europa es el 11 de septiembre de 2001 y la derivada campaña emprendida por Bush y sus aliados (Tony Blair y José María Aznar, entre otros) en la “lucha internacional

contra el terrorismo”, la cual cambió “radicalmente la representación que Estados Unidos tenía del sistema internacional, de manera que la lucha contra el terrorismo, al que se consideraba una amenaza global, se volvió el filtro crítico principal, o quizás exclusivo” para el mundo occidental. Desde esta perspectiva EE. UU. “diseñó e implementó buena parte de sus decisiones de política exterior, en especial hacia Medio Oriente”: como también plantea Tawil Kuri (2016, pág. 62), este “momento marcó un antes y un después en la relación de Estados Unidos con Siria; mientras que Washington aspiraba a transformar la región, Damasco buscaba preservar el statu quo”, esto es, ambos diferían “en la interpretación de las estructuras políticas y normativas internacionales y de Medio Oriente, ya sea por razones de interés racional o por elementos cognitivos”.

Pero este nuevo escenario no distanció completamente la agenda siria con los propósitos de EE. UU., si bien desde este último se mantenía una visión preocupante sobre Bashar al-Assad y desde Damasco se leía con preocupación la presencia de los estadounidenses en Irak y Afganistán, el pragmatismo de la administración siria llevó a que se dieran acercamientos apostando por cooperar con Washington. En los meses posteriores a los atentados en contra del World Trade Center los servicios de inteligencia sirios apoyaron a los estadounidenses en la búsqueda de los militantes de Al-Qaeda: los organismos sirios aportaron información sobre Muhammad Haydar Zammar, ciudadano sirio-alemán sospechoso de participar en los atentados, Mohamed Atta, ciudadano egipcio que secuestró uno de los aviones y había trabajado en Alepo en los años noventa, así como Maamud Darkazanli, empresario sirio sospechoso de financiar a Al-Qaeda y de haber brindado apoyo en los ataques a dos embajadas de EE. UU. en África Oriental durante 1998. Esfuerzos que serían agradecidos públicamente por la CIA (Tawil Kuri, 2016, pág. 66).

La apuesta del gobierno de Bashar al-Assad de cooperar con el gobierno estadounidense “contra el terrorismo” resultó prontamente “insuficiente”, teniendo en cuenta las contrastadas relaciones de EE.UU. con aliados de suma importancia como Egipto y Arabia Saudí cuyas relaciones, si bien se vieron deterioradas después del 11 de septiembre, “Washington nunca las puso en tela de juicio”. Por otro lado, con Siria, los neoconservadores “rechazaron el statu quo [*que*] representaba Damasco, porque para ellos sólo conllevaba a amenazas”, en tanto Riad y El Cairo representaban intereses de suma importancia como lo eran el acceso y precio de petróleo del primero y el apoyo a la cuestión israelí del segundo, para EE. UU. Damasco ofrecía un escenario de “ni guerra ni

paz” con Israel, así “las preocupaciones acerca de las intenciones de Estados Unidos e Israel hicieron indispensable el espacio del multilateralismo como bastión de Siria contra las amenazas externas. Su eficacia, sin embargo, fue limitada porque Washington rechazaba el multilateralismo” (Tawil Kuri, 2016, pág. 69).

Es importante aclarar que las tensiones entre Siria y EE. UU. se generaban en torno a cuestiones relacionadas con la política exterior y en una menor medida por asuntos de su política interna. Y ya fuera el gobierno neoconservador de Bush o los demócratas que lo precedieron con Clinton, no llevaron lejos sus demandas en contra del autoritarismo gobernante de la familia al-Assad (Tawil Kuri, 2016, pág. 103).

En vísperas de las revueltas populares la posición de EE. UU. con relación a sus aliados y contradictores se volvió incómoda. La prensa siria elevó críticas al gobierno estadounidense al considerar que había abandonado a Murabak “su aliado más leal y de larga data”, demostrando “una vez más que no era digno de confianza, y también que la pretensión de Estados Unidos de ser el defensor de la libertad y la democracia era mera pretensión, ya que había apoyado la dictadura de Mubarak durante 30 años”. La actitud de EE. UU. con relación a un tradicional aliado en la región condujo a amenazas que advertían con congelar la abundante ayuda económica que recibía y una inquietante espera por ver quién saldría vencedor de dicha crisis para edificar una nueva alianza favorable a los intereses estadounidenses (Mozes, 2011).

Tras las revueltas populares, y en el contexto de guerra, el papel de EE. UU. siguió siendo relevante para Siria, la negación de la administración Obama a suministrar armamento de guerra a los rebeldes sirios, influyó en la dinámica propia del conflicto dada la superioridad militar del gobierno sirio y del mayor acceso a recursos con los que contaba la oposición salafista. El carácter reservado del gobierno estadounidense se derivó de lo siguiente: “Estados Unidos se ha opuesto durante mucho tiempo a armar a los rebeldes con misiles antiaéreos por temor a que caigan en manos de extremistas que podrían usarlos contra Occidente o las aerolíneas comerciales” (Achcar, 2016, pág. 16)

Otro de los argumentos importantes de EE. UU. para mantener un apoyo reservado hacia la oposición siria, aunque en palabras de Achcar (2016, págs. 16-17) fue el principal, es que la administración Obama tuvo poca disposición a intervenir debido a “la obsesión por asegurar una "transición ordenada" y evitar la repetición de la política

iraquí preservando la mayor parte del aparato estatal sirio”¹⁷⁸. Otras acciones del gobierno de Obama respaldan esta hipótesis, por ejemplo, cuando EE.UU. comenzó a bombardear al Estado Islámico en Siria e Irak “tuvo especial cuidado de no golpear ningún objetivo relacionado con el régimen de Assad”, así mismo se propuso entrenar y equipar una fuerza rebelde “moderada” en diciembre de 2014, definiendo como “condición clave (...) para su reclutamiento (...) que debería luchar exclusivamente contra ISIS”. Otro de los casos referenciados fue el proceder del gobierno estadounidense en el “mane[ro] de la crisis de las ‘armas químicas’ en agosto de 2013”, tema que se había convertido en una “línea roja” para un ataque directo por parte de EE. UU., pero la tímida reacción del gobierno estadounidense sorprendió dados los retrasos del presidente norteamericano para efectuar algún tipo de retaliación, además, propuso públicamente por medio del secretario de Estado John Kerry, un acuerdo intermediado por Rusia para que Damasco cediera “su arsenal químico y lo entregara a ‘la comunidad internacional’”. Para Achcar, “la razón real de la asombrosa celeridad de todas las partes para llegar al acuerdo químico no fue otra que su preocupación común por evitar el repentino colapso del régimen sirio”¹⁷⁹.

Es así como EE. UU. se convirtió en actor que pasó de ser un beligerante-activo con actores locales subsidiados contra el gobierno de Bashar al-Assad al inicio de la guerra, para pasar a ser un actor beligerante-activo con relación al Estado Islámico pero observante-pasivo no sólo con relación al gobierno sirio, sino incluso ante el posicionamiento de Turquía y sus aliados en disputa con AANES y las FDS (sus finales y “grandes” aliados al interior de Siria). Este escenario podría servir de diagnóstico para

¹⁷⁸ El argumento de Achcar (2016, págs. 16-17) es respaldado por las memorias escritas de Hillary Clinton, “donde afirma que, a pesar de las diferencias dentro de la administración sobre el curso de las acciones en Siria, todos ‘coincidieron en que era importante mantener la integridad del Estado sirio y sus instituciones, en particular la infraestructura de seguridad, suficiente para evitar el tipo de caos que habíamos visto en Irak después de la caída de Saddam Hussein y la disolución del ejército y el gobierno iraquí’”; y agrega sobre este mismo tema el intelectual libanés que, la por entonces secretaria de Estado, refiriéndose nuevamente a Clinton, “estaba tan dedicada a esa consideración suprema que, como ella misma explica con cierta ingenuidad, cuando ella, junto con el entonces director de la CIA y ex comandante estadounidense en Afganistán e Irak, David Petraeus, abogaron por entrenar y equipar a las fuerzas rebeldes sirias, ‘el objetivo no era construir una fuerza lo suficientemente fuerte como para derrotar al régimen’. Más bien, ‘la idea era darnos un socio en el terreno con el que pudiéramos trabajar y que pudiera hacer lo suficiente para convencer a Assad y sus partidarios de que una victoria militar era imposible’”.

¹⁷⁹ Sobre este tema Achcar (2016, pág. 17) agrega una reflexión que es importante para el presente análisis: “El resultado de todo este cuidado por no dañar al régimen sirio, fue de hecho que ‘confiado en la inacción estadounidense, el señor Al Assad (*sic*) mató tres veces más civiles en los 28 meses posteriores al ataque químico que en los 28 meses anteriores’. Otorgando así al régimen de Assad una licencia de facto para matar con ‘armas convencionales’, Barack Obama pasaría a la historia como el presidente de los EE. UU. que tiene una responsabilidad clave en la destrucción de Siria y su pueblo, (...) [*así como otros*] tres presidentes que tienen responsabilidad por la destrucción de Irak y su pueblo. La diferencia es que, mientras que los tres presidentes anteriores devastaron Irak mediante la agresión militar directa de Estados Unidos, Obama contribuyó a la devastación de Siria al permitir que su régimen dictatorial lo lograra”.

interpretar el proceso de transición hegemónica que actualmente atraviesa el mundo, y en el que EE. UU. no solo pierde capacidad de influencia en el orden mundial, sino que evidencia síntomas de debilidad con relación a actores que en contextos de real hegemonía hubieran cedido a sus pretensiones. Como plantea Jaime Isla Lope:

No tomó mucho tiempo para que el Gobierno estadounidense tomara conciencia del terrible costo financiero, en términos de prestigio y, sobre todo, en vidas humanas de este tipo de aventuras. Por ello, uno de los principales argumentos de campaña de Barack Obama fue: “retirar a nuestras tropas de Irak y de Afganistán”, no creo exagerar si afirmo que este argumento le generó millones de votos. Desde que llegó al poder, Obama se dio cuenta de las limitaciones hegemónicas a las que ya se enfrentaba. De ahí en adelante, para mantener su presencia a nivel mundial, había que hacer más con menos. Para ello, pronunció una nueva doctrina para regular la presencia militar de su país en el mundo. Doctrina que, precisamente se conoce por su nombre, doctrina Obama. Su postulado principal se refería a que Estados Unidos ya no comprometería directamente sus tropas en ningún conflicto. (Vélez, 2022, pág. 297)

La presencia inestable, parcial y menguada de EE. UU. en Medio Oriente y el Norte de África, es una evidencia de la pérdida de hegemonía por parte de la potencia norteamericana, así como síntoma de su reposicionamiento en otras zonas del globo, derivadas de las disputas políticas y económicas particularmente con China (pero también con Rusia), que han centrado su atención en las zonas marítimas del indo-pacífico.

...si Estados Unidos todavía mantiene un peso específico en el orden mundial es por su poderío militar, porque ya no lo hace por su capacidad de consenso sino por coerción, consigue imponerse en diversos asuntos porque todavía su economía sigue siendo importante a nivel mundial, pero también es evidente, qué ya no logra imponer su hegemonía de la manera en que era aceptada y respetada con anterioridad. Su capacidad de acción para influir en el orden mundial ha disminuido. Obviamente, el declive de un orden mundial es paulatino, no se da de golpe, no ocurre de un momento a otro. Todavía serán necesarias muchas protestas y manifestaciones, muchas luchas, muchos conflictos para que Estados Unidos asuma la pérdida de su hegemonía y acepte nuevas condiciones y compromisos a nivel mundial. Sobre todo, que acepte participar multilateralmente en la

construcción de un nuevo orden mundial no hegemónico o posthegemónico que sea diferente. (Vélez, 2022, pág. 285)

Consideraciones finales

La presente investigación se propuso como objetivo identificar las relaciones autoritarias y los procesos de sectarización en la disputa por el poder en Siria en el periodo 2010-2020, para esto se estableció un entramado conceptual que permitiera rastrear si durante el desarrollo republicano e independiente de Siria se consolidó o no un Estado patrimonial, rentista, corporativista, exagerado y vinculado al orden mundial. Esto con relación a la necesidad de examinar la posible impronta o vestigios de autoritarismo y sectarización desde la movilización de identidades etnorreligiosa durante el desarrollo de las revueltas populares y la guerra civil internacionalizada entre 2010 y 2020, e incluso mucho antes de éstas.

Para esto se trazaron tres momentos: el primero, enfocado en un diálogo entre las categorías de análisis, su correlación y si encontraban o no un vínculo histórico, teniendo a la teoría crítica internacional como guía para comprender los orígenes del Estado sirio desde su vínculo al orden mundial. Con el segundo, se buscó historizar y vincular el aparataje conceptual con el desarrollo del Estado sirio, partiendo del contexto colonial tras la Primera Guerra Mundial, pasando por la llegada del Partido Baath en 1963 y la familia al-Assad en 1970 hasta llegar al nuevo siglo. El tercer momento se concentró en los antecedentes de las revueltas populares y el vínculo entre autoritarismo y sectarización etnorreligiosa (teniendo en cuenta el patrimonialismo, el rentismo, el corporativismo y la exageración del Estado) con lo acaecido durante las manifestaciones y la guerra civil internacionalizada.

A partir de este proceso se puede concluir que el entramado relacional de autoritarismo estatal y sociedad se configuró con la repartición colonial de los otrora territorios del Imperio Otomano, con los cuales, no solo se buscó minar el poder del naciente nacionalismo árabe, sino balcanizar el territorio para facilitar su control. Es decir, el autoritarismo vinculado al Estado sirio no aparece ni con el Baath, ni con la familia al-Assad, sino más bien, es continuidad de las dinámicas de poder y control entre las élites gobernantes sirias y las relaciones con el Mandato Francés y la posterior relación neocolonial con EE. UU. y Europa. Por el contrario, la edificación del Estado sirio bajo principios patrimonialistas, rentistas, corporativistas y exagerados, se desprende de su vinculación al orden mundial y a la idea, de la élite alawita y baazista, de mantener un

nivel de autonomía relativa de acción por parte del Estado, tanto en el plano interno como internacional.

En esa vía encontramos que el poder ejercido por el baazismo alawita no solo se sustentó en la autoridad y ferocidad del Estado (autoritarismo), sino en amplios consensos multiétnicos y plurirreligiosos de orden estatal, social, cultural y económico, esto es, se trazó una gobernabilidad entre amplios márgenes de la sociedad a partir de pactos burocráticos y de amiguismo capitalista (*crony capitalism*) entre las distintas élites étnicas y confesionales, dejando por fuera de esa relación excepcionalmente a la comunidad kurda.

Vinculando así, a esta conclusión, que las relaciones de sectarismo, o mejor de sectarización etnorreligiosa, han surgido como estrategia de protección del *statu quo* en los escenarios de convulsión social y política, ya sea desde sectores de izquierda o islamistas, calificando a las distintas oposiciones como un peligro forjado desde el radicalismo islamista, terrorista o fundamentalista, que no solo pone en riesgo al proceso revolucionario institucional sino que además violenta la existencia de las minorías religiosas, la lucha contra el imperialismo occidental o la lucha contra el Estado de Israel, constituyendo así todo un relato de dependencia con la familia al-Assad y el Partido Baath como los garantes de la seguridad dentro del Estado.

Esta relación se vislumbra en tres planos, uno internacional, uno regional y uno local. En cada escenario se constituyen una serie de relaciones de cooperación o de confrontación. En el plano internacional, el orden mundial liderado por EE. UU., Europa e instituciones económicas como el FMI o el BM, así como un entramado de empresas procedentes de esos territorios encuentran en Siria un Estado que reta dicho orden en dos sentidos: uno político y uno económico, el primero, porque no se alinean a los intereses regionales e internacionales de dichas naciones, ya sea con relación a Israel, Irán o Rusia (y en su momento la URSS), y el segundo, porque se niegan a una amplia apertura económica que permita el ingreso de capital transnacional¹⁸⁰, es decir, se constituyen como enemigos en todo orden. En el plano regional, la disputa política se manifiesta principalmente en los desagravios con el Estado de Israel —dado su proceso colonial

¹⁸⁰ Un caso regional relevante para dimensionar lo que sucedió en Siria es Egipto, que tras la llegada Anwar al-Sadat en 1970, dio un giro a su vínculo con la URSS para pasar a ser un aliado no solo de EE. UU. sino de Israel, a la vez que abrió sus mercados y economía al capital transnacional que privatizó el sector público y desmontó el modesto Estado de bienestar edificado por Gamal Abdel Nasser.

sobre los territorios palestinos ocupados y la anexión de los Altos del Golán—, y la alianza con Irán, factor central para dimensionar por qué Siria y EE. UU., a pesar de distintos esfuerzos, no lograron establecer relaciones de otro tipo. Así como una dinámica económica y política local que permitió el acceso de capitales de las monarquías del golfo y una apertura parcial de la economía, pero garantizando que las empresas privatizadas y otros recursos permanecieran en manos amigas y cercanas al Partido Baath y a la familia al-Assad, a la vez que las condiciones económicas y materiales de parte de la población se vieron afectadas ante el inevitable vínculo de la internacionalización de la producción y del Estado al orden mundial.

Este entramado de relaciones explica por qué el Estado sirio sustenta una dinámica patrimonial en el control del poder, y es que ante los innumerables retos locales, regionales e internacionales que ponen en riesgo a las élites gobernantes, esto es, a los garantes de la seguridad nacional, el peligro de que el orden internacional busque sustituirlos por un gobierno afín a sus intereses es un riesgo latente. Y ese reto existencial explica no solo parte de su carácter autoritario sino también la importante aceptación social del gobierno baazista, que, aunque limita y limitaba la acción política de la sociedad mantenía niveles de vida aceptables para una parte importante de su población.

Valdría la pena retomar algunos argumentos vinculados a esos procesos históricos y contextos que amplían y explican la dimensión de dichas conclusiones, en las que la estructura de gobierno del Estado sirio facilitó no solo que Hafez al-Assad conservara el poder tras sortear fuertes crisis¹⁸¹, sino también que, aún en el contexto de guerra civil internacionalizada de los últimos años, su hijo Bashar aprovechara dicho sistema para mantener en pie el gobierno baazista.

Es evidente que no son comparables los contextos que atravesaron padre e hijo en el proceso de consolidar y mantener el poder, pero tampoco se puede negar la importancia del aparato estatal y sus estamentos militares (incluyendo los aparatos de seguridad e inteligencia) que permitieron por décadas mantener aliados económicos, políticos, militares y religiosos, que en momentos cruciales respaldaron a al-Assad hijo, aún en escenarios de riesgo en los que se llegó a postular su inevitable derrocamiento.

¹⁸¹ Crisis como las derivadas de los motines y represión de 1973 con la aprobación de la nueva constitución o la Guerra de Yom Kipur en ese mismo año; las matanzas de Hama y la represión violenta de sectores islamistas y comunistas en 1982; las disputas con su hermano y entonces vicepresidente Rifaat al-Assad en los años ochenta y las dificultades económicas que afrontó el régimen en los años noventa.

El proceso de apropiación del Estado sirio por parte de la minoritaria élite alawita implicó un largo proceso de formación, ascensos y disputas dentro del Partido Baath, el ejército y el gobierno. Desde los años cuarenta ya se estaba dando un cambio importante dentro del estamento militar del Mandato Francés, en el que las minorías drusas, alawitas, circasianas e ismailíes pasaron a integrar las bases de las fuerzas armadas, en tanto la burguesía sunní se concentró en la formación de oficiales; tras la independencia en 1946 se generaría un proceso importante de ascensos de oficiales de origen rural, principalmente de alawitas, drusos e ismailíes.

Pero sería desde 1963, año en que el Baath toma el poder por medio de un golpe de Estado, que los ascensos de liderazgos pertenecientes a estas minorías se ampliarían tanto en las esferas medias-altas del partido como del gobierno y del ejército. En los siguientes dos golpes de Estado: el de 1966 dirigido por el sunní Nureddin al-Atassi, bajo el liderazgo del general izquierdista Salah Jahid, se depuraría a funcionarios sunníes, drusos e ismailíes, en tanto que, con el golpe de 1970, efectuado por el sector conservador del por entonces ministro de defensa Hafez al-Assad con el Movimiento Correctivo, se desharía de los elementos de izquierda afines a Jahid y funcionarios de otras comunidades etnorreligiosas que no le guardaban lealtad. Lo llamativo de dicha disputa entre ambos sectores, es que no tuvo implicaciones propiamente étnico-religiosas sino ideológicas.

Con al-Assad, formalmente en el poder desde 1971, las reformas y la reestructuración de algunos estamentos del Estado, incluido el estamento militar, fraguarían la constitución de un gobierno estable y fuertemente personalista. Pero la estrategia de Hafez al-Assad tras la depuración de funcionarios incómodos en términos ideológicos fue la de integrar a los sectores tanto minoritarios como mayoritarios del entorno político y económico a su gobierno, salvaguardando las instituciones de seguridad e inteligencia con funcionarios de la élite alawita.

De esta manera se generó una estructura burocrática que abarcaba a gran parte del país en un proceso gradual de cooptación del aparato estatal “a través de una red de amiguismo y corrupción”. Se remodelaron las instituciones del Estado tanto de fondo como de forma, se ambientaron las oficinas y los edificios con símbolos de la familia al-Assad, así como con fotos y estatuas del presidente. Dicho proceso de cooptación burocrático implicó que los servicios gubernamentales estuvieran atados a las decisiones del gobierno, siendo las oficinas administrativas las únicas entidades autorizadas para emitir documentos legales, así como una gran ampliación del sector público después del

1970, convirtiendo al Estado como el primer empleador de la nación. Para 2010 se contabilizaban 1.4 millones de trabajadores públicos en Siria (Khaddour, 2015, pág. 4).

De hecho, a lo largo de más de cuarenta años bajo el gobernante Partido Baath, los Assad (*sic*) han desdibujado constantemente las líneas entre el régimen (una colección de redes informales familiares, comunitarias, religiosas y de otro tipo que operan dentro y fuera del marco institucional del estado) y el estado sirio (el aparato que administra el país y proporciona servicios). (Khaddour, 2015, pág. 4)

Las alianzas con la élite económica damascena y sunní, que incluye al entorno empresarial de la familia al-Assad con los Makhlof (principalmente Rami Makhlof, primo materno de Bashar), nos ofrece un capitalismo de Estado (corporativista estatal) entre amigos; la delegación de cargos políticos medios y altos para integrantes de las minorías religiosas: cristianas, drusas y armenias, y la compartimentación con la élite política sunní en altos cargos del gobierno permitiendo cooptar los liderazgos de las otras comunidades religiosas.

La delegación de los estamentos militares y de inteligencia en manos de la élite alawita y concretamente del clan Kalbiyya, al cual pertenecen los al-Assad, se ha caracterizado por su rígido control de la sociedad desde un carácter feroz, en el que la guardia pretoriana leal busca salvaguardar la seguridad del régimen a toda costa. Para el caso de la Siria de los últimos años, dicha guardia ha estado bajo órdenes del hermano de Bashar: Maher al-Assad, y en las primeras etapas de la presidencia de Hafez, por su hermano Rifaat al-Assad; sumado esto a un sistema de partido único, con apariencia de sistema político multipartidista por los partidos que integran el Frente Nacional Progresista, una serie de organizaciones políticas lideradas y bajo tutela del Partido Baath, y la disposición de un sistema electoral en el que el presidente no disputaba las elecciones con otros candidatos, sino que el electorado renovaba su mandato cada siete años, evidenciando su carácter hereditario y patrimonial.

Las bases sociales del partido y la sociedad civil también fueron integradas al proyecto de Estado del Baath: los sindicatos, las organizaciones juveniles y de infancia, las asociaciones de mujeres, las entidades de beneficencia, las organizaciones estudiantiles y en general los procesos de organización social fueron adheridos al régimen como ejercicio de cooptación que, al ser desprovistas de su contenido ideológico posibilitaron cierta despolitización y rompieron su capacidad de incidencia y poder

político dentro de las estructuras del Estado, a la vez que la participación política de la oposición era prácticamente inexistente.

Es importante aclarar que ese proceso de cooptación e integración no se da en una sola vía, esto es, bajo relaciones verticales o de imposición, por el contrario, se sirve de una multiplicidad de fórmulas y condiciones que no solo facilitan el acercamiento entre el Estado y los grupos que componen la sociedad, sino que a su vez le ofrecen estabilidad y confiabilidad.

Hay elementos de análisis que son transversales en el recorrido que acabamos de realizar buscando develar los rasgos más importantes en la consolidación del Estado sirio. Por un lado, tenemos una presencia colonial persistente, que incluso se ha mantenido solapada con dos actores relevantes: primero con Francia y luego con EE. UU., así como tenemos en otro margen y como aliado del gobierno sirio a la URSS (y posteriormente a Rusia), incluso más allá de lo ideológico. Para el caso de los sirios ha sido importante Rusia como apoyo de contra peso dada su enemistad con Israel y el papel de Estado Unidos como protector de los intereses sionistas¹⁸², así como para Rusia el gobierno sirio se convirtió en el único actor de la región con el cual podía mantener una relación cordial a la vez que no perdía su presencia —aunque muchas veces pasiva— en Medio Oriente. Esto último, resulta fundamental para entender la importancia de la presencia de Rusia y su creciente influencia en la región los últimos años.

En este proceso también es importante evidenciar cómo el arribo de los al-Assad en el control del Estado sirio implicó la estabilización del país caracterizado por continuos golpes de Estado, purgas internas, sectarismo e inestabilidad política. Erigiéndose como el *único actor capaz* de mantener la cohesión del gobierno y los grupos de interés alrededor suyo, sirviéndose de un amplio abanico de herramientas, tanto represivas como de consenso, que se vinculaban a un importante culto a la personalidad del líder, a la vez que se proveían beneficios de distinta índole a los *stakeholders* del régimen político, los estamentos de seguridad, el sistema económico, las instituciones religiosas y las bases sociales.

La diversidad étnica y religiosa en la ocupación burocrática del Estado va a ser importante para entender la superación de las distintas crisis que atravesó el gobierno

¹⁸² Aunque como hemos mencionado con anterioridad, el apoyo de la URSS a Siria en los conflictos bélicos de 1967 y 1973 con Israel fueron limitados, dado el interés soviético de no confrontar con EE. UU.

sirio, y por qué durante las revueltas populares del 2011 resultó difícil ampliar la protesta social a las clases medias de la sociedad. También será importante develar cómo operaron las minorías etnorreligiosas y la mayoría sunní, y qué tanto importó su respaldo al gobierno durante el inicio de las manifestaciones como en las etapas más violentas de la confrontación armada.

El autoritarismo ha sido una característica del gobierno sirio durante la mayor parte de su periodo republicano, pero también durante su relación colonial con el Mandato Francés. El calculado control de la población en asuntos de corte político ante la posible aparición de una oposición de cualquier tinte ideológico, a la vez que se han proveído formas de vida según las necesidades de las distintas comunidades étnicas y religiosas ha sido una de las fortalezas del gobierno sirio¹⁸³. Pero con la aparición de las primarias y periféricas protestas la mano dura del Estado y su posición poco predispuesta al diálogo y la negociación amplió las demandas de los indignados en 2011, escenario que ya se había vislumbrado, en parte, con los procesos de apertura política a inicios del siglo con los círculos y clubes de debate del Movimiento de la Sociedad Civil en el año 2001.

Pero Siria en su etapa previa a las revueltas populares no solo se caracterizaba por su diversidad cultural, étnica y religiosa con estilos de vida para nada lejanos a los de otras ciudades costeras del mediterráneo, sino también por unas parciales reformas económicas liberales que, si bien mantenían al país con un crecimiento económico constante, las capas más bajas de la sociedad, incluyendo a los jóvenes y comunidades ruralizadas, se veían cada vez más empobrecidas, con un creciente desempleo y con un deterioro importante en las condiciones de vida.

El estallido social en Túnez y Egipto sería un estimulante para sectores sociales sirios que no veían alejados dichos contextos de descontento con las condiciones que vivían en su país. La violenta represión del gobierno, los encarcelamientos, las torturas, las masacres y el miedo como herramienta disuasoria, llevaría a muchas más personas a las calles hasta la aparición de la resistencia armada como respuesta a los disparos

¹⁸³ Es interesante el sincretismo religioso desarrollado por Bashar al-Assad, entre sus visitas a mezquitas, iglesias y otros templos, y el vínculo social y político con las distintas comunidades religiosas. A su vez, cómo socialmente en Siria hay una manifestación de diversas prácticas liberales y conservadoras, que se entremezclan entre la práctica piadosa de asistir a las mezquitas o a las iglesias o veranear con plena libertad en las playas de Tartous. Es decir, como sucede en tantas otras partes del Mediterráneo o del mundo.

indiscriminados del gobierno y que cambiaría hasta entonces la intocable estabilidad de la República Árabe Siria.

Siria, tras 10 años de guerra registra al menos 500.000 personas muertas y desaparecidas. Según el Observatorio Sirio para los Derechos Humanos (SOHR, por su sigla en inglés) a marzo del 2021 se registraron 387.118 personas muertas (116.911 civiles) y 205.300 se encuentran desaparecidas (88.000 civiles); en tanto a septiembre del mismo año las Naciones Unidas calcula en 350.209 las personas muertas y la Red Siria por los Derechos Humanos (SNHR, por su sigla en inglés) calcula en 149.862 las personas detenidas/desaparecidas. De 22 millones de habitantes antes de la guerra, Siria cuenta actualmente con 6.7 millones de desplazados internos y 6.6 millones de refugiados fuera del país, de los cuales 5.6 millones se encuentran en países vecinos¹⁸⁴, lo que significa que el 55% de los sirios huyeron de sus hogares. Si esto no fuera suficiente, 40.000 niños extranjeros de 60 nacionalidades distintas, hijos de integrantes y exintegrantes de Estado Islámico que sus países de origen se niegan a repatriar con sus familias, se encuentran recluidos en el campamento de Al-Hol, “medio millón de niños menores de cinco años en Siria sufren retraso en el crecimiento como resultado de la desnutrición crónica”, “2.45 millones de niños de Siria y otros 750.000 niños sirios que viven en países vecinos no van a la escuela (un 40% son niñas)”, “12.000 niños han muerto o han resultado heridos”, “fuerzas combatientes han reclutado a más de 5.700 niños, algunos de ellos con tan solo siete años”, “más de 1.300 instalaciones educativas y centros de salud han sido objeto de ataques”, dejando solo el 58% de los hospitales y el 53% de los centros de salud en pleno funcionamiento y en el último año “el precio promedio de la canasta de alimentos aumentó más del 230%” (BBC, 2021; OHCHR, 2021; SNHR, 2021; UNHCR, 2021; Noticias ONU, 2021; UNICEF, 2021).

La administración y control del territorio sirio continúa fragmentado principalmente por cuatro fuerzas políticas y militares: el gobierno de la *República Árabe Siria* en cabeza de Bashar al-Assad controla el 63,38% del país; la *Administración Autónoma del Norte y Este de Siria* en el noreste, liderada por el PYD y las FDS, controla el 25,64% del territorio (incluyendo zonas del norte de Aleppo como Azaz, Manbij y Ayn Al-Arab); en tanto el *Gobierno de Salvación Sirio* de Hayat Tahrir al-Sham (HTS) con predominio en la gobernación de Idlib y el *Gobierno Interino Sirio* con el Ejército

¹⁸⁴ Turquía alberga a 3.7 millones de refugiados, Líbano a 844.056, Jordania a 672.804, Irak 250.419 y Egipto 135.239 (UNHCR, 2021).

Nacional Sirio (SNA/ TFSA) controlan el 10,98% restante; estos últimos, tienen presencia en Idlib, el norte de Aleppo (Afrin y zonas de Azaz, Al-Bab y Jarabulus), la franja del noreste entre Tal Abyad, Ras al-Ayn, Ayn Issa y Tall Tamr y el enclave que circunda Al-Tanf en el sur sobre la frontera de Jordania e Irak (Jusoor, 2023).

En algunos territorios la presencia y control de los distintos entes administrativos no es homogéneo, por un lado, porque distintas fuerzas conviven en algunas zonas aún con sus diferencias y confrontaciones, como sucede en Idlib con SNA/TFSA, HTS y otras fuerzas salafistas y moderadas, también sucede en zonas bajo control de AANES en las que se entremezcla la presencia de sus autoridades con fuerzas políticas y militares del gobierno de Bashar al-Assad, o como sucede en el sur (Daara) donde estructuras anteriormente en oposición tras negociar con el gobierno permanecen bajo zonas controladas por el régimen. Así como también la presencia de células durmientes del Estado Islámico tienen presencia en Dayr al-Zor, Homs y al-Hasakah, donde realizan continuos ataques en contra de AANES y el gobierno sirio¹⁸⁵.

¹⁸⁵ Tras dos años de la derrota militar del Estado Islámico y diez del inicio de la guerra civil, la presencia de las estructuras takfiristas de ISIS en Siria se caracteriza por su operación en los campos de detención de familiares como Al-Hol y Al-Roj, las prisiones donde están detenidos unos 15.000 excombatientes y las células durmientes que aún permanecen clandestinamente sobre terreno. Para el caso del campo de detención de Al-Hol donde se concentran más de 60.000 personas (67% son menores de edad, 50% son de origen iraquí, unas 9.000 son desplazadas de los otrora territorios bajo control de ISIS y 10.000 son de nacionalidades distintas a las sirias e iraquíes), se estima que entre 500 y 1000 integrantes del desaparecido califato se encuentran allí resguardados, contando con armas y materiales que han servido para atacar a sus contradictores en el campo, así como a las Unidades Antiterroristas (YAT, por su sigla en kurdo), las FDS e incluso a miembros de Médicos sin fronteras. En 2020 se registraron 35 homicidios y en 2021 se contabilizaron 93 asesinatos, producto de “disparos, hombres y mujeres acuchillados, lapidados e incluso decapitados siguiendo las sentencias dictadas por las cortes religiosas que el ISIS ha impuesto en el campo”. Estas dinámicas han generado que los radicales de ISIS logren “mimetizar la estructura del califato dentro de Al Hol y crear unidades de la *hisba* —policía religiosa—, así como un brazo ejecutivo de escuadrones de mujeres encargadas de los castigos a los que no siguen al califato: ejecuciones de los kufar (impíos en árabe), palizas o la quema de tiendas” (Sancha, 2021; RIC b, 2022). Las personas retenidas en el campamento de Al-Hol tienen en común que habían vivido bajo el dominio de Estado Islámico, que fueron ingresando conforme caían los dominios de ISIS bajo manos de las FDS (e incluso de Bashar al-Assad pero optando por entregarse a AANES) y que la gran mayoría no son sirios, las autoridades autónomas han reclamado a la comunidad internacional la necesidad de repatriar a los excombatientes y sus familias a sus países de origen, así como a la creación de una corte internacional que permita juzgar a los militantes de ISIS. En 2020 el campo llegó a albergar a 73.000 personas, la Administración aplicó, en octubre de ese mismo año, una amnistía general para los residentes sirios que no estuvieran conectados con crímenes atroces, pudieran regresar a sus regiones de origen, y si bien un número importante de personas fueron reubicadas (sumado a otras docenas de personas, principalmente niños y mujeres, repatriadas a países como Rusia, Uzbekistán, Alemania, Kazajistán y Macedonia), muchas personas han decidido permanecer en el campamento por miedo a regresar a las zonas bajo control de los al-Assad o por las carencias económicas y de vivienda tras diez años de guerra (RIC, 2021; RIC b, 2022; Euronews, 2021). Durante 2019 las células durmientes del Estado Islámico ocasionaron en los territorios bajo control de AANES 906 incidentes con 415 muertes y en 2020 generaron 572 incidentes con 209 muertes (Van Wilgenburg, 2021).

Llegar a este punto ha implicado un largo trasegar histórico para Siria y la familia gobernante que ha estado atornillada en el poder al mejor estilo de las monarquías del Golfo, en parte, a importantes ejercicios de consenso social y autoritarismo, que aún bajo las presiones de Israel, Europa y EE. UU. y algunos países de la región como Turquía, Qatar y Arabia Saudí, ha logrado sortear los peores escenarios posibles en los últimos diez años.

La injerencia del orden mundial ha reforzado la presencia y continuidad de gobiernos autoritarios, ya sean estos amigos o enemigos de EE. UU. y Europa, repúblicas o monarquías, patrimonialistas o neopatrimonialistas, “socialistas”, liberales o neoliberales. La constitución de Estados autoritarios, muchos de ellos reforzando dinámicas sectarias en la región, se han edificado bajo el beneplácito y patrocinio de la hegemonía mundial —con los países amigos— o también bajo la presión y amenaza de esa misma hegemonía —con los Estados rebeldes—, para el caso de los primeros permitiéndoles operar como así lo consideren, siempre y cuando no se rompa el flujo de recursos (principalmente petróleo) y no se amenacen los intereses sobre la región —como la existencia del Estado de Israel—, o para el caso de los segundos, ejerciendo presiones o sanciones que buscan penetrar y dañar sus economías, así como influir sobre sus políticas para que sean acordes a los lineamientos hegemónicos o facilitar los cambios de gobierno, mediante estrategias de *soft power* y *hard power*, por sectores políticos y económicos afines al orden mundial.

Estas relaciones están mediadas por la internacionalización de la producción, tanto hacia el interior como hacia el exterior, en la vinculación del dominio del capital internacional sobre el nacional de todos los Estados, pero en los cuales no todos se benefician de la misma manera, sino que se impone la política del más fuerte. Esto no implica que sólo los países centrales de la hegemonía económica mundial se beneficien, sino que las burguesías nacionales de la región que adoptan la economía neoliberal (o liberal) se benefician a partir de la proletarización de la economía interna, así como de las rentas derivadas de dichas relaciones.

El recorrido realizado en la presente investigación también ha develado claros síntomas de autoritarismo y sectarización desde mucho antes del arribo del Baath en 1963, aunque también ha sido necesario matizar que con el gobierno de Hafez al-Assad la dinámica sectaria cambió hacia dinámicas de consenso con los grupos étnicos y religiosos tanto mayoritarios como minoritarios —exceptuando a las comunidades kurdas—, así

como partidos y movimientos de amplios espectros ideológicos, siendo principalmente en los escenarios de malestar social del plano interno que el gobierno sirio ha optado por instrumentalizar y asumir dinámicas de sectarización con la oposición.

Esta dinámica no se genera exclusivamente con grupos que se movilizan desde nociones religiosas, sino que se aplica con cualquier actor riesgoso para el *statu quo*, cambiando o combinando discursos a partir de cuestiones como: la amenaza a la seguridad nacional, el imperialismo o el terrorismo internacional; las amenazas subversivas, la amenaza sionista y el debilitamiento del sentimiento nacional; la conspiración islamista, la propagación de información falsa o la incitación a la lucha entre comunidades; así como la conspiración destinada a provocar una guerra sectaria o la conspiración armada salafista-yihadista-takfiri han sido parte del repertorio discursivo del régimen. Estos postulados han buscado reforzar el imaginario de un enemigo interno durante cinco décadas y han resultado útiles para reprimir duramente a los sectores que cuestionan el estado de las cosas, sustentando desde el miedo lo que podría significar la ruptura del orden establecido, sus instituciones y sus privilegios.

Nuevamente es necesario matizar que algunos de estos discursos en momentos concretos podrían representar una amenaza real, pero el proceso de sectarización y autoritarismo se impone cuando, no solo se rompen los intentos de organización o de protesta, sino que se diluye cualquier intento de crítica o reflexión pública que cuestione al régimen usando discursos y prácticas que buscan englobar dichos diálogos en una amenaza o una conspiración, por ejemplo salafista o imperialista, que debe ser eliminada. Prácticas recurrentes, no sólo en los gobiernos autoritarios de todo el mundo, sino de sectores de oposición también autoritarios que se sirven de discursos sectarios para elevar como amenaza a grupos o personas cercanas o partícipes del gobierno y legitimar así su exclusión o eliminación, como sucedió en nuestro caso de estudio con las acusaciones a la comunidad alawita por parte de la oposición salafista.

Como hemos mostrado, las variables de análisis sobre los fenómenos de conflicto o inestabilidad en la región, la mayoría de las veces tienen un trasfondo político y económico en lugar de religioso. Y, si bien la religión es importante, resulta ser principalmente un elemento de legitimidad y cohesión de la que se sirven las élites gobernantes o los grupos tomadores de decisiones para operar sobre escenarios en los que la religión es importante en el día a día de las comunidades. Lo que a su vez evidencia que esto no es un asunto del todo exclusivo de Medio Oriente y el Norte de África.

Esta instrumentalización la hemos evidenciado en varios escenarios de la historia siria, podríamos mencionar la labor realizada por Hafez al-Assad de traer nuevamente el islam al centro del gobierno como elemento de legitimidad y de alianzas, o el uso que ha hecho Bashar al-Assad al asistir a las mezquitas y mostrarse como un gobernante piadoso, a la vez que acusaba a cualquier tipo de oposición islamista de una conspiración salafista¹⁸⁶; o, para el caso de la oposición, como hemos mencionado, que se ha servido de discursos y prácticas sectarias para legitimar sus acciones contra el gobierno y otras comunidades.

Pero el escenario regional también nos ofrece ejemplos llamativos de cómo se instrumentaliza el factor religioso, como ocurre en la rivalidad entre Arabia Saudí y Qatar, dos países muy importantes en el soporte de las vertientes más conservadoras del islam sunní para la región pero que, en los últimos años, han mantenido una disputa política importante principalmente porque los saudíes ven con preocupación sectores salafistas que podrían cuestionar su existencia y son patrocinados por los qataríes. O como se desarrolla a su vez la relación entre Qatar e Irán, donde ha primado la cordialidad e incluso el apoyo ante las sanciones aplicadas a ambos países, estos ejemplos son relevantes para evidenciar que, precisamente el discurso sectario resulta conveniente cuando los intereses económicos o políticos requieren un revestimiento religioso que les provea legitimidad.

El sectarismo también ha alcanzado niveles internacionales para fundamentar la presencia y los excesos de potencias como EE. UU., Reino Unido o Rusia en la región, para el primer caso nos basta recordar la guerra contra el “terrorismo islámico” que “legitimó” la presencia de los estadounidenses en Irak y Afganistán, sacrificando a ambos países a dos desgastantes guerras; o el ingreso de los rusos en el conflicto sirio bajo el argumento de la lucha contra el terrorismo del Estado Islámico, aunque sus bombardeos se concentraron en las zonas bajo presencia de la oposición salafista y moderada, denominada homogéneamente por países aliados y por medios internacionales afines al gobierno de al-Assad como terroristas¹⁸⁷.

El autoritarismo y los procesos de sectarización en Siria se han visto alimentados por una gran variedad de actores, que se han servido de ambas prácticas, en las cuales, juntas como herramientas de legitimación buscan estigmatizar, excluir o eliminar a

¹⁸⁶ O para el caso kurdo acusando a AANES de una agenda imperialista (por el apoyo recibido de EE. UU.) o de separatismo kurdo.

¹⁸⁷ Medios como Telesur o Russia Today se han encargado de ampliar dichas narrativas.

contrarios que desafíen los postulados de quienes detentan dichos discursos. Una de las conclusiones de estos procesos de sectarización es que varían dependiendo de los contextos y los conflictos, tomando una connotación discursiva a veces “más religiosa” o “más política”, con la dificultad que puede implicar en muchos casos, hacer una separación de una u otra variable, podríamos entonces plantear que detrás de cada acción y decisión revestida de un carácter religioso, subyacen intereses principalmente políticos y económicos de las élites regionales, locales o comunitarias autoritarias. Y, que, si bien en la puesta en escena y la acción misma puede existir una noción religiosa que considere necesaria la eliminación del otro a partir de cierta formación o educación (enajenación cultural), desde ciertos prejuicios y desde ciertos sujetos concretos, ninguna religión ni sus doctrinas son inmutables ni absolutas —como tampoco lo es ninguna ideología—, lo que implica que las acciones violentas o de exclusión de las que hemos hablado subyacen en intereses mayores, es decir intereses instrumentalizados.

Ya sea el Estado Islámico, Al-Qaeda o el Talibán, ya sean las fuerzas paramilitares en Colombia o el narco mexicano; ya sea los jemereros rojos en Camboya, Sendero Luminoso en Perú o el Comando Ricardo Franco; ya sea el Ejército de Resistencia del Señor en Uganda o el Kach sionista; ya sea el supremacismo blanco o la violencia sobre los rohinyás en Myanmar; ya sea el eurocentrismo secular/radical autoritario o cualquiera de tantas recientes campañas de invasión militar¹⁸⁸, estos solo son algunos ejemplos modernos de violencia radical, que se justifican desde distintas ideologías de sustento o carácter político, religioso, económico, cultural e incluso geográfico que encuentran entre sí, como factor común, el autoritarismo y una justificación retórica que permite la eliminación del *otro*.

Finalmente, queda abierto el panorama para profundizar en futuras investigaciones la relación entre economía, política y religión, el radicalismo religioso y su funcionalidad para las potencias que buscan derrocar o debilitar gobiernos que están por fuera de sus órbitas de influencia, las relaciones mixtas y contradictorias de poderes internacionales, regionales y locales con actores que aparentemente son contradictorios, pero que en alianzas, bajo el principio de que el enemigo de mi enemigo es mi amigo, buscan desestabilizar enemigos en común; así como profundizar sobre el vínculo entre la

¹⁸⁸ Si bien solo mencionamos algunos actores y fenómenos recientes de violencia radical o extrema, también es cierto que distintos procesos históricos aparentemente no radicales, como los procesos de independencia o las guerras civiles entre liberales y conservadores o entre centralistas y federalistas en toda América, solo por mencionar algunos casos cercanos, también estuvieron permeados por ejercicios de violencia extrema.

herencia colonial y los autoritarismos presentes en Medio Oriente y el Norte de África bajo “nuevos” escenarios neocoloniales que reproducen contextos de violencia y de expoliación de los recursos estratégicos de dichos territorios.

Glosario de siglas y acrónimos¹⁸⁹

AANES: Administración Autónoma del Norte y Este de Siria

BM: Banco Mundial

CCG: Gulf Cooperation Council (Consejo de Cooperación del Golfo)

CCL: Comités de Coordinación Locales

CIA: Central Intelligence Agency (Agencia Central de Inteligencia)

CSONU: Consejo de Seguridad de la ONU

DPP: Syrian Democratic People's Party (Partido Popular Democrático)

EE. UU.: Estados Unidos

FDS: Fuerzas Democráticas Sirias

FMI: Fondo Monetario Internacional

FSA: Free Syrian Army (Ejército Libre Sirio)

GCC: Gulf Cooperation Council (Consejo de Cooperación del Golfo)

GO-NGO: Governmental Operated – Non Governmental Organization (Organización No Gubernamental – Operada por el Gobierno)

GRK: Gobierno Regional del Kurdistán

HTAS: Hay'at Tahrīr ash-Shām (Organización para la Liberación del Levante)

ISIS: Islamic State of Iraq and Syria (Estado Islámico de Irak y el Levante)

MAST: Ministerio de Asuntos Sociales y de Trabajo

MENA: Middle East and North África (Medio Oriente y Norte de África)

NES: The North East of Syria (Administración Autónoma del Norte y Este de Siria)

OLP: Organización para la Liberación de Palestina

¹⁸⁹ Entendemos por sigla “un signo lingüístico formado generalmente con las letras iniciales de cada uno de los términos que integran una expresión compleja (..) así como a cada una de las letras que conforman esta clase de signos lingüísticos”, y por acrónimos “a aquel tipo de sigla que puede leerse con naturalidad en español sílaba a sílaba” (FundéuRAE, 2013).

ONG: Organización no gubernamental

ONU: Organización de las Naciones Unidas

OTAN: Organización del Tratado del Atlántico Norte

PC: Partido Comunista

PDK: Partiya Demokrat a Kurdistanê (Partido Democrático de Kurdistán)

PDK-S: Partiya Demokrat a Kurdistanê li Sûriyê (Partido Democrático del Kurdistán de Siria)

PIB: Producto interior bruto

PKK: Partiya Karkerên Kurdistan (Partido de los Trabajadores de Kurdistán)

PYD: Partiya Yekîtiya Demokrat (Partido de la Unión Democrática)

PUK: Patriotic Union of Kurdistan (Unión Patriótica del Kurdistán)

RAU: República Árabe Unida

RR. II.: Relaciones internacionales

RSFSR: República Socialista Federativa Soviética de Rusia

SNA: Syrian National Army (Ejército Nacional Sirio)

SNC: Syrian National Council (Consejo Nacional Sirio)

SNHR: Syrian Network for Human Rights (Red Siria por los Derechos Humanos)

SOHR: Syrian Observatory for Human Rights (Observatorio Sirio para los Derechos Humanos)

SPKS: Şepêla Pêşeroja Kurdî li Sûriye (Movimiento del Futuro Kurdo en Siria)

TC: Teoría crítica

TCI: Teoría Crítica Internacional

TFSA: Turkish-backed Free Syrian Army (Ejército Libre Sirio apoyado por Turquía)

UNAM: Universidad Nacional Autónoma de México

URSS: Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas

YAT: Yekîneyên Antî Teror (Unidades Antiterroristas)

YBŞ: Yekîneyên Berxwedana Şengalê (Unidades de Protección Sinjar)

YJÊ: Yekîneyên Jinên Êzîdxan (Unidades de Mujeres de Êzîdxan)

YPG: Yekîneyên Parastina Gel (Unidades de Protección Popular)

YPJ: Yekîneyên Parastina Jin (Unidades de Protección de la Mujer)

Referencias

- Abdul-Zahra, Q. (15 de diciembre de 2013). *Prominent Shiite cleric backs fighting in Syria*. Obtenido de AP NEWS: <https://apnews.com/article/253391843c63482db0b973af758f070d>
- Achcar, G. (2013). *The people want: a radical exploration of the Arab uprising*. Los Angeles: University of California Press.
- Achcar, G. (2016). *Morbid Symptoms. Relapse in the Arab Uprising*. California: Stanford University Press.
- Ahmed, S. (2016). *What Is Islam? The Importance of Being Islamic*. Princeton: Princeton University Press.
- Al Jazeera. (8 de abril de 2011). *Assad attempts to appease minority Kurds*. Obtenido de Al Jazeera News: <https://www.aljazeera.com/news/2011/4/8/assad-attempts-to-appease-minority-kurds>
- Al Maleh, E. (27 de enero de 2011). *نداء لبدء ثورة الياسمين في سوريا الحبيبة [Video]*. Recuperado el 29 de julio de 2021, de Youtube: https://www.youtube.com/watch?v=ncSiS-i4818&ab_channel=EyaasAlMaleh
- Albert, J. (2008). Las relaciones entre los fascismos y el movimiento nacionalista árabe. *Revista de Estudios Internacionales Mediterráneos - REIM*(6), 53-77.
- al-Husseini, J. (2013). Los refugiados palestinos de Siria Apátridas sin protección jurídica, son reducidos a la categoría de víctimas de situaciones fuera de su control. Es la ocasión de replantearse su estatuto. *AFKAR/IDEAS*, 34-36.
- Al-Jazeera. (17 de marzo de 2016). *Al Jazeera News*. Obtenido de Syria civil war: Kurds declare federal region in north: <https://www.aljazeera.com/news/2016/3/17/syria-civil-war-kurds-declare-federal-region-in-north>
- Al-Manar. (12 de octubre de 2017). "قوات سوريا الديمقراطية: سُنشُكل "مجلس عسكري في محافظة إدلب" قريبا". Obtenido de Al-Manar Web site: <https://almanar.com.lb/2746093>
- al-Masri, A. (6 de septiembre de 2017). *The Decline of the Syrian Elite Forces*. Obtenido de Atlantic Council: <https://www.atlanticcouncil.org/blogs/syriacouncil/the-decline-of-the-syrian-elite-forces/>
- Al-Quds. (29 de septiembre de 2014). *قائد بالجيش السوري الحر: نصد هجمات "داعش" عن مدينة كوباني على الجبهتين الشرقية والغربية*. Obtenido de Al-Quds Al-Arab: <https://www.alquds.co.uk/%d9%82%d8%a7%d8%a6%d8%af-%d8%a8%d8%a7%d9%84%d8%ac%d9%8a%d8%b4-%d8%a7%d9%84%d8%b3%d9%88%d8%b1%d9%8a-%d8%a7%d9%84%d8%ad%d8%b1-%d9%86%d8%b5%d8%af-%d9%87%d8%ac%d9%85%d8%a7%d8%aa-%d8%af%d8%a7%d8%b9/>
- Al-Tamimi, A. (2 de octubre de 2014). *The Dawn of Freedom Brigades: Analysis and Interview*. Obtenido de Ymenn Jawad's personal website: <http://www.aymennjawad.org/15444/the-dawn-of-freedom-brigades-analysis>

- Al-Tamimi, A. J. (21 de diciembre de 2020a). *Liwa al-Shamal al-Dimoqrati: Component of the Syrian Democratic Forces*. Obtenido de Aymenn Jawad Al-Tamimi's Blog: <https://aymennjawad.org/2020/12/liwa-al-shamal-al-dimoqrati-component-of>
- Al-Tamimi, A. J. (5 de diciembre de 2020b). *The Internal System of the Syrian Democratic Forces (SDF)*. Obtenido de Pundicity: <https://www.aymennjawad.org/2020/12/the-internal-system-of-the-syrian-democratic>
- Álvarez-Ossorio, I. (2010). Un museo de supervivencias religiosas. Las fronteras étnico-confesionales. *Culturas*, 63-76.
- Álvarez-Ossorio, I. (2011). Las paradojas del islam político en Siria. *Revista CIDOB d'Afers Internacionals*(93-94), 163-178.
- Álvarez-Ossorio, I. (2012). La sociedad civil ante la intifada siria. En L. Mesa Delmonte, *El pueblo quiere que caiga el régimen* (págs. 331-352). Ciudad de México: El Colegio de México, A. C.
- Álvarez-Ossorio, I. (2015). El enroque autoritario del régimen sirio: de la revuelta popular a la guerra civil. *Revista CIDOB d'Afers Internacionals*(109), 157-176.
- Álvarez-Ossorio, I. (2017). La fractura del campo islamista en el conflicto sirio. En G. Conde, *Siria en el tirbellino: insurrección, guerras y geopolítica* (págs. 57-84). Ciudad de México: El Colegio de México A.C.
- Álvarez-Ossorio, I. (2020). La herencia colonial en la Siria actual: fracturas sociales e implicaciones políticas. *Miscelánea de estudios árabes y hebraicos. Sección Arabe-Islam*(69), 101-128.
- al-Wasl, Z. (07 de julio de 2016). *zamanalwsl*. Obtenido de 400 Sheitat tribesmen joined U.S.-backed alliance to fight ISIS: sources: <https://en.zamanalwsl.net/news/article/13416>
- Andrew J., T. (2016). Introduction: A Century of Sykes-Picot. En T. Andrew J., *The Lines That Bind: 100 Years of Sykes-Picot* (págs. 1-2). Washington, DC: The Washington Institute for Near East Policy.
- ANF. (11 de septiembre de 2014). *YPG and FSA set up 'Joint Action Centre'*. Obtenido de ANF News: <https://anfenglishmobile.com/news/ypg-and-fsa-set-up-joint-action-centre-9159>
- ANF. (12 de julio de 2017a). *First time in Arab history: Women form self defense battalion*. Obtenido de ANF News: <https://anfenglishmobile.com/features/first-time-in-arab-history-women-form-self-defense-battalion-20936>
- ANF. (15 de mayo de 2017b). *Abu Layla's fighters on their way to Raqqa*. Obtenido de ANF News: <https://anfenglishmobile.com/features/abu-layla-s-fighters-on-their-way-to-raqqa-20166>
- ANF. (2 de septiembre de 2017c). *Ezidi woman commander: We will finish off ISIS in Raqqa*. Obtenido de ANF News: <https://anfenglishmobile.com/women/ezidi-woman-commander-we-will-finish-off-isis-in-raqqa-21899>

- ANF. (7 de marzo de 2018). *Revolutionary Forces: We will send our forces to Afrin*. Obtenido de ANF: <https://anfenglish.com/news/revolutionary-forces-we-will-send-our-forces-to-afrin-25328>
- ANHA. (25 de mayo de 2016c). *What platoons are participating in freeing Raqqa campaign?* Obtenido de ANHA News: <http://en.hawarnews.com/what-platoons-are-participating-in-freeing-raqqa-campaign/>
- ANHAa. (28 de 12 de 2016). *ANHA News*. Obtenido de Second day of Northern Syria Constituent Assembly conference takes place: <https://web.archive.org/web/20161229101719/http://en.hawarnews.com/second-day-of-northern-syria-constituent-assembly-conference-takes-place/>
- ANHAb. (10 de julio de 2016). *ANHA*. Obtenido de Reşnivîsa Hevpeymanî Civakî ya Federalîya Demokratîk a Bakurê Sûriyeyê: <https://web.archive.org/web/20160710092544/http://ku.hawarnews.com/resnivisa-hevpeymanî-civakî-ya-federalîya-demokratîk-a-bakurê-suriyeyê/>
- Ayubi, N. N. (1995). *Over-stating the Arab State. Politics and Society in the Middle East*. London: I. B. Tauris Publishers.
- Balanche, F. (2015 de may de 2015). *The Alawi Community and the Syria Crisis*. Obtenido de Middle East Institute: <https://www.mei.edu/publications/alawi-community-and-syria-crisis>
- Balanche, F. (2016). The Levant: Fragmentation and Remapping. En T. Andrew J., *The Lines That Bind: 100 Years of Sykes-Picot* (págs. 3-25). Washington, DC: The Washington Institute for Near East Policy.
- BBC. (25 de noviembre de 2015). *Quiénes son los turcomanos, los rebeldes sirios que agravaron el conflicto entre Turquía y Rusia*. Obtenido de BBC News: https://www.bbc.com/mundo/noticias/2015/11/151124_turquia_rusia_siria_turcomanos_ab
- BBC. (23 de junio de 2017). *Cerrar Al Jazeera y otras 12 exigencias que hacen Arabia Saudita y sus aliados a Qatar para terminar con el bloqueo*. Obtenido de BBC News Mundo: <https://www.bbc.com/mundo/noticias-internacional-40379793>
- BBC. (15 de marzo de 2021). *Guerra en Siria: 10 datos alarmantes en el décimo aniversario de la contienda*. Obtenido de BBC News Mundo: <https://www.bbc.com/mundo/noticias-internacional-56379068>
- BBC Mundo. (28 de junio de 2015). *La historia de la tenebrosa prisión Tadmur, destruida por Estado Islámico*. Obtenido de BBC News Mundo: https://www.bbc.com/mundo/noticias/2015/06/150625_cultura_siria_prision_tadmur_estado_islamico_ng
- BBC News. (6 de enero de 2004). *Warm welcome for Assad's Turkey trip*. Obtenido de BBC News: http://news.bbc.co.uk/2/hi/middle_east/3372549.stm
- BBC News. (20 de Octubre de 2014). *Shia leader cuts ties with Sadr*. Obtenido de BBC News: http://news.bbc.co.uk/2/hi/middle_east/3758872.stm

- Bradley, M., Albayrak, A., & Ballout, D. (24 de mayo de 2016). *Kurds Declare 'Federal Region' in Syria, Says Official*. Obtenido de WSJ MIDDLE EAST: <https://www.wsj.com/articles/kurds-declare-federal-region-in-syria-says-official-1458216404?mod>
- Carrión, F. (14 de mayo de 2018). *La alianza de Muqtada al Sadr, el terror de las tropas españolas, vence en las elecciones parlamentarias iraquíes*. Obtenido de El Mundo: <https://www.elmundo.es/internacional/2018/05/14/5af9b20346163f5d338b465c.htm>
- Chaabane et al., A. (5 de noviembre de 2014). *Censorship in the Wild: Analyzing Internet Filtering in Syria*. Obtenido de arXiv.org > cs > arXiv:1402.3401: <https://arxiv.org/abs/1402.3401>
- Chuaqui Numan, R. (2013). Prólogo. En L. Mesa Delmonte, *Las Relaciones Exteriores de Siria* (págs. 9-30). México D.F.: El Colegio de México, A.C.
- Conde, G. (2013). *Turquía, Siria e Iraq. Entre amistad y geopolítica*. Ciudad de México: El Colegio de México, A. C.
- Conde, G. (2017). Introducción. Antecedentes a la insurrección y las guerras. En G. Conde, *Siria en el Torbellino: insurrección, guerras y geopolítica* (págs. 11-30). Ciudad de México: El Colegio de México, A. C.
- Const. (13 de 03 de 1973). *Syrian Arab Republic: Constitution, 1973*. Obtenido de Refworld: <http://www.unhcr.org/refworld/docid/44d8a4e84.html>
- Corbin, J. (2 de noviembre de 2017). *La Declaración Balfour: las 67 palabras que hace 100 años cambiaron la historia de Medio Oriente y dieron pie a la creación del Estado de Israel*. Obtenido de BBC Mundo: <https://www.bbc.com/mundo/noticias-internacional-41824831>
- Corm, G. (enero de 1983). Entre le mythe et la réalité. La balkanisation du Proche-Orient. *Le Monde diplomatique*, 2-3.
- Corm, G. (1988). *Fragmentation of the Middle East. The last thirty years*. London: Hutchinson Education.
- Cox, R. (2013). Fuerzas sociales, estados y órdenes mundiales: Más allá de la Teoría de Relaciones Internacionales. *Relaciones Internacionales, Octubre 2013 - Enero 2014*(24), 129-162.
- CS. (12 de marzo de 2002). *Resolución 1397*. Obtenido de Consejo de Seguridad: <https://www.acnur.org/fileadmin/Documentos/BDL/2004/2480.pdf>
- CS. (17 de mayo de 2006). *Consejo de Seguridad*. Obtenido de Resolución 1680 (2006): [https://undocs.org/pdf?symbol=es/S/RES/1680\(2006\)](https://undocs.org/pdf?symbol=es/S/RES/1680(2006))
- CS. (17 de marzo de 2011). *Resolución 1973 (2011)*. Obtenido de Consejo de Seguridad: [https://undocs.org/pdf?symbol=es/S/RES/1973\(2011\)](https://undocs.org/pdf?symbol=es/S/RES/1973(2011))
- Dagher, S. (19 de diciembre de 2014). *Syrian Bomb Plot Marked Deadly Turn in Civil War*. Obtenido de The Wall Street Journal: <https://www.wsj.com/articles/syrian-bomb-plot-marked-deadly-turn-in-civil-war-1419015331>

- De Currea-Lugo, V. (2019). *Siria. Donde el odio desplazó a la esperanza*. Bogotá: Penguin Random House.
- de Planhol, X. (2002). *Minorías en el islam. Una Geografía de la pluralidad*. Barcelona: Edicions Bellaterra, S.L.
- Devalle, S. (2002). Prefacio. En S. B. Devalle, *Identidad y etnicidad: continuidad y cambio* (págs. 9-31). México D.F.: El Colegio de México A.C.
- Dorrian, J. (8 de diciembre de 2016). Department of Defense Press Briefing by Col. Dorrian via teleconference from Baghdad, Iraq. (J. Davis, Entrevistador) Obtenido de U.S. Department of Defense: <https://www.defense.gov/News/Transcripts/Transcript/Article/1025099/department-of-defense-press-briefing-by-col-dorrian-via-teleconference-from-bag/>
- DW. (16 de septiembre de 2016). *نفي انشقاق لواء أحرار الرقة عن قوات سوريا الديمقراطية*. Obtenido de DW News: <https://p.dw.com/p/1JvBA>
- DW. (19 de julio de 2021). *Siria: cuando los activistas se vuelven incómodos para los rebeldes*. Obtenido de Deutsche Welle Web site: <https://www.dw.com/es/siria-cuando-los-activistas-se-vuelven-inc%C3%B3modos-para-los-rebeldes/a-58320035>
- EFE. (21 de 04 de 2011). *El Asad firma la derogación del estado de emergencia en Siria*. Obtenido de Sitio web de El País: https://elpais.com/internacional/2011/04/21/actualidad/1303336806_850215.html
- El Confidencial. (10 de marzo de 2020). *Qatar se erige en mediador mundial tras el acuerdo de EEUU con los talibanes*. Obtenido de El Confidencial: https://www.elconfidencial.com/mundo/2020-03-07/qatar-mediador-mundial-acuerdo-eeuu-talibanes_2486439/
- El Mundo. (12 de diciembre de 2013). *Razan Zaitouneh, la última 'líder de la revolución' secuestrada en Siria*. Obtenido de El mundo Web site: <https://www.elmundo.es/internacional/2013/12/11/52a87d0163fd3d5c2b8b4571.html>
- El País. (19 de julio de 2010). *Siria prohíbe a las universitarias ir a clase con el velo integral*. Obtenido de El País Web Site: https://elpais.com/sociedad/2010/07/19/actualidad/1279490404_850215.html
- EPA. (23 de junio de 2004). *Fukuyama dice que el islam es compatible con la democracia*. Obtenido de El Periodico de Aragón: <https://www.elperiodicodearagon.com/cultura/2004/12/18/fukuyama-dice-islam-compatible-democracia-48206162.html>
- Espinosa, Á. (13 de Junio de 2016). *Muqtada al Sadr, el clérigo populista*. Obtenido de El País: https://elpais.com/internacional/2016/06/10/actualidad/1465560809_056847.html
- Euronews . (19 de abril de 2021). *Rusia repatría a 34 niños del campamento sirio de Al-Hol*. Obtenido de Euronews Youtube: <https://www.youtube.com/watch?v=iWC802IQ2ao>
- Euronews. (31 de octubre de 2014). *Los 150 peshmergas cruzan hacia Kobani para luchar contra el autodenominado Estado Islámico*. Obtenido de YouTube:

https://www.youtube.com/watch?v=r7Hckje_rfk&ab_channel=euronews%28enespa%C3%B1ol%29

- Evran, S. (18 de octubre de 2016). *SDF Spokesman: We may be up against Turkey and its affiliates in al-Bab*. Obtenido de ANF News: <https://anfenglish.com/features/sdf-spokesman-we-may-be-up-against-turkey-and-its-affiliates-in-al-bab-16817>
- Expansión. (23 de marzo de 2011). *Las revueltas contra el gobierno en Siria han dejado al menos 21 muertos*. Obtenido de Expansión Internacional: <https://expansion.mx/mundo/2011/03/23/las-revueltas-contra-el-gobierno-en-siria-han-dejado-al-menos-21-muertos>
- Feldner, Y. (12 de febrero de 2022). *Perspectivas liberales árabes respecto a la Primavera Árabe (2)*. Obtenido de El Instituto de Investigación de Medios de Información en Medio Oriente (MEMRI): <https://www2.memri.org/espanol/perspectivas-liberales-arabes-respecto-a-la-primavera-arabe-2/8049>
- France 24. (19 de julio de 2012). *Bomb kills top defence officials in Damascus*. Obtenido de France 24: <https://www.france24.com/en/20120719-bomb-kills-top-defence-officials-damascus-rajha-shawkat-turkmani-syria-assad-brother-law>
- Freedom House. (2010). *UPR Stakeholder Submission - Syria*. Freedom House.
- Fuentes Gil, J., & Pellicer Balsalobre, J. (2016). Cien años de geopolítica en Oriente Medio: el acuerdo de Sykes-Picot. *Instituto Español de Estudios Estratégicos (IEEE)*, 1-41.
- Fukuyama, F. (1988). El fin de la historia. *The National Interest*. Obtenido de https://www.alianzaeditorial.es/minisites/manual_web/3491295/CAP8/1_FindelaHistoria.pdf
- Fukuyama, F. (2018). Against Identity Politics. The New Tribalism and the Crisis of Democracy. *Foreign Affairs*, 97(5), 90-115.
- FundéuRAE. (13 de enero de 2013). *siglas y acrónimos, claves de redacción*. Obtenido de FundéuRAE: <https://www.fundeu.es/recomendacion/siglas-y-acronimos-claves-de-redaccion/>
- García Picazo, P. (2015). La configuración de Oriente Próximo tras la Primera Guerra Mundial. *UNISCI Discussion Papers*(37), 49-72.
- García, A. (16 de febrero de 2021). *Qatar se ofrece como mediador entre Irán y Estados Unidos*. Obtenido de Atalayar Web Site: <https://atalayar.com/content/qatar-se-ofrece-como-mediador-entre-ir%C3%A1n-y-estados-unidos%C2%A0>
- Garduño, M. (2013). La necropolítica de la Organización del Estado Islámico. *Revista de Relaciones Internacionales de la UNAM*(117), 127-152.
- GPF. (15 & 16 de mayo de 1916). *Sykes Picot Agreement*. Obtenido de Global Policy Forum Web site: <https://www.globalpolicy.org/component/content/article/169-history/48113-sykes-picot-agreement.html>
- Guingamp, P. (1996). *Hafez el Assad et le parti Baath en Syrie*. Paris: Editions L'Harmattan.

- Gutiérrez de Terán, I. (2019). El autonomismo kurdo en Siria: el proyecto de Rojava en el contexto de un estado en flotación. *Revista De Estudios Internacionales Mediterráneos*(27), 84–102.
- Haddad, B. (22 de junio de 2012). *Siria y la izquierda*. Obtenido de Rebelión Web Site: <https://rebellion.org/siria-y-la-izquierda/>
- Hashemi, N., & Postel, D. (2017). *Sectarianization. Mapping the newpolitics of the middle east*. Oxford University Press.
- Hegghammer, T. (2014). Jihadi-Salafis Or Revolutionaries? En R. Meijer, *Global Salafism: Islam's New Religious Movement* (págs. 245-265). Oxford: Oxford University Press, Inc.
- Heras, N. (2013). The Battle for Syria's Al-Hasakah Province. *Combating Terrorism Center*, 22-25. Obtenido de <https://ctc.westpoint.edu/the-battle-for-syrias-al-hasakah-province/>
- Hibou, B. (1999). La «décharge», nouvel interventionnisme. *Politique africaine*(73), 6-15.
- Holliday, J. (2013). The Assad Regime: From Counterinsurgency To Civil War. *Middle East Security Report*(8), 7-59.
- Human Rights Watch. (1 de abril de 1996). *Syria's Tadmor Prison: Dissent Still Hostage to a Legacy of Terror*. Obtenido de Refworld: <https://www.refworld.org/docid/3ae6a7dbc.html>
- Huntington, S. (1996). *El choque de civilizaciones y la reconfiguración del orden mundial REVISAR*. Planeta.
- Independent. (1 de noviembre de 2016). *Syrian women saved from Isis by female Kurdish fighters set up their own women-only battalion*. Obtenido de Independent: <https://webcache.googleusercontent.com/search?q=cache:H1Swp9v4RmMJ:https://www.independent.co.uk/news/world/middle-east/syria-isis-battle-latest-all-women-battalion-albab-manbij-a7391671.html&cd=12&hl=es-419&ct=clnk&gl=co>
- Informe Siria. (20 de 07 de 2009). *Convención contra la Tortura y Otros Tratos o Penas Crueles, Inhumanos o Degradantes*. Obtenido de Naciones Unidas: <http://docstore.ohchr.org/SelfServices/FilesHandler.ashx?enc=6QkG1d%2FPPRiCAqhKb7yhspLzZJNVnK92HqZgyWh%2BgEKKO5aEQcbVvp85FA7QtD7SGITy0MXZbUqsYmegfm7xoy33YIwPCWsPkgHG1dFYXF2Xrom7aEKRWZeDUVzNLVZyz>
- Isla Lope, J. (2012). *Las Relaciones Internacionales y el análisis de los conflictos en el Medio Oriente*. México, Distrito Federal: Universidad Nacional Autónoma de México.
- Isla Lope, J. (2018). *La injerencia histórica del orden mundial en el Medio Oriente*. Ciudad de México: UNAM.
- Isla Lope, J. (2019). La vinculación histórica de la cuestión kurda con el Orden Mundial: del Tratado de Sèvres a la Pax Americana. *Revista de Estudios Internacionales Mediterráneos*(27), 11-23.
- Isla Lope, J. (2020). *Propuesta metodológica para analizar la problemática internacional de Medio Oriente*. Ciudad de México: UNAM FCPyS (FUENTE DEBE SER ACTUALIZADA).
- Izady, M. (16 de mayo de 2016). *Sykes-Picot 100 years on*. Obtenido de The Economist: <https://www.economist.com/graphic-detail/2016/05/16/sykes-picot-100-years-on>

- Izquierdo Brichs, F. (2002). *Guerra y agua: objetivos y actitudes de los actores en el conflicto por Palestina* (Tesis doctoral ed.). Barcelona: Universitat Autònoma de Barcelona. Obtenido de <https://www.tdx.cat/handle/10803/5217#page=1>
- Jawad Al-Tamimi, A. (22 de octubre de 2014). *The White Shroud: A Syrian Resistance Movement to the Islamic State*. Obtenido de Syrian Comment: <https://www.joshualandis.com/blog/white-shroud-syrian-resistance-movement-islamic-state/>
- Jiménez-Peña, G. (2020). La distinción entre problem-solving y teoría crítica: una reflexión desde las Relaciones Internacionales. *Desafíos*, 32(2), 1-21. Obtenido de <https://revistas.urosario.edu.co/xml/3596/359663370003/html/index.html#fn8>
- Jusoor. (02 de enero de 2023). *Map of military control across Syria at the end of 2022 and the beginning of 2023*. Obtenido de Jusoor for Studies Web Site: <https://jusoor.co/en/details/map-of-military-control-across-syria-at-the-end-of-2022-and-the-beginning-of-2023>
- Kajjo, S., & Sinclair, C. (08 de agosto de 2011). *The Evolution of Kurdish Politics in Syria*. Obtenido de Middle East Research and Information Project: <https://merip.org/2011/08/the-evolution-of-kurdish-politics-in-syria/>
- Kassab, E. (2019). *Enlightenment on the Eve of Revolution. The Egyptian and Syrian Debates*. New York: Columbia University Press.
- Khaddour, K. (2015). The Assad Regime's Hold on the Syrian State . *Carnegie Endowment for International Peace*, 1-20.
- Khalaf , R. (29 de 06 de 2014). *Colonial powers did not set the Middle East ablaze*. Obtenido de Sitio web de The Financial Times: <https://www.ft.com/content/86c958c2-ff78-11e3-8a35-00144feab7de>
- Khatib, L., & Sinjab, L. (2008). *Syria's Transactional State How the Conflict Changed the Syrian State's Exercise of Power*. Londres: Chatham House.
- Landis, J. (30 de septiembre de 2005). *Can Rifaat make a Come Back?* Obtenido de SyriaComment.com: <http://joshualandis.oucreate.com/syriablog/2005/09/can-rifaat-make-come-back.htm>
- Landis, J. (15 de diciembre de 2014). *Zahran Alloush: His Ideology and Beliefs*. Obtenido de Syria Comment: <https://www.joshualandis.com/blog/zahran-alloush/>
- Loos, B. (1 de noviembre de 2021). *Los árabes vuelven a tomar el camino de Damasco*. Obtenido de Orient XXI Web Site: <https://orientxxi.info/magazine/los-arabes-vuelven-a-tomar-el-camino-de-damasco,5155>
- Maalouf, A. (2012). *Identidades Asesinas*. Madrid: Alianza Editorial.
- Mann, M. (1984). The autonomous power of the state : its origins, mechanisms and results. *European Journal of Sociology / Archives Européennes de Sociologie / Europäisches Archiv für Soziologie*, 185-213.
- Maréchal, B. (2008). *The Muslim Brothers in Europe. Roots and Discourse*. Leiden: Koninklijke Brill NV.

- Martínez, J. C. (11 de marzo de 2016). *El desafío ruso en Siria: la maniobra que transformó la guerra*. Obtenido de Foreign Affairs Latinoamérica: <https://revistafal.com/el-desafio-ruso-en-siria-la-maniobra-que-transformo-la-guerra/>
- Massal, J. (2011). Los sublevamientos en el mundo árabe: ¿hacia una democratización? (el caso de Túnez y Egipto). *Análisis Político*, 24(73), 97-120.
- Maya-Gómez, M. (2018). La política exterior rusa hacia Siria en el marco de la sublevación popular (2011-2016). En M. Garduño, J. Isla Lope, & M. d. Sierra Kobeh, *Temas contemporáneos de Medio Oriente.: Ensayos en honor a Luis Mesa Delmonte* (págs. 145-168). Ciudad de México: Universidad Nacional Autónoma de México.
- Meijer, R. (2014). (p.viii) Glossary. En R. Meijer, *Global Salafism: Islam's New Religious Movement* (págs. IX-XVI). Oxford: Oxford University Press.
- Mesa Delmonte, L. (2002). Minorías nacionales e identidades en Irán. En S. Devalle, *Identidad y etnicidad: continuidad y cambio* (págs. 33-64). México D.F.: El Colegio de México, A.C.
- Mesa Delmonte, L. (2012). Nota Introductoria. En L. Mesa Delmonte, *El pueblo quiere que caiga el régimen. Protestas sociales y conflictos en África del Norte y en Medio Oriente* (págs. 11-14). Ciudad de México: El Colegio de México, A. C.
- MFA. (25 de noviembre de 2022). *VIII. Declaration relating to the Amnesty Protocol attached to the above*. Obtenido de Lausanne Peace Treaty: <https://www.mfa.gov.tr/lausanne-peace-treaty.en.mfa>
- Ministryinfo. (9 de octubre de 2017). *'We want revenge': Meet the Yazidi women freeing their sisters from Isis in the battle for Raqqa*. Obtenido de Ministry of Information/Republic of Libanon: <https://www.ministryinfo.gov.lb/en/16860>
- Molina, Á. (2017). Los alauíes en Siria: supervivencia y poder. En G. Conde, *Siria en el torbellino: insurrección, guerras y geopolítica* (págs. 105-140). Ciudad de México: El Colegio de México , A. C.
- Mozes, N. (23 de febrero de 2011). *In Syria, Regime Squelches All Attempts at Protest*. Obtenido de The Middle East Media Research Institute: https://www.memri.org/reports/syria-regime-squelches-all-attempts-protest#_edn16
- Mullah Darwish, S. (18 de marzo de 2016). *Raqqa brigade continues to raise flag of Syrian revolution*. Obtenido de Al-Monitor: <https://www.al-monitor.com/originals/2016/03/syria-raqqa-revolutionaries-brigade-liberation-isis.html>
- Nasr, V. (2017). International Politics, Domestic Imperatives, and Identity Mobilization: Sectarianism in Pakistan, 1979-1998. En N. Hashemi, & D. Postel, *Sectarianization: Mapping the New Politics of the Middle East* (págs. 77-99). New York: Oxford University Press.
- Noll, A. (09 de 05 de 2016). *El Acuerdo Sykes-Picot y la supremacía occidental*. Obtenido de Sitio web de Deutsche Welle: <https://p.dw.com/p/1IkNt>
- Noticias ONU. (14 de septiembre de 2021). *Siria: Los civiles siguen sufriendo asedio y amenazas tras una década de guerra*. Obtenido de Noticias ONU: <https://news.un.org/es/story/2021/09/1496772>

- OHCHR . (24 de septiembre de 2021).
<https://www.ohchr.org/EN/NewsEvents/Pages/DisplayNews.aspx?NewsID=27531&LangID=E>. Obtenido de OHCHR Web Site:
<https://www.ohchr.org/EN/NewsEvents/Pages/DisplayNews.aspx?NewsID=27531&LangID=E>
- Perthes, V. (1997). *The Political Economy of Syria Under Asad*. London: I.B. Tauris.
- Pierret, T. (12 de 6 de 2021). *Qui sont les oulémas contestataires en Syrie ?* Obtenido de Mediapart: <https://blogs.mediapart.fr/thomas-pierret/blog/150811/qui-sont-les-oulemas-contestataires-en-syrie>
- Pinto, P. G. (2012). Yallah Irhal ya Bashar: protestas, violencia y fragmentación social en el levantamiento sirio. En L. Mesa Delmonte, *El pueblo quiere que caiga el régimen. Protestas sociales y conflictos en África del norte y en Medio Oriente* (L. Orensanz, Trad., págs. 353-379). México D.F.: El Colegio de México, A. C.
- Pinto, P. G. (2013). El islam como idioma cultural en las relaciones internacionales de Siria. En L. Mesa Delmonte, *Las relaciones exteriores de Siria* (págs. 207-242). Ciudad de México: El Colegio de México, A. C.
- Pipes, D. (1989). *El apoderamiento alauita del poder en Siria*. Recuperado el 2020 de 04 de 08, de <http://es.danielpipes.org/13515/alauita-apoderamiento-poder-siria>
- Prieto, M. (16 de marzo de 2008). *Morir de hambre o morir en la cola del pan*. Obtenido de El Mundo:
<https://www.elmundo.es/elmundo/2008/03/16/internacional/1205674304.html>
- PYDRojava. (21 de diciembre de 2015). *بركان الفرات: ما يسمى بجيش العشائر يحاول خلق الفتن وتواجهه مرفوض*. Obtenido de PYD Rojava Web Site:
<https://pydrojava.org/%D8%A8%D8%B1%D9%83%D8%A7%D9%86-%D8%A7%D9%84%D9%81%D8%B1%D8%A7%D8%AA-%D9%85%D8%A7-%D9%8A%D8%B3%D9%85%D9%89-%D8%A8%D8%AC%D9%8A%D8%B4-%D8%A7%D9%84%D8%B9%D8%B4%D8%A7%D8%A6%D8%B1-%D9%8A%D8%AD%D8%A7%D9%88/>
- Quintana Pali, S. (1981). Etnicidad y clase: la minoría dominante 'alawi minoría en Siria. En L. Mesa Delmonte, *Medio Oriente. Perspectivas sobre su cultura e historia* (págs. 203-251). México D.F.: El Colegio de México, A.C.
- Quintana Pali, S. (1981). Etnicidad y clase: La minoría Dominante 'alawi Minoría en Siria. *Estudios de Asia y África*, 16(4 (50)), 579-627.
- Rahman, S. (18 de mayo de 2021). *Idlib Revolutionaries Brigade Commander: Idlib is a hotbed for terrorism*. Obtenido de ANHA News: <https://www.hawarnews.com/en/haber/idlib-revolutionaries-brigades-commander-idlib-is-a-hotbed-for-terrorism-h24718.html>
- Ramírez Díaz, N. (2016). El resurgimiento del pensamiento de Mustafa al-Sibai entre los jóvenes Hermanos Musulmanes en Siria. *Revista de estudios internacionales mediterráneos*(20), 1-15.
- RIC. (07 de marzo de 2021). *High Arrests from SDF and Al Hol Murders Continue in February*. Obtenido de Rojava Information Center Web site:

<https://rojavainformationcenter.com/2021/03/report-high-arrests-from-sdf-and-al-hol-murders-continue-in-february/>

RIC b. (02 de enero de 2022). *In addition, 352 third-country nationals were repatriated at the AANES' behest. In 2020, it had been 202. 22 governments took their responsibilities seriously this year, chief among them Uzbekistan (92), Russia (62), & Germany (31). Only Kazakhstan & Mace.* Obtenido de Twitter [@RojavalC]:

<https://twitter.com/RojavalC/status/1477558671366311938>

RIC b. (02 de enero de 2022). *On New Year's Day 2022, al-Hol camp authorities found the body of an unidentified camp resident. This is the 93rd killing in al-Hol of 2021, a stark uptick from 2020, when 35 residents were killed. December 2021 alone saw 6 assassinations, mostly of Iraqi.* Obtenido de Twitter [@RojavalC]:

<https://twitter.com/RojavalC/status/1477558666370981891>

Ruiz De Elvira, L. (2011). El devenir del autoritarismo sirio: sociedad civil, acción pública y pacto social a través del estudio de las asociaciones caritativas. *Revista Española de Ciencia Política (RECP)*, 93-106.

Ruiz de Elvira, L. (2011). Siria: el largo camino hacia la revolución. *Revista de Estudios Internacionales Mediterráneos*, 1-20. Obtenido de <https://halshs.archives-ouvertes.fr/halshs-00642912>

Saleh, W. (2019). *El Islam político: génesis y evolución*. México, D.F.: Universidad Nacional Autónoma de México.

Sancha, N. (30 de marzo de 2021). *La nueva guerra contra el ISIS*. Obtenido de El País Internacional: <https://elpais.com/internacional/2021-03-31/la-nueva-guerra-contra-el-isis.html>

Schenker, D. (16 de Octubre de 2013). *Qaradawi and the Struggle for Sunni Islam*. Obtenido de The Washington Institute: Qaradawi and the Struggle for Sunni Islam

Schindler, D. (1982). El derecho internacional humanitario y los conflictos armados internos internacionalizados. *Revista Internacional de la Cruz Roja*, XII(53), 279-288.

Sedat, L. (2 de junio de 2006). *Is There a Place Called 'the Middle East'?* Obtenido de academia.edu:

https://www.academia.edu/34362760/Is_There_a_Place_Called_the_Middle_East

SNHR. (30 de agosto de 2021). *The Tenth Annual Report on Enforced Disappearance in Syria on the International Day of the Victims of Enforced Disappearances; Long Years of Constant Grief and Loss*. Obtenido de SNHR Web Site:

<https://reliefweb.int/report/syrian-arab-republic/tenth-annual-report-enforced-disappearance-syria-international-day>

Spencer, R. (11 de mayo de 2016). *Four jihadists, one prison: all released by Assad and all now dead*. Obtenido de The Telegraph Web Site:

<https://s.telegraph.co.uk/graphics/projects/isis-jihad-syria-assad-islamic/index.html>

Taleghani, R. (2015). *Breaking the Silence of Tadmor Military Prison*. Obtenido de Middle East Research and Information Project: Critical Coverage of the Middle East Since 1971:

<https://merip.org/2015/06/breaking-the-silence-of-tadmor-military-prison/>

- Tawil Kuri, M. (2013). Siria: estabilidad interna y poder regional en un entorno conflictivo. En L. Mesa Delmonte, *Las relaciones exteriores de Siria* (págs. 31-78). Ciudad de México: El Colegio de México, A. C.
- Tawil Kuri, M. (2016). *Siria: poder regional, legitimidad y política exterior, 1996-2015*. Ciudad de México: El Colegio de México, A. C.
- Teitelbaum, J. (2004). The Muslim Brotherhood and the 'Struggle for Syria', 1947-1958 between Accommodation and Ideology. *Middle Eastern Studies*, 40(3), 134-158.
- UN Unstats. (26 de noviembre de 2022). *Methodology: Standard country or area codes for statistical use (M49)*. Obtenido de UN - Statistics Division: <https://unstats.un.org/unsd/methodology/m49/#geo-regions>
- UNHCR. (02 de diciembre de 2021). *Syria Regional Refugee Response Select location*. Recuperado el 05 de diciembre de 2021, de Operational Data Portal - UNHCR: https://data2.unhcr.org/en/situations/syria#_ga=2.264374223.1701428887.1639163663-1825302691.1638556184
- UNICEF. (10 de marzo de 2021). *El conflicto de Siria, 10 años después: el 90% de los niños necesitan ayuda a medida que la violencia, la crisis económica y la pandemia de COVID-19 llevan a las familias a una situación límite*. Obtenido de UNICEF web Site: <https://www.unicef.org/es/comunicados-prensa/conflicto-siria-10-anos-despues-90-por-ciento-ninos-necesitan-ayuda-medida>
- Van Dam, N. (2011 (1979)). *The Struggle for Power in Syria: Politics and Society Under Asad and the Ba'th Party*. New York: I.B.Tauris & Co Ltd.
- Van Wilgenburg, W. (19 de enero de 2021). *Kurdish-led SDF arrests senior ISIS leader in northeast Syria*. Obtenido de Kurdistan24 Web Site: <https://www.kurdistan24.net/en/story/23798-Kurdish-led-SDF-arrests-senior-ISIS-leader-in-northeast-Syria>
- Vélez, J. (2020). La mujer kurda y palestina como sujetos de resistencia y transformación en Medio Oriente: una entrevista con Erika Susana Aguilar Silva. *Revista de Estudiantes de Ciencia Política*, 4(8), 85-106.
- Vélez, J. (2020). Medio Oriente contemporáneo y su relación con América Latina: una entrevista con Moisés Garduño García. *Revista de Estudiantes de Ciencia Política*, 4(7), 75-89.
- Vélez, J. (2022). Visión crítica de las relaciones internacionales en Medio Oriente y la transición hegemónica en el orden internacional: una entrevista con Jaime Alberto Isla Lope. *Revista Forum*(21), 276-305.
- VICE. (10 de junio de 2014). *The Destruction of Daraa (Part 1-4) [Video]*. Obtenido de Youtube: https://www.youtube.com/watch?v=86yvb2VEqDA&ab_channel=VICE
- Visser, R. (30 de diciembre de 2013). *Dammit, It Is NOT Unravelling: An Historian's Rebuke to Misrepresentations of Sykes-Picot*. Obtenido de Personal blog: <https://gulfanalysis.wordpress.com/2013/12/30/dammit-it-is-not-unravelling-an-historians-rebuke-to-misrepresentations-of-sykes-picot/>

- Walther, C. (23 de julio de 2023). *Las fronteras de Oriente Medio se trazaron en Lausana*. Obtenido de SWI swissinfo.ch: <https://www.swissinfo.ch/spa/economia/las-fronteras-de-oriente-medio-se-trazaron-en-lausana/48675708>
- Wild, S. (1985). National Socialism in the Arab near East between 1933 and 1939. *Die Welt des Islams*(Bd. 25, Nr. 1/4 ()), 126-173.
- WSJ. (12 de septiembre de 2014). *Who Are Syria's Moderate Rebels? Good Question*. Obtenido de YouTube Wall Street Journal: https://www.youtube.com/watch?v=djnaeQ1f_io&ab_channel=WallStreetJournal
- WST. (31 de enero de 2011). *Interview With Syrian President Bashar al-Assad*. Obtenido de The Wall Street Journal: <https://www.wsj.com/articles/SB10001424052748703833204576114712441122894>
- Zaman, A. (29 de marzo de 2019). Obtenido de Syria's Kurds increasingly isolated as Arab tribes cut deals with regime: <https://www.al-monitor.com/originals/2019/03/syria-kurds-isolated-arab-tribes-deals-damascus.html>
- Zisser, E. (1994). Asad of Syria. The leader and the image. *Orient*(2/94), 247-260.
- Zurayk, R. (17 de julio de 2011). *Use your loaf: why food prices were crucial in the Arab spring*. Obtenido de The Guardian: <https://www.theguardian.com/lifeandstyle/2011/jul/17/bread-food-arab-spring>
- أحمد, د. (19 de marzo de 2016). *بمن هم لواء أحرار الرقعة ؟*. Obtenido de Anha: <https://web.archive.org/web/20161205035706/http://www.hawarnews.com:80/%D9%85%D9%86-%D9%87%D9%85-%D9%84%D9%88%D8%A7%D8%A1-%D8%A7%D8%AD%D8%B1%D8%A7%D8%B1-%D8%A7%D9%84%D8%B1%D9%82%D8%A9-%D8%9F>